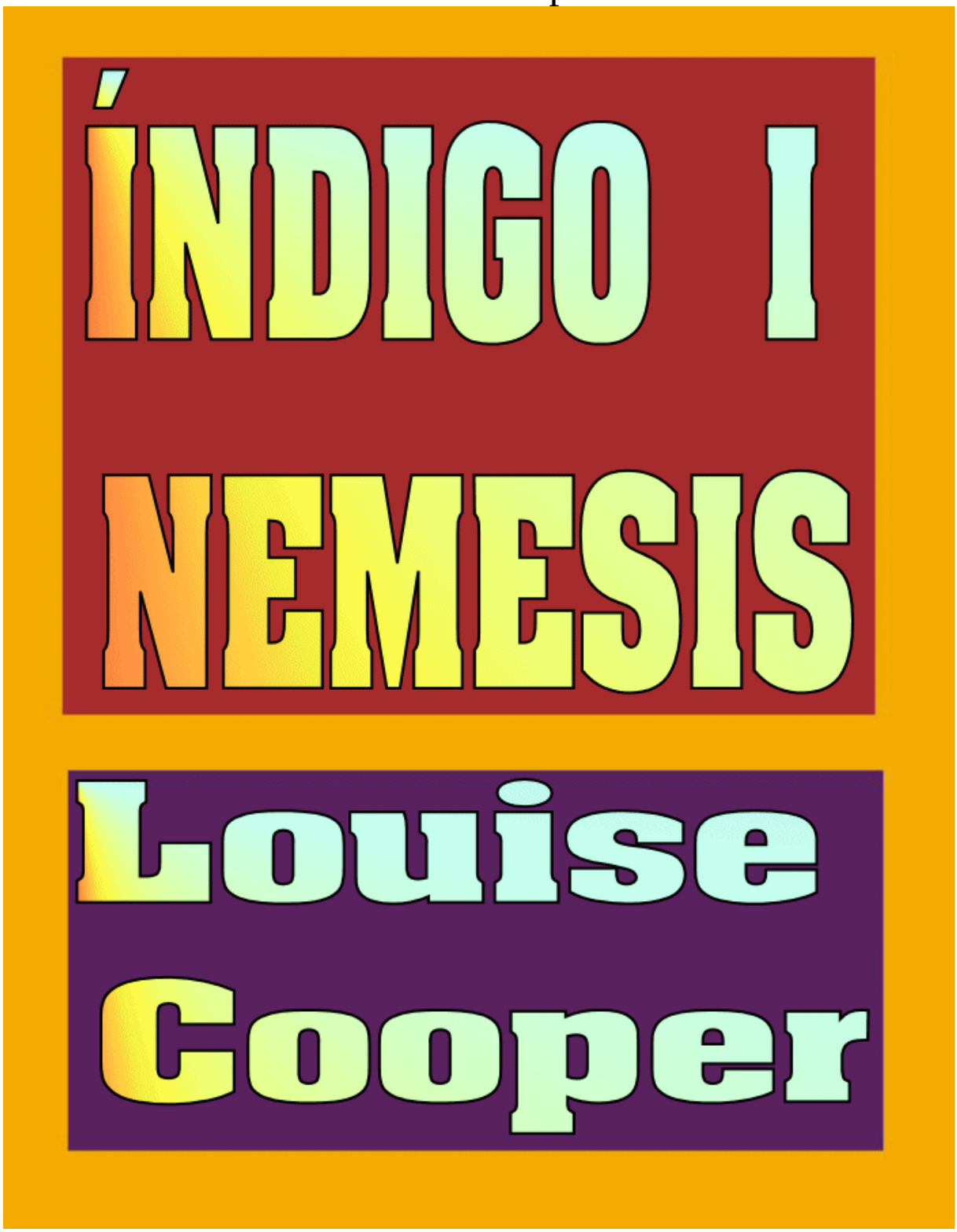
ÍNDIGO I - NEMESIS
Louise Cooper

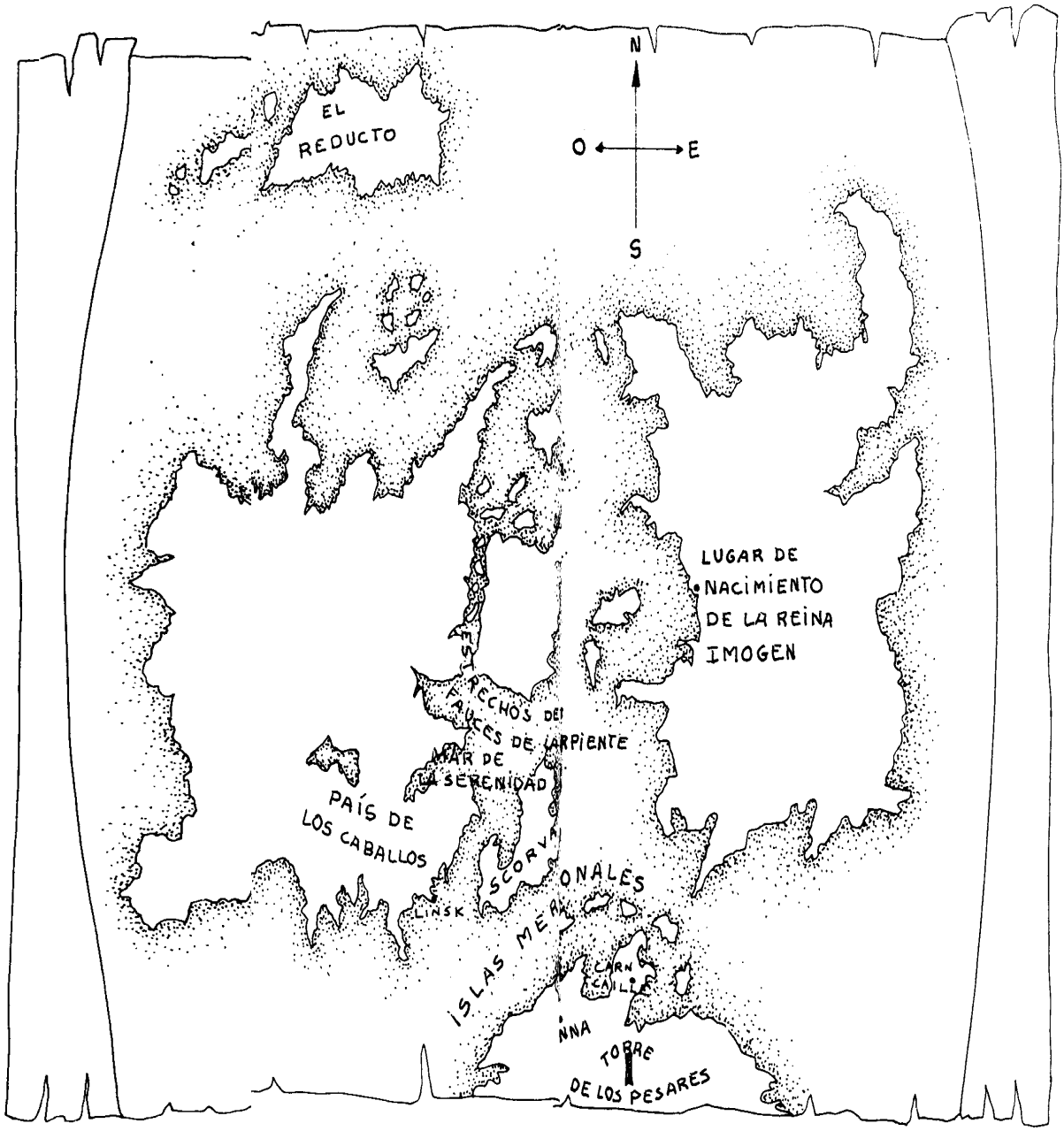


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La Tierra sintió la herida, y
la Naturaleza desde su trono
suspiró a través de todas sus
Obras para indicar, afligida,
que todo se había perdido.

Milton: *El paraíso perdido*

A los grandes felinos, los
grandes simios, los lobos, los
osos, y todas las demás
criaturas cuya «humanidad»
avergüenza a la mismísima
humanidad.


N
O
E
S
EL REDUCTO
LUGAR DE NACIMIENTO DE LA REINA IMOGEN
ESTRECHOS DEL PECES DE LARPIENTE
MAR DE LA SERENIDAD
PAÍS DE LOS CABALLOS
SCORVA
LINSK
ISLAS MERIDIONALES
CARN CAILLE
ANNA
TORRE DE LOS PESARES

Librodot

PROLOGO

La Leyenda de la Torre de los Pesares:
relato de Cushmagar el Arpista

Existió una época, una época antiquísima, antes de que los que vivimos ahora bajo el sol y el firmamento empezáramos a contar el tiempo. Antes de que la liebre marrón corriera y jugara en la tundra meridional; antes de que el gran lobo gris hiciera su aparición en los bosques; antes de que se oyera el resonar del cuerno de caza por entre los árboles, en el verano. Una época pretérita y maligna, en la que la tierra estaba poblada por cosas que no hubieran debido existir; en la que el largo día se convertía en interminable noche y el verano se vestía de invierno, y lo que debía estar en el norte estaba en el sur y lo del sur en el norte. Fue entonces cuando la Tierra, nuestra Madre, lanzó su grito, ya que sus hijos se habían vuelto contra ella y perpetraban acciones de maldad inconmensurable. Hartos hasta la saciedad con todos sus generosos dones, se habían apropiado de más de lo que necesitaban o era suyo por derecho. Habían arrancado la belleza a su cuerpo, para luego devorar incluso su cuerpo hasta dejarlo convertido en un hueso pelado. En la noche solitaria, lloró por sus heridas que no curaban, y gritó a sus hijos que le devolvieran aquello que le habían robado; pero sus hijos no la oyeron. Sus hijos reían y cantaban y contaban relatos de sus hazañas, y en medio de sus ostentosas celebraciones no escucharon los gritos de la Tierra, nuestra Madre.

Y así, durante mucho mucho tiempo la Tierra languideció entre su dolor y su vergüenza. Otorgó el don de la vida a sus hijos, y sus hijos tomaron todo lo que les daba y más aún, sin darle nada a cambio. Y la Tierra gritó, y sus hijos siguieron sin oírla.

Pero en esa época llena de maldad, mientras nuestra Madre Tierra se retorcía de dolor, apareció un hombre bueno entre tantos hombres malos. Un Hombre de las Islas, Hijo del Mar, Hermano de la Tormenta; un hombre cuyo corazón se sintió ultrajado ante las humillaciones que la Madre Tierra sufría a manos de sus hijos-vampiro, quienes se amamantaban en sus pechos resecos. Su nombre no lo sabemos; pero su recuerdo será alabado para siempre en nuestras canciones e *historias; porque fue él y no otro quien clamó contra sus semejantes. Fue él el que se alzó solitario como el campeón que pedía nuestra Madre. Y fue a él a quien ella concedió su mayor don y en quien depositó su más pesada carga.*

Y llegó un momento en que la Tierra ya no pudo soportar por más tiempo su dolor. La cólera se apoderó de ella donde antes sólo había existido sufrimiento. Esta cólera cayó sobre sus hijos, que tanto habían abusado de ella, y se alzó para vengarse de los malvados. Pero aun en su furia sintió compasión por el Hombre de las Islas; y una noche, mientras éste dormía en su lecho, la Tierra le habló con la voz murmurante del mar, la voz de la dulce brisa veraniega, la voz del ave cantarina. Envió a una criatura resplandeciente a los pies de su cama, y la criatura habló al Hombre de las Islas con todas estas voces y con la voz de la Tierra misma. Y la criatura resplandeciente dijo:

-Hombre de las Islas, tú has sido el adalid de la Tierra, nuestra Madre, pero la tuya ha sido una voz solitaria y se ha quedado sola en medio del caos. He venido a hablarte con la voz de nuestra Madre, y a decirte esto: los hijos de la Tierra han traicionado la confianza de aquella que los alimenta, y se acerca el momento en que deberán pagar el precio de esa traición. La cólera de nuestra Madre se ha despertado, y tan sólo el más grande de los sacrificios aplacará su sed de venganza.

Y el Hombre de las Islas lloró lleno de aflicción y respondió a la criatura resplandeciente:

-¿Cómo podría evitarse algo tan terrible?

Y la criatura replicó con severidad:

-No puede evitarse. El hombre debe pagar por lo que ha hecho; ya que si no es así, el mal continuará su existencia y la Tierra, nuestra Madre, morirá. No supliques por tus semejantes, Hombre de las Islas. Escucha, por el contrario, el mensaje que te traigo de la Madre Tierra, porque así y sólo así podrá salvarse tu raza.

El Hombre de las Islas calló; porque, aunque sabía que estaba dormido, tenía suficiente juicio como para comprender que la criatura resplandeciente decía una verdad mayor que la de cualquier sueño. Y aunque su corazón estaba lleno de temor, escuchó tal cual se le pedía.

Y la criatura habló otra vez, y dijo las siguientes palabras:

-Hombre de las Islas, la Tierra está encolerizada, y su cólera no puede reprimirse. Ninguna palabra o acción podrá persuadirla. Alzará su mano contra sus hijos, y habrá gran destrucción y grandes sufrimientos. Pero su venganza no es infinita. Y cuando haya finalizado, nueva vida brotará otra vez por todas sus tierras. El hombre alzará la cabeza por entre el polvo de la destrucción, y verá a su alrededor brotar de nuevo las hojas de los árboles, y contemplará cómo las tímidas criaturas salvajes olfatearán el aire fragante de vida, y se sabrá que el mundo ha renacido.

»Pero este renacer, Hombre de las Islas, tendrá un precio. El hombre ha aprendido a utilizar una poderosa magia, pero la magia lo ha superado y ahora el amo se ha convertido en el siervo. Si ha de seguir vivo cuando la Tierra, nuestra Madre, haya finalizado su venganza, deberá cambiar su poderosa magia por otra más modesta y más antigua. Deberá renunciar al poder y a la fuerza con los que ha intentado conseguir ascendencia sobre nuestra Madre, y deberá transformarse en lo que era hace mucho tiempo: un hijo de la Tierra, ligado a la Tierra, y en perfecta comunión con ella. Esto es lo que el hombre puede esperar; pero sólo si tú, Hombre de las Islas e Hijo del Mar, decides cargar con el peso final de la defensa de la Madre.

La criatura resplandeciente se interrumpió entonces y sonrió con infinita piedad, ya que había visto el gran pesar que se había apoderado del Hombre de las Islas y el gran temor que se agazapaba silencioso en su corazón. Aguardó y aguardó mientras el hombre se retorcía las manos trastornado; pero al fin llegó una respuesta. El Hombre de las Islas levantó los ojos y preguntó:

-¿Qué debo hacer?

Y la criatura sonrió de nuevo; ya que sabía, al igual que lo sabía la Tierra, nuestra Madre, que este Hijo del Mar era digno de su confianza. Sonrió, y respondió:

-Dirígete a la zona más lejana de tu país, a la gran tundra que limita con la helada inmensidad polar. Construye allí una torre, una torre aislada sin ventanas ni adornos, y con una sola puerta. Construye la de piedra sacada de la tundra, y hazla tan resistente que ninguna mano pueda destruirla. Cuando esté acabada, ve hasta su puerta sólo al atardecer, penetra en ella, cierra y atranca la puerta a tu espalda. Aguarda a la puesta del sol, y cuando éste se ponga vendrá la venganza de nuestra Madre Tierra. Oirás cosas que ninguna criatura mortal ha escuchado jamás; escucharás el llanto y las súplicas y la muerte de tus semejantes, y tu corazón se hará pedazos de tanto dolor como sentirá. Pero debes ser fuerte, y apartar tu mente de sus sufrimientos. Por ningún motivo deberás abrir la puerta, porque si lo haces firmarás la sentencia de muerte de toda la raza humana. Esta será tu mayor prueba, y no debes rehuirla. Cuando todo haya terminado, y la sed de venganza de nuestra Madre se haya aplacado,

entonces y sólo entonces volverás a verme y te diré lo que debes hacer. -De nuevo se interrumpió, y de nuevo le sonrió-. Nada más te diré ahora, Hijo del Mar. ¡Pero si quieres ver cómo tu gente vive, aprende y prospera, no me decepciones!

Y con estas palabras la criatura resplandeciente desapareció.

El Hombre de las Islas ya no volvió a dormir aquella noche. Y cuando despertó por la mañana y el sol se elevó en el firmamento, se levantó de la cama y salió al mundo, y lo contempló con nuevos ojos. La verdad es que la magia de los hombres en aquellos tiempos era mucho mayor que la que tenemos ahora. Sus conjuros podían encadenar a los elementos, detener a los mares, sujetar al vendaval enfurecido. Podía moverse sobre, por encima y por debajo de la Tierra, y en sus viajes era veloz como el pensamiento. Era señor de todas las criaturas, dueño del aire, rey de las aguas. No conocía el miedo, y tampoco ningún tabú. Nada le estaba vedado.

Pero la gloria y el triunfo del hombre estaban a punto de acabar. Esto lo supo el Hijo del Mar al mirar al sol y escuchar de nuevo las palabras de la criatura resplandeciente, el mensajero de la Madre Tierra. El remado del hombre tocaba a su fin. Pero el hombre podría seguir su vida, y aprender, y prosperar. Y la llave de esta nueva vida la tenía en sus manos ese Hombre de las Islas, ese Hijo del Mar.

Sentía un gran peso en el corazón y su sombra se extendió alargada ante él cuando volvió el rostro en dirección a la gran tundra. Pero no vaciló, sabedor de lo que debía hacer. Era un león, y era un lobo; sabía que no fracasaría. Y de este modo llegó a la tundra y encontró el lugar donde debía construir. Cómo la construyó y cómo trabajó no lo sabemos; en qué forma hacía las cosas es algo que no ha llegado hasta nosotros. Pero la construyó, y la torre sin ventanas se alzó solitaria en la llanura, sin adornos y con una sola puerta. Y cuando la torre estuvo terminada, un atardecer se situó ante su puerta, la abrió y penetró en el interior, y cerró la puerta a su espalda, y se quedó solo en aquella oscuridad sin ventanas. Mientras permanecía en aquel triste y solitario lugar las lágrimas afluyeron como un torrente por todos aquellos a los que había dejado atrás. Y por fin llegó el momento en que el sol se puso bajo el lejano horizonte.

Lo que el Hombre de las Islas oyó en aquella noche interminable, y cuáles fueron las imágenes que conjuró su mente, no lo sabemos y no nos atrevemos a preguntarlo. Cantamos su tormento y nuestras arpas, y flautas pregonan los lamentos de su agonía, pero seguimos sin saberlo, y tampoco queremos preguntarlo. Porque en aquella noche los mares se alzaron contra la tierra, y la tierra fue hecha pedazos, y los peces del mar perecieron por falta de agua en la que nadar y las aves del cielo perecieron por falta de aire en el que volar, y los animales de la tierra perecieron por falta de tierra sobre la que correr. Pero la torre de la tundra no se desplomó. Y los hombres, a miles, a millones, a miles de millones, gritaron a los aullantes cielos, pero los cielos no les prestaron atención, y los hombres perecieron junto con los peces, las aves y las bestias. Pero la torre de la tundra continuó en pie.

Durante toda aquella noche larga y terrible el Hombre de las Islas permaneció encogido en un rincón del interior de la torre que había construido. Y por fin llegó un momento en el que todo sonido y movimiento cesaron. Un silencio extraño y sepulcral descendió sobre el mundo, y más allá de los muros de la torre, allí donde el hombre no podía ver, la oscuridad retrocedió y el primer arco dorado de la nueva mañana apareció por encima del lejano horizonte. En medio de aquel silencio el hombre lloró, porque sabía que todo lo que había conocido y amado ya no existía. La venganza de la Madre Tierra se había completado, y su nueva vida

significaba la muerte de las viejas costumbres humanas.

Y entonces, cuando más entristecido se sentía, apareció una luz en el interior de la torre, y el hombre alzó la cabeza y en medio de aquella luz vio a la criatura resplandeciente, el mensajero de la Tierra, de pie ante él. Y la criatura sonrió llena de lástima y le habló de la misma forma que le había hablado antes en su sueño.

-Hombre de las Islas, Hijo del Mar, tu raza ya no existe y el mundo está limpio de nuevo. Ha llegado el momento de que abras la puerta que atrancaste, cuando el sol se ponga, y salgas al nuevo mundo.

»Mucho ha cambiado, amigo mío. La tierra que conocías ya no existe. El verano y el invierno han variado sus épocas en el año; lo que estaba en el norte ahora está en el sur, y la gran magia que el hombre poseyó en una ocasión la ha perdido para siempre. Pero con esa magia y esas otras obras también se ha ido el mal que era creación humana y azote de la Tierra y que ha sido el causante de la perdición de la humanidad. Te hablaré por última vez, a ti hombre, a ti superviviente, a ti adalid, y te hablaré de la carga que la Tierra nuestra Madre coloca ahora sobre tus espaldas.

El Hombre de las Islas no pudo responderle: su espíritu estaba demasiado acongojado para poder hablar. La criatura resplandeciente lo tocó en la frente para que levantara la mirada, y al hacerlo vio que el semblante de la criatura estaba lleno de piedras y de tristeza y alegría a la vez.

Y la criatura habló por última vez y dijo:

-Hombre de las Islas, Hijo del Mar, ésta es la tarea que la Tierra, nuestra Madre, te impone, y esta tarea durará todos los días de tu vida y también todos los días de la vida de tus hijos y de los hijos de tus hijos y de todos los que te sigan en el correr del tiempo. Ha llegado el momento de que salgas al mundo, y cuando cruces este umbral debes cerrar y atrancar esta puerta a tu espalda y nunca jamás volverás el rostro hacia esta torre. Regresa a tu hogar allí en las islas, donde prosperarás bajo el sol y la lluvia y el viento; y no regreses a este lugar, no importa lo grande que sea la tentación. Y cuando te cases y tengas un hijo y ese hijo crezca para convertirse en un hombre a imagen de su padre, deberás contarle la historia de la Tierra, nuestra Madre, y su venganza sobre los hijos que la traicionaron. Y la carga que habrás soportado pasará a él y a sus herederos; guardarán la torre, y ningún ojo humano se posará sobre su puerta y ningún pie humano mancillará la tierra que la rodea.

»Esta torre perdurará, Hombre de las Islas. Se alzará como un símbolo de la locura de tu raza, y como advertencia a las multitudes por nacer. Si quieres ver cómo tu gente vive y crece, deja que estas piedras permanezcan en soledad, y no permitas que ninguna mano se pose sobre ellas.

»Hombre de las Islas, Hijo del Mar, ésta es la tarea que la Tierra, nuestra Madre, te impone, y la responsabilidad que deposita en tu corazón. No la defraudes.

Y el Hombre de las Islas levantó la cabeza una vez más: allí donde antes estaba la criatura resplandeciente había ahora un vacío y una especie de suspirar y de brillo de luciérnaga que se desvaneció hasta desaparecer. Y mientras se dirigía con paso lento hasta la puerta, las palabras de la criatura resonaron de nuevo en su agitado cerebro, y cuando sus manos se elevaron hacia la barra y levantaron el pestillo, sentía un gran peso en el corazón producido por el temor de lo que pudiera ver cuando saliera de aquel lugar.

La puerta se abrió con facilidad, y sus ojos contemplaron la luz del día y la esfera solar que surcaba los cielos. Y a pesar de que el mundo que lo rodeaba era diferente, muy diferente, y

pese a que los árboles que conoció ya no existían y tampoco los ríos ni los mares, la tierra seguía siendo la misma que conociera y en la que había nacido. Mientras la contemplaba y se hacía cábalas sobre aquella tierra tan diferente y tan familiar a la vez, vino hacia él un oso blanco de las nieves procedente del sur, y cuando siguió los pasos del oso apareció un lobo gris de la tundra, y detrás del lobo vino el gato salvaje del bosque, y tras el gato la inocente liebre marrón, y todas las pequeñas criaturas que corren y saltan y se arrastran sobre la tierra los siguieron. Y el Hombre de las Islas contempló a estas criaturas y se dio cuenta de que la Tierra, nuestra Madre, había colocado la herencia de aquellas especies y de la suya propia en sus manos. E inclinó la cabeza y las lágrimas rodaron de sus ojos, y en su corazón se juró en silencio que tan importante tarea y tan gran responsabilidad jamás serían dejadas de lado, y que la humanidad no olvidaría.

Y de esta forma, el Hombre de las Islas cerró y atrancó la puerta tras de sí, y dio la espalda a la torre y dirigió sus pasos a través de la llanura para crear un nuevo hogar y un nuevo lugar de las ruinas del antiguo. Y las criaturas de la tierra se retiraron a sus dominios: a la nieve, a la tundra y al bosque, y la torre se quedó sola y permaneció solitaria.

Qué fue del Hombre de las Islas, el Hijo del Mar, no lo sabemos y no lo podemos decir; porque esto sucedió en una época, una época antiquísima, antes de que los que vivimos ahora bajo el sol y el firmamento empezáramos a contar el tiempo. Pero la torre que construyó con sus propias manos continúa erguida en la solitaria llanura, y en nuestra, época apartamos la mirada de ese lugar, y así lo haremos por toda la eternidad.

Tú que te sientas a mi lado junto al fuego; tú que paseas tu inquieto espíritu entre las sombras de mis sueños; vosotras, criaturas que aún no habéis nacido: os hablo a todos tal y como aquella criatura resplandeciente habló hace tiempo. Si queréis ver a vuestra gente vivir y prosperar, debéis dejar que esas viejas piedras continúen solitarias. Porque ésta es la carga que la Tierra, nuestra Madre, nos ha impuesto, y ésa es la responsabilidad que deposita en nuestros corazones. No debemos defraudarla.

CAPÍTULO 1

La reina Imogen posó ligeramente una mano sobre el brazo de su esposo y dijo:

-Bien, ¿qué piensas en realidad?

Veintitrés años de matrimonio habían enseñado a Kalig, rey de las Islas Meridionales, a reconocer cada matiz de los diferentes estados de ánimo y reacciones de su consorte y, aunque intentaba sonar neutral, detectó el placer que resonaba en su voz. Sonrió y apartó la mirada del cuadro terminado para contemplarla con afecto.

-Creo -repuso-, que deberíamos decirle al maestro Breym que estamos satisfechos con su trabajo.

Imogen rió y juntó las manos, al tiempo que se apartaba de él para cruzar la habitación hasta colocarse cerca de la pintura. La dorada luz de la tarde estival penetraba en forma oblicua por una ventana a su espalda, enmarcándola en un halo dorado en el que danzaban perezosas diminutas motas de polvo, y, por un momento, los años desaparecieron de ella y volvió a parecer joven.

-No demasiado cerca -advirtió Kalig-. Ó no verás más que la pintura y perderás la perspectiva de la imagen.

-¡Con los ojos tal y como los tengo, será una suerte si puedo verla! -Pero retrocedió sin embargo, y permitió que le tomara la mano-. En serio, amor mío, ¿estás satisfecho?

-Estoy encantado, y me aseguraré de que se recompense espléndidamente al maestro Breym.

Imogen asintió con la cabeza para demostrar que estaba de acuerdo.

-El primer retrato de todos nosotros como una familia -dijo con satisfacción-. Y el primero en todas las Islas Meridionales que se ha pintado en este nuevo estilo.

Kalig no sabía qué le complacía más: si el propio cuadro o el evidente deleite que su esposa sentía por el mismo. Su decisión de emplear al talentoso pero poco ortodoxo Breym para captar la imagen de la familia real de Carn Caille había sido, en gran parte, producto de la insistencia de Imogen; él personalmente había tenido dudas, aunque admitía con toda franqueza que sus conocimientos sobre arte eran, por no utilizar otro adjetivo peor, limitados. Pero el instinto de su esposa no había fallado. Los parecidos eran excelentes; tenían tal apariencia de vida que era fácil imaginarlos en movimiento, con los brazos extendidos para descender de la tela a la habitación. Los pigmentos que Breym utilizaba, además, resultaban relajantes a la vista; eran matices más suaves y a la vez más ricos que los colores chillones que prefería la mayoría de los artistas, con lo que otorgaba a la pintura una sutileza que él no había visto hasta entonces en un cuadro.

El retrato lo representaba a él, alto, con sus cabellos castaños que empezaban a encanecer, ataviado con las ropas reales que lucía en ocasiones de gran ceremonial, de pie en el gran salón de Carn Caille con la luz del sol que penetraba oblicua por la ventana, de la misma forma en que lo hacía ahora. A su lado, Imogen era una elegante figura vestida de gris y blanco, la dignidad y la serenidad personificadas; mientras que en unos taburetes bajos, delante de sus padres, se sentaban su hijo y heredero, el príncipe Kirra, y su hija, la princesa Anghara. Breym había captado la innata picardía de su hijo Kirra, de veintiún años, en la inclinación de su cabeza y en la forma vagamente despreocupada en que sus manos descansaban sobre los muslos; mientras que Anghara, en completo contraste, estaba sentada con el rostro medio oscurecido por la cortina de su cabello rojizo, su mirada violeta hacia

abajo, en una expresión de preocupada contemplación. Kalig se sintió orgulloso del retrato. En años venideros, ya sucedido por una docena de generaciones, sus descendientes seguirían contemplando ese retrato, y se sentirían tan orgullosos y satisfechos de sus antepasados como se sentía ahora él ante el cuadro.

Imogen apartó los ojos del retrato de mala gana.

-Deberíamos hacer venir a los niños -dijo-. Y a Imyssa; le prometí que vería la pintura en cuanto estuviese lista.

Kalig se echó a reír.

-¡Mientras no se ponga a buscar presagios en el pigmento!

-Oh, déjala. A su edad podemos permitirnos mimarla un poco. -Se adelantó de nuevo, llevándolo con ella, y miró con atención la tela, sus ojos miopes entrecerrados para ver mejor-. Claro está que falta un miembro de la familia ahora. En cuanto Anghara se case, tendremos que pensar en otro encargo para el maestro Breym, que incluya a Fenran. Si lo hubiera sabido hace un año, cuando se empezó el retrato...

-Entonces habríamos esperado, y cuando por fin estuviera terminado habría sido Kirra quien hubiese encontrado esposa. Entonces otra espera, hasta que hubiera nietos que añadir al cuadro. -Kalig le oprimió la mano-. ¡Si lo hubiéramos retrasado mucho más, el maestro Breym habría tenido que añadir nuestras mascarillas mortuorias!

Imogen arrugó la frente para demostrarle que su chiste era de mal gusto, pero lo dejó pasar.

-De todas formas, no estaría de más retenerlo durante un tiempo -insistió-. Sólo falta un mes para la boda, y...

La silenció con otro apretón, luego se llevó los dedos de ella a los labios y los besó.

-Se hará todo aquello que desees, mi amor. ¡Me doy perfecta cuenta de que es notoria la falta de obras de arte en Carn Caille, y sé lo ansiosa que estás por traer un poco de cultura a nuestras bárbaras vidas meridionales! ¡Mientras mis cofres puedan permitírnoslo, tendrás todo aquello que desees!

La ligera chanza era un recordatorio de los días, ya muy lejanos, en que Imogen había llegado desde su hogar, en el continente occidental, para convertirse en la reina de Kalig. Como la mayoría de los matrimonios de nivel superior, había sido una boda acordada de forma práctica, ideada para unir un rico principado de comerciantes con el poder militar de las Islas Meridionales. El pragmatismo había funcionado, ofreciendo una muy necesaria seguridad al este a la vez que una deseada prosperidad al feroz -pero empobrecido- sur; y, contra todas las probabilidades, el imposible emparejamiento de un sencillo heredero de Carn Caille, cuyo mundo giraba alrededor de la caza, la equitación y la lucha, con la educada hija de un noble acostumbrada a pasatiempos artísticos y a la elegante vida de la ciudad, había demostrado, tras un inicio incierto, ser un matrimonio de amor. Kalig e Imogen habían aprendido el uno del otro. El exuberante amor a la vida de él con la distinción de ella acabaron por combinar a la perfección; y ahora, muchos años después, el mejor cumplido que podían hacerle a su hija era desearle que su matrimonio resultase tan feliz como el suyo propio.

La familia de Imogen, lo sabían muy bien, desaprobaba la extravagante idea de que a Anghara se le permitiera escoger a su propio esposo. Kalig se había tomado a broma esta desaprobación, pues sostenía que ningún poder de la tierra ni de fuera de ella podría persuadir jamás a la princesa de acceder a un matrimonio arreglado. Imogen, por su parte, más diplomática, había asegurado a sus parientes que el norteño Fenran provenía de una familia de indiscutible nobleza, que había realizado grandes servicios a Carn Caille y que sería un

consorte muy apropiado para su querida hija. Gracias a su tacto, las dudas habían quedado en cierta medida satisfechas y habría un buen contingente de representantes del este en las celebraciones nupciales de aquel otoño.

Imogen era muy consciente de que resultaba mucho más fácil arreglar el futuro de su hija de lo que lo sería casar a Kirra, cuando llegara el momento. Como heredero de Kalig -aunque no, rezaba Imogen diariamente, durante bastantes años- sería necesaria una alianza pragmática para salvaguardar la futura prosperidad de las Islas Meridionales, y había pasado muchas horas de intriga con Imyssa, nodriza de ambos desde que nacieran, anotando los nombres y cualidades de muchachas de noble cuna de todos los puntos de aquella enorme expansión de tierra que era el mundo susceptibles de ser consideradas como una digna futura reina. Kirra observaba las deliberaciones de su madre muy divertido, lo cual era un alivio para Imogen; el joven príncipe era veinte veces más tratable que su hermana y aceptaría sin protestas la elección de sus padres, siempre y cuando la muchacha en cuestión tuviera un rostro bonito y un temperamento ecuánime. Algunas noches Imogen se despertaba bañada en sudor, asaltada por la idea de los problemas que le habrían caído encima si los caracteres de Kirra y Anghara hubieran estado invertidos.

La voz de Kalig la sacó de su ensueño.

-Mi amor, a pesar de lo mucho que admiro el trabajo de Breym, acabaremos por echar raíces en el suelo si permanecemos aquí parados contemplando el cuadro durante mucho más tiempo. Cada vez hay menos luz. Estoy hambriento...

-¡Siempre estás hambriento!

-...Y antes de retirarme esta noche debo hablar con Fenran sobre los derechos de caza en el bosque del oeste. Ha habido algunas pequeñas disputas entre los pequeños propietarios sobre... -La voz de Kalig se apagó al sentir la mano de Imogen sobre su brazo dándole unas suaves palmaditas.

-Fenran ha salido a pasear a caballo con Anghara, y dudo que los veamos para nada antes del anochecer -dijo con placidez-. Hay muchísimo tiempo para arreglar derechos de caza; ni siquiera estamos aún en plena temporada. Esta noche, mi querido esposo y señor, cenaremos en privado en nuestros aposentos, y te cantaré tus canciones favoritas, y nos retiraremos temprano. -Picardía y afecto brillaron en sus ojos-. Los negocios pueden esperar hasta mañana.

Por unos breves instantes, Kalig la contempló en silencio, luego su rostro se distendió en una lenta y amplia sonrisa. No dijo nada, pero llevó los dedos de Imogen de nuevo a los labios y los besó. Luego, tras una última mirada de satisfacción al retrato, dejó que ella lo condujera fuera de la habitación.

Mientras Kalig e Imogen se dirigían sin prisas a sus aposentos privados, la princesa Anghara hija-de-Kalig detenía su yegua de color gris oscuro en la cima de una escarpadura que señalaba el extremo más meridional de la zona de bosques. Desde el lugar que ocupaba, el panorama era impresionante. Al norte, los árboles empezaban a dominar el terreno, al principio de forma gradual para aumentar en densidad hasta fundirse en el azul verdoso ininterrumpido del mar; mientras que hacia el sur, a partir del pie de la escarpadura el terreno aparecía vacío y llano hasta morir en un nebuloso horizonte sólo interceptado por los contornos de afloramientos rocosos y alguna esporádica parcela de escasa vegetación. Con el tiempo apropiado y con la luz en cierto ángulo, era posible vislumbrar el final de la vasta

tundra meridional que terminaba sólo cuando se encontraba con los implacables glaciares de la región polar. Hoy, aquel distante resplandor pálido no era visible; el sol estaba demasiado bajo (a pesar de que durante los cortos veranos apenas si se hundía más abajo de la curva del mundo) y su suave luz de tonos dorados y naranja convertía las distancias en nada más que una confusa mancha.

Las yermas llanuras, junto con la tundra y los glaciares, formaban parte del reino de Kalig, pero nadie se había aventurado muy al interior de aquella inmensidad meridional. De hecho, el mojón que marcaba el límite de la exploración humana era apenas visible desde la escarpadura como una larga sombra que tocaba el paisaje casi directamente enfrente de ella; un rectángulo de oscuridad, anguloso y aislado, que se alzaba por entre las siluetas más pequeñas y menos claras de la maleza. Una única torre de piedra, que llevaba siglos sin ser utilizada, su puerta cerrada al paso por un edicto ya antiguo cuando los ancestros del bisabuelo de Kalig se había hecho con el gobierno de Carn Caille. El edicto era de severa sencillez: la torre no debía ser abierta *jamás;* ni siquiera debía acercarse nadie a ella. Las razones para aquella ley irrevocable se ocultaban en un pasado inmemorial, y sobrevivían tan sólo en la enigmática forma de la balada y el folclore: sólo la torre misma perduraba, solitaria, amenazadora, oscura.

Anghara se estremeció cuando un ligero vientecillo se levantó y heló sus brazos. Un lugar tan antiguo..., sus orígenes olvidados hacía tanto tiempo... No obstante, la familia gobernante de Carn Caille había vivido durante siglos con aquella tácita amenaza, y podría seguir haciéndolo durante muchos siglos venideros.

-Un céntimo de plata por tus pensamientos. -La voz que sonó a su lado, cálida, burlona y ligeramente divertida, sacó a la princesa de su ensimismamiento.

Anghara se volvió y vio que Fenran había subido también a la escarpadura para reunirse con ella, había detenido su caballo y estaba recostado en la silla mientras sus ojos grises la evaluaban con cierta *pereza.*

-Has abandonado la cacería demasiado pronto -dijo él-. ¡Ya te he dicho que la paciencia tiene sus virtudes! -E indicó delante de él, atrayendo su atención hacia el pequeño cuerpo peludo que se balanceaba sobre el pomo de su silla.

Ella rió.

-¿Una liebre? ¡Fenran, tu valor es ilimitado! ¡Toda una *liebre...,* me siento asombrada!

-¡Es más de lo que has conseguido tú, querida mía! -Fenran hizo como si fuera a darle una bofetada con la mano que tenía libre; luego dio unas palmaditas al animal muerto-. Imyssa la apreciará, aunque tú no lo hagas. Y cuando la haya estofado y añadido sus hierbas, y murmurado sus conjuros sobre la cazuela, ¡me encargaré de que no pruebes ni un bocado del resultado! -Le dirigió una amplia sonrisa-. Pero hablando en serio...

-¿En serio?

-Se está haciendo tarde. Cualquier criatura con un ápice de sentido común está ya en su madriguera o en su guarida a estas horas, y deberíamos ponernos en marcha. Si oscurece mucho más, Imyssa y tu madre empezarán a preocuparse.

Anghara suspiró. No le apetecía en absoluto abandonar el largo y luminoso día por los muros de Carn Caille, y allí arriba, en la escarpadura, había vuelto a adueñarse de ella aquella vieja sensación; la espantosa, excitante, insaciable sensación que la había asaltado tan a menudo desde que era una niña pequeña y había contemplado las llanuras meridionales por primera vez. La imperiosa sensación de querer *saber...*

Fenran vio reflejarse algo de aquello en su rostro, y su propia expresión se trocó en una de preocupación. Siguió su mirada hasta la lejana sombra que se alzaba sobre la llanura, y dijo:

-¿No pensarás todavía en la Torre de los Pesares?

Enojada consigo misma por resultar tan transparente, Anghara se encogió de hombros.

-No hay ningún mal en pensar.

-Oh, pero sí lo hay. O podría haberlo, si los pensamientos se apoderan demasiado de uno. -Se inclinó hacia adelante y le oprimió el brazo-. Olvídala, mi pequeña loba; es más seguro. Los caballos están cansados, y tu futuro amo y señor muerto de hambre. Déjalo estar y regresemos a casa.

No estaba en la naturaleza de Anghara el dejarse maniobrar u obedecer a nadie -incluido su padre- por un motivo ajeno al sentido del deber. Pero durante el tiempo que hacía que se conocían, Fenran había aprendido la forma de manejar su vivo temperamento y su tozudez, y algo en su voz la aplacó y convenció. Le dirigió una débil sonrisa y, con sólo una pequeña muestra de desgana, espoleó la yegua hacia adelante para seguirlo ladera abajo.

-¡Vamos ya, hija mía; mira la hora que es! ¡Regresa a la cama, y duérmete!

Anghara se apartó de la ventana para dirigirse a donde Imyssa revoloteaba como una regordeta y mimosa gallina clueca. La anciana nodriza había arreglado las ropas del lecho, alisado la sábana inferior, tirado del edredón relleno de plumas de ganso hasta dejarlo bien recto, y ahuecado las almohadas; ahora, con ninguna otra cosa en qué ocupar las manos, iba y venía de un sitio a otro por detrás de la muchacha.

Anghara suspiró irritada.

-No puedo dormir, Imyssa; no estoy cansada, y no quiero regresar a la cama. Ahora vete, y déjame dormir.

Imyssa la contempló con atención, sus ojos azules llenos de agudeza a pesar de estar rodeados de arrugas.

-Vuelves a estar preocupada; y no pienses que no conozco la razón.

-No la conoces -replicó Anghara-. Puede que seas una bruja, pero no puedes leer mis pensamientos; y no son cosa que te deba importar.

-¡Oh, no lo son! ¿Crees que no te conozco tan bien como a las líneas de mi propia mano, yo que te saqué del cuerpo de tu madre y te cuidé desde que eras una criatura hasta ahora que eres toda una mujer? -Imyssa cruzó los brazos-. ¡No necesito mi Arte para saber qué es lo que no va bien contigo! -Dio un paso en dirección a la princesa-. Sé dónde has estado y sé lo que has visto hoy; y te digo muy seriamente: ¡quítatelo de la cabeza y envíalo lejos, a los lugares oscuros a los que pertenece!

El problema con Imyssa, pensó Anghara, era que sus conocimientos como mujer sabia le permitían *realmente* leer la mente, o al menos las inclinaciones, demasiado bien. Hundió la cabeza entre los hombros, malhumorada, y regresó a la ventana para contemplar el oscuro revoltijo que era Carn Caille. No había luna esa noche, pero en el cielo se reflejaban los apagados resplandores del sol situado apenas a unos pocos grados bajo el horizonte, y el patio y el antiguo torreón que señalaban los límites de la fortaleza estaban claramente visibles. Más allá de Carn Caille, por encima de las colinas llenas de maleza y pasados los amontonados árboles del bosque, estaba la llanura y la tundra y la Torre de los Pesares...

La voz de Imyssa interrumpió de nuevo sus pensamientos.

-Olvídate de ese lugar, niña mía. No es una carga que tú debas soportar jamás; es a tu

hermano a quien corresponderá cuando la Tierra, nuestra Madre, se lleve con Ella a tu padre algún día; aunque espero que nos concederá aún muchos años de su compañía. -Había algo más que una ligera reprimenda en su voz, y algo, incluso, que Anghara pensó que olía a temor-. Ten en cuenta mi consejo, porque yo *sé* -añadió Imyssa llena de misterio.

El enojo se apoderó de nuevo de Anghara.

-¿Qué es lo que sabes? -exigió-. Dímelo, Imyssa: ¿qué es lo que sabes exactamente sobre la Torre de los Pesares?

Imyssa apretó los labios.

-Nada, excepto la ley que nadie ha infringido jamás; y no la pongo en duda. ¡Criaturas mejores que tú han obedecido esa ley desde el principio del tiempo, y si deseas ser una persona sensata, seguirás su ejemplo!

Había de repente tanto énfasis en su voz, que Anghara se sintió impresionada. En muy pocas ocasiones había oído a Imyssa hablar con tal fiereza; la naturaleza de la anciana era demasiado apacible y cariñosa para tener tan feo defecto, y su manifestación ahora resultaba inquietante. Un sentimiento de culpabilidad siguió al de disgusto; no había tenido intención de trastornar a Imyssa ni de hacerle pagar su mal humor, y de pronto lamentaba su arrebato.

La nodriza vio cómo la llameante luz de desafío se apagaba poco a poco en el rostro de Anghara y, agradecida por no tener que hacer hincapié en un tema desagradable, se volvió hacia una mesita baja situada cerca de la mesa. Sobre la mesilla había un reloj; un ornamentado y complejo objeto de delicadas ampollas y tubos de cristal soplado en un armazón de filigrana de plata. Un líquido de color corría por el cristal en un intrincado diseño, filtrándose despacio en las pequeñas ampollas y llenándolas, una por cada hora que transcurría. Cuando habían transcurrido doce horas, se hacía girar la estructura en su armazón y todo el proceso se iniciaba de nuevo. El reloj había sido un regalo de cumpleaños hecho a Anghara por la familia de la reina Imogen, quien valoraba en mucho tales invenciones, pero la princesa compartía -aunque en privado- la opinión de Kalig de que era un juguete cursi y que la hora podía saberse mucho más fácilmente y de una forma mucho más conveniente con sólo contemplar el cielo.

Imyssa golpeó la estructura de filigrana con una uña, y el reloj dejó escapar un suave y débil repiqueteo.

-¡Mira la hora! -dijo, agradecida por tener un nuevo tópico con que distraer la atención de ambas-. Mañana habrá una fiesta para celebrar el inicio de la nueva temporada de caza, y tendrás que tocar para los invitados del rey. ¿En qué estado estarás si no duermes?

-Estaré en forma. -Pero el resentimiento de Anghara empezaba a desvanecerse, y había un matiz de afecto en su voz-. *Por favor,* Imyssa querida, déjame ahora.

La anciana arrugó la frente.

-Bueno..., entonces te prepararé una bebida para calmarte. -Miró a su pupila-. Algo para poner fin a esas tempestuosas ideas que tienes en la cabeza.

Resultaría fácil apaciguarla, y quizás incluso la paz artificial de una pócima sería mejor que el tormento de la insatisfacción. Anghara asintió.

-Muy bien.

Satisfecha, Imyssa cruzó deprisa la puerta baja que separaba el dormitorio de Anghara del suyo. Mientras preparaba la poción somnífera de una colección de hierbas que guardaba en un pequeño morral que llevaba siempre con ella a todas partes, su voz, reprendiéndola cariñosamente, atravesó el abierto umbral, entremezclada con el rítmico golpeteo de la mano de

mortero en el almirez.

-¡Ya debieras poder hacer esto por ti misma, niña mía, en lugar de confiar en que la vieja Imyssa lo haga por ti! ¡Los huesos y espíritus de mis abuelas saben que he intentado enseñarte mis habilidades desde que apenas andabas, y saben, también, que posees el talento con tanta seguridad como cualquier mujer sabia que jamás haya existido! Pero no; nunca te has aplicado a tus estudios, como una chica obediente. Demasiado ocupada en montar a caballo, cazar y correr con los muchachos... ¡No me asombra que tu pobre madre, la reina, se desespere por ti algunas veces! -Se oyó el sonido del líquido al ser vertido, luego una cuchara de plata que se agitó con rapidez y mucho ruido en una copa de barro.

-Madre no se desespera conmigo -la contradijo Anghara-. Me acepta tal y como soy, querida Imyssa. Además, ¿de qué me servirán los conocimientos de brujería cuando esté casada?

-¿De qué? -la voz de Imyssa aumentó de potencia en el momento en que apareció en la puerta con la poción en la mano-. ¡De todo aquello que se te ocurra, y podría nombrarte unas cien cosas sin detenerme para respirar! Puedes ver más allá, puedes predecir el tiempo, tienes un don con los caballos y los perros que es la envidia de todos los habitantes de Carn Caille; ¡y no creas que no te he visto utilizar esos truquillos que te enseñé para doblegar la voluntad de cualquiera sin que se dé cuenta! Además está...

-Sí, sí -interrumpió Anghara con precipitación, consciente de que Imyssa podía y cumpliría su promesa de nombrar un centenar de diferentes posibilidades si no se lo impedía-. Pero no las *necesito.* -Sonrió-. No hace falta magia para convencer a Fenran de que piense como yo.

La nodriza sonrió burlona pero, dándose cuenta de que Anghara necesitaba más dormir que debatir, no hizo otro comentario y se limitó a entregarle la copa-. Ahí tienes. Bebe, y a la cama. -Y en voz baja masculló-: ¡No los necesita, dice!

Anghara se tomó la poción, que estaba mezclada con zumo de manzana endulzado con miel y tenía un sabor delicioso, y no protestó cuando Imyssa corrió el tapiz-cortina sobre su ventana y bajó la mecha de su lámpara hasta dejarla en una punta apenas resplandeciente. Dejó que la vieja nodriza la empujara hasta la cama, y, mientras la cubría con la colcha hasta los hombros, Imyssa le dijo, con más dulzura:

-No te preocupes, pequeña. Tienes cosas más alegres en las que pensar que antiguas leyendas. Buenas noches, mi niña.

Imyssa despedía un agradable perfume a hojas frescas y a miel y al aroma prensado de las flores de las tierras bajas; aromas que transportaban recuerdos de la infancia; y Anghara extendió su brazo y con la suya apretó la mano arrugada de la mujer antes de que ésta apagara la lámpara y la habitación se sumiera en la reluciente semioscuridad de una noche de verano meridional.

CAPÍTULO 2

Para demostrar su alegría ante el inminente matrimonio, el rey Kalig había concedido a Fenran y a Anghara el excepcional honor de iniciar el baile en la fiesta de apertura de la temporada de caza. Al contemplarlos, mientras se dirigían al centro de la habitación ante el aplauso de todos los reunidos, Kalig se recostó en su asiento y sonrió, orgulloso de la imagen que ofrecían y muy satisfecho de la vida en general.

El baile de etiqueta era otra de las innovaciones que la reina Imogen había traído a la ignorante corte de Carn Caille. Se contaba entre sus entretenimientos favoritos, y al casarse había estado decidida a no verse privada de él. Le había costado mucha paciencia y tenacidad influir en Kalig y sus nobles para que refinaran el caótico y bullicioso retozar que acompañaba a veces las más embriagadas celebraciones de la corte; por último se llegó a un feliz compromiso al introducir algunos pasos fijos y un cierto elemento de gracia en las más bellas danzas populares antiguas. El «nuevo entretenimiento» alcanzó una sorprendente popularidad, e Imogen había descubierto un inesperado aliado en Fenran, que había disfrutado mucho de la música y el baile en casa de su propio padre.

Mientras contemplaba cómo la pareja se movía y giraba por todo el enorme salón cuyo techo cruzaban grandes vigas, Imogen pensó en la espléndida pareja que hacían. Anghara desdeñaba el convencionalismo de llevar el pelo trenzado y lo lucía tal y como le sentaba mejor: suelto y cayéndole sobre los hombros en una catarata cobriza que realzaba las sencillas líneas de su ajustado vestido verde. Era alta y delgada, elegante como un joven sauce; hacía honor a su sangre real. Y Fenran resultaba el complemento perfecto, la imagen de la elegante sobriedad en negro y gris, pero con una inteligencia en la mirada y una expresión resuelta, obstinada -quizás incluso ligeramente imprudente- en su rostro moreno que compensaban su aparente austeridad. El matrimonio entre aquellos dos jóvenes prometía un resultado mejor de lo que Imogen había esperado en un principio, ya que bajo el tórrido fuego de la pasión que ardía en ellos, existía ahora un firme núcleo de compatibilidad e igualdad de ideas que mantendría la llama encendida aun cuando la edad convirtiera la pasión en un agradable recuerdo.

Es curioso, pensó Imogen, cómo un acontecimiento tan insignificante como la llegada de Fenran a Carn Caille hacía poco más de dos años, había florecido hasta convertirse, contra toda probabilidad, en algo que cambiaría sus vidas. Aunque se sentía reacio entonces a hablar de su antigua vida, Fenran era el segundo hijo -o tercero, Imogen no podía recordar cuál- del conde Bray de El Reducto, una gran isla justo al otro extremo del mundo, en el lejano norte. Una disputa familiar había dado como resultado el que Fenran abandonara su país a la edad de dieciocho años, momento desde el cual había vagado por el mundo vendiendo su cerebro o su vigor a cualquiera que quisiera emplearlo. Había llegado a las Islas Meridionales como miembro temporal de la tripulación de un carguero procedente del este, *y un* capricho de la suerte lo *había* conducido a Carn Caille cuando un capataz de la comitiva destinada a llevar la carga desde el Puerto de Ranna a la corte de Kalig contrajo unas fiebres y Fenran ocupó su lugar. Como le gustó lo que vio del intransigente pero generoso sur, Fenran se propuso congraciarse con él y demostrarse digno del servicio al rey. No tardó mucho en convertirse en guarda de los inmensos bosques de caza que lindaban con la fortaleza de Kalig.

Kalig sujetaba con fuerza el timón de su reino y pocas cosas escapaban a su atención, de modo que la diplomacia especial con que su nuevo guarda dirimía las disputas territoriales

entre sus guardabosques no tardó en llegar a su conocimiento. Tras entrevistarse con Fenran, se sintió impresionado por la franqueza e inteligencia del joven, y éste se vio ascendido al servicio directo del rey, con su propio alojamiento en Carn Caille y un lugar a la mesa de la familia real. Anghara, al encontrarse por primera vez con el nuevo brazo derecho de su padre, había reconocido en él una mente aguda, un ingenio vivo, y un sentido de la independencia y del valor que se avenían mucho al suyo.

Imogen pensó con satisfacción que este emparejamiento era todo lo que deseaba para su hija; su única preocupación era que el esposo de Anghara, tanto si era un príncipe como un mendigo, la hiciera feliz, y sobre aquel punto no tenía ninguna duda. Una mano familiar sobre su brazo la sacó de su ensimismamiento, y se volvió para ver a Kalig que se inclinaba ligeramente hacia adelante en su sillón. Le sonreía, sus cejas enarcadas en una divertida invitación, y desde todas las mesas de alrededor la gente los observaba con expectación. Al comprender qué se le pedía, Imogen se puso en pie con elegancia y dejó que los dedos de Kalig se entrelazaran con los suyos. Se inclinaron el uno ante el otro en medio de grandes aplausos, y entonces él la apartó de la mesa para seguir a Anghara y a Fenran en el remolino de la danza.

El baile duraba ya dos horas cuando Kalig hizo que se detuviera. Se volvieron a llenar las copas, la mayoría con cerveza, sidra o aguamiel, aunque algunos de los invitados más aventureros empezaban a cobrar afición a los vinos importados del este. Luego la gente empezó a pedir a Anghara que cantara y tocara para ellos. Estaba sentada a la mesa presidencial, entre Fenran y su hermano, el príncipe Kirra.

Kirra, un año más joven que Anghara, tenía una cabellera bastante más clara, casi de un rojo dorado; su nariz estaba cubierta de pecas y cuando sonreía mostraba un diente delantero torcido. Pero los últimos restos del adolescente daban paso rápidamente a una complexión y una estatura que prometían rivalizar con las de su padre. Kirra era un cazador, un jinete, un luchador; y la gente que lo conocía acostumbraba augurar que, cuando Kalig fuera por fin a reunirse con sus antepasados, el reinado de Kirra estaría muy lejos de ser apacible.

En aquellos momentos, Kirra se inclinaba para tirar con un gesto afectuoso de uno de los rizos de la cabellera de Anghara.

-Vamos, hermanita, ¡no seas tímida! -Ignoró el bufido de risa contenida de Fenran ante tal idea-. Tu arpa está afinada y dispuesta, así que no tienes excusa para defraudarnos.

La reina Imogen sonrió a su hija desde su mullido sillón.

-Cántanos una de las antiguas baladas, Anghara. Algo dulce y triste.

Anghara miró a Fenran, quien deslizó el dedo índice a lo largo de su mano.

-¿Por qué no la Canción del Pájaro Blanco? -sugirió en voz baja.

Los ojos de la muchacha se iluminaron; como siempre, él había evaluado su estado de ánimo y lo que se ajustaría más a éste. Un criado se adelantó con respeto portando la pequeña arpa de madera pulimentada, y los asistentes aprobaron con clamor y golpearon las mesas mientras ella se levantaba para ocupar el lugar tradicional del juglar, a los pies de Kalig.

Con las primeras notas del arpa, fluidas y sin embargo terriblemente nítidas como el sonido de carámbanos al romperse, todos los invitados quedaron en silencio. Anghara cerró los ojos mientras ejecutaba la introducción a la balada; luego empezó a cantar con una voz ronca pero infaliblemente afinada, con un *vibrato* que resultaba casi estremecedor. La canción hablaba de una gran ave marina blanca que partió del norte y voló a través de los hielos al sur, en busca

de la mañana. El cuento popular del que provenía aquella balada era uno de los más antiguos de las Islas Meridionales, y gran parte de su significado original se había perdido. Nadie comprendía el simbolismo del alado buscador blanco que volaba sin descanso sobre los enormes glaciares y llamaba al sol que nunca salía; pero la canción era hermosa, llena de inolvidables imágenes de gran tristeza y desamparo y anhelo. Mientras Anghara cantaba, la reina Imogen se pasó subrepticiamente los dedos por las mejillas, y cuando todos los invitados unieron sus voces al melodioso y melancólico estribillo, incluso a Kalig se le vio un parpadeo más rápido de lo normal.

Cuando la balada terminó, se oyeron nuevas palmadas sobre las mesas, y se le insistió a Anghara para que interpretara otra. Ella, tomando en cuenta el tono de su audiencia, escogió una canción más corta pero igual de conmovedora; luego, para descansar la voz, interpretó una saloma marinera sólo con el arpa. Esto fue recibido con vítores de aprobación y, ya evidentes los efectos de la bebida, con demandas de las canciones típicas isleñas que todo el mundo podía corear. Los músicos que habían tocado durante el baile unieron sus instrumentos al arpa de Anghara, y todos los reunidos empezaron a cantar a grandes voces las canciones que hablaban de mares tormentosos, batallas encarnizadas, viejas enemistades y amores perdidos. Tras una hora con este tipo de canciones, el tono de las mismas varió de forma sutil a medida que algunos de los más osados -o más borrachos- de los hombres presentes introducían un elemento más obsceno, e Imogen, al comprobar que Kalig estaba demasiado incómodo para unirse a ellas como hubiera hecho sin su moderadora influencia, sonrió débilmente y se alzó de su asiento con intención de retirarse. Su ejemplo hizo que muchas de las otras mujeres también se levantaran, e Imogen dirigió a su hija una mirada inquisitiva.

-¿No estás cansada, cariño? -le preguntó.

Anghara irguió la cabeza y le sonrió.

-Aún no, madre. Me quedaré un poco más.

-Muy bien. Pero recuerda, una mujer necesita descansar. Que no sea hasta muy tarde.

El tópico hizo que la princesa se sintiera violenta, pero se esforzó por no demostrarlo y su sonrisa se amplió con compasiva indulgencia.

-Sí, madre.

Kalig se levantó y besó a su esposa -un gesto que fue saludado con gritos de aprobación desde las mesas más ruidosas- y la reina abandonó la sala a la cabeza de una pequeña procesión de damas. Mientras un paje cerraba la puerta detrás de ellas, Anghara se levantó del lugar que ocupaba a los pies del rey, colocó su arpa a un lado, y se reunió con Fenran en la mesa principal. Esa noche había sido la primera que había tocado tanto y los dedos le dolían de tanto tañer sus cuerdas; ya había hecho suficiente y era hora de que los juglares a los que se pagaba para ello ocuparan su lugar. Además, quería estar libre para concentrarse en las diversiones que seguirían cuando terminaran las canciones.

Los incondicionales de la sala se habían lanzado ya a una de las canciones de taberna más populares, una canción muy complicada y ambigua sobre una sirena y un muy bien dotado marino; otros empezaban a perder sus inhibiciones y se unían a ella, y el príncipe Kirra, a la izquierda de Anghara, cantaba a voz en cuello. Fenran volvió a llenar la copa de la muchacha, luego le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia sí.

-¿Es esta canción demasiado para tus tiernos oídos, mi amor? -se burló.

Ella le hizo una mueca.

-¡Aprendí *esta* balada de Kirra cuando yo tenía ocho años y él siete! -replicó, luego se echó

Librodot

a reír-. Tendremos que tener cuidado de que no se cuele en los festejos de nuestra boda, o a mis finos parientes del este les dará un ataque.

-Deberías cantar la Canción del Pájaro Blanco en la celebración -dijo Fenran-. Reto a cualquiera, sea del este o no, a que no se sienta conmovido por ella.

-No puedo cantar en mi propia boda; mi madre jamás lo permitiría.

El le dedicó una sonrisa privada y secreta.

-Entonces debes cantarla para mí. Después, cuando estemos solos...

Cualquier respuesta que Anghara hubiera podido dar quedó eclipsada por un clamor apabullante que casi lanzó por los aires el techo de la sala cuando la canción tocó a su fin. En el momento de relativa calma que siguió, el rey Kalig golpeó la mesa con los puños pidiendo silencio, mientras platos y cubiertos tintineaban aún por doquier.

-¡Cushmagar! -aulló el rey-. ¡Que venga Cushmagar!

Los que estaban lo bastante cerca para oírlo repitieron su grito, y Anghara sonrió al tiempo que unía su voz a la de ellos.-¡Cushmagar! ¡Cushmagar!

En respuesta a los gritos, las puertas del otro extremo de la sala se abrieron desde fuera. Una ráfaga de aire frío agitó la atmósfera sobrecargada e hizo humear al enorme fuego, a la vez que anunciaba la entrada de un hombre de cierta edad que cruzó despacio el umbral, apoyado en el brazo de un criado todavía muy joven. Tras ellos aparecieron otros dos criados que transportaban entre ambos un arpa cuatro veces el tamaño de la de Anghara, moviéndola con tanto cuidado como si estuviera hecha de cristal. Los gritos que saludaron su llegada eran ensordecedores; incluso Kalig se puso en pie y aplaudió mientras la pequeña procesión avanzaba lentamente por el pasillo central de la sala en dirección a la mesa presidencial.

-¡Cushmagar! ¡Cushmagar!

El anciano sonrió tímidamente, inclinando la cabeza a derecha y a izquierda en reconocimiento a la aprobación que le demostraban. Su joven ayudante levantó los ojos hacia Kalig, recibió un gesto de asentimiento, y condujo al anciano al lugar reservado para él a los pies de su rey.

Cushmagar el arpista se acomodó con solemne dignidad en el montón de almohadas, y esperó a que colocaran su enorme instrumento frente a él. Era un hombre enjuto y fuerte, todo músculo y energía, sin un ápice de carne de más y, con su melena, blanca pero abundante a pesar de sus años, parecía un viejo y nudoso endrino todavía floreciente. Diez años atrás una afección de cataratas en ambos ojos le había robado la visión, pero sus otros sentidos, quizás en parte para compensarlo de esa pérdida, poseían aún toda su agudeza. Todo hombre, mujer y niño de las Islas Meridionales conocía a Cushmagar y reverenciaba su nombre. Era el arpista privado del rey, el bardo de bardos; y en sus conocimientos del folclore y los mitos del lejano sur no tenía rival.

Colocaron el arpa con cuidado delante del anciano, y mientras Cushmagar flexionaba los dedos, Anghara sintió cómo un profundo escalofrío recorría su cuerpo. Éste era el momento que había aguardado con las mayores ansias; el punto culminante de la tradicional fiesta de apertura de la temporada de caza, cuando el mundo temporal y corpóreo de la comida y la bebida y de la diversión quedaba rezagado por un tiempo para dar paso al mundo de la magia y el misterio, cosas que no podían tocarse pero que palpitaban y circulaban por las profundas cavernas de la memoria ancestral. La princesa contuvo el aliento para no romper el hechizo. Un gran silencio reinaba en la sala. Cushmagar sonrió. Sus dedos tocaron las cuerdas del arpa y una oleada de sonido brotó del instrumento, conjurando el murmullo del agua al correr

sobre las piedras y el de las voces sobrenaturales, por entre los árboles en pleno verano. Pronto una reluciente cascada de notas rompió el expectante silencio e inundó la gran sala como una potente marea. Un suspiro intenso e involuntario surgió de entre los reunidos como contrapunto a la energía de la música, y Anghara cerró los ojos, entregándose por completo al impetuoso lamento del mar que fluía de los dedos del anciano arpista.

Ese era el momento más importante de las celebraciones; el momento en que se rendía tributo a las fuerzas implacables de la naturaleza a las que toda criatura viviente debía lealtad. El deber del arpista mayor había sido siempre ofrecer el tributo a su manera, y Anghara creía que jamás ningún hombre igualaría ni podría rivalizar con Cushmagar en su invocación de esta lealtad. Al anciano bardo lo inspiraba algo que estaba más allá del alcance del mortal ordinario. Su arpa abría de par en par las puertas de la sala y hacía aparecer la gran panorámica del mundo: los elevados acantilados y los encrespados estrechos marinos que separaban las dispersas islas, la moteada y pensativa paz de los senderos forestales, la belleza salvaje de la tundra meridional y el hechizado y resonante vacío de las enormes llanuras heladas situadas más allá. Mientras escuchaba, extasiada, Anghara encontró tiempo para sentirse profundamente agradecida porque su época y la de Cushmagar se habían superpuesto; agradecida, también, por el gran privilegio de haberlo tenido como maestro. El talento de la muchacha jamás se acercaría al de él, pero lo había alimentado y le había mostrado cómo conjurar lo mejor de sí misma, y ésa era una bendición que jamás podría compensar.

Notó cómo los dedos de Fenran se posaban suaves sobre los suyos mientras la dedicatoria de Cushmagar continuaba, y se dio cuenta de que también él se sentía atrapado en la música. Permanecieron así, con las manos unidas pero sin que ninguno moviera ni un solo músculo, hasta que, al cabo de un tiempo que ninguno de los presentes en la sala hubiera sido capaz de determinar, las últimas notas ondulantes se fusionaron en un acorde conmovedor que flotó un buen rato en el aire antes de desvanecerse. Durante unos instantes, los presentes permanecieron en completo silencio. Luego, con los últimos ecos del arpa, un gradual movimiento sonoro, un murmullo que crecía por momentos se dejó oír cuando ciertos hombres y mujeres soltaron la respiración contenida mientras duró el hechizo de la música.

Cushmagar levantó sus ojos ciegos hacia la mesa del rey y sonrió de nuevo, una débil sonrisa algo tímida que rompió con toda deliberación el encantamiento y marcó el regreso al mundo real. La ceremonia aún no había terminado por completo, pero lo que seguiría sería mundano; el tradicional y esperado reconocimiento a sus habilidades. La magia había finalizado.

Kalig se puso en pie, y a su señal todos los presentes hicieron lo mismo. El rey tomó una bandeja de estaño batido con gran deliberación y empezó a llenarla de exquisitos manjares de su propia mesa. Cuando estuvo llena casi a rebosar vertió aguamiel en una copa, y tras abandonar su lugar, avanzó con protocolaria dignidad hasta donde Cushmagar estaba sentado. Se detuvo ante el anciano arpista, se inclinó ceremoniosamente, y colocó la bandeja y la copa a los pies del hombre como si hiciera una ofrenda a una deidad. La aprobación resonó por toda la sala; luego un tumulto de voces *reemprendió el grito que* habían lanzado al entrar el músico. -¡Cushmagar! ¡Cushmagar! ¡Cushmagar! Sonriente todavía, tímido como siempre, Cushmagar esperó a que su joven paje se adelantara y pusiera la copa de aguamiel en una de sus manos mientras guiaba la otra hasta la bandeja. Tomó un buen trago de la bebida y luego clavó los dientes, fuertes y afilados, en un muslo de pollo. Todo el mundo lo observó con atención mientras masticaba y tragaba; luego el anciano dejó las provisiones en el plato y su

Librodot

entusiasmado suspiro de satisfacción se elevó hasta el enmaderado del techo.

Hubo más vítores de una naturaleza más general cuando el rey Kalig regresaba a su asiento, y en ellos estaba presente un inconfundible elemento de alivio. El ritual se había llevado a cabo y todo estaba bien; la música del arpista había alejado a los espíritus sombríos que de otra forma hubieran atormentado los pasos de los cazadores en aquella nueva temporada; el rey había ofrecido la recompensa apropiada al arpista, y éste la había encontrado a su gusto. Todo estaba bien, y ahora la parte más simple de la tarea de Cushmagar podría empezar.

-¡Una historia, Cushmagar! -El príncipe Kirra se inclinó hacia adelante con ansiedad, gesticulando con su copa de vino a pesar de que el anciano no podía verlo-. ¡Cuéntanos una historia para iluminar nuestro camino hasta el lecho esta noche!

Cushmagar lanzó un ligero cloqueo, y sus dedos acariciaron el arpa, arrancando un fino y tembloroso gemido a las cuerdas. -¿Qué clase de relato, mi alteza real? -Tenía una voz de barítono que la edad no había apenas estropeado-. ¿Una fábula de los mares? ¿O de los bosques? ¿O...?

-No -interrumpió Anghara sin darse cuenta de lo que hacía, y cuando Cushmagar volvió la cabeza en dirección al lugar del que había salido su voz, se sintió llena de confusión. Sus ojos se encontraron con los ojos ciegos del anciano *y* tuvo la desconcertante sensación de que, a pesar de su ceguera, la veía tan bien como lo había hecho siempre antes de que sus ojos perdieran la luz. Y entonces ella se dio cuenta de qué era lo que la impulsaba, y qué era lo que quería escuchar.

-Princesa. -La voz de Cushmagar se llenó de afecto-. Mi pequeña intérprete de canciones y luchadora en cien batallas, ¿has dejado sueltos tus cabellos esta noche, mi pequeña ave canora? ¿Y está tu arpa bien afinada, y la madera lustrada y alimentada con cera de abeja, como yo te enseñé?

Anghara sonrió, reprimiendo la emoción que los recuerdos del anciano le traían.

-Sí y sí, Cushmagar.

El arpista asintió en señal de aprobación.

-Entonces te has ganado una historia. ¿Cuál quieres escuchar?

-Háblame de la Torre de los Pesares, Cushmagar. Ésa es la historia que me gustaría escuchar esta noche.

Su hermano le susurró a modo de advertencia:

-Anghara...

Sintió como Fenran, junto a ella, se agitaba incómodo en su silla, y Kalig arrugó la frente desde su asiento. Pero su desaprobación no la hizo vacilar: si Cushmagar estaba dispuesto a hacerlo, nadie se lo podría negar. Hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo, que la más antigua de las historias no había sido contada en la sala de Carn Caille, y la repetición del relato resultaba ya conveniente. La muchacha quería escucharlo; *tenía* que escucharlo esa noche.

Cushmagar deliberó durante un buen rato. Luego levantó los ojos por fin hacia ella.

-Muy bien. Que sea como desea mi princesa. -Alzó un dedo torcido para instar al auditorio a guardar silencio-. Así empieza la leyenda de la Torre de los Pesares.

Sus manos se posaron sobre el arpa, y el instrumento lanzó un triste gemido, como el legendario grito del Pájaro Blanco de la Mañana, perdido, solitario y desolado. Un escalofrío recorrió las venas de Anghara y su mano se crispó en un gesto involuntario debajo de la de Fenran; cuando levantó los ojos para mirarlo vio que las cejas del muchacho estaban fruncidas y su rostro tenso. El lúgubre grito del arpa flotaba aún en el aire, y sobre él se oyó la voz de

Librodot

Cushmagar, que adoptaba la melodiosa cadencia lírica del narrador tradicional.

El relato era el más antiguo de los miles de relatos míticos que se entrelazaban en la historia de las Islas Meridionales. De niña, Anghara había permanecido tumbada en su cama muchos anocheceres de invierno iluminados por la luz de las lámparas, escuchando extasiada cómo Imyssa le relataba, con su canturreo en forma de sencillas y melancólicas canciones de cuna la leyenda de las penas de la Madre Tierra y de la traición de que había sido objeto; medio dormida, había soñado con el Hijo del Mar y su solitaria carga; pero el relato del anciano arpista de la extraña historia la desgarraba de una forma como ningún otro hubiera podido hacerlo. Su voz conjuraba imágenes que eran a la vez terribles y hermosas, mientras sus manos arrancaban un majestuoso contrapunto de las cuerdas del arpa, dotando de vida las imágenes. El mar, el vendaval, la crueldad del hombre, el tormento de la misma Tierra, todo cruzó por la mente de Anghara mientras sujetaba todavía con fuerza la mano de Fenran y, con los ojos cerrados, se sumergía en el relato de Cushmagar.

Nunca le había querido enseñar el texto de la leyenda, ni la música que la iluminaba. Por mucho que suplicara o se mostrase zalamera, nunca se las quiso decir.

-Cada arpista debe cantar sus canciones, princesita -le decía-, y ésta no es una canción para ti. -Luego le palmeaba la mano y la regañaba por descuidar sus ejercicios musicales, antes de cambiar de tema con firmeza...

Apartó de su mente aquel involuntario recuerdo de los días pasados. El relato estaba casi terminado, y la música del arpista subía hacia un vertiginoso y ondulante clímax antes de hundirse en la cadencia final, dulce e infinitamente triste, que tembló en la calurosa y humeante atmósfera. Eran notas argentinas, relucientes, que creaban una extraña armonía cuando Cushmagar pronunció las últimas palabras del relato con un único, lento y susurrante suspiro.

Ningún aplauso rompió el silencio que se adueñó de la sala. Gritar, dar golpes o palmadas sobre las mesas habría sido un homenaje demasiado vulgar para el anciano maestro que se sentaba, con la cabeza inclinada, a los pies del rey, las manos descansando ahora inmóviles sobre su regazo. Los párpados de Anghara se agitaron sin querer y se abrieron; por entre la neblina provocada por el fuego y las velas que llenaban la habitación vio cómo su padre, una sombra entre las sombras, se alzaba despacio de su asiento y se encaminaba hacia el anciano.

-Cushmagar -la voz de Kalig sonaba distorsionada por la emoción-. Le haces un honor a Carn Caille que jamás podrá pagarte como es debido. ¿Qué regalo podemos hacerte a cambio de tu genio?

Cushmagar levantó sus ojos sin luz y sonrió.

-Ninguno, mi señor. Tengo un techo sobre mi cabeza y ropas sobre los hombros; tengo alimentos en abundancia, y a un público fascinado que aplaude y alaba mis divagaciones. Os aseguro, mi señor ¡que *eso* es todo lo que puede desear un arpista!

Se oyeron risas, y Anghara comprendió que Cushmagar manipulaba de forma deliberada y muy hábil la atmósfera predominante en la sala, como si percibiera el peligro en las secuelas de su relato. Y aunque se unió a las risas enseguida, cualquiera que conociera a Kalig habría visto la repentina oleada de alivio que hizo desaparecer la inquietud de sus ojos.

Alguien gritó:

-¡Ofrécenos una canción acertijo, Cushmagar!

El músico lanzó una risita, y pulsó una nota discordante en el arpa que provocó un coro de gemidos. Luego interpretó una melodía rápida y frívola que dio paso a una de las viejas

canciones favoritas de la corte que exigía una gran participación de la audiencia. Se golpearon las mesas con copas y cuchillos en muestra de sincera aprobación, y mientras los reunidos coreaban a voz en grito la primera estrofa, Anghara se recostó en su asiento reprimiendo un escalofrío de desagrado. No quería tener que escuchar canciones infantiles, no después de la anterior actuación de Cushmagar; parecía una parodia. Quería mantener el estado de ánimo que se había apoderado de ella, no perderlo. Si existían espíritus en el relato del arpista, no quería desterrarlos.

Y así, arguyendo cansancio, se excusó y se levantó para marcharse. Fenran le besó la mano -en público, no podía hacer más que esto todavía- y ella rodeó la mesa, inclinándose sobre el anciano Cushmagar para susurrarle al oído palabras de agradecimiento y unas cariñosas buenas noches mientras éste seguía tocando. Su roce lo alertó; apartó una mano de las cuerdas y le sujetó la muñeca.

-¡Ten cuidado, princesita! -Su voz resultaba casi inaudible en medio de los entusiastas y ruidosos cantos, y sus palabras eran sólo para los oídos de la muchacha-. No viajes demasiado rápido, o demasiado lejos. Recuérdalo, mi ave canora, ¡por el bien de todos nosotros! -Y la soltó, recuperando con tanta rapidez el ritmo de la alegre canción que por un momento ella se preguntó si no habría imaginado todo el incidente.

Pero no lo había imaginado, y tampoco había escapado a la atención de su padre aquel breve cambio de impresiones. Cuando Anghara se acercó a él para besarlo, Kalig la miró con fijeza y ella pensó que diría algo; pero el rey se lo pensó mejor. Tomó su mano, la apretó, hizo una pausa, le dio luego unas palmaditas en los dedos y, tras sacudir la cabeza, dirigió su atención a otro lugar mientras ella abandonaba la amplia sala.

Las pesadas puertas se cerraron a la espalda de Anghara, y los sonidos de la fiesta quedaron al otro lado. Desde la sala, el ala principal de la enorme fortaleza de Carn Caille se extendía en una y otra dirección; la princesa se detuvo para aspirar una buena bocanada de aquel aire más puro, luego se dirigió hacia la izquierda en dirección a las escaleras que conducían a los aposentos de las mujeres y a su propio dormitorio. En algún lugar a lo lejos una contraventana suelta golpeteaba con un ritmo hueco y desigual; un viento helado había conseguido penetrar en el interior y se arremolinaba por los corredores; Anghara sintió cómo tiraba del borde de sus faldas y le helaba los tobillos mientras andaba, al tiempo que ráfagas vagabundas aullaban sombrías en las torres más altas del viejo edificio. Era muy tarde, y sólo ardían todavía algunas pocas antorchas a lo largo de las paredes. Llameaban inquietas en las corrientes de aire, y la tenebrosa atmósfera le recordó otros tiempos, otras vidas, el gran número de generaciones de sus antepasados que habían paseado por entre aquellas paredes y sobre cuyas espaldas había recaído la pesada carga de la Torre de los Pesares y su secreto, al igual que le ocurría a Kalig ahora. Las imágenes no querían abandonarla; en una ocasión, se detuvo y miró atrás, medio esperando ver acumularse las sombras y formar figuras familiares detrás de ella. El pasillo estaba desierto... pero las imágenes persistieron, y la más poderosa de todas era la inolvidable evocación que Cushmagar había hecho de la solitaria torre de la tundra. Aquellos antiguos reyes y reinas que habían gobernado durante siglos en Carn Caille habían conocido su secreto. Su padre lo conocía ahora, y un buen día su hermano Kirra también lo conocería; pero a ella jamás se le concedería este privilegio. El misterio de la Torre de los Pesares le estaba vedado para siempre a todos menos al monarca reinante; y sin embargo, desde que podía recordarlo, ese misterio había obsesionado a Anghara, y de esa obsesión ni podía ni

Librodot

deseaba escapar. Miedo, fascinación, anhelo, la frustración de saber que su curiosidad no se vería saciada jamás; todo se fundía en una sensación de dolor tal que a veces parecía incluso dolor físico. A veces, como sucedía esa noche, el sufrimiento la hacía comportarse de forma temeraria y estúpida; pedirle a una arpista que interpretara la historia de la Torre de los Pesares en una celebración como aquélla era una violación flagrante del protocolo, y tan sólo la buena disposición de Cushmagar había evitado que Kalig hiciera oír su desaprobación. El incidente no quedaría olvidado, no obstante.

Anghara suspiró. Era demasiado tarde para lamentar lo que había hecho, pero le costaría conciliar el sueño. Siguió andando, e intentó disipar la extraña sensación que la embargaba, como si la siguiera una legión de espíritus.

Librodot

CAPÍTULO 3

La primera cacería oficial de la nueva temporada abandonó Carn Caille a la mañana siguiente y dejó tras ella a una Anghara frustrada e irritable. Había dormido mal, atormentada por pesadillas fragmentadas, *y* cuando Imyssa trajo su desayuno en una bandeja a la hora acostumbrada trajo también un recado de la reina Imogen, quien ordenaba a su hija que la fuera a ver para una prueba de su traje nupcial.

-¿Hoy? -protestó Anghara-. ¡No puedo, Imyssa! ¡Es la primera cacería de la temporada!

-Entonces sencillamente tendrás que perdértela, ¿no es así, mi niña? -repuso la vieja nodriza sin inmutarse-. Habrá muchas más.

-¡No te sientas tan satisfecha! -le espetó Anghara-. ¡La primera cacería de la temporada puede que no signifique nada para ti, pero sí para mí! Mi madre podría muy bien escoger otro día...

-No le es posible; la hermana de la costurera se ha puesto enferma y la ha dejado falta de mano de obra, así que no puede cambiar sus planes para complacer tus caprichos. Puedes decir lo que quieras, muchacha, pero obedecerás a tu madre, la reina, y no habrá más discusiones. -Imyssa miró a su pupila con severidad, luego añadió con aspereza-: Además, después de lo que hiciste en la fiesta de anoche...

Anghara arrugó la frente, enfurecida.

-Tú no estuviste en la fiesta. ¿Cómo sabes lo que sucedió?

-Yo sé lo que sé -replicó Imyssa-. Y jamás lo hubiera creído de ti. ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años? ¿Es que todas mis enseñanzas se han limitado a entrarte por un oído y salir por el otro? ¡Pedirle a Cushmagar esa balada!

Así que era eso. Una muy sutil forma de castigo para demostrar la desaprobación de sus padres por su violación del protocolo, y una amable advertencia para que no lo volviera a hacer. Anghara encorvó los hombros *y* la miró ceñuda.

-¿Por qué se ha de hacer tanto escándalo sobre ello? Cushmagar la ha tocado infinidad de veces; no es nada nuevo.

-Pero jamás en una fiesta de la cacería. ¡Me maravilla que no se negara y no lanzara un mal augurio sobre toda la temporada!

-Pero no se negó.

-Quizá no. Pero podría haberlo hecho. -Imyssa se detuvo, luego suspiró y se acercó a la cama. Colocó a un lado la bandeja del desayuno intacta y se sentó, extendiendo las manos para tomar las de la muchacha.

-Hijita, debes olvidar esas cosas. Olvida las antiguas historias y los viejos secretos. No son para ti. Jamás tendrás que soportar la carga de tu padre, eso será para tu hermano, así que quítatelo de la cabeza, porque no tiene un lugar allí. -Vio que Anghara iba a protestar, y sacudió la cabeza-. Ahora no intentes fingir que no me comprendes. Imyssa es un viejo pajarraco sabio. Sabe lo que bulle en la cabecita de su polluelo.

Algo en el tono de voz de su nodriza hizo que Anghara tuviera la impresión de que un pedazo de hielo se deslizaba por entre sus costillas. Tiró de sus manos para liberarlas, repentinamente angustiada y un poco acobardada.

-Tú no deberías saberlo, Imyssa. Tú no deberías saber lo que pienso, lo que siento...

-Pero así es, mi cielo, porque veo con algo más que mis ojos. -Imyssa se palmeó la frente, y su rostro pareció de repente cansado y arrugado-. Y veo más allá de ti, contemplo un futuro

Librodot

que me atemoriza. Veo un peligro que tú no sabes ni puedes conocer, porque aunque posees ese poder, no lo utilizas. Utilízalo ahora, criatura; ¡utilízalo ahora, por el bien de todos nosotros! ¡Confía en la vieja Imyssa, y *olvida* esas cosas!

Sus palabras dieron en el blanco como una ráfaga de viento helado del sur, y Anghara la miró de nuevo.

-¿Qué peligro ves? -susurró.

-Eso no puedo decirlo. A lo mejor otra mujer más sabia que yo podría decírtelo, pero carezco de la habilidad para ver con más claridad. Pero tienes toda una vida de felicidad ante ti, mi pequeña. Si quieres conservar esa felicidad, no pienses en la Torre de los Pesares.

Anghara se estremeció de pronto, involuntariamente.

-Soñé con ella anoche. Con la Torre...

-Entonces eso tan sólo confirma lo que digo. No está, bien que tengas tales sueños. Se debería evitar y olvidar ese viejo lugar, y si no lo haces, vas en contra de la misma Tierra.

Por un instante la muchacha pareció mirar a través de Imyssa y más allá de ella, a un reino que sólo ella podía ver, y el miedo que se pintaba en su rostro hizo temblar a la anciana nodriza. Imyssa volvió el rostro hacia la ventana, donde unos delgados jirones de nubes altas dibujaban imágenes en el cielo matinal, y en silencio pronunció una invocación protectora. El conjuro calmó su mente; a los pocos momentos podía ya volverse hacia Anghara otra vez y mostrar un rostro tranquilo.

-Come -dijo-. Y luego vístete. No se debe hacer esperar a tu madre, la reina.

Aguardó hasta que, despacio y con cierta desgana, Anghara empezó a tomar su desayuno, antes de dirigirse en silencio a la habitación contigua que era la suya.

Y de este modo, Anghara contempló cómo la cacería se ponía en marcha, en un intento de reprimir su frustración, pero con poco éxito. Cuando los cazadores estuvieron reunidos en el patio, Fenran se había inclinado desde su caballo -una gran yegua marrón oscuro que ella misma había escogido- y besó su altivo y enojado rostro.

-No te inquietes, mi amor. -Su sonrisa era a la vez cariñosa y perversamente divertida-. Volveremos a cazar mañana, solos tú y yo. Y entretanto te traeré la pieza más exquisita.

-¡Si es que puedes cazar algo mayor que una liebre! -replicó ella.

Fenran se echó a reír, y el enojo de la princesa se aplacó un poco. Dio una palmada en el lomo de la yegua, haciendo que el animal diera nervioso un quiebro tras otro.

-Buena caza, mi amor. Que la Madre Tierra te devuelva sano y salvo.

La cabalgata ofreció un espectáculo impresionante cuando pasó bajo el arco de la vieja torre del homenaje de la fortaleza para salir a la brillante mañana. Kalig iba a la cabeza, resplandeciente sobre su corpulento caballo bayo, con los podencos de más edad, grandes, peludos y grises, corriendo por la abertura a ambos lados de él. Detrás iba Kirra, quien cabalgaba junto a Dreyfer, el encargado de los perros; luego Fenran junto al jefe de los guardabosques de Kalig, con el resto de la jauría que giraba y saltaba como un torrente alrededor de sus monturas. Tras los perros cabalgaban los nobles de menor categoría, los invitados y los criados, y Anghara sintió una punzada de irritación al ver a gran número de mujeres entre ellos. Tenía un nuevo equipo de montar preparado para esta ocasión, había planeado la estrategia, la pieza que perseguiría... y ahora sus planes se habían convertido en cenizas.

El último de los jinetes cruzó el arco, y el sonido de los cascos, ¡as voces y el ladrido de los

Librodot

perros se amortiguó al otro lado de las sólidas murallas de granito de Carn Caille. En algún lugar sobre la cabeza de Anghara, una contraventana repiqueteó con fuerza e intencionadamente: era Imyssa que arreglaba la habitación de la princesa y le lanzaba un oportuno recordatorio de su deber. Anghara suspiró y con una última y pesarosa mirada al invitador azul profundo del cielo se dio la vuelta y penetró de nuevo en la sala.

Encontró a su madre en la antecámara que comunicaba con la sala, y que la familia había convertido en los últimos años en su dominio privado. La luz del sol penetraba a raudales por la alta ventana y hacía resaltar el nuevo retrato que dominaba la pared opuesta: Imogen estaba sentada en un diván acolchado, rodeada por piezas de ropa a medio desenrollar, mientras Middigane, la costurera, se sentaba en un taburete bajo a sus pies.

Middigane era una mujer regordeta que recordaba a un pequeño petirrojo de ojos azules y cabellos todavía negros como el azabache a pesar de su avanzada edad. Vivía en una de las islas exteriores. Viuda de un capitán de barco mercante, había retomado el oficio de su juventud cuando su esposo se ahogó en una tormenta primaveral, y a pesar de los inconvenientes para traerla desde su hogar a Carn Caille siempre que era necesario consultarla, la reina había insistido en asegurarse sus servicios para la realización del traje de novia de Anghara. Imogen había descubierto el talento de Middigane hacía algunos años, y sostenía que era la única costurera de todas las Islas Meridionales que podía empezar a igualar la destreza de sus más sofisticadas colegas del este. Su única pena era que Middigane se negaba con firmeza a abandonar su isla a cambio de una residencia permanente en Carn Caille; pero, conociendo a Middigane, Anghara tenía para sí que tal negativa provenía de su interés en los hombres más viriles de su localidad, algo que le resultaría más difícil permitirse bajo la mirada de la reina.

Cuando la princesa entró, Middigane se incorporó y le dedicó una reverencia. Anghara besó a Imogen, y la reina la estudió con ojos de miope pero críticos.

-Has perdido más peso, Anghara. ¿Cuántas veces he de decirte que no comes lo suficiente? Middigane, me temo que tendremos que entrar un poco más la cintura del vestido.

Middigane se inclinó sobre sus rollos de tela y sacó el traje de novia de Anghara. Hasta ahora consistía en poco más que enaguas y corpiño, pero el traje terminado sería una fantástica mezcla de seda gris perla recubierta de encaje plateado, y rematado con una enorme cola sobre la que Middigane planeaba coser un millar de diminutos ópalos. Anghara hubiera preferido algo bastante más sencillo, pero Imogen no había querido oír hablar de tal idea: estaba decidida a que la boda de su única hija fuera un acontecimiento de gran esplendor y solemnidad, y pensaba demostrar a los dignatarios visitantes procedentes de su país natal que Carn Caille podía igualar a cualquier pompa del este. Se habían producido algunas escaramuzas entre madre e hija, pero Imogen se había salido con la suya y Anghara hubo de resignarse a la perspectiva de una boda celebrada con todo el ceremonial.

Con Middigane moviéndose y enredando a su alrededor, se quitó sus ropas y se introdujo en el traje, luego subió al pequeño taburete para permitir que la costurera se pusiera a coser y sujetar alfileres. Imogen tomó un bordado que había dejado a un lado y mientras alisaba la tela sobre el bastidor, dijo:

-Anghara. Tu padre y yo no estamos nada satisfechos de tu comportamiento en los festejos de anoche.

Anghara volvió la cabeza, con lo que provocó un gemido de protesta de Middigane y sus mejillas enrojecieron enseguida.

Librodot

-Madre...

-No; quiero que me escuches, criatura. -Imogen levantó la vista, y sus ojos, que normalmente eran plácidos y suaves, aparecían más severos que de costumbre-. Tu temeridad al hablar como lo hiciste a Cushmagar podría haber arruinado toda la temporada de caza. Tal y como están las cosas, no se produjo ningún perjuicio; pero me gustaría pensar que *jamás* volverás a comportarte de una forma tan estúpida.

Anghara era muy consciente de que Middigane escuchaba con gran atención; no obstante, según la costumbre de los nobles del este, la reina Imogen no sentía el menor escrúpulo en decir lo que pensaba en presencia de inferiores. Ahora, el relato de las fechorías de Anghara se extendería sin duda por todas las islas exteriores en el mismo instante en que Middigane pusiera los pies de nuevo en su tierra, y la princesa se sintió como una criatura de cinco años a la que reprendieran ante las mal disimuladas risitas de sus iguales.

Giró la cabeza enojada.

-Tal como dijiste, madre, no se produjo ningún perjuicio.

-Esa no es la cuestión. Quiero tu palabra, Anghara.

La joven apretó los dientes.

-La tienes. -E hizo una mueca cuando Middigane, distraída, hizo un torpe movimiento y le clavó un alfiler-. ¡Ten cuidado, mujer!

-¡Anghara! -La voz de Imogen sonó helada, y, conocedora del tono y del poco frecuente pero implacable genio de su madre, Anghara se apaciguó.

La reina aguardó hasta que el fuego hubo desaparecido de los ojos de su hija, luego se puso en pie.

-Te dejaré en las manos capaces de Middigane -anunció-. Cuando ella ya no te necesite, puedes venir a verme a mi tocador, y daremos una mirada a las joyas que llevarás en tu boda. -Intercambió una sonrisa amable y un tanto resignada con la pequeña costurera; luego le dio la espalda a su hija y salió de la habitación.

Anghara miró por la ventana la brillante mañana. Pensó en la cacería, en Fenran, en el ladrido de los podencos y en la embriagadora excitación de la caza. A sus pies, Middigane canturreaba desafinadamente con la boca llena de alfileres; la princesa cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y resistió la tentación de pisar la mano de la menuda mujer y fingir que había sido un accidente. Un mes, pensó. Sólo un mes.

Su suspiro fue como un débil soplo en la soleada habitación.

La reina Imogen no volvió a hacer referencia al episodio de la noche anterior cuando Anghara se reunió con ella en su habitación algo más tarde; no obstante, la tensión residual que flotaba en la atmósfera entre madre e hija resultaba palpable e incómoda. Durante dos horas, la princesa permaneció sentada junto a Imogen, examinando obediente la desconcertante colección de collares, diademas, brazaletes y anillos que su madre, con un gusto impecable, *había* seleccionado para que ella escogiera. La joven no podía concentrarse; el hecho de haberse perdido la cacería aún le dolía, y -aunque no se atrevía a decírselo a su madre- se sentía muy poco interesada en todo aquello. Llevaría lo que Imogen aconsejara. Todo lo que deseaba era alejarse de los sofocantes muros de Carn Caille y encontrarse al aire libre bajo el sol.

Por fin la dura prueba terminó. Anghara abandonó los aposentos de su madre y recorrió a toda prisa los pasillos de la vieja fortaleza en dirección a su propia habitación, ansiosa por

librarse de sus ropas palaciegas y aprovechar lo mejor que pudiera lo que quedaba del día antes de que regresaran los cazadores. Se celebraría otra fiesta por la noche, aunque de menor envergadura que la anterior; necesitaba estar a solas un tiempo, antes de que empezara, para reparar sus sentimientos heridos y lograr que su humor no se resintiera.

Por fortuna, Imyssa no estaba allí cuando Anghara llegó a su dormitorio. Se quitó el vestido con rapidez, lo arrojó con descuido sobre la cama, todo arrugado, y se puso una camisa, un jubón, pantalones y botas altas. A Imogen no le gustaba que llevara tales ropas, pero el estilo de vida tosco de Carn Caille era un argumento de bastante peso en sí mismo para triunfar sobre las protestas de la reina: cualquier mujer que no siguiera de vez en cuando a los hombres en su forma de vestir se encontraba con que su radio de acción quedaba severamente restringido. Anghara terminó de vestirse, y como una ocurrencia tardía colocó su cuchillo de hoja ancha favorito en la funda que colgaba de su cinturón. Aún no había pensado qué haría para animarse, pero empezaba a formarse una idea en su mente, y si decidía seguirla el cuchillo resultaría muy útil.

Se sujetó los cabellos en la nuca, de modo que le colgaba en la espalda como una cola de caballo, y descendió a toda velocidad por la escalera de los criados en dirección a los establos. Alguien -y sospechó que Fenran había tenido algo que ver en ello- había tenido la delicadeza de asegurarse de que *Sleeth,* su yegua, no sirviera de montura a otro jinete de la cacería. En la suave penumbra del establo el animal la saludó con ansiosos relinchos; había percibido la excitación que flotaba en el aire aquella mañana y no podía comprender por qué lo habían dejado atrás. Anghara pasó algunos minutos cepillando con energía el pelaje de la yegua; era una tarea que le gustaba hacer pese a que había una plétora de mozos encargados de ello, y cuando terminó se sentía más limpia en su interior y más tranquila. *Sleeth* se mostraba inquieta, ansiosa por hacer ejercicio, y Anghara miró al sol a través de la ventana con los ojos entrecerrados. Calculó que faltarían unas dos horas, quizá tres, para que regresaran los cazadores a Carn Caille. Tiempo suficiente para que pudiera disfrutar de una larga y estimulante cabalgada, y a lo mejor -sonrió para sí- traerle a Fenran una sorpresa que éste no esperaba.

No había nadie por los alrededores cuando condujo a la yegua ensillada al patio; lo cual significaba que no había nadie que le hiciera preguntas acerca de adonde iba o que insistiera en que un criado la acompañase. El patio estaba bañado por una luz anaranjada, con largas sombras que se extendían desde la torre del homenaje y el edificio principal; soplaba un airecillo frío que anunciaba la cercanía del otoño, pero no había la menor señal de que el buen tiempo fuera a terminar. Anghara no precisaría escolta. Se montó en la silla de *Sleeth* y volvió la cabeza de la excitada yegua en dirección a la puerta.

Al cabo de dos horas de cabalgar, la princesa se dijo a sí misma que no había sido más que el azar el que la había conducido a la escarpadura situada en el límite de la tundra. Había evitado la zona donde se desarrollaba la cacería, y sus intenciones eran tomar una ruta a través de la parte norte del bosque donde les gustaba tanto hozar a los jabalíes de la región. Estos cerdos salvajes eran pequeños pero feroces; si conseguía matar a uno y lo llevaba con ella a Carn Caille, su padre y Fenran se quedarían estupefactos.

Pero de alguna forma las cosas no habían salido como Anghara tenía planeado. Con la misteriosa perversidad de su raza, las piaras de jabalíes habían decidido desdeñar sus acostumbrados terrenos de búsqueda de alimentos, y la pieza más grande que había visto en

Librodot

toda la tarde fue un faisán macho de vivos colores que echó a volar ante su cercanía, las alas zumbando por entre las hojas mientras graznaba su gutural grito de alarma. Al final, aburrida de buscar una presa que no se encontraba por ningún sitio, había permitido que *Sleeth* escogiera el camino por entre los árboles, y cuando las lindes del bosque aparecieron ante ella y la ladera de la larga escarpadura se hizo visible a través de las cada vez más escasas ramas, no había encontrado motivo para no seguir su cabalgada un poco más, hasta la cima de la loma. Para disfrutar del paisaje, se dijo. Nada más.

Sin embargo, cuando alcanzó la cima de la escarpadura y dirigió la mirada sobre la desnuda llanura, la insatisfacción y el anhelo sin forma definida regresaron a ella con tal fuerza que sintió como un dolor físico en su interior. No podía calcular el número de veces que había cabalgado hasta este lugar y contemplado el paisaje. Pero esta vez, no era suficiente. Algo estaba vivo y despierto en su interior, algo rasgaba su mente con zarpas salvajes, y con su despertar vinieron recuerdos de los sueños que la habían atormentado durante la noche y la imagen de Cushmagar y el arpa en la gran sala. Le parecía oír su voz de nuevo, las palabras de la antigua balada, la ondulante y temblorosa música que palpitaba como la sangre lo hacía por sus venas, una parte de ella, de su mundo y de su herencia profundamente arraigada.

Con repentino disgusto se dio cuenta de que su visión estaba empañada por las lágrimas. Parpadeó enojada y se secó el rostro con la manga. No tenía ningún motivo para llorar; ya no era una criatura ahora, y las desilusiones sufridas aquel día eran demasiado insignificantes para merecer tal reacción.

Pero las desilusiones sufridas durante el día no tenían nada que ver con ello. Podían haber servido de catalizador, pero nada más: Anghara lloraba por otro motivo, algo para ella imposible de nombrar ni identificar; un anhelo que la atormentaba pero que no podía satisfacer.

Sleeth empezó a inquietarse, y la princesa sujetó las riendas mientras contempló de nuevo la llanura que se extendía a sus pies. Esta escarpadura marcaba el límite de su experiencia; jamás se había aventurado más allá hasta aquella tierra baldía, ya que aunque Kalig jamás le había prohibido específicamente hacerlo, existía un acuerdo tácito en Carn Caille por el cual la llanura debería permanecer intocada y libre de todo contacto humano.

Pero Kalig jamás lo había prohibido específicamente...

Casi sin ser consciente de ello, había vuelto la cabeza de la yegua y la guiaba por el extremo de la escarpadura. A unos ochocientos metros, más o menos, la elevación empezaba a descender de forma muy gradual hasta que el escarpado risco se mezclaba con un amontonamiento de guijarros y maleza donde, en una ocasión, había corrido un pequeño río para unir llanura y bosque. Se decía que esta línea ondulante que cruzaba de este a oeste marcaba antiguamente la frontera con los hielos polares, pero que la Madre Tierra había decretado que los grandes glaciares debían retirarse más al sur y abandonar su dominio sobre la tierra para que ésta se volviera fértil. Las sombrías supersticiones auguraban que llegaría un día en que el sol no calentaría y las distantes murallas heladas volverían de su exilio para reclamar otra vez las llanuras, pero muy poca gente creía que esto pudiera suceder. El sol continuaba brillando con la misma fuerza; la mano de la Madre Tierra llenaba los bosques y las granjas con nueva vida cada primavera; el mundo giraba como siempre lo había hecho.

Como siempre lo había hecho... Una vez más la voz de Cushmagar resonó en la mente de Anghara. *Existió una época, una época antiquísima, antes de que los que vivimos ahora bajo el sol y el firmamento empezáramos a contar el tiempo...* Un mundo más allá de su alcance,

más allá de su comprensión. Cuando por la tierra andaban cosas que hubieran debido existir. Y la barrera entre el mundo largo tiempo olvidado y el mundo que Anghara conocía se alzaba allí en la llanura, una melancólica, solitaria sombra, un aislado centinela. La Torre de los Pesares.

Sleeth resopló y se detuvo. Al mirar por entre las tiesas orejas de la yegua, Anghara vio que habían llegado al punto donde la escarpadura se hundía hacia el llano. Bajo ellos se extendía un pequeño y abrigado valle en el que el desaparecido río había excavado un tenua uve sobre el terreno. Abundaban los pastos vírgenes, los extremos cubiertos de zarzamoras y espinos; incluso podía ver desde allí el negro lustre de las moras por entre las bronceadas hojas. El corazón le empezó a latir con fuerza.

-Adelante, *Sleeth* -ordenó a la yegua con voz tranquila-. Sigue bajando. -Su intención era recoger moras, se dijo. Nada más.

El fondo del valle era un lugar apacible. El viento había cesado por completo, y el pequeño valle descansaba bajo el sol en una atmósfera cálida. Tan pronto como Anghara desmontó y la dejó suelta, *Sleeth* empezó a pastar, mordisqueando con avidez la abundante hierba, y Anghara se sentó sobre un pequeño montículo cubierto de pasto, los codos apoyados sobre las rodillas mientras contemplaba el conjunto del valle hasta donde se ensanchaba para unirse a la llanura. Desde aquí disfrutaba de una perspectiva muy diferente del paisaje; estaba casi al mismo nivel que la llanura, y de cerca resultaba mucho más tangible de lo que nunca había parecido desde la cima de la escarpadura. Y accesible. Sólo unos cincuenta pasos y podría penetrar en aquel terreno cubierto de maleza y pasear por entre sus atrofiados arbustos. En una simple media hora podría haber cabalgado unos seis o siete kilómetros en dirección a la distante tundra.

Y en dirección a la Torre de los Pesares.

La idea apareció en su mente sin previo aviso, y un escalofrío de sorpresa ante el mero hecho de haber sido capaz de considerar tal idea hizo que se le pusiera la carne de gallina. Los tabúes que se le habían inculcado, tarareados durante su infancia por Imyssa, machacados durante la formación de su mente por su tutor, reforzados en cada uno de los ritos y ceremoniales con los que Carn Caille señalaba el cambio de estaciones y el paso de los años, eran demasiado antiguos, demasiado poderosos para ser eliminados. La Torre le estaba prohibida a toda la humanidad; una prohibición que jamás se levantaría.

Pero sin duda no habría ningún mal en acercarse un poco más...

Volvió la cabeza y vio que *Sleeth* la observaba. La yegua había dejado de pastar, y en sus ojos brillaba una inquietante comprensión, una silenciosa advertencia, como si supiera lo que pasaba por la mente de su dueña e intentara advertirle. ¿O se trataba de su propia conciencia que atribuía poderes sobrenaturales al animal en un intento por hallar un enfoque externo? Anghara se sintió perpleja. Algunas personas sostenían que los animales comprendían los pensamientos y las emociones humanas con un certero instinto telepático, y Anghara descubrió que el claro mensaje de los ojos de *Sleeth* la atemorizaba; sí, la yegua *sabía* lo que pensaba, y de repente, como reacción a la momentánea punzada de temor, se sintió enojada. La censura de su padre, el sutil castigo de su madre, la regañina de Imyssa, estaban todos presentes, o así le pareció a ella, en la acusadora mirada de *Sleeth.*

¡No permitiría que la trataran así! Ya no era una niña, era una mujer: sus mayores la consideraban lo bastante madura para casarse y ocuparse de su propia familia, sin embargo la reñían y sermoneaban y limitaban con sus *debes y no debes hacer* como si no tuviera más de

cinco años. ¡No toleraría por más tiempo tales censuras y humillaciones sin sentido!

La cólera fue como poderosa aguamiel en su cerebro, y Anghara se guió por ella sin pensarlo un segundo. Quería atenazar aquella cólera y saborearla antes de que tuviera la posibilidad de calmarse: deseaba devolverle el golpe a sus padres, a Imyssa, incluso al viejo Cushmagar, por todos los desaires que imaginaba le habían hecho. Con un único y veloz movimiento, se puso en pie y se dirigió hacia *Sleeth.* La yegua se asustó y retrocedió cuando ella sujetó las riendas colgantes con mayor fuerza de la necesaria. Anghara le obligó a volver la cabeza entre juramentos. *Sleeth* gimió, asustada ahora y resistiéndose.

Anghara jamás había utilizado un látigo con *Sleeth.* Llevaba una ligera fusta con una corta tira trenzada simplemente porque era parte del equipo de montar, pero su única función había sido siempre la de espantar a las moscas de los oídos y cuello del animal. Pero ahora su furia había llegado a tal extremo que no pudo contenerla. La yegua era inocente, y una parte que aún razonaba del cerebro de Anghara lo sabía; pero ya no estaba dispuesta a ceder terreno a la razón. El animal era el centro de su rabia, la imaginada condena un insulto intolerable. Dio un latigazo, y la fusta restalló en el aire para estrellarse contra la aterciopelada piel del cuello de *Sleeth.*

El animal profirió un terrible sonido que era mitad resoplido y mitad relincho. Echó la cabeza hacia arriba, los ojos desorbitados y en blanco, y empezó a temblar con violencia, las cuatro patas extendidas y rígidas. La conciencia de Anghara se retorció en su interior pero hizo caso omiso de ella: apretó los labios con fuerza en una mueca severa y se subió a la silla, dando un fuerte tirón de las riendas con mala intención. Golpeó de nuevo el cuello de la yegua con la fusta, un aviso de lo que podía esperar como pago a su desobediencia, y, de forma muy rápida, volvió la cabeza por encima del hombro en dirección al tranquilo y pacífico valle. Resultaba un contraste obsceno comparado con su humor.

Tiró de las riendas hasta conseguir que la yegua girara hasta colocarla junto al antiguo lecho del río en dirección a la llanura, entonces clavó los talones con fuerza en sus flancos y la lanzó hacia adelante.

Librodot

CAPÍTULO 4

Los sones de los cazadores que regresaban a Carn Caille eran audibles ya cuando la gran oleada de jinetes y mastines estaba aún a más de medio kilómetro de distancia. Desde sus aposentos, donde había estado descansando antes de la fiesta de aquella noche, la reina Imogen escuchó los lejanos ladridos, el ansioso y repetido sonar de los cuernos de caza, y sonrió con indulgencia. Una buena cacería, sospechó; los participantes, alborozados por el éxito y alentados por las mutuas felicitaciones, habían empezado ya la celebración.

Se alzó de su diván e hizo sonar una pequeña campanilla para llamar a su doncella. Sólo debía cambiarse el vestido y peinarse para estar preparada para recibir a Kalig, pero quería tomarse su tiempo para asegurarse de tener un aspecto espléndido.

Sentada frente a su espejo mientras la doncella empezaba a cepillarle los largos y rubios cabellos, Imogen sintió una ligera punzada de remordimiento por no haber dejado que Anghara marchara con los cazadores. Kalig había estado de acuerdo con ella en que la prohibición era un castigo apropiado al injustificado comportamiento de su hija, pero Imogen tenía la impresión de que, de no haber sido por ella, él hubiera dejado pasar la cuestión. Se trataba, después de todo, de la última gran cacería antes de la boda de Anghara; por esta época, dentro de un año, si la Madre Tierra así lo quería, la princesa no estaría en condiciones de participar en tales frivolidades y tendría otras y más importantes preocupaciones. Aunque jamás había llegado a comprender la pasión de su hija por lo que ella consideraba un pasatiempo nada femenino, se sentía sin embargo un poco culpable por haber privado a Anghara de lo que bien podría ser su última oportunidad de disfrutar de ello.

¡Ah, bueno!, pensó; no servía de nada lamentarse. Uno no podía hacer retroceder la marcha del sol. Se celebrarían otras cacerías antes de la ceremonia y Anghara pronto olvidaría su desilusión.

El patio, bajo su ventana, estalló de repente en alegres sonidos y, estirando un poco la cabeza, Imogen vio cómo los primeros jinetes pasaban bajo el gran arco entre un repiqueteo de cascos. Kalig iba al frente, con las mejillas enrojecidas por el cortante viento y riendo; Kirra y Fenran a poca distancia detrás de él. Su familia, pensó con tranquilo y satisfecho orgullo. Y más tarde, aquella noche, Anghara se relajaría y abandonaría su enfurruñamiento, de modo que el cuadro quedaría completo.

El mundo era bueno.

-Anghara no está en sus aposentos. -El príncipe Kirra penetró en la habitación de Fenran con aire despreocupado sin llamar, e hizo su anuncio con franco regocijo-. Imyssa dice que no la ha visto desde esta mañana, cuando fue, de muy mala gana, según parece, a obedecer la llamada de mi madre. -Dejó caer su desgarbada figura en una silla tallada, la cual crujió en señal de protesta, y se sirvió una copa de cerveza de una jarra que había sobre la mesa de Fenran-. ¡Ahhh!... -La vació de un trago, se pasó el dorso de la mano por la boca y sonrió de oreja a oreja-. ¡Esto está mejor! ¡Me siento tan seco como el desierto!

Los ojos grises de Fenran lo contemplaron con indulgencia mientras se secaba rápidamente con una toalla. Su primera acción después de un día duro era sumergirse en una bañera de agua caliente y quitarse de encima el sudor y la porquería acumulados durante la jornada; esta aparente adicción al baño desconcertaba a Kalig, pero tenía toda la aprobación de Imogen, y Fenran pensó para sí que la reina se habría sentido agradablemente sorprendida por la

Librodot

civilizada naturaleza de la vida en El Reducto, su país natal en el norte.

En voz alta, respondió a Kirra:

-Anghara aparecerá cuando quiera. Aparecerá a tiempo para la fiesta, te lo aseguro.

Kirra lanzó una carcajada.

-¡Eres un optimista, Fenran! O eso, o no conoces a mi hermana tan bien como te gusta creer. -Se volvió a llenar la copa-. ¡No digas jamás, cuando estés viejo y debilitado y ella te haya dejado sin ánimos para nada, que no te avisé de la clase de furia que vas a tomar por esposa!

Fenran soltó una risita mientras la imagen de una colérica Anghara aparecía en su mente.

-Lo sé muy bien, Kirra. Y no la querría de ninguna otra forma.

Kirra se levantó, con su cerveza en la mano, y se dirigió hasta la ventana. El sol empezaba a bajar pero todavía brillaba sobre la muralla que rodeaba la fortaleza; aunque el año se acercaba a su fin, la luz del sol era todavía casi perpetua en estas latitudes.

-*Yo* conozco a Anghara -dijo, dando a entender sutilmente que Fenran no la conocía-. Ni siquiera está en Carn Caille. Habrá salido disparada de aquí como un huracán en cuanto mi madre la haya dejado marchar, y estará por ahí lamiéndose las heridas en uno de sus refugios favoritos.

Fenran se hubiera echado a reír con él, pero, sin aviso previo, algo parecido a una mano helada le rozó la mente. No comprendió aquella sensación, pero, de momento, le inquietó.

-¿Has comprobado en los establos? -preguntó.

Kirra no percibió el repentino cambio en el tono de su voz.

-¿Establos? -repitió sin comprender-. No. ¿Por qué?

-Si Anghara ha abandonado la fortaleza, se habrá llevado a *Sleeth.*

-¡Oh, ya veo! -Kirra hizo una pausa, luego arrugó la frente-. Creí ver a *Sleeth* entre los caballos que participaron hoy en la cacería.

-No. Me aseguré de que se quedara aquí.

-¿De veras? -Kirra volvió la mirada, y le sonrió compasivo-. No deberías mimar tanto a Anghara, Fenran. ¡Eso no hará más que causarte problemas más adelante!

Fenran descubrió de repente que tenía que morderse la lengua ya que el implacable tono burlón de Kirra empezaba a crisparle los nervios. Aunque no podía señalar una causa lógica, se sentía preocupado: era un instinto que había surgido en algún lugar indefinido, y había aprendido a confiar en gran medida en tales intuiciones.

-Kirra -dijo, y esta vez el tono de su voz indicaba claramente sus sentimientos-. Creo que deberíamos encontrarla de inmediato.

El joven lo miró fijamente. Por un instante Fenran pensó que el príncipe descartaría sus palabras con otro comentario jocoso; pero Kirra poseía suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que esta vez las bromas no tenían razón de ser, y su comportamiento cambió.

-¿Qué sucede, Fenran? -inquirió-. ¿Qué va mal?

Fenran sacudió la cabeza.

-No puedo explicármelo ni a mí mismo, y mucho menos a otra persona. Imyssa lo llama un sexto sentido.

-Imyssa es un pajarraco sabio, a pesar de sus defectos.

-Lo sé. -Fenran vaciló, luego siguió-: Kirra, ¿quieres hacer algo por mí, como amigo?

-Desde luego.

Los ojos de Fenran se encontraron con los suyos en una mirada llena de gratitud.

Librodot

-Busca a Anghara. Reúne a unos cuantos criados si es necesario, y registra Carn Caille hasta que la encontréis.

Kirra entrecerró los ojos.

-¿No habrás tenido ningún mal presagio, verdad? Después de lo que Anghara hizo anoche...

-No, no, nada de eso. Tal y como te he dicho, no puedo explicarlo. Todo lo que puedo decir es que me complazcas en esto.

Kirra se mostraba más desasosegado con cada minuto que pasaba; sentía un gran respeto por lo sobrenatural, y el pensamiento de que el normalmente práctico Fenran hubiera tenido una visión lo inquietaba.

-Haré lo que pides, Fenran. -Se dirigió hacia la puerta-. Y quizá no estaría de más que avisara a mi padre...

-No -Fenran negó categóricamente con la cabeza-. Aún no; no quiero alarmar al rey sin un buen motivo. Que quede entre nosotros, de momento. -Se obligó a sonreír-. Seguramente me preocupo por nada. Acabaré de vestirme y me reuniré contigo dentro de unos minutos.

-Muy bien. -Kirra continuó mirándolo inquisitivo durante unos instantes, como si esperase encontrar una muda respuesta en su rostro. Luego abrió la puerta, y sus pasos se perdieron por el suelo de piedra del pasillo.

En su habitación, Imyssa dormitaba inquieta en una silla. Uno de los riesgos de la edad era esa tendencia a dormitar en los momentos más improbables; en estos momentos debiera estar ayudando a Anghara a prepararse para la fiesta. Pero Anghara no estaba allí.

Si la anciana nodriza hubiera estado despierta, y hubiera mirado por la ventana en dirección a donde el cielo se teñía lentamente de un vivo tono naranja, habría podido ver al cormorán que sobrevolaba la gran torre del homenaje de Carn Caille. Una solitaria silueta negra recortada contra un cielo en llamas, y un pájaro cuya visión presagiaba acontecimientos siniestros. Si lo hubiera visto, Imyssa habría corrido a sus runas y sus hierbas, y habría conjurado un hechizo para ver y de esa forma determinar el significado de la aparición del cormorán. Pero no lo vio. En lugar de ello, inmersa en su sueño sin forma, se movía espasmódicamente como si fuera víctima de convulsiones, y sus arrugados párpados se agitaban en un inconsciente y temeroso espasmo.

Anghara abrió los ojos y se encontró con un pedazo de esquisto a pocos centímetros de su rostro. Las costillas y el brazo derecho le dolían; cuando, con una acción refleja involuntaria, sus piernas se movieron, descubrió que estaba tumbada boca abajo sobre una tierra seca y marchita, la cabeza torcida en un ángulo imposible. Algo se agitó a su espalda; sobresaltada, hizo un movimiento brusco para alejarse y entonces se dio cuenta de que no era más que un matorral enano, y que uno de sus pies estaba enredado entre sus ramas marchitas y resecas.

El matorral había amortiguado su caída...

Se incorporó apoyándose en los codos, y por un momento pensó que iba a marearse. La cabeza le daba vueltas, y cuando exploró su cráneo con dedos vacilantes, la más leve presión sobre su sien izquierda le produjo un dolor lacerante.

Le dolía todo el cuerpo. Sus ropas estaban rasgadas, había arena en sus cabellos, y las palmas de las manos estaban arañadas; tenía el vago recuerdo de que, en un momento dado, había extendido los brazos en un fútil intento por evitar golpearse demasiado fuerte contra el suelo cuando *Sleeth...*

Librodot

Una sola imagen puso en marcha todas las demás, y una furiosa sensación de contrariedad la invadió. Hacía años que no se caía de un caballo, y el comportamiento de *Sleeth* había sido siempre predecible.

Sólo que *Sleeth* no se había mostrado terca ni temperamental. Se había mostrado *aterrorizada.*

Anghara no había tenido más que problemas con la yegua mientras cabalgaba por la llanura. *Sleeth* esquivaba las sombras, veía fantasmas y enemigos detrás de cada nudoso matorral y en los contornos de cada roca. Se movía de lado, resoplaba, sacudía la *cabeza* en un esfuerzo por deshacerse de su *jinete... Había resultado cada vez más ingobernable* con cada metro recorrido. Pero ¡a furia de la princesa se negaba a aplacarse; controlaba a *Sleeth* con ferocidad y la obligaba a seguir adelante, y la reticencia de la yegua sólo servía para reforzar su propia determinación. Por último, empero -y Anghara no podía recordar cuánto tiempo había transcurrido o cuánto camino habían recorrido, antes de que sucediera-, *Sleeth* se había dejado dominar por el pánico. Un relincho agudo, un encabritamiento incontrolable, y la princesa había salido despedida de la silla, pasando ignominiosamente por encima de la cabeza de *Sleeth* para estrellarse, perdiendo el conocimiento, contra el duro suelo.

No hubiera debido de ser tan temeraria. La rabia que la había corroído durante todo el día se había convertido en cenizas ahora, y lamentó con amargura su terquedad. *Olvídalo,* había dicho Imyssa; e Imyssa estaba en lo cierto. Su insistencia por cabalgar hasta aquel abandonado y agreste lugar no le había acarreado más que problemas; ahora con toda seguridad *Sleeth* se habría desbocado y huido a casa, dejándola sola, aturdida y posiblemente perdida en aquella vasta y hostil tierra de nadie.

La princesa se sentó con movimientos lentos y deliberados y se frotó los ojos. Las pestañas estaban incrustadas de arena y todo le parecía borroso. Se preguntó cuánto tiempo había permanecido en el suelo; a través de sus ojos llorosos podía ver que el cielo aún estaba iluminado, pero el calor del día había dado paso a un desagradable y hostil viento helado. Algo se movió a poca distancia, pero no era más que una mancha borrosa: se frotó los ojos otra vez, y por fin el mundo se aclaró ante ellos.

Sleeth no había huido. En lugar de ello permanecía a unos veinte metros de donde se encontraba Anghara. La yegua tenía la cabeza gacha y mostraba un aspecto deprimido y derrotado; contemplaba a Anghara inquieta, y no hizo la menor intención de acercarse.

-*Sleeth.* Acércate, chica. Acércate. -La voz de Anghara sonó temblorosa; la caída le había hecho perder casi por completo el control de sus facultades.

Sleeth agitó la cabeza nerviosa, pero no se movió.

-*¡Sleeth!*

Sleeth siguió sin querer obedecer; aunque ahora Anghara se dio cuenta de que la yegua se debatía entre las exigencias conflictivas de las órdenes que se le había enseñado a obedecer y su propio miedo innato. Quería acercarse a su dueña, pero no podía. No se atrevía.

El último sorprendente fragmento de su dispersa memoria encajó en su lugar, y la princesa comprendió por qué estaba tan asustado el animal.

Sleeth estaba a la luz del sol; pero Anghara estaba en la sombra. Una sombra alargada, angulosa y extraña. Supo lo que era antes de reunir el valor necesario para volver la cabeza: la había visto crecer a partir de un lejano punto mientras forzaba a la poco dispuesta yegua a recorrer la llanura, tomar forma, desarrollar consistencia, convertirse en algo tridimensional, hasta que finalmente ya no era una sombra de su imaginación sino una amenazadora y

tangible realidad.

La Torre de los Pesares.

Una sensación de náusea la recorrió y su estómago se contrajo. Reprimió el espasmo tan bien como pudo, en un intento de convencerse de que su terror era irracional. Pero no podía deshacerse de él. La leyenda tenía demasiados años, el lugar había estado abandonado demasiado tiempo; y las palabras de la balada de Cushmagar resonaron como un eco sobrenatural en sus oídos. *Ningún ojo humano se posará sobre su puerta y ningún pie humano mancillará la tierra que la rodea.* Tabú. Un lugar prohibido. Una voz interior le gritó que se levantara y corriera hacia *Sleeth,* cabalgara hacía el norte tan deprisa como le fuera posible a la yegua y no volviera ni una sola vez la vista atrás. Sus dedos escarbaron entre el polvo mientras se ponía en cuclillas, dispuesta a obedecer aquel impulso...

Y antes de que pudiera detenerlo, algo oscuro, primario, más allá de su control, la obligó a volver la cabeza.

Aspiró con fuerza de forma involuntaria y el sonido fue como un chasquido en medio del silencio que la rodeaba. A menos de treinta metros de ella la Torre de los Pesares se elevaba hacia el cielo, ocultando el sol que empezaba a descender hacia su ocaso. La gran pared que tenía frente a ella estaba de perfil, y desde allí la sombra proyectada por la torre se extendía como un dedo gigantesco y maligno para tocarla. Casi le pareció como si la sombra la hubiera rodeado en un impuro abrazo que, incluso aunque se apartara de sus garras, seguiría llevando su mancha bajo la luz del sol. Clavó los ojos en el enorme monolito, sintiendo como si por su sangre corrieran serpientes, paralizada por la terrible enormidad de su transgresión.

Era una construcción sólida, una estructura rectangular que resultaba extraña a las suaves curvas de la arquitectura de las Islas Meridionales. Y aunque los siglos habían desgastado y suavizado sus contornos, algo en aquella anormal estructura de cantos duros llenó a Anghara de repugnancia. Era fría, anónima, su fachada de lisa e imponente piedra carecía por completo de ventanas y del más mínimo adorno. Anghara se sentía empequeñecida. La torre, como un gigantesco animal de presa, parecía absorber la vida y la fuerza de su cuerpo, y tuvo la terrible sensación -ilusión, se dijo, *ilusión*- de que si no escapaba de su influencia rápidamente se quedaría paralizada allí mismo y echaría raíces como los retorcidos matorrales en aquel horrible lugar.

Sleeth lanzó un agudo relincho. El hechizo de la torre se hizo añicos, y Anghara giró la cabeza con rapidez. Vio que la yegua parecía alerta, la cabeza levantada ahora como si hubiera escuchado un sonido que estuviera fuera del alcance de los oídos de la muchacha. Percibió el temor de la yegua, y de nuevo se apoderó de ella el impulso de huir.

Pero no podía. No ahora que estaba tan cerca. Muy despacio, se volvió para mirar de nuevo a la Torre de los Pesares, y consiguió controlar su desbocada imaginación. Era una torre, nada más; un edificio construido por manos tan humanas como las de los artesanos que habían levantado Carn Caille. Piedra y mortero, vulnerable a los elementos. No poseía ningún poder sobrenatural, no alojaba ningún demonio excepto aquellos que sus propias pesadillas habían creado. Y deseaba exorcizar a esos demonios, de una vez por todas.

Sin darse cuenta ya había dado un paso en dirección a la torre, y tan sólo el agudo y asustado relincho de *Sleeth* la hizo detenerse de nuevo.

-No -dijo en voz alta, sin saber si le hablaba a la yegua o a sí misma.

La palabra se perdió en la vacía planicie sin levantar un solo eco. No se atrevía a acercarse. No *debía* acercarse: estaba mal, prohibido...

Librodot

Pero si no lo descubría, averiguaba, comprendía, los demonios de sus sueños la perseguirían por el resto de su vida. Jamás se le presentaría una oportunidad semejante!

Las formas de Kalig, Imogen, Imyssa, Cushmagar, incluso la de Fenran, se alzaron acusadoras en su interior. *Deja tranquilas a esas viejas piedras.* La leyenda no debe ser mancillada. No hay que defraudar la confianza de la Madre Tierra. La larga sucesión de antepasados la habían mantenido; ella debía seguir su ejemplo, mantenerlo para salvaguardar su vida...

Y la Torre de los Pesares la llamaba, como si hubiera esperado, durante todos aquellos siglos, su llegada.

Anghara se llevó el dorso de la mano a la boca y dejó escapar un sonido casi inaudible e inarticulado. Le pareció como si la torre poseyera una sensibilidad independiente y hubiera extendido una mano para tocarla, para aprisionarla... Dio un traspié hacia adelante al tiempo que la idea pasaba por su mente con un estremecimiento, y ahora la gran pared lisa se alzaba justo frente a ella; no estaba ni a diez pasos del muro.

Veía la puerta; un bajo y modesto rectángulo en la pared de la torre. El Hombre de las Islas, cuya mano la había colocado en la piedra, no había sido alto. Un minuto, pensó Anghara; un minuto nada más, y vería lo que él había visto, sabría lo que él había sabido. Y los fantasmas que la habían perseguido desde la infancia quedarían destruidos para siempre. Un minuto. Nada más. No cruzaría el umbral. Miraría, una vez, y luego abandonaría aquel lugar para no regresar jamás. Tan sólo un minuto. Tan sólo una mirada.

El sol llameaba en el horizonte arrojando titánicas y furiosas lanzas color carmesí hacia las alturas. En menos de una hora estaría oscuro, pero Anghara ni se daba cuenta ni le importaba. El muro vertical de la Torre de los Pesares estaba ante ella, aunque no recordaba haber andado aquellos pocos y cruciales pasos. La puerta era, exactamente, de su misma altura.

Extendió el brazo, y posó la mano sobre la antigua y petrificada madera.

-La fiesta está a punto de empezar -dijo Kirra-. No podemos retrasarlo mucho más, Fenran: tendremos que decírselo a mi padre.

Fenran asintió con tristeza. Estaban sobre la muralla que flanqueaba la gran torre del homenaje de Carn Caille. El sol, justo en la línea del horizonte ahora, teñía sus rostros y los viejos bloques de piedra de un crudo tono rojizo. Fenran intentaba no ver malos presagios en la siniestra luz.

Hacía tiempo que del comportamiento de Kirra había desaparecido cualquier rastro de ligereza. Los dos jóvenes habían tardado sólo unos minutos en descubrir que *Sleeth* no estaba en los establos, y un discreto pero rápido registro de la fortaleza no había revelado la menor señal de Anghara. Al principio, Fenran se había persuadido de aceptar la convicción de Kirra de que la princesa había salido sencillamente a cabalgar y que regresaría mucho antes de que empezara a oscurecer, pero a medida que pasaba el tiempo y no resonaban bajo el gran arco los cascos de un caballo su machacón sexto sentido creció en intensidad y apremio.

Esperando contra toda esperanza que esta vez vería algo donde antes no había habido nada, volvió la mirada para observar más allá de la fortaleza, protegiéndose los ojos del resplandor del sol. El paisaje permanecía vacío y silencioso; no se veía la menor señal de un jinete en la distancia que se dirigiera hacia Carn Caille.

-Fenran -Kirra le tocó el brazo-. No podemos retrasarlo más.

El joven asintió, incapaz de expresar el presentimiento que, como un depredador sanguinario, le corroía desde su interior. No pudo mirar a Kirra a los ojos; se limitó a dirigirse

a las empinadas escaleras que descendían hasta el patio, y, en silencio, iniciaron el descenso.

Y cuando la torre estuvo terminada, se colocó ante su puerta un atardecer y la abrió y penetró en el interior, y cerró la puerta a su espalda, quedándose solo en aquella oscuridad sin ventanas.

La voz de Cushmagar susurró en la mente de Anghara mientras, con tan sólo una mínima vibración de protesta, la puerta de la Torre de los Pesares giró suavemente sobre sus goznes ante la presión de su mano.

Tan fácil... Había esperado encontrar candados, barras, cerrojos; pero no había ninguno. Únicamente un sencillo pestillo que se descorrió con toda facilidad, y unos viejos goznes que murmuraron ininteligibles al moverse por primera vez desde hacía incalculables siglos.

Un brillante rayo de luz del cada vez más apagado sol cayó sobre el umbral, sobre un suelo de tierra desnudo del que se alzaron motas de polvo en lánguidas espirales ante la repentina corriente de aire. Anghara sintió un nudo en la garganta, los músculos se tensaron hasta que le resultó imposible respirar, y se quedó con los ojos fijos, muda, inmóvil, en lo que la puerta y la mortecina luz del sol habían revelado.

Era un lugar muy sencillo. Una única habitación sin amueblar, tierra desnuda y piedra desnuda, silencioso, intocado, vacío; y la tensión sofocante que había ido creciendo en ella se transformó en otra de perpleja desilusión. Éste era el centro de la leyenda más antigua y reverenciada de Carn Caille, fuente de un terror y una superstición que estaban grabados en las almas de todos los habitantes de las Islas Meridionales. Y sin embargo, este lugar prohibido, entre cuyas paredes había residido en una ocasión el destino del mundo, no contenía *nada.*

El pie derecho de Anghara resbaló con un sonido discordante sobre el árido suelo, pero el miedo que antes la había atenazado había desaparecido. Se sentía estafada: a *pesar de su resolución* de *no hacer más que mirar* al interior de la torre, el resentimiento y la curiosidad se entremezclaban para impulsarla hacia adelante, unos pasos hacia el interior. Una forma oscura se precipitó sobre el suelo, bloqueando de forma momentánea el paso de la luz y retrocedió asustada antes de darse cuenta de que se trataba nada más que de su propia sombra.

El temor a las sombras era cosa de niños. Y si la Torre de los Pesares no guardaba más terror que las sombras, entonces la leyenda era una mentira. La princesa aspiró con fuerza, paladeando el aire rancio y mohoso pero nada amenazador, y sus últimas dudas se desvanecieron. Volvió la cabeza hacia donde *Sleeth* permanecía aún y la contempló con ansiedad, luego penetró en la habitación dejando atrás la puerta. Dos pasos, tres, cuatro; ahora podía ver la pared opuesta, tan desnuda como el resto, y juzgó que debía de estar aproximadamente en el centro de la habitación. Se detuvo y, girando sobre sí misma despacio, miró a su alrededor. No sentía temor; sólo un vacío peculiar y paralizador que quedaba acentuado por el vacío físico de la torre. Muy por encima de su cabeza le pareció percibir la presencia de las antiguas vigas que sostenían el techo; no anidaba ninguna ave allí como lo hacían entre las vigas de Carn Caille. La Torre de los Pesares estaba desprovista de vida.

Pero no completamente vacía. Los ojos de Anghara empezaban a adaptarse a la penumbra ahora, y cuando se volvió otra vez descubrió algo en la esquina más alejada, justo frente a la puerta pero lejos del alcance de la luz que penetraba por ella. En un principio pensó que debía tratarse de un juego de sombras, pero no: era sólido, real y relucía con un curioso brillo mate.

Los latidos de su corazón se convirtieron de repente en un tambaleante y sonoro resonar de

Librodot

excitación, y de nuevo dirigió una rápida mirada por encima de su hombro. La luz se apagaba deprisa, pero aún le quedaba una media hora o más antes de que el sol se hundiera bajo la línea del horizonte para dar paso a la breve y tardía noche veraniega. Una mirada, una rápida investigación para satisfacer la curiosidad que la corroía, y podría marchar aprovechando los últimos rayos del sol para que la guiasen de regreso al valle donde estaba el río.

Se colocó de espaldas a la puerta y avanzó hacia el oscuro rincón, mareada por la emoción y sin saber qué esperar. Luego se detuvo de nuevo, y lo miró con atención.

La cosa que había vislumbrado, la cosa que relucía débilmente en la penumbra, era un arcón. En forma y tamaño no era muy diferente del arcón de su propia habitación, en el que se guardaban las ropas blancas entre capas dispersas de hierbas aromáticas. Pero al arrodillarse y estudiarlo con más atención, Anghara se dio cuenta de que estaba hecho de una sustancia que nunca antes se había visto en Carn Caille. Pensó que debía de ser algún tipo de metal, pero ningún metal que conociera tenía tal brillo; el débil resplandor que recubría su superficie era totalmente uniforme, sin embargo no ofrecía reflejos, no importaba desde qué ángulo se lo contemplara. Su color no era exactamente plateado, ni tampoco bronce, ni tampoco un acerado azul-gris; no parecía tener bisagras, y por mucho que se esforzaba, Anghara no podía descubrir ninguna línea divisoria entre el cofre y la tapa. El arcón no tenía ningún adorno, pero en el mismo centro de su superficie frontal destacaba en un ligero relieve un pedazo cuadrado de aquel mismo extraño material. ¿Un pestillo? Si así era, su diseño le resultaba tan extraño como el resto de aquel curioso artefacto, y Anghara no tenía la menor idea de cómo podría funcionar.

Durante algunos minutos se quedó contemplando el arcón, sus pensamientos hechos un torbellino. Si, como afirmaba la leyenda, nadie había puesto los pies en esta torre desde el día de la venganza de la Madre Tierra, entonces este extraño cofre metálico sólo podía haber pertenecido a una persona: el anónimo Hombre de las Islas, Hijo del Mar, que había construido la torre y velado durante aquella terrible noche. Por qué lo había llevado hasta allí para luego abandonarlo cuando salió de la torre al nuevo mundo Anghara no podía ni imaginarlo, pero al pensar en lo que el arcón pudiera contener la hizo sentir mareada de excitación. Aquí podían encontrarse las respuestas a innumerables misterios sobre aquella época remota; verdades enterradas que los historiadores, los estudiosos, los bardos y los adivinos darían todo lo que poseían y más por comprenderlas. Un tesoro de conocimientos, que sólo esperaba ser revelado. Y ella lo había desenterrado...

Pero ¿cómo abriría el arcón? Con la excitación apoderándose de ella cada vez más, Anghara ya no consideraba la sensatez de lo que hacía. El antiguo tabú se había hecho trizas, el hechizo de la Torre de los Pesares estaba roto. Todo lo que importaba era averiguar su secreto definitivo.

Pasó las manos con rapidez pero con indecisión sobre la superficie del arcón. El metal -si es que en realidad era metal- tenía un tacto extraño, casi como si pasara las palmas de sus manos sobre una lámina de cristal petrificado. Aquella sensación le resultó algo repulsiva, pero continuó hasta haber cubierto cada centímetro de su superficie. No había junturas, y se echó hacia atrás sentándose sobre los talones, irritada por su derrota. Su única esperanza estaba en el pequeño panel elevado, y estiró una mano con cautela en dirección a él. Un último resto de precaución y superstición la había hecho evitar tocarlo con anterioridad, pero si el arcón podía abrirse, entonces ése era el único medio posible. Ignorante de que se mordía el labio -una peculiaridad de su infancia que no había vuelto a mostrar durante años-, Anghara apretó las

Librodot

puntas de los dedos contra el pequeño recuadro.

No podía estar segura de si fue su imaginación, pero le pareció escuchar un débil, sibilante siseo, como de aire que se escapase. Lo que *no eran* imaginaciones suyas fue el terrible hedor que invadió su nariz. Duró tan sólo un instante, pero fue lo bastante fuerte y repugnante como para hacer que se echara hacia atrás, boqueando y tapándose la boca con una mano. Y mientras se balanceaba sobre sus talones, una línea delgada y oscura apareció a lo largo del arcón. Se ensanchó con rapidez, y la muchacha se dio cuenta con sorpresa de que, en silencio, sin que se la incitara más a ello, la anteriormente invisible tapa del cofre se estaba levantando.

Se alzó con un solo y suave movimiento hasta quedar vertical, para revelar su vacío interior. Durante un momento, Anghara permaneció paralizada, estupefacta tanto por la sencillez de su descubrimiento como por la extraña naturaleza del cierre; luego se abalanzó hacia adelante, sujetando los lisos extremos metálicos para atisbar en su interior.

Su exclamación de rabia, frustración e incredulidad resonó huecamente en la habitación cuando la princesa contempló el interior del arcón. No contenía nada. Ni una reliquia, ni una clave; ni siquiera un resto de polvo como prueba de que algo se había podrido allí dentro. El arcón estaba totalmente vacío.

Anghara se echó hacia atrás *y* se puso en pie, mareada y sin aliento, con la sensación de haber sido engañada. Había estado tan *cerca...* Había quebrantado todas las leyes, todos los tabúes para llegar hasta la Torre de los Pesares, y la torre la había decepcionado. Desolada, se volvió y dio un paso en dirección a la puerta, sin hacer el menor intento por reprimir su creciente enojo. La leyenda era un engaño, después de todo. El Hombre de las Islas no había dejado ningún legado. Allí no había nada a lo que temer, ¡no había nada allí! Quería abandonar aquel lugar asqueroso; quería alejarse de la llanura y sus infantiles y estúpidas supersticiones y regresar a la confortabilidad de Carn Caille y de los suyos. Sus ojos se llenaron de lágrimas de colérica desilusión, empañando el rectángulo más iluminado que era la entrada, y se dirigió al exterior tambaleante.

Una nube cubrió el sol, y la luz se oscureció. A su espalda, algo lanzó un suspiro suave y satisfecho.

Librodot

CAPÍTULO 5

Un cosquilleo recorrió la nuca de Anghara como si un rayo hubiera caído a pocos pasos de donde se encontraba, y un sudor frío empezó a bañar su cuerpo. Estaba de espaldas al extraño arcón de metal, y no se atrevía a volverse, no se atrevía a mirar por encima del hombro. Se había imaginado el sonido, se dijo, mientras su pulso martilleaba angustiosamente. Estaba sola en la torre. No podía haber nadie detrás de ella.

No llegó ningún otro sonido. El silencio resultaba horrible y por último Anghara ya no pudo soportarlo por más tiempo: su miedo a lo desconocido era mayor que el miedo a cualquier revelación. Obligó a los pies a moverse y se dio la vuelta.

Entre ella y el arcón vacío se encontraba una criatura. Sus cabellos eran plateados, llevaba puesto sólo un sencillo tabardo gris y la rodeaba un halo inquietante y fantasmagórico. La contemplaba con unos ojos plateados desprovistos de toda compasión o humanidad. Los ojos paralizaron a Anghara; desesperada, deseó apartar la mirada, pero la sujetaban con fuerza, los ojos fijos en aquellos dos vórtices gemelos como un conejo hipnotizado por una mortífera serpiente. En ellos descubrió un abismo de crueldad que sobrepasaba su habilidad de comprensión, una inteligencia terrible y odiosa que se burlaba del terror paralizante que la atenazaba.

Intentó hablar, pero su garganta estaba bloqueada y su voz había desaparecido. Intentó moverse pero sus pies estaban clavados al suelo de la torre. Y el miedo se transformaba ya en terror, reprimido por una peligrosamente débil barrera que estaba a punto de ceder.

La criatura continuó contemplando a Anghara con tranquila e implacable malicia. Luego sonrió. Sus dientes eran como los dientes de un felino, pequeños, afilados, feroces: la mueca transformó su rostro en algo monstruoso y maligno; y, como un puño invisible que la golpeara en la boca del estómago, la barrera que se interponía entre Anghara y el terror ciego se partió.

Su propia voz rebotó en estridentes ecos por la Torre de los Pesares cuando lanzó su grito, dando paso al negro maremoto de horror que la recorrió. La parálisis que la atenazaba se hizo pedazos y se precipitó en dirección a la puerta, chocó contra el dintel y rebotó, y salió tambaleante de la torre para ir a caer con fuerza sobre el hombro. Incapaz de coordinar lo suficiente sus movimientos para ponerse en pie, se arrastró y avanzó a gatas en dirección a donde había estado *Sleeth,* gritando desesperada el nombre de la yegua. El violento resplandor rojizo de la puesta del sol cayó sobre ella, *pero desaparecería, desaparecería, muy pronto, y ella moriría, todo moriría...*

El suelo pareció deslizarse bajo sus pies sin previo aviso, como si las mismas dimensiones del mundo se hubieran visto alteradas de repente. Anghara cayó cuan larga era al suelo, se debatió para levantarse de nuevo, y se balanceaba sobre sus dos pies ya cuando la vibración dio comienzo. Se oyó un ruido sordo, como de una titánica tormenta en la distancia...; la tierra tembló, y a su espalda se elevó una enorme sombra, una sombra de oscuridad que ocultaba el moribundo día. La torre se estremecía, las enormes piedras se entrechocaban unas con otras, la argamasa se resquebrajaba, las vigas se partían...

-*¡Sleeth!*

Anghara se tambaleó hacia adelante, cayó de rodillas, se levantó de nuevo con un esfuerzo sobrehumano. Delante de ella, en medio de la rojiza penumbra, algo se movió, interpuesto en su camino: las manos de la muchacha saltaron hacia fuera y se apoyó contra el costado de la yegua, sus dedos enredándose en la tira de un estribo. *Sleeth* se agitó temerosa, la cabeza

echada hacia atrás y los ojos desorbitados; arrastró a Anghara con ella mientras la princesa luchaba por sujetarse al pomo de la silla y tomar las riendas, entonces le pisoteó la mano a su dueña mientras ésta luchaba en vano para contenerla. El dolor eclipsó por un momento el pánico de Anghara: su mano se cerró sobre un mechón de las crines de *Sleeth* e invocó todas sus energías en un desesperado esfuerzo por montarse en la yegua y sujetarse con ambas piernas sobre su lomo. *Sleeth* se encabritó y salió al galope, estribos y riendas revoloteando mientras la princesa se aferraba precariamente a su cuello; por fin consiguió sujetar una rienda cuando ésta le dio en el rostro, y tiró de ella con determinación, dándole una orden con voz aguda a la vez que conseguía refrenar la salvaje y errática carrera de *Sleeth.*

Un sonoro crujido hendió el aire sobre sus cabezas, y *Sleeth* relinchó, giró de lado y casi cayó de costado. Mientras los cascos de la yegua se debatían para mantener el equilibrio sobre la arena, Anghara volvió la cabeza veloz, y lo que vio quedó grabado de forma indeleble y para siempre en su memoria.

La Torre de los Pesares se derrumbaba. Se había partido en dos desde el techo hasta los cimientos, como un tronco partido por el hacha del leñador. Y desde sus desmoronadas ruinas se elevaba lo que parecía una nube espesa de humo negro, abriéndose paso hacia el cielo y alzándose ya muy por encima de sus cabezas. Pero no se trataba de humo. Se veían formas en la oscuridad, cosas retorcidas, cosas aullantes con ojos dementes, manos que eran como garras, alas negras que azotaban el aire y removían aquella sustancia negra que les daba vida para sacar de ella nuevas y aún más monstruosas formas. Una legión de horrores inhumanos, fantasmas, pesadillas, que caían sobre el mundo del que habían estado excluidos durante innumerables siglos.

La torre lanzó un definitivo suspiro, un sonido aterradoramente humano, y empezó a hundirse sobre sí misma. La negra columna se hizo más potente, lanzándose con más ímpetu hacia el cielo al tiempo que se extendía como un negro dosel. Y de repente Anghara comprendió hacia dónde se dirigía.

Tiró de las riendas -había perdido la fusta- y azotó el costado de *Sleeth.* La yegua saltó hacia adelante, las orejas pegadas a la cabeza, y Anghara se encogió sobre su cuello como un jinete demoníaco en la Carrera del Diablo, aullando mientras dirigía su montura en dirección a la lejana escarpadura. *Sleeth* corría con la velocidad y la desesperación de los condenados, como si conociera y compartiera el terror que había en la mente de su dueña. Y Anghara sollozó con desesperación por lo que había hecho, mientras el siniestro horror liberado por la destrozada torre los seguía tempestuoso y rugiente.

-Debierais habérmelo dicho antes. -Kalig hablaba en voz baja para no alertar a Imogen, que conversaba con una de sus damas y por lo tanto desconocía por completo las noticias que traía Kirra.

-Lo siento, padre. No vimos motivo para alarmarte, o enojarte, sin una buena razón.

-*¿Enojarme?* -Kalig dirigió la mirada hacia el bien visible lugar vacío de la mesa principal, lugar donde debía de estar sentada Anghara.

La fiesta había empezado hacía poco, y los sirvientes corrían de un lado a otro de la enorme sala transportando platos. Cerca del hogar un arpista, un tañedor de laúd y un flautista habían iniciado una melodía; junto a ellos estaba la gran arpa de Cushmagar, pero el anciano bardo no había aparecido aún.

-Ya estaba enojado, para empezar, sólo de pensar que tu hermana no asistía

Librodot

deliberadamente a la fiesta por un arranque de malhumor. Pero esto... -Kalig meneó la cabeza-. Debierais habérmelo dicho.

-Mi señor, debo responsabilizarme por nuestro silencio -intervino Fenran. El rostro del joven norteño mostraba una palidez enfermiza, que destacaba aún más en contraste con la cálida luz que reinaba en la sala-. El príncipe Kirra deseaba informaros de inmediato, pero yo insistí en que debíamos aguardar. -Dejó caer los hombros y clavó con tristeza los ojos en el suelo-. Ahora creo que fue un error estúpido.

El rey lo contempló durante uno o dos segundos sin que su expresión revelara nada. Luego dijo:

-Sensato o estúpido, está hecho y no puede deshacerse ahora. Pero no quiero perder más tiempo. Kirra, abandona la sala con discreción; que tu madre no se dé cuenta. Busca a Creagin, el capitán de la guardia, y cuéntale lo que me has contado. Es el hombre más adecuado para organizar la búsqueda de Anghara.

Fenran repuso:

-¿Me dais vuestro permiso para acompañar al príncipe Kirra, señor?

-Sí, ve, Fenran. Me reuniré con vosotros tan pronto como... -y Kalig se interrumpió pues en aquel momento sonó un discordante gemido procedente del lugar donde estaba la enorme chimenea.

Todos los demás sonidos de la sala se apagaron al instante. Los músicos que habían estado cerca del arpa de Cushmagar dieron un salto atrás -uno incluso estuvo a punto de caer al fuego- y Kalig volvió la cabeza a tiempo para ver que las cuerdas del arpa vibraban todavía mientras el espantoso acorde que había lanzado se desvanecía lentamente.

El arpa ha lanzado un lamento, sin que ninguna mano la tocara... Un gélido y supersticioso temor se apoderó del rey, y no se atrevió a contemplar los rostros demudados de todos los hombres y mujeres de la sala. Todos conocían el siniestro significado del sonido que aún resonaba en sus mentes: ya que cuando el arpa de un bardo hablaba por voluntad propia, era presagio de cosas tan terribles que ningún ser viviente se atrevía a ignorarlo.

-Traed a Cushmagar. -Kalig apenas si reconoció su propia voz; se sentía como si se asfixiara-. Y a Creagin. ¡En nombre de la Madre, encontradlos!

Mientras rompía el atemorizado silencio, se escuchó una repentina agitación junto a la puerta principal de la sala y, como si la voz del rey al pronunciar su nombre lo hubiera hecho aparecer desde su puesto, Creagin penetró en ella. Avanzó con rapidez por el pasillo central en dirección a la mesa principal; entonces, con cierto retraso, sus ojos registraron las expresiones de sorpresa de todos los presentes y vaciló.

-¿Mi señor? -El desconcierto arrugó el rostro de Creagin.

Fenran, que se sujetaba al respaldo de su silla para evitar que se le doblaran las rodillas, comprendió que el capitán de la guardia no podía saber lo que acababa de suceder allí. Su llegada se debía a pura coincidencia. O -e intercambió una temerosa mirada con Kirra- a algo mucho más siniestro...

Kalig consiguió recuperar su agitada serenidad y, con un gran esfuerzo, descendió de la plataforma para ir al encuentro del capitán.

-Os pido perdón por la intrusión, mi señor. -Creagin, rechoncho y moreno y bastante más bajo que el rey, realizó una torpe reverencia, pero su mirada siguió su inquieto paseo por la sala.

-Creagin -Kalig habló sucintamente-. ¿Qué sucede?

Librodot

-Algo raro acontece en el sur, señor. He pensado que era mejor informaros en lugar de esperar a averiguar más cosas.

Un agitado murmullo se elevó de aquellos que estaban lo bastante cerca para haberlos escuchado, y Fenran notó un vacío en el estómago. Kalig acalló los murmullos con una severa mirada.

-¿Qué tipo de cosa extraña, Creagin?

-No lo sé con exactitud, señor. El centinela que lo vio primero pensó que tenía que ver con el clima, pero...

-¿El clima? -interpuso Kirra, con voz temblorosa.

-Sí, señor. Una tormenta, pero de una fuerza inhabitual. Unas nubes negras como jamás las había visto antes, sólo que no son nubes -Creagin se agitó incómodo cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro; militar como era, no comprendía más allá de las cosas que poseyesen un fundamento lógico, e intentar explicar aquello era obvio que no le gustaba-. No sé exactamente lo que es, pero viene desde el sur a toda velocidad, tal y como lo veo no tardaremos en quedar en medio de ello.

Kalig murmuró:

-Que la Madre Tierra nos ayude... -y cuando se volvió para mirar a Fenran y a Kirra su rostro había perdido todo rastro de color.

El arpa, pensó Fenran; y sintió cómo una sensación de náusea se apoderaba de él.

-¿Señor? -Creagin no se dejó anonadar-. ¿Hay algo...?

El rey lo interrumpió a mitad de la frase.

-Sí, Creagin, lo hay. Kirra, Fenran -giró sobre sus talones y su voz se elevó como un rugido en medio de la sala-; todos aquellos de vosotros que estéis en condiciones y podáis empuñar un arma: ¡id al torreón!

Los bancos arañaron el suelo mientras los hombres y un gran número de mujeres se ponían en pie precipitadamente, y una tremenda algarabía se alzó en la estancia cuya atmósfera se recargó de tensión. Kalig escuchó a su espalda cómo Imogen intentaba calmar a sus doncellas, pero no tenía tiempo para volverse a mirarla. Creagin, aún sin comprender, pero dándose cuenta de la urgencia con el instinto de un soldado, se unió al grupo que se precipitaba hacia la puerta, y siguió a Fenran y a Kirra, quienes corrían detrás del rey hacia afuera de la sala.

Kalig corrió por el helado y mal iluminado pasillo situado al otro lado de la puerta, y mientras lo hacía sacó su espada en un reflejo automático; no era su pesada espada de combate de doble mango, pero tendría que servir en una emergencia. Se percató con alivio de que Fenran y Kirra también iban armados; otros se dirigían a toda prisa hacia el arsenal a buscar más armas, y Kalig encontró tiempo para agradecer que la superflua tradición que en época de su padre había asegurado una reacción rápida ante la menor provación, hubiera resultado ser una costumbre difícil de abandonar.

Las antorchas llameaban y danzaban en sus soportes a causa de las corrientes de aire provocadas por los hombres que corrían. Por fin, Kalig salió al patio, y a una caótica y aterradora escena.

El sol se había puesto, pero el patio estaba lleno de luces temblorosas que se movían de un lado a otro y convertían la oscuridad en una sombría pesadilla. Los hombres corrían mientras los sargentos rugían sus órdenes; un grupo subió a toda velocidad los escalones que conducían a las murallas mientras los centinelas gritaban y gesticulaban. Kalig no se detuvo, sino que se dirigió directamente a las escaleras al tiempo que gritó a Kirra y a Fenran que lo siguiesen.

Librodot

Subieron los escalones de dos en dos y emergieron sin aliento sobre las estrechas almenas que rodeaban Carn Caille. Y allí, alzándose en la noche en dirección a ellos, se veía una enorme y cada vez más amplia nube de oscuridad. Hasta dónde se extendía, con qué rapidez se movía, no podían decirlo: pero había tapado los últimos débiles rayos del sol que se ocultaba bajo la línea del horizonte, y nadie podía dudar de que se dirigía directamente hacia la fortaleza. En su espeso corazón centelleaban los relámpagos, pero eran relámpagos de una clase que nadie había visto antes: plateados, púrpura, escarlata. Y el viento embravecido que aquel monstruoso fenómeno provocaba traía unos sonidos sobrenaturales y espantosos: una cacofonía chillona, ululante y gimiente que asaltaba sus oídos con *el* júbilo de un millar de demonios rientes.

-¡Padre! -Kirra se agarró al brazo de Kalig-. ¡Eso no tiene un origen terrenal!

Kalig lo sabía muy bien. Las espadas nada podrían contra tal horror, y con toda seguridad ningún hechizo conocido en Carn Caille podía esperar derrotarlo.

-¡Señor! -Era una voz áspera de un soldado; en el otro extremo de la muralla un centinela gesticulaba frenético-. ¡Señor, en el césped, a unos quinientos metros, se ve a un jinete! -¿Que?

Fenran, viendo la conexión antes que ningún otro, se volvió en redondo para mirar, y bajo el terrible resplandor de los relámpagos que brillaban en el corazón de aquella manifestación vio las diminutas *y* desamparadas figuras de un jinete y su caballo que galopaba desesperado en dirección a las puertas de la fortaleza. Una tremenda llamarada iluminó el cielo y tuvo una momentánea impresión del color del caballo, de la larga y alborotada melena del jinete...

-¡Señor! -aulló por encima de todo el estruendo-. ¡Es Anghara!

Kalig lanzó un sobresaltado juramento, y por un instante quedó paralizado. *Anghara no llegaría a las murallas a tiempo. Aquel horror aullante y diabólico la alcanzaría, la aplastaría...*

-¡Abrid las puertas! -rugió, y su voz se elevó por encima de todos-. ¡Abrid las puertas a la princesa Anghara!

Fenran ya había desaparecido. Saltó los escalones que daban al patio y corrió en dirección al gran arco situado bajo el torreón. Añadió sus fuerzas a las de los hombres que luchaban por tirar hacia atrás de las enormes puertas de madera y, cuando por fin se abrieron con un chirrido, intentó cruzarlas.

-¡No, señor! -Un fornido sargento lo echó hacia atrás, mientras le gritaba al oído-: ¡No podéis hacer nada, ya casi está aquí!

Y emergiendo con gran estruendo de la oscuridad apareció *Sleeth,* un caballo endemoniado con los ojos enloquecidos, la boca llena de espuma y las orejas aplastadas contra la cabeza; galopó bajo el arco de piedra para resbalar de costado al detenerse en el patio, entre agudos relinchos. Anghara se deslizó sin control de la silla y Fenran la sujetó antes de que diera contra el suelo; la muchacha se quedó a gatas, el sudoroso cabello enganchado a la cabeza, jadeante como un lobo.

-¡*Avísales!* -La voz que chirrió desde su garganta fue un gruñido gutural e inhumano.

Fenran la sujetó por los brazos e intentó ponerla en pie. Por un momento ella se debatió; luego alzó su rostro y unos ojos totalmente apagados lo miraron por entre la húmeda cortina de su pelo. Descubrió los dientes en un terrible rictus, y se dio cuenta de que estaba enloquecida.

-La Torre... -Sus manos se clavaron en sus hombros como garras-. Que la Madre Tierra nos ayude... *¡La Torre de los Pesares se ha derrumbado!*

-¡Anghara! -Era Kalig, que por fin había alcanzado . a Fenran-. Criatura, ¿qué...? -Y se detuvo horrorizado al contemplar su rostro.

-Mi señor, dice... -Fenran tragó algo que había en su garganta y que intentaba impedirle que dijera aquellas palabras-. ¡Dice que la Torre de los Pesares se ha derrumbado!

Aun en aquella oscuridad apenas iluminada por las antorchas pudo ver cómo el color desaparecía del rostro del rey. El puño de Kalig se crispó y se llevó los nudillos a la boca.

-*¡Que la Madre nos proteja!* Entonces esa... esa cosa de ahí fuera...

Miró de nuevo a Anghara, y de repente cada uno de los músculos de su cuerpo se tensó mientras su mente aturdida buscaba a tientas y descubría algo de la verdad de lo sucedido. Estiró la mano con violencia y sujetó un mechón de los cabellos de la princesa. Su voz sobresaltó a Fenran por su desesperanzada ferocidad.

-*¿Qué nos has hecho?*

-Padre... -La cordura regresó a los ojos de Anghara, y con ella todo el reconocimiento del horror que había provocado.

El aullido de la monstruosidad que se acercaba ensordecía los oídos de Fenran, pero Kalig y su hija no parecían percatarse, inmóviles como en un cuadro siniestro, ambos paralizados por la dimensión de lo ocurrido. Fenran asió el brazo del rey y lo llevó aparte.

-¡Señor, no hay tiempo para recriminaciones ahora! ¡Lo que sea que haya sido liberado, está casi encima de nosotros!

Mientras lo decía, las voces que aullaban y gemían llegaron a su punto máximo de potencia, acompañadas por los alaridos de advertencia de los hombres situados en las murallas. Un gran soplo, caliente como un horno, cruzó el patio, la vanguardia de la gigantesca ala oscura se precipitó como una masa hirviente sobre las murallas y estalló en un millar de formas fantasmagóricas que descendieron como una oleada. Los alaridos humanos se mezclaron con sus insensatos y diabólicos chillidos, y las figuras desmadejadas caían desde las murallas con aleteos de brazos *y* daban volteretas cuando la fantasmal legión que la Torre de los Pesares había soltado se precipitó sobre ellas. Monstruosidades aladas que batían sus alas, horrores indescriptibles, criaturas con cabeza y cola de serpiente, sus enormes bocas abiertas llenas de colmillos que parecían cuchillos; espolones y garras y manos mutadas, con escamas, pelo, carnes pálidas y corrompidas: toda pesadilla jamás conjurada, todo demonio jamás soñado caía sobre los desprevenidos defensores de Carn Caille. Los vacilantes sentidos de Fenran no le impidieron ver salir algo despedido de entre el caos en dirección a él: un pájaro-serpiente-caballo y algo más a lo que no podía darse nombre, agitaba unas alas retorcidas y distorsionadas y balanceaba una enorme cabeza grotesca que apenas si era otra cosa que unas fauces hacia él. No podía moverse: estaba paralizado, incapaz de creer en lo que le decían sus ojos; entonces la hoja de una espada centelleó ante su visión y la cosa se desvió, con el cuello casi atravesado y un líquido blanquecino y pestilente fluyó de él.

-¡Ánimo! -El rey Kalig pasó junto a Fenran dando un traspié, llevado por la fuerza del golpe que había asestado, y su rugido golpeó contra el griterío que inundaba el patio-. ¡Carn Caille! ¡Seguid a vuestros capitanes!

Su grito sacó al joven de su parálisis. Fenran giró en redondo, a tiempo de ver a uno de los sargentos de las puertas que caía bajo el ataque de dos criaturas blanquecinas y farfullantes de espantosos torsos hinchados y piernas parecidas a husos. El alarido de muerte del hombre, en el momento en que le desgarraban el cuello, hizo que a Fenran se le encogiera el estómago, y se dio cuenta de que, sobrenaturales o no, diabólicas o no, estas criaturas no eran fantasmas,

Librodot

sino algo horrible y físicamente *real.*

Kalig había desaparecido en medio de toda aquella carnicería; gritaba todavía, y sus capitanes intentaban obedecer sus órdenes y formar a sus hombres en algo parecido a una escuadra de batalla. Salía ya otra gente de la fortaleza; no sólo soldados, sino cortesanos, consejeros, sirvientes, mozos de cuadra, artesanos, todos los hombres que allí había -y no pocas mujeres- capaces de empuñar un arma. La escena era de un caos infernal: se veían los negros contornos de hombres y monstruos que luchaban en el patio, el brillo de las antorchas como lúgubres cabezas de alfiler, seres humanos y cosas que no eran humanas chillando sedientos de sangre o llenos de dolor o furia; no había tiempo para pensar con coherencia ni tampoco razonar; todo había quedado reducido a una siniestra y cruda batalla por la supervivencia.

Fenran se volvió y vio que Anghara seguía aún acurrucada, inmóvil, sobre las losas del patio. No llevaba armas, y parecía como si no se diera cuenta de la carnicería que tenía lugar a su alrededor, como si se negara a dejar que penetrara en su conciencia.

-¡Anghara! -La sujetó y la obligó a ponerse en pie-. ¡Hemos de luchar! ¡Tú que tanto amas la vida, escúchame!

La boca de la muchacha se abrió, pero si dejó escapar algún sonido, éste se perdió con el estrépito de la lucha. Un soldado de mirada desorbitada pasó junto a ellos; luchaba *por* repeler algo que saltaba *y lanzaba dentelladas* y reía; la cosa se lanzó hacia adelante y la cabeza del soldado rodó al suelo, mientras su atacante saltaba por encima de su cuerpo y desaparecía. Fenran arrebató la espada al cadáver e intentó introducir la empuñadura entre los dedos de Anghara. Su voz rozaba ya la histeria.

-¡*Lucha,* mujer! ¡Maldita sea, *despierta!.*

Ella sacudió la cabeza, los cabellos le azotaban los ojos, y aunque tomó la espada, la sujetó sin fuerza y sin hacer el menor uso de ella.

-¡Anghara! -No conociendo otra manera de hacerla salir de su ensimismamiento, Fenran le abofeteó el rostro con el dorso de su mano. Ella retrocedió y la inteligencia hizo de nuevo su aparición en su mirada, y con ella la furia.

-¡Cómo...! -Las palabras se ahogaron en su garganta al darse cuenta de la sangrienta realidad, y su voz se perdió en un gemido-. ¡Fenran...!

-¡Lucha! -le gritó él de nuevo-. ¡Por Carn Caille, por nuestras vidas! *¡Lucha!*

Un demonio enorme y contrahecho se deslizó por entre un grupo de soldados diezmados y se lanzó propulsado por sus miembros alados hacia ellos, como una espantosa parodia de un murciélago que no puede volar. Anghara chilló, y su espada se levantó al mismo tiempo que la de Fenran en un movimiento defensivo. Ella atravesó al monstruo entre los ojos, él le acuchilló el pecho; la cosa farfulló algo y se desvió, dando brincos, pero sin ninguna herida visible.

-¡A tu derecha! -aulló Anghara, y Fenran se defendió con su espada de un horror que recordaba un cadáver hinchado y lívido. Tras él aparecieron más, que luchaban contra un destacamento al mando de Creagin, cuyo rostro estaba bañado en su propia sangre y peleaba como enloquecido. Un aterrador torbellino de sonidos martilleaba en sus oídos: gritos de batalla, alaridos de agonía o de terror; en algún lugar se oía gritar al príncipe Kirra, llamando a los hombres en su ayuda, y por encima de todo resonaban los chillidos malignos e insensatos de aquella desbocada legión infernal. Y ahora se añadían nuevos ruidos al caos: los desgarradores alaridos de las desprotegidas mujeres. Anghara, en un momentáneo instante de

respiro, tuvo tiempo de volver la cabeza, y vio que la horda de demonios había conseguido eliminar a las pocas mujeres que intentaban defender la puerta principal de Carn Caille, y se introducían en el interior de la fortaleza. Los relámpagos brillaban en las ventanas bajas, y pensó en la gran sala, el banquete, la reina Imogen...

-*¡Madre!* -Se volvió, abandonó el lado de Fenran, y cruzó el patio antes de que él se diera cuenta de lo que hacía.

Algo negro y putrefacto le cortó el paso y su nariz se llenó del hedor a podredumbre, pero lo esquivó y siguió su carrera.

Ante la puerta, los guardas provisionales yacían apilados, ensangrentados y destrozados en el umbral; unas formas sin ojos y con afilados colmillos se ocupaban en desgarrarles la carne. Anghara apartó los cuerpos a patadas, incapaz de pensar en nada que no fuera el peligro que corría su madre, y casi había conseguido cruzar todo aquel montón de cadáveres *y* entrar en el interior cuando una mano tiró de ella hacia atrás.

-¡No, Anghara! -Fenran la hizo girar de cara a él, debatiéndose con ella que intentaba desasirse; pero él era más fuerte, y la arrastró por la fuerza al exterior mientras una abrasadora y terrible luz empezaba a brillar dentro del edificio.

Fuego. La gran sala estaba en llamas y éstas bailaban en las ventanas; una cortina de calor recorrió el pasillo y salió por la puerta abrasando el rostro de Fenran y chamuscando mechones de sus cabellos mientras sacaba de allí a Anghara. Del interior de la fortaleza surgieron unos alaridos, y se oyeron pasos apresurados. Pronto aparecieron unas siete u ocho mujeres en la entrada, Imogen entre ellas.

El vestido de la reina estaba en llamas, y sus damas intentaban sin éxito apagar el fuego mientras sus gritos resonaban en el patio. Horrorizado, Fenran soltó a Anghara y corrió hacia Imogen para sacarla de allí; pero antes de que pudiera alcanzarla, una forma alada tan horrible que desafiaba a la cordura cayó en picado de no se sabe dónde por encima de su cabeza y se precipitó sobre las desesperadas mujeres. La fuerza física del aire que desplazaba echó a Fenran y a Anghara hacia atrás; la princesa tuvo una momentánea imagen de dos ojos como carbones encendidos en el lugar donde el fantasma debería de tener la cabeza; luego una bola de fuego estalló en medio del grupo de mujeres, una llamarada al rojo vivo que lanzó despedidos a Anghara y a Fenran al otro lado del patio para estrellarse ambos contra las losas del suelo. Escuchó chillar a Imogen, entonces el calor le quemó la espalda descubierta cuando el negro fantasma se elevó por los aires de nuevo con un aullido triunfal y arañó su columna vertebral con la punta de un ala.

-*¡Madre!* -Anghara aulló como un animal y rodó sobre sí misma, las manos aferradas a las losas mientras intentaba arrastrarse hasta la llameante pira funeraria que era Imogen con sus doncellas.

Estaba tan alterada que ni vio ni oyó acercarse a la criatura cubierta de escamas y plumas, medio pájaro, medio serpiente, que surgió de repente de la refriega a su espalda y se acercó entre saltos y aleteos a donde ella estaba; incluso cuando Fenran le advirtió con un grito, su mente permaneció bloqueada por la contemplación de los carbonizados y distorsionados cuerpos que se convertían en cenizas ante ella. Pero cuando la cosa abrió un pico tan grande como ella misma y lanzó su estridente desafío, ella se volvió a medias, y contempló desencajada como aquello se disponía a matarla.

Fenran replicó el desafío con el agudo y ululante grito del guerrero de El Reducto. Estaba de pie ya, sosteniendo su espada con ambas manos por encima de su cabeza mientras

Librodot

interponía su cuerpo entre Anghara y la muerte. La princesa Anghara reaccionó entonces y gateó en busca de su espada, y mientras sus dedos se cerraban sudorosos sobre la empuñadura, vio cómo la espada de Fenran caía sobre el pico abierto.

Saltaron chispas cuando la hoja topó con el hueso, y la hoja de Fenran se hizo añicos, dejándolo con la empuñadura rota en las manos mientras los pedazos de metal volaban por el aire. El muchacho se tambaleó hacia atrás, sin protección. Anghara se levantó de un salto y gritó su nombre, pero era demasiado tarde. La cabeza de la serpiente se volvió, el pico se cerró y la monstruosidad acuchilló a Fenran, lo atravesó, le destrozó las costillas y el esternón para llegar a su corazón.

La boca de Fenran se abrió, los músculos del rostro se tensaron casi más allá de toda resistencia, pero en lugar de un grito, fue sangre lo que surgió de su garganta. Su cuerpo se convulsionó como un pez clavado en un arpón, y el demonio lanzó la cabeza hacia atrás arrojando su cuerpo destrozado por los aires. Cuando empezaba *a* caer, la criatura saltó hacia el cielo, y sujetó el cuerpo antes de que pudiera tocar el suelo. Flotó en el aire por unos instantes, y al mirarla a los ojos Anghara descubrió una espantosa inteligencia, burla, maldad: los ojos plateados del niño fantasmal de la Torre de los Pesares. Luego, la cosa se *lanzó* hacia arriba batiendo las alas; el cuerpo de Fenran colgaba de sus garras.

Anghara contempló cómo se elevaba. Estaba de pie, pero su mente y su cuerpo estaban paralizados, paralizados fuera de su control. No sentía nada excepto un extraño sentimiento de perplejidad, y no se daba cuenta de los horrores que la rodeaban. Fenran estaba muerto. Fenran, su amor, su prometido. Muerto. Asesinado por un demonio que en aquellos momentos se elevaba, se elevaba en el cielo, mientras su risa inhumana resonaba como el grito de una ave marina de pesadilla. Detrás de ella, el cuerpo de su madre se convertía en cenizas. Y las legiones del infierno seguían sembrando muerte, muerte, muerte...

No era real. Dentro de un momento se despertaría en su cama y vería a Imyssa llena de palabras de consuelo, con una poción tranquilizante y una vela para disipar las sombras. Era un sueño. Un sueño. Un...

El grito empezó como un incontrolable borboteo en lo más profundo de sus pulmones. Se elevó y ganó en potencia a medida que la comprensión tomaba cuerpo y forma, a medida que los sentidos de Anghara se abrían a las imágenes, los sonidos, los hedores de aquella carnicería, y un débil gemido, la miserable protesta de un perro apaleado, surgió de su garganta. El gemido se convirtió en un grito, el grito en llanto, y de improviso el llanto se transformó en un alarido de dolor y desesperación que hendió el caótico torbellino como el aullido de un espíritu de mal agüero.

Anghara cayó de rodillas, cegada por las lágrimas mientras el alarido seguía y seguía, destrozándole la laringe. No vio las espantosas figuras y las deformadas sombras de la hueste diabólica que se abalanzaba hacia el centro del patio; no escuchó el golpear de miles de alas ni sintió el abrasador torbellino cuando se reunieron y convergieron girando como una peonza; ni siquiera se dio cuenta del momento en que se alzaron por los aires enrarecidos -un tornado viviente- y luego se proyectaron hacia arriba para desaparecer en la noche. De lo único que se dio cuenta fue del sonido de su propia voz, hasta que el último dique de contención se quebró en su interior y cayó hacia adelante, la espada estrellándose sobre el suelo al caer de su mano temblorosa cuando se desplomó inconsciente sobre las losas empapadas de la sangre de Fenran.

CAPÍTULO 6

El amanecer se arrastró sobre las murallas de Carn Caille en una delgada y pálida neblina mientras el sol mostraba sus primeros rayos rojos por el este. La fortaleza estaba en silencio. No había lámparas encendidas en las ventanas; ningún centinela se recortaba contra el cielo que se iluminaba poco a poco. En alguna parte sobre el mar, una gaviota lanzaba un triste lamento; el ligero viento, que cambiaba de dirección de modo caprichoso, ora del noroeste ora del nordeste, anunciaba lluvia antes de que hubiera pasado mucho tiempo.

No sabía cuántos estaban muertos. Durante quizás un minuto, o acaso una hora, permaneció sentada allí donde había estado desde que recuperara el conocimiento, las manos fláccidas e inútiles sobre el regazo, la cabeza girando despacio primero hacia un lado, luego hacia el otro, los ojos vacuos absorbiendo la escena que se presentaba ante ellos.

Hombres y mujeres de la corte de su padre. Habían luchado con toda su destreza y su fuerza formidables, y ahora yacían destrozados, desechos, caídos como si se tratara de trigo en un campo segado. Una cosecha de sangre y almas. Y ella, Anghara hija-de-Kalig, debía entonar su canción funeraria, porque ella era la culpable de todo aquello.

Por fin -su sentido del tiempo tan muerto como los cadáveres que se amontonaban en el patio-, Anghara se puso en pie. Se movía como una anciana; arrastraba los pies para dar un paso, dos, tres. No se atrevió a mirar a su espalda al portal donde Imogen y sus damas habían ardido; siguió su avance cansino hasta llegar al primero de varios montones de cuerpos y clavó los ojos en la maraña de brazos, piernas y armas.

Creagin. No lo había visto caer, pero allí estaba, un ojo dirigido al cielo diurno; el otro, una cuenca vacía. Había otros: conocía sus nombres pero no parecía tener ningún significado el enumerarlos. Uno de ellos no tendría más que nueve o diez años; un aprendiz de mozo, si la memoria no la engañaba.

Siguió adelante. Unos pasos más allá estaba Kirra, su hermano, heredero de Carn Caille. Kirra el bromista, Kirra el alegre muchacho, tumbado sobre su propia sangre con la columna vertebral medio arrancada del cuerpo.

Siguió adelante. Una cadena de nombres, amigos, compañeros. Caballos, rígidos y grotescos, con los cuerpos ya hinchados. Permaneció durante un buen rato con la mirada clavada en uno de los animales muertos; en su pelaje gris, las largas crines y la cola pasaban del acerado al blanco. Pronto, como si se tratara de un sueño, se percató, aunque con una peculiar indiferencia, de que era *Sleeth.* Se sintió triste, pero era una tristeza remota, como originada en una mente ajena. Siguió andando penosamente por el patio hasta que por fin encontró a Kalig.

Al principio creyó que estaba simplemente inconsciente, ya que yacía boca abajo sin la menor señal de heridas. La esperanza era algo que estaba más allá de ella, pero sin embargo se inclinó envarada y le dio la vuelta con manos temblorosas.

El rey Kalig, señor feudal de las Islas Meridionales, su padre, carecía de rostro. Lo que quedaba de la parte frontal de su cráneo era algo tan diferente de cualquier cosa humana que ni siquiera le repugnó. Dejó caer el cuerpo, y se volvió.

Carn Caille estaba ante ella. Se dirigió hacia la fortaleza, no por la puerta principal -porque a pesar de lo insensibilizada que se sentía le fue imposible pasar por entre lo que allí yacía- sino por una entrada lateral que la conduciría a través de pasillos y escaleras a su propia habitación. Y era allí dónde quería estar. No encontraría a Fenran: Fenran estaba muerto. Ella lo

Librodot

había visto morir; no había podido salvarlo. Iría a su habitación, a su cama, y si podía llorar, lo haría allí donde ningún ser, ni muerto ni vivo, pudiera verla. Y a lo mejor Imyssa le daría una poción...

Anghara sabía que estaba loca, y ese conocimiento la consoló. Si estaba loca, con toda seguridad no la podrían culpar de sus acciones, y lo que había hecho sería...

Se detuvo y se pasó la lengua por los labios mientras una voz interior le advertía de no seguir con aquellas ideas. Luego siguió con lenta deliberación y contó cada uno de sus pasos en dirección a la puerta. El sol, más fuerte ahora, empezaba a tocar las murallas, y rozó su doblada espalda mientras arrastraba los pies para alejarse del patio.

Carn Caille, sin el ruido, sin la luz de las antorchas, sin el ajetreo de la actividad diaria, era un lugar frío y extraño. Anghara pasó ante puertas silenciosas, sin detenerse para mirar en el interior de las habitaciones que había tras ellas, sabedora de lo que ocultaban. La pequeña sala del consejo de su padre. El comedor privado de la familia. La habitación donde la regordeta Middigane había cosido el traje de novia de Anghara que ahora ya no podría terminarse ni lucirse.

El pasillo tocó a su fin y llegó a unas escaleras. Las subió, llegó a otro pasillo y empezó a andar despacio por él. No había encontrado una sola alma, pero el dominio de los muertos no se había extendido hasta estos corredores: estaban vacíos e impolutos.

Por fin llegó a su habitación. Empujó la puerta y permaneció un instante en el umbral, su mirada en lento recorrido por el familiar mobiliario, aunque éste no significaba nada para ella. La puerta que conectaba con el dormitorio más pequeño de Imyssa estaba cerrada, y por primera vez desde que recuperara el conocimiento la princesa experimentó un sentimiento de angustia. La anciana nodriza era su único vínculo con el mundo que le habían arrebatado de una forma tan espantosa; si también ella estaba muerta, no le quedaría nada.

Su mano se posó en la fría y áspera plancha de madera, y empujó.

-¿Imyssa...?

Su voz resonó como el aliento de un espíritu. Nadie contestó al otro lado de la puerta.

-¡Imyssa! -Sintió de repente tal opresión en la garganta que le pareció como si se asfixiara.

Y una voz -aunque no era la de Imyssa- respondió a su espalda.

-¡Anghara...!

Giró en redondo. No había nadie allí. No obstante sintió una presencia, la vaga sensación de la presencia de otra mente, de otro espíritu, que se inclinaba hacia ella desde algún lugar no muy lejano.

-¡*Anghara..., ayúdame!*

Algo se movió en el espejo que no era un reflejo de la habitación. La oscuridad se arremolinó en el interior del cristal, atravesada por venas rojas como la sangre, y la espalda de Anghara se estrelló contra la pared cuando retrocedió espantada.

-Anghara...

Conocía aquella voz. Y ahora, en el óvalo de cristal plateado de la pared empezaba a materializarse una figura. Vio una cabellera negra, un rostro y un cuerpo que reconoció...

-¡Fenran!

El grito consiguió traspasar el bloqueo de su garganta y se precipitó hacia el espejo, cayendo de rodillas frente a él. El estaba allí, dentro del espejo, envuelto en la cambiante oscuridad, y ella arañó la inexpugnable superficie del cristal, en un intento por atravesarla y

alcanzarlo. Sus uñas rascaron la fría superficie, y el reflejo de Fenran siguió mirándola a ella y también más allá de ella. Sujetó los extremos del espejo y lo sacudió con tal violencia que éste se desplazó en su marco, al tiempo que gritaba su nombre una y otra vez. Entonces la imagen del joven empezó a disolverse; la oscuridad desapareció con un remolino y Anghara se encontró mirando su propio rostro enloquecido y la imagen de la habitación que tenía a sus espaldas.

Lanzó el espejo hacia atrás, contra la pared, y se volvió; entre tropiezos se dirigió al otro extremo del dormitorio, se arrojó sobre la bordada colcha de su cama y empezó a tirar de ésta mientras gritaba y maldecía con una combinación de temor y cólera al tiempo que la colcha resbalaba de la cama y la envolvía. Se liberó de ella con un violento movimiento, se arrastró en dirección a la ventana, tendió la mano para sujetarse...

Y el rostro de Fenran apareció de nuevo, débil y distorsionado, en el cristal de la ventana.

-¡No!

La voz de Anghara sonó como un chillido salvaje y lanzó el brazo como enloquecida contra el cristal. El vidrio se hizo añicos con el golpe; la sangre empezó a manar de los cortes de sus dedos y una abrasadora sensación se apoderó de los nervios de su mano. Lanzó un siseo de dolor, aspiró una bocanada del aire frío del amanecer que penetraba por la abertura y, junto con la brisa, le llegó una oleada de color rojo que la cegó. Sintió cómo perdía el control, cómo crecía una presión sofocante e intolerable en su interior; vio inclinarse la habitación en un ángulo imposible, sintió cómo la sangre se agolpaba como un torrente en sus oídos...

Y se encontró enroscada en posición fetal contra la cama, aferrada a la colcha destrozada que ahora también estaba manchada de la sangre que manaba de sus dedos. A pocos pasos estaban los fragmentos rotos del frágil y complejo reloj, el precioso regalo de los parientes de su madre: la filigrana de plata retorcida de una forma horrible, los líquidos de colores se habían desparramado sobre las alfombras y habían desaparecido, y las esferas de cristal soplado y los tubos se habían reducido a miles de diminutas esquirlas que centelleaban frías ante sus ojos desde el suelo.

No recordaba haber roto el reloj, pero sabía por qué lo había hecho; por qué había tenido que hacerlo. Y no había conseguido nada. Seguía enloquecida; y seguía sin poder llorar.

Fenran, muerto. Su padre, su madre, su hermano muertos. Imyssa desaparecida. Amigos, compañeros que ahora no eran más que carroña en el patio. Las aves marinas sin duda habrían empezado ya su festín... y seguía sin poder llorar. Estaba viva en una forma física, pero todo lo demás, todo lo que importaba, había muerto con ellos; muertos a causa de lo que ella había arrojado sobre Carn Caille. Y ni siquiera tenía la capacidad de sentir la angustia de su propia culpa. No quedaba *nada.*

Sentía una extraordinaria calma. Aunque las lágrimas no querían brotar, y el dolor y el remordimiento tampoco se querían hacer sentir, su mente estaba tranquila e imperturbable como un estanque del bosque. Tan sólo había una cosa más que hacer, una acción que acabaría con ese vacío. Debía hacerlo ahora, sin esperar más.

Su espada se había perdido en la batalla, pero no importaba; no había sido la suya propia, y la suya resultaría mucho más apropiada para esto. Se levantó, y cruzó la habitación despacio para arrodillarse junto al viejo arcón de madera que contenía sus más preciadas posesiones. Alzó la tapa -apartó deprisa el fugaz recuerdo de aquel otro arcón tan extraño de la Torre de los Pesares- y sacó la funda que contenía la fina y bruñida espada que su padre le había regalado al celebrar sus dieciocho años. Sacó la espada de su vaina, la hizo girar en la mano, y

observó cómo captaba la luz de la habitación y la reflejaba con intensidad. Había cuidado de la espada con gran esmero, tal y como Kalig le había enseñado, y estaba segura de que se sentiría satisfecho de las condiciones en que estaba, pensó, como también aprobaría lo que ahora pensaba hacer.

Inclinó la cabeza y tomó la larga masa de sus cabellos sujetándolos en un grueso mechón. La primera acción debía realizarse de un solo tajo, para demostrar que sus intenciones eran firmes y bien fundadas. Imyssa hubiera insistido en ello, exhortándola a llevar a cabo la acción en la forma correcta. Sonrió, y con un único giro de la muñeca que sujetaba la espada cortó la pesada mata de cabellos, que cayó en una silenciosa lluvia sobre el suelo mientras ella los contemplaba con asombro. *Grises.* Ayer habían sido rojizos; hoy eran grises. Sonrió de nuevo y se puso en pie para sacudir la cabeza de modo que los cortados restos volaron alrededor de su cabeza como un halo; hecho esto, tomó la espada con ambas manos y la volvió hasta que su maligna y afilada punta apuntó a su corazón. Rápido, limpio: todo lo que debía hacer era echarse hacia adelante, y todo terminaría. Sin remordimientos, sin despedidas. Una sencilla retribución, una reparación por lo que había hecho.

-No, Anghara hija-de-Kalig.

Anghara dio una sacudida, la espada rígida entre sus manos y los ojos a punto de salírsele de las órbitas por la sorpresa. En una fracción de segundo su mente registró que la voz era tranquila e impasible, sin el menor rastro del eco fantasmagórico que tanto la había asustado en la aparición de Fenran. Era *real.*

Volvió la cabeza, y recordó al Hombre de las Islas y a la criatura resplandeciente que la visitara.

El ser que tenía ante ella rodeado de una pálida y trémula aureola era hermoso. Si era varón o hembra o si trascendía tales consideraciones ella no lo sabía; su forma era una mezcla andrógina de delicadeza y fuerza. Su escultural figura estaba envuelta en una capa del color de las hojas recién nacidas, y sus largos cabellos tenían el cálido tono del suelo de los bosques. Unos ojos de un dorado blanquecino contemplaban a Anghara; eran ojos llenos de dolor, pero totalmente despiadados.

La espada resbaló de las manos de la princesa, y el estruendo que produjo al golpear contra el suelo tuvo el peso de una intrusión en el peculiar silencio que había descendido de repente sobre la habitación. La muchacha dio un paso atrás, al tiempo que empezaba a temblar de forma incontrolada. Luego -parecía lo único que podía hacer, la única cosa que era capaz de hacer, aunque resultaba un gesto desesperadamente inadecuado- cayó de rodillas.

-Anghara hija-de-Kalig. -El ser bajó la mirada hacia ella-. ¿Qué te hace pensar que tú, también, tienes derecho a morir?

Los dientes de Anghara castañetearon.

-Qui... quiero... -Con un terrible esfuerzo consiguió dominar su indisciplinada lengua y también su mandíbula, y musitó-: No queda otra salida...

-Entonces, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

La princesa cerró los ojos con *fuerza.*

-Sí... -La palabra surgió como un siseo.

Escuchó un roce y percibió la proximidad del ser cuando éste se acercó más.

-Durante siglos, las plagas que en una ocasión afligieron a la Tierra, nuestra Madre, han permanecido encadenadas y confinadas fuera del alcance del hombre, en la torre construida por la mano de ese devoto sirviente que conserváis en vuestras leyendas. Tus antepasados han

Librodot

cumplido la palabra dada a la Madre Tierra durante todos estos años. Pero tú no lo has hecho. Buscaste un conocimiento al que no tenías derecho; usurpaste un derecho que no tenías. Y ahora, por ese capricho tuyo, las cosas siniestras y malignas vuelven a estar libres en el mundo. ¿Qué tienes que responder a esto, Anghara hija-de-Kalig?

La sensación de asfixia volvía a apoderarse de Anghara. Aspiró y tuvo que luchar por llevar algo de aire a sus pulmones.

-Yo no quería... -Se detuvo, mordiéndose la lengua al comprender lo lamentables, lo inadecuadas que eran sus palabras-. Si pudiera hacer retroceder el tiempo...

-No puedes. Está hecho.

-Pero mi padre y mi madre...

-Están muertos. -La voz del ser poseía un frío tono despiadado-. Muertos, Anghara. Esa es la verdad y debes enfrentarte a ella. Fueron asesinados por los demonios que soltaste con tus propias manos... y no encontrarás refugio a tu culpa en la locura.

La muchacha contempló estúpidamente la espada, allí en el suelo, tan cerca de ella, pero, al parecer, inalcanzable.

-¿Ni en la muerte? -preguntó.

-Ni en la muerte. Morir sería fácil para ti. Abandonarías el mundo, lo abandonarías a merced de aquello que tú has soltado en él. Y eso, criatura, sería una nueva traición a la Madre de todos nosotros.

Las lágrimas empezaron a resbalar por las pálidas mejillas de Anghara. Era la primera brecha que aparecía en el muro de contención que la conmoción y la pena habían levantado en su interior, y aunque agradeció aquella liberación, era como un vino muy amargo.

-*Si lo hubiera sabido...* -murmuró con voz entrecortada.

-Criatura, lo sabías tan bien como cualquier otro miembro de tu raza. La Tierra, nuestra Madre, no te impuso una elección: Ella te ofreció la libertad de servirla o despreciarla, y fue tu propia voluntad la que te hizo escoger el sendero tenebroso.

La cordura regresaba. Anghara se dio cuenta, y el dolor que le produjo fue casi mayor de lo que podía soportar, ya que la obligaba a verse a sí misma como realmente era. Pero el ser resplandeciente tenía razón: no podía haber escapatoria en la locura o en la muerte.

Su voz, cuando respondió, fue tan suave que ni siquiera sonaba más fuerte que el débil gemido del viento que se colaba por la ventana rota.

-¿Qué puedo hacer?

El ente no respondió de inmediato, y Anghara se preguntó si habría oído su ruego. Pero cuando levantó los ojos temerosa para mirar su rostro, observó un cambio en la impasible expresión: un brillo apenas visible -¿o le había jugado una mala pasada su imaginación?- de algo que podría haber sido piedad.

La criatura respondió:

-¿Qué *querrías* hacer, Anghara hija-de-Kalig? ¿Qué harías, para reparar tu traición?

Un profundo estremecimiento sacudió el cuerpo de Anghara y desvió la mirada de nuevo, incapaz de enfrentarse a la terrible franqueza que veía en los ojos del emisario.

-Cualquier cosa -repuso con amargura-. ¡Cualquier cosa que trajera de vuelta a mi familia!

-Es imposible hacer regresar a los muertos -respondió el ente-. Todo lo que puedes esperar es expiar tu crimen.

Anghara levantó los ojos para mirar por entre los desiguales mechones de su cabello, y susurró:

-¿Cómo?

-Comprometiéndote a librar al mundo del mal que has soltado sobre él. No puedes morir, criatura: la Madre Tierra no lo permitirá. Pero te ofrece la posibilidad de deshacer tu obra.

«Cuando abriste el arcón de la Torre de los Pesares, soltaste siete demonios por el mundo. Siete demonios que conforman la quintaesencia del mal contra el que la Tierra, nuestra Madre, se alzó hace mucho tiempo. Ya en estos instantes se propagan por el mundo, exultantes por su liberación, y allí donde se proyecte su sombra, la humanidad caerá víctima de su perniciosa influencia. -El ser sonrió con intensa tristeza-. Al igual que el Hombre es hijo de la Tierra, estos demonios son hijos del Hombre: él los creó, y los utilizó en su intento por arrebatarle el dominio del mundo a la Madre de todos nosotros. Si se los deja seguir su camino sin trabas, provocarán la definitiva caída del Hombre; y esta vez no habrá un Hombre de las Islas en quien nuestra Madre deposite su confianza, ya que se ha traicionado su confianza. Si la humanidad ha de sobrevivir, hay que expulsar a estos demonios de la Tierra. Ésa es la tarea que nuestra Madre te impone, Anghara.

La princesa bajó los ojos a sus puños ensangrentados, que, inconscientemente, había cerrado con tal fuerza que los nudillos aparecían blancos a través de las oscuras manchas rojas. Le era imposible hablar: la sensación de responsabilidad se convirtió de repente en algo parecido al peso de mil toneladas de piedra arrojadas sobre ella; una lápida sepulcral bajo la que estaba enterrada en vida, una tumba de la que se alzaban para acusarla los macilentos dedos de los hombres, mujeres y niños que habían muerto a causa de su arrogante curiosidad.

-Esta responsabilidad no puede compartirse -dijo la resplandeciente criatura-. Es sólo tuya.

-Pero... -El muro de contención se resquebrajaba dentro de Anghara; los fantasmas llenaron su mente-. No puedo llevar a cabo una tarea semejante. -Su voz tembló con un principio de ataque de histeria-. No puedo. *¡No puedo!*

-Entonces réhuyela, muchacha, y abandona tu raza a su destino. -No existía la menor piedad en la impasible mirada del emisario-. Eres tú quien debe escoger, si lo deseas. La Tierra, nuestra Madre, no te obliga a nada, salvo a aceptar tu responsabilidad por lo que has hecho. Pero, de una forma u otra, *debes* escoger. Y cualquiera que sea el camino que tomes, la muerte no es una opción.

Así que tendría -debería- seguir viva, sin la esperanza de que el olvido se llevase la doble agonía del recuerdo y de la sensación de culpabilidad. ¿Qué era mejor?, se preguntó Anghara desolada. ¿Escabullirse en aquel consuelo que pudiera hallar por pequeño que fuese y vivir el resto de sus días en un esfuerzo desesperado e inútil por olvidar? ¿U oponerse a algo contra lo que no tenía la menor posibilidad, enfrentarse a un enemigo que podía aplastarla con la misma facilidad con que había aplastado a los guerreros de Carn Caille, todo en una búsqueda inútil de la forma en la que pudiese expiar su crimen? Ambos caminos eran una fuente segura de tormento. Sería mucho mejor, con toda seguridad sería mucho mejor para los fragmentos de su destrozada mente y cuerpo, el dar la espalda a lo imposible y aceptar lo que le produjera un dolor menor...

A punto de dar su respuesta, y anticipándose a la censura, levantó los ojos hacia el resplandeciente emisario. La expresión de aquel ser continuaba impasible, y se dio cuenta de que no esperaba nada de ella; era, tal y como le había dicho, libre de elegir. Y una voz en su interior le dijo: *¡Eres la hija de Kalig, rey de las Islas Meridionales! ¿Se te ha aguado tanto la sangre que no puedes igualar su coraje, su lealtad, su tenacidad? ¿Tan cobarde eres que no puedes enfrentarte a las consecuencias de tu propio acto de traición? ¿Qué hubiera dicho tu*

padre?, ¿qué hubiera dicho Fenran, hijo del reino septentrional de El Reducto, el hombre a quien declarabas amar y sin embargo condenaste a morir, al verte ahora, Anghara?

Las palabras que había estado a punto de pronunciar se helaron en su garganta, y sintió el sabor amargo de la bilis en la boca. Había perdido todo lo que conocía y amaba por culpa de su arrogancia: pero no se entregaría a la última ignominia de la cobardía. Ya que no le quedaba otra cosa, debía al menos buscar el gélido consuelo en el intento de rectificar el mal que había hecho. Se lo debía a Carn Caille.

Sus ojos se encontraron con los del emisario, y dijo:

-Dime qué debo hacer.

Esperó ver alguna pequeña muestra de aprobación, alguna disminución de la terrible indiferencia que veía en los ojos de aquel ser, pero nada sucedió. La criatura sonrió, pero la sonrisa era demasiado lejana para tener significado.

-¿Estás segura, Anghara hija-de-Kalig? Una vez te hayas comprometido en el servicio a la Madre Tierra, no podrás volverte atrás.

Anghara mordió con fuerza la cara anterior de sus mejillas.

-Estoy segura.

-Muy bien.

Y de repente, para su mortificada sorpresa, la cualidad de la sonrisa del emisario cambió. Por un fugaz momento Anghara vio ecos de paz, piedad, una belleza indescriptiblemente triste que brilló a través de la fría e impasible máscara. La sonrisa abarcaba a la tierra, el mar, el cielo, la vida y la muerte de toda criatura que jamás hubiera pisado la tierra o nadado en sus aguas; era el sonido del arpa de Cushmagar, el chillido del ave marina, el lamento del viento, la risa de los participantes en una fiesta, el contacto del ser amado. Aquello la conmovió cuando toda la carnicería y miseria presenciadas no lo había conseguido: sintió las lágrimas agolparse por fin en sus ojos y, de pronto, las agonizantes barreras que se alzaban en su interior se derrumbaron. Se volvió, cayó a gatas y un temblor febril sacudió su cuerpo mientras las lágrimas que hasta ahora habían rehusado aparecer empezaron a rodar como un torrente por sus mejillas. Los sonidos que surgían de su garganta al llorar eran inhumanos y desagradables; la desesperación de una criatura atrapada y finalmente quebrantada que lloraba por Carn Caille, por su familia, por Fenran, por la destrucción que había provocado. Y al final no quedó nada más que una garganta que le dolía como si un puño le hubiera arrancado la vida, unos ojos enrojecidos e irritados, y un dolor que le abrasaba todo el cuerpo y del que sabía que no podría librarse.

La princesa levantó la cabeza muy despacio. El resplandeciente emisario la observaba, pero el destello de piedad estaba apagado ahora, reemplazado una vez más por una desapasionada implacabilidad.

-Vamos, criatura -dijo el ser con calma-. Debes dejar tu pena a un lado. Es hora de que te marches.

-¿Marchar...?

-Sí. Ya no hay lugar para ti en Carn Caille. Mientras permanecemos aquí, el tiempo está detenido; pero eso no debe seguir así mucho más. A nuestro alrededor, aquellos que han sobrevivido al diabólico ataque están atrapados en un instante sin tiempo. Debemos irnos, para que puedan iniciar el trabajo de rescatar lo que queda de sus vidas.

La mirada alucinada de Anghara se paseó furtiva por aquella habitación tan familiar.

-No comprendo... -murmuró.

Librodot

-Para los tuyos, estás muerta -explicó el emisario-. Llorarán a tu familia, y te llorarán a ti, porque aunque todavía vives y eres su legítima reina, jamás podrás reclamar tu trono. En lugar de ello debes tomar una nueva identidad y abandonar las Islas Meridionales.

-Pero éste es mi hogar. -El color había desaparecido de los labios de Anghara-. Siempre ha sido mi hogar; no conozco otro...

-No tienes hogar, ahora -repuso el emisario sin emoción-. Los siete demonios que tu propia mano ha liberado se han desperdigado por el mundo, y el mundo deberá ser tu coto de caza si es que los has de encontrar y destruir. Pero no puedes regresar a Carn Caille.

El rostro de Anghara estaba gris como un pergamino viejo.

-¿Jamás...?

El ser le sonrió patético.

-Jamás es un concepto impreciso, criatura. Pero mientras tu misión siga incompleta, Carn Caille te está vedado.

Quiso protestar, pero no pudo articular lo que sentía. En lugar de ello, muda, dejó caer la cabeza y asintió.

-Ya no eres Anghara hija-de-Kalig de las Islas Meridionales, excepto en el recuerdo de aquellos a los que dejes atrás -siguió el emisario-. Debes escoger un nuevo nombre por el que los que encuentres en tu camino te puedan conocer. -Se detuvo-. Quizá debiera reflejar esto en lo que te has convertido.

La mirada de la princesa escudriñó muy despacio la habitación. Su mente protestó en silencio y con amargura contra el tono imperioso del emisario, pero sabía que no tenía más elección que obedecer. Ya no era Anghara. A partir de ese momento debía abandonar todos los recuerdos, todo su pasado, y convertirse en una persona nueva.

Su mirada se posó en el suelo, allí donde yacían los restos del cristal de su reloj roto. Un fragmento, mayor que los otros, atrajo la luz del sol y lanzó un parpadeo multicolor de un azul púrpura; era el color que los habitantes de Carn Caille asociaban siempre con la muerte, el color con el que se cubrían a sí mismos y a las paredes de la antigua fortaleza cuando el reino estaba de luto. Era también, por una terrible ironía del destino, el color de sus propios ojos.

Apartó la mirada del pedazo de cristal y los clavó en los del emisario. Sus ojos tenían una expresión extraña cuando dijo:

-Me llamaré Índigo.

CAPÍTULO 7

El emisario dijo:

-Vamos, Índigo.

Y al dirigir la mirada en la dirección que indicaba su mano, vio que el espejo de la pared, el espejo en el que había visto el rostro atormentado de Fenran, empezaba a brillar con una luz interior. La luz se intensificó, ocultando el marco del cristal, al tiempo que se extendía por la habitación como si de una avalancha de agua se tratara, y el ser la tomó de la mano.

-Vamos -repitió, y la palabra fue una orden.

Quiso gritar: *¡No! ¡No me iré! ¡Este es mi hogar, mi vida, todo lo que he sido!* Pero lo que había sido estaba muerto. Anghara estaba muerta. Ahora era Índigo.

Sus pies se movieron con un impulso que no podía controlar, y avanzó en dirección al espejo, en dirección a la brillante luz. A su alrededor, los contornos de la habitación empezaron a oscilar, hinchándose y desvaneciéndose, como si estuviera colocada entre diferentes dimensiones, y llena de pánico intentó absorber por última vez las formas del familiar mobiliario, recoger en su memoria las imágenes, los sonidos y los olores de su hogar. ¿Quién había muerto? ¿Quién seguiría con vida? ¿Qué sería de Carn Caille, ahora que el linaje de Kalig había desaparecido? Luchó por formular estas preguntas, pero tan sólo un gemido consiguió escapar de su garganta. La luz era cada vez más brillante, a medida que su querida habitación se perdía en un vago crepúsculo mientras los engranajes del tiempo empezaban a girar de nuevo *y* ella dejaba atrás su hogar y su mundo.

De repente, un brillo insoportable surgió como una llamarada del corazón del espejo y sintió cómo algo se apretaba contra su espalda, e impulsaba a sus reacios pero impotentes pies hacia adelante. Por un instante sus manos extendidas tocaron la fría superficie del cristal; luego el espejo se disolvió y penetró en su interior con un traspié, lo atravesó, y con una silenciosa conmoción Carn Caille desapareció.

El silencio la envolvió. Sintió el suave y fresco soplo del viento en su rostro, agitando los rapados mechones de su cabello; pero el viento no producía el menor sonido. Bajo sus pies, y bajo sus manos rígidas mientras seguía agachada allí donde había caído, sentía la áspera solidez de un camino de piedra. Y aunque el intenso brillo se había desvanecido, percibía a través de sus bien apretados párpados que existía luz.

Índigo, antes Anghara, abrió los ojos.

El emisario de la Madre Tierra estaba ante ella; su figura resplandeciente era el único pilar familiar en un lugar desierto y silencioso. Se encontraban en una carretera que se extendía vacía y recta como el mango de una flecha por un paisaje llano y sin rasgos distintivos. Sin hierba, sin árboles, sin colinas, sin setos. Sin sol en el cielo, sin una fuente para aquella luz desprovista de sombras que caía sobre ella. Sin nubes, sin pájaros. Tan sólo la interminable llanura, marrón y desolada, y la línea gris que era la carretera.

Volvió la cabeza -ni siquiera los guijarros de debajo de sus pies dejaron escapar el menor sonido al moverse- y miró a su espalda. Sólo la carretera. La llanura vacía. Y, con total incongruencia, el espejo a través del cual el ser la había conducido colgaba sin que nada lo sujetase sobre el camino. Pero el cristal estaba en blanco y no reflejaba nada.

Se volvió de nuevo para mirar al resplandeciente emisario, y su boca se contorsionó en un esfuerzo por reprimir una nueva avalancha de lágrimas.

Librodot

-Por favor -susurró, y casi no reconoció su propia voz-. ¿Qué lugar es éste?

-Un mundo más allá del tuyo. Un lugar donde el río del tiempo sigue un curso diferente.

-Carn Caille... -Sintió que el pánico se apoderaba de ella-. ¿Qué le ha sucedido a Carn Caille?

El ser sonrió con tristeza.

-Lloran a tu familia, muchacha, como es correcto que hagan. Mira en el espejo otra vez.

Índigo miró, y vio que el cristal empezaba a aclararse...

Formaron un pasillo por entre la multitud que había penetrado en la gran sala, para permitir que el joven paje guiara a Cushmagar hasta la mesa presidencial. El anciano arpista avanzó vacilante, sus manos nudosas sujetaban con fuerza el brazo del muchacho en el que se apoyaba, y los que estaban en las filas más cercanas al lugar por donde pasaba vieron el brillo de las lágrimas en sus ojos ciegos y vacíos.

Ningún hombre, ni ninguna mujer, ni ningún niño de los presentes en la sala hablaba. Cuatro cuerpos yacían ante la mesa envueltos en lienzos de ropa de color Índigo, sus cuerpos casi ocultos por completo bajo las coronas hechas de las bruñidas hojas otoñales de fresnos, saúcos y endrinos. El silencio se interrumpía tan sólo por el perdido y solitario sonido de una mujer que lloraba: habían colocado a Imyssa en un rincón junto al hogar, y las otras mujeres acariciaban sus cabellos y sus manos, sabedoras de que no podían curar su dolor pero intentando darle todo el consuelo que pudieran.

Índigo contempló paralizada la escena del espejo, luego giró en redondo para enfrentarse con el emisario.

-¡Hay cuatro cuerpos! -exclamó con voz angustiada-. ¡Cuatro! *¿Quiénes son?*

-El rey Kalig, la reina Imogen, el príncipe Kirra hijo-de-Kalig, y la princesa Anghara hija-de-Kalig.

-Pero mi madre..., ella se... -Índigo tragó saliva con fuerza, incapaz de pronunciar las palabras-. ¡No pueden haberla encontrado! ¡Y yo todavía vivo!

El ser resplandeciente le contestó sin la menor emoción:

-Í*ndigo* vive. Anghara hija-de-Kalig está muerta, y se la llorará como debe ser.

-Pero mi *madre...*

-La reina Imogen falleció a causa de las mismas fiebres que acabaron con su señor y sus hijos.

-¿Fiebres...? -El rostro de Índigo tenía un tono ceniciento.

-Una fiebres virulentas que barrieron las Islas Meridionales. Duraron poco, pero infligieron grandes pérdidas, y entre sus víctimas se contó la familia real de Carn Caille. Kalig y Kirra murieron rápidamente, al igual que Anghara y el joven del norte, Fenran. Imogen ardió de fiebre durante cinco días y por último sucumbió. Hubo muchos otros que los siguieron para reunirse con la Madre Tierra. -Y, al ver su sorprendida perplejidad, el emisario sonrió con un dejo de compasión-. Sí, fue una horda de demonios, y tuvo lugar una batalla. Pero los demonios que salieron de la Torre de los Pesares no tienen una auténtica existencia física en tu mundo. Son la quintaesencia del mal, pero sus formas son alegorías; penetraron a través de una brecha entre dimensiones, y ahora que la brecha se ha cerrado de nuevo los que sobrevivieron a su ataque no guardan ningún recuerdo de la batalla. Para ellos, la tragedia acaecida en Carn Caille tomó la forma de una enfermedad: una plaga breve pero virulenta. Es un paralelismo irónico, pero muy apropiado, porque a su manera los monstruos que has

liberado son como una plaga; ningún ojo puede verlos en su forma auténtica, pero su maligna influencia tiene un amplio alcance, y es imprevisible y mortífera.

Índigo se quedó mirando el polvoriento sendero. Comprendía -o creía comprender- lo que el emisario había dicho; pero aquello la dejaba con una sensación de parálisis, de debilidad de espíritu que nada podría hacer que desapareciera. Horrores invisibles, una influencia que ya empezaba a extenderse por todo el mundo como una enfermedad..., y ella debía encontrar a aquellos demonios, capturarlos y destruirlos, si no quería que el mundo desapareciera.

-¿Cuántos viven todavía? -preguntó con voz hueca.

El ser le tocó el hombro, provocándole un estremecimiento, y cuando le respondió su voz sonó repentinamente amable.

-Suficientes para asegurar la supervivencia de Carn Caille; Mira en el espejo otra vez.

Índigo parpadeó para apartar las lágrimas, y el espejo volvió a mostrar imágenes. En la mesa de presidencia de la sala de Carn Caille los sillones acolchados permanecían vacantes, y ante cada uno de ellos, sobre la mesa, se había colocado un plato de oro, una copa de oro, un cuchillo y una cuchara. Entre la mesa y los cuerpos cubiertos estaba el arpa de Cushmagar. No había hablado desde el horripilante momento en que su voz había conmocionado a los participantes en el banquete de la cacería silenciándolos; ahora, una vez el paje lo hubo acompañado hasta su lugar y acomodado bien, el bardo hizo correr los dedos sobre las cuerdas, y arrancó un murmullo tembloroso y melancólico al instrumento que hizo que incluso Imyssa dejara de sollozar, y que todos los rostros de la sala se volvieran hacia él. Estaba pálido y parecía enfermo; la fiebre también lo había atacado, y no hacía más que un día que se había levantado de la cama; pero ningún poder humano lo hubiera persuadido de eludir la tarea que ahora tenía ante sí.

-Madre de los Sueños, Madre Poderosa. -La voz de Cushmagar se elevó con fuerza hacia las vigas del techo mientras entonaba las palabras de ritual-. Madre de nuestras noches y nuestros días, Señora de nuestras alegrías y nuestras tristezas, a Ti te recito la letanía de los hijos de la Tierra. Porque nuestro señor y nuestra señora, que hablaron por don Tuyo y gobernaron por Tu mano, han cruzado el portal del que nadie regresa, y nos hemos quedado sin ellos. Ahora pasean como los ciervos en Tu valle, y nadan como los peces en Tu mar, y planean como los pájaros en Tu cielo, y nos hemos quedado sin ellos. Hemos perdido su sabiduría y su equidad, y nos vemos privados de su presencia, y nos sentimos entristecidos. Madre de todo el mundo, te canto la canción de nuestro señor y nuestra señora, y te canto la canción de los hijos de su unión, para que puedas escuchar nuestra pena y te des cuenta de que eran muy amados. Canto su canción para que todos la puedan escuchar e inclinen sus cabezas en señal de dolor por nuestra pérdida, y sus nombres y sus acciones serán recordadas mientras Carn Caille permanezca. Que todos los hijos e hijas de la Tierra, nuestra Madre, escuchen la canción de nuestro señor y nuestra señora, cantad todos vosotros, y mientras el sol permanezca en el cielo lamentaos junto con Cushmagar.

Una nota delicada, triste e intensa surgió de las cuerdas del arpa mientras la última palabra pronunciada por el anciano flotaba en la quietud; entonces, el sonido se transformó en un melodioso lamento con la cadencia del inquieto mar invernal. Algunos de los hombres más próximos a la mesa principal volvieron sus cabezas para que los demás no vieran las lágrimas que afluían a sus ojos, e Índigo sintió que se le contraía el corazón al reconocer algunos rostros crispados por el dolor y desfigurados por las secuelas de la enfermedad. Dreyfer, el encargado de los podencos. Angmer, el consejero y antiguo amigo de su padre. Lillyn, la

doncella de su madre. La diminuta Middigane, la costurera. Los tres hijos del jefe de los mozos de cuadra con su madre, aunque a su padre no se lo veía por ninguna parte. También otros, tantos otros... Y sin embargo, aún había más que estaban ausentes, que siempre permanecerían ausentes. Entonces, como en una encrespada oleada, las voces de todos los presentes en la sala se elevaron entonando la antigua y hermosa Isla Pibroch, el lamento por los muertos. Cushmagar, la cabeza inclinada, los ciegos ojos cerrados, tocaba como si estuviera poseído, y por un momento fue como si Índigo penetrara en su mente, sintiendo las armonías que lo inundaban mientras su arpa conducía el coro. También él lloraba, bajo sus cerrados párpados; y la muchacha vio las imágenes que el anciano contemplaba: un fuerte Kalig, una serena y encantadora Imogen, unos jóvenes Kirra y Anghara segados en la flor de la vida. En otro momento pronunciaría la auténtica oración en su memoria, cuando la Madre Tierra le brindara su inspiración; hoy, Carn Caille los lloraba en la única forma que sabía, en la forma antigua, en la forma apropiada.

Los sonidos y las imágenes que se reflejaban dentro del espejo se apagaron y desaparecieron. Índigo, sobre el polvoriento camino que se extendía eternamente por el vacío y monótono paisaje, se cubrió el rostro con las manos mientras una nueva oleada de dolor y remordimiento la inundaba. No supo cuánto tiempo permaneció inmóvil e inclinada hasta que la resplandeciente criatura volvió a tocarla; pero finalmente sintió el frío contacto de su mano sobre su hombro y levantó la cabeza.

-Es hora de que nos vayamos -dijo el emisario en voz baja.

-No... -Su voz era como el lloriqueo de un niño y extendió la mano hacia el espejo cuya superficie permanecía vacía, sin reflejar nada.

-No puedes regresar, Índigo. Esta carretera te conduce a tu futuro, y debes seguirla tal y como ordena la Madre Tierra. Ven conmigo.

Se irguió despacio, vacilante. Entonces el dolor y el aturdimiento la vencieron de nuevo y se volvió hacia su compañero con las manos extendidas, suplicante.

-¡Debo tener alguna esperanza! *Por favor,* he perdido a mi familia, mi hogar, mi tierra; todo lo que conocía y amaba. Debe de haber algo para mí aún..., ¡debe de haber *algo!*

El emisario la miró directamente a los ojos, y por un instante ella vio de nuevo aquella piedad que había hecho añicos las barreras de su interior. Entonces el ser extendió su mano y, aunque no lo quiso de forma consciente, Índigo descubrió que su mano se alzaba para tomar aquellos dedos extendidos.

-Aún hemos de recorrer un buen trecho, criatura -dijo el ser resplandeciente-. Te aguardan tres encuentros, y dos tendrán lugar en esta carretera. El primero no está muy lejos, y temerás ese encuentro y por un buen motivo. El segundo..., el segundo puede ser tu salvación o tu perdición, Índigo: una inspiración para tu búsqueda, y a la vez una amenaza a tu resolución.

-Y... ¿el tercero?

-El tercero está más lejano en tu futuro. Te traerá a un nuevo amigo digno de confianza, aunque las apariencias puedan sugerir lo contrario al principio. -La mano que sujetaba la suya aflojó la presión, y el ser indicó al otro extremo de la larga y vacía carretera en dirección al nebuloso e inalterable horizonte-. Es hora de ponerse en marcha.

Índigo miró por encima de su hombro una vez más mientras el ente empezaba a alejarse. Y mientras lo miraba, el espejo que había colgado sin nada que lo sujetase sobre el polvoriento camino empezó a desvanecerse. Su contorno se estremeció, perdió nitidez; por un momento le pareció vislumbrar el rostro ciego de Cushmagar de nuevo y escuchar los ecos de un arpa y de

unos cánticos, pero las imágenes desaparecieron como en un sueño, y el espejo lanzó un trémulo resplandor y se desvaneció en la nada.

Durante algunos instantes, Índigo siguió absorta en la contemplación del lugar donde había estado. Luego inclinó la cabeza y se dio la vuelta una vez más para seguir al resplandeciente emisario por la interminable y monótona carretera.

En Carn Caille las voces cantaban, y el sonido de su lamento fluía desde la sala para llenar la antigua fortaleza con su melancólica belleza. Cushmagar deseó que pudiera llegar a los lugares más remotos de las Islas Meridionales, ya que la canción era para todos aquellos que habían muerto; para cada uno de los guardabosques y pescadores, cada una de las esposas y criadas, cada uno de los niños. Aún no sabía cuántos habían sucumbido al virus más allá de los muros de Carn Caille, pero adivinaba que había muchas, muchísimas familias desconsoladas en el reino. Dentro de algunos días, cuando hubiera recuperado las fuerzas, se pondría en camino junto con otros bardos para viajar por las islas y visitar los hogares afectados y cantar las elegías por aquellos que hubieran fallecido, como era su deber. Y cuando las lamentaciones tocaran a su fin habría mucho más trabajo. Deberían reconstruirse las vidas destrozadas y también escoger un nuevo rey que se sentase en el trono de las Islas Meridionales. Cushmagar, como arpista real, tendría que presidir esta triste tarea; se sentaría a la cabecera de lo que quedaba del consejo, y se haría venir a las mujeres sabias del bosque para que añadieran sus opiniones e hicieran sus adivinaciones, y por último tendría lugar la elección. Pero por ahora el bardo conducía a su gente tan sólo con la música, y la música siguió fluyendo hasta alcanzar cada rincón de Carn Caille. Llenó la habitación que había sido de Kalig e Imogen: una habitación vacía a excepción de un aislado rayo de sol, y un caballete de pintor sobre el que reposaba la obra maestra de Breym, el pintor, cuyo cadáver yacía ahora, velado por su hermana, en otro lugar de la fortaleza. Las figuras de Kalig e Imogen, Kirra y Anghara, capturadas para siempre por los colores del artista, aparecían enmarcadas por tapices de color Índigo.

Índigo no sabía cuánto tiempo habían andado. La criatura era incansable, y también, por lo que parecía, lo era ella; no sentía la menor fatiga, sólo apatía, un vacío interior que reflejaba lo desértico del sendero y del campo que los rodeaban. Sus pies se movían, sus pulmones aspiraban aire, pero aparte de esto toda otra sensación estaba como muerta. Y la carretera no cambiaba.

Hasta que, tan a lo lejos que le costó convencerse de que no era nada más que una ilusión, vio a una figura que los aguardaba.

Su pulso se aceleró. El distante y solitario vigía resultaba incongruente, como si mancillara la interminable uniformidad de la llanura y adquiriese un aspecto en cierta forma antinatural en aquel mundo sin forma. Índigo recordó las últimas palabras del emisario, y apresuró el paso -la criatura iba un poco más adelante- para alcanzarlo.

-Alguien nos espera -dijo cuando lo alcanzó.

-Sí.

-¿Es éste el primero de los viajeros con los que nos hemos de encontrar?

-Sí. -Su compañero no le dio ninguna otra explicación y continuó por el camino, y ella no pudo hacer otra cosa que seguirlo.

Poco a poco se fueron acercando a la lejana figura, hasta que Índigo pudo ver que el viajero

era humano; o al menos tenía forma humana. Una persona menuda, pensó; quizás un niño incluso..., el corazón le dio un brinco con un repentino recuerdo espontáneo, pero apartó aquel pensamiento de su mente. No aquí, con toda seguridad no en este mundo vacío. Pero sus pasos se hicieron más lentos a medida que un terrible presentimiento se apoderaba de ella, y con él una renuencia a seguir adelante. *No era* posible; sin embargo, la intuición le decía que sí lo era, que sus peores temores estaban a punto de verse espantosamente confirmados...

-La criatura.

El ser resplandeciente la miró, y ella se dio cuenta de que se había detenido.

-No..., no puedo -La voz de Índigo sonó áspera; contemplaba fijamente a la figura que los aguardaba más adelante junto al camino.

-Debes hacerlo.

-¡No! -Sintió un doloroso bloqueo en la garganta, y el suelo pareció bambolearse bajo sus pies mientras el pánico bullía en su cerebro.

-Debes hacerlo.

Sus ojos se encontraron con los del emisario, y se encontró dirigiéndose hacia adelante, obligada a moverse a pesar de su terror. Intentó protestar pero no tenía voz. Seguía su avance y entonces pudo ver lo que la esperaba, lo que había temido.

Una criatura de cabellos y ojos plateados estaba de pie sobre el marchito suelo junto a la interminable carretera. Llevaba puesto únicamente un sencillo tabardo gris, y la rodeaba una inquietante y fantasmagórica aureola. Sonreía, mostrando unos dientes felinos, y la sonrisa era cruel, malévola, monstruosa.

El sobresalto la hizo maldecir con ferocidad, y se volvió en redondo con todos los músculos en tensión. El resplandeciente emisario se detuvo y volvió la cabeza, y comprendió que los ojos de la muchacha revivían los terribles sucesos acaecidos. Índigo giró otra vez muy despacio, sin pensar ni detenerse a recordar la anterior exhortación del ser, y siseó por entre sus apretados dientes:

-¿Qué es esa criatura?

Una risa suave y maligna susurró junto a ella, pero el niño de los ojos plateados no se movió, no dio la menor señal de darse cuenta de la presencia de la muchacha. El emisario repuso:

-¿No reconoces su naturaleza, Índigo? Pues debieras, ya que fuiste tú quien le dio vida.

-¿Yo?

-Sí. Es tu propia némesis. Una manifestación de aquella parte de ti misma que te llevó a penetrar en la Torre de los Pesares y a liberar a los demonios allí encarcelados. -El ser contempló a la criatura, que seguía sonriendo, y una expresión que combinaba la compasión con la repugnancia apareció en su hermoso rostro-. Mientras permaneces en este camino, no puede hacerte el menor daño; no tiene ninguna fuerza aquí, y lo que ves ahora es tan sólo un reflejo. Pero cuando abandones el camino, tu némesis será tu enemigo más mortal, de todos los demonios a los que has de enfrentarte, él es el peor.

El rostro de Índigo se puso rígido y su boca se torció.

-¡Mataré a esa cosa asquerosa! ¡La destruiré! -Con la violencia presente en cada uno de sus movimientos hizo intención de dirigirse hacia la criatura de ojos plateados, pero el emisario la retuvo.

-No puedes matarlo, Índigo. Es parte de ti, a pesar de que haya cobrado una existencia independiente. Y no puedes escapar de él, ya que dondequiera que vayas, él seguirá tus pasos.

Sigue adelante, muchacha. Sigue junto a mí, y no intentes salirte del camino.

La joven siguió adelante con pasos vacilantes, pero su venenosa mirada no se apartó del rostro de la aparición ni por un instante.

-Esta criatura no tiene más que una meta: frustrar tu búsqueda -le dijo el ser con voz grave-. Y es un demonio de gran poder. Aparecerá ante ti bajo muchos disfraces, pero siempre, *siempre* resultará traicionero.

El corazón de Índigo latía con fuerza bajo sus costillas. Con voz ronca, replicó:

-¡Si no puedo matarlo, ni siquiera reconocerlo, no podré enfrentarme a él!

-Sí que podrás. Tiene un punto flaco: no puede manifestarse sin mostrar alguna parte de su figura de color plata. Ojos plateados, cabellos plateados, o incluso adornos de plata, hasta puede que un diente de plata. Guárdate de la plata, Índigo; porque el plateado es el color de tu némesis.

La muchacha dirigió una furtiva mirada a su compañero.

-¿Por qué? ¿Por qué plata?

Éste sacudió la cabeza.

-No más preguntas ahora. Hemos de seguir nuestro camino.

Índigo quiso replicar. Volvió la cabeza, miró de nuevo en dirección a la diabólica criatura...

No había nada más que la vacía carretera.

No sabía cuánto tiempo habían vuelto a andar después de aquel primer encuentro. El paisaje seguía inalterable ante sus ojos, la luz mate jamás variaba de intensidad, la carretera resultaba interminable. Entonces allá a lo lejos, delante de ellos, Índigo vio una forma que se movía despacio, como atormentada por el cansancio o el dolor, en dirección a ellos.

El segundo encuentro. La boca se le secó al recordar el odiado rostro del niño diabólico, y se preguntó qué le esperaba ahora. *Tu salvación o tu perdición,* había dicho el emisario, *una inspiración para tu búsqueda, y ala vez una amenaza a tu resolución.* Se estremeció, y tuvo que hacer un esfuerzo para avanzar.

La lejana figura estaba cada vez más cerca, y se dio cuenta de que, al igual que su némesis, no avanzaba por la carretera sino que andaba por la árida tierra que bordeaba el sendero. Una vez más una intuición que no podía definir le dijo, mucho antes de que el viajero quedara claramente visible, que cuando sus caminos se cruzaran resultaría ser alguien a quien ella conocía.

Y la sensación de reconocimiento, cuando llegó, resultó más aterradora de lo que jamás podría haberlo sido su némesis.

Un horrible sonido brotó de su garganta y se cubrió la boca con el dorso de una mano, mordiendo la carne mientras su mente intentaba rechazar lo que sus ojos le decían. El emisario se detuvo y volvió la mirada hacia ella.

-No puedes evitarlo, Índigo. Debes enfrentarte a tu segundo encuentro.

No podía responder, no podía protestar. El viajero seguía andando hacia ella, su andar vacilante, irregular, como si se tambaleara por un desquiciado y solitario sueño. No advertía la presencia de Índigo; aunque parecía como si la mirara directamente a ella, sus ojos contemplaban otro mundo, y lo que reflejaban la hizo echarse hacia atrás horrorizada. Sus manos empujaban algo invisible que parecía impedirle el paso, era como un nadador que se debatiera en aguas profundas. Y sangraba. La sangre manaba de las heridas de su cuerpo, de sus piernas; caía de una abertura en su pálido y demudado rostro, enmarañaba sus negros

Librodot

cabellos; fluía sin cesar un inagotable río carmesí que a su paso no dejaba ni manchas ni rastros en el suelo.

La parálisis provocada por el choque se desvaneció y de la garganta de Índigo surgió un grito desgarrador.

-¡Fenran!

Antes de que el emisario pudiera detenerla se lanzó hacia adelante, con los brazos extendidos y dando manotazos, en dirección a su novio muerto. Salió de la carretera y se estrelló contra una barrera intangible, sólida como una pared de piedra, que la lanzó hacia atrás estupefacta. Retrocedió entre alaridos al ver, tan sólo por un instante, una fugaz visión de otro mundo más allá de la barrera: un mundo de cielos aullantes y nieblas sulfurosas, en el que unos árboles deformes retorcían sus podridas ramas en el interior de un espeso y hediondo bosquecillo por entre el que se debatía Fenran como una mosca en la tela de una araña. Entonces la espantosa visión desapareció y sólo quedó la figura destrozada de Fenran dando tumbos como un mimo enloquecido junto a la interminable carretera.

Unas manos frías sujetaron a Índigo cuando intentó de nuevo dirigirse hacia su amor. No tenía fuerzas suficientes para luchar contra el emisario, y tuvo que limitarse a contemplar cómo Fenran seguía adelante arrastrando los pies, sin darse cuenta de su presencia, luchando por abrirse paso por entre los sofocantes y monstruosos árboles que sólo él podía ver.

-Pero está muerto -susurró Índigo-. Yo lo vi *morir...*

-Vive, pero no en la forma en que tú comprendes la vida. -La criatura resplandeciente observó con profunda compasión a la abatida figura que se alejaba-. Y en eso radica tu esperanza. Los demonios puede que hayan mutilado el cuerpo de Fenran, pero no pudieron destruir su espíritu. Está atrapado en su reino, una dimensión más allá de este mundo. Si tienes éxito en la tarea que te ha impuesto la Madre Tierra, entonces se lo podrá liberar de su cautiverio y serte devuelto, pero sólo si tienes éxito; porque hasta que los siete demonios no hayan sido destruidos Fenran es y seguirá siendo su prisionero.

Índigo contempló con tristeza a la figura que se alejaba, luego cerró los ojos abrumada por el pensamiento de los tormentos que debía de sufrir su amado. Desesperada, musitó con los dientes apretados:

-¿Cómo puede ser tan cruel la Madre Tierra?

-Ella no fue la que infligió a Fenran sus sufrimientos, Índigo -repuso el ente con voz muy seria y una nota de severidad-. Los demonios son creación del hombre, no Suya; Ella no puede controlarlos, y Ella tampoco puede liberar a tu amado. Sólo tú tienes el poder para hacerlo, si así lo deseas.

-¿Si así lo deseo? -Llena de amargura, Índigo se volvió contra el ser-. ¿Piensas acaso que no daría mi vida, mi alma, por salvarlo? ¿Crees que me importa otra cosa?

-Conozco tus sentimientos mejor quizá de lo que los conoces tú misma, criatura. Y en ellos está tu mayor peligro, ya que en tu deseo por salvar al hombre a quien amas, puedes olvidar con demasiada facilidad la tarea más importante. Eso es lo que quise decir cuando dije que el segundo viajero de este camino simbolizaría tu salvación o tu perdición.

Empezó a comprender. Con gran deliberación y un gran esfuerzo para no volver la cabeza de nuevo en la dirección que el espectro de Fenran había tomado, dijo:

-¿Responderás a una pregunta?

El emisario inclinó la cabeza.

-Lo haré.

-¿Cómo puedo encontrar y destruir a los siete demonios?

El ente lanzó un suspiro.

-La Madre Tierra desearía que la respuesta fuera tan sencilla como la pregunta. Todo lo que puedo decirte es esto: encontrarás a los siete demonios uno a uno, aunque la naturaleza de cada encuentro puede variar. A algunos los encontrarás bajo la forma de maldad humana; otros puede que te conduzcan a reinos astrales. Es cosa tuya el enfrentarte y destruir a esos mensajeros del mal con los recursos de tu propia mente y de tu corazón; pero con cada triunfo tu poder crecerá. -El ser sonrió comprensivo-. Será un largo camino, Índigo. Verás cambiar al mundo a tu alrededor mientras tú permaneces inalterable, sin envejecer. Pero aunque no puedas morir de muerte natural, debes, sin embargo, permanecer alerta, ya que eres vulnerable a otras fuerzas. Pero reconocerás a tus enemigos cuando los encuentres; y *puedes* triunfar, si utilizas lo que posees con sensatez y no tienes miedo. Tienes el poder para redimirte a ti y a tu amor. Todo eso te lo concede la Madre Tierra, y de buen grado.

Índigo bajó la mirada hacia el polvoriento suelo a sus pies.

-Intentas ofrecerme algo de esperanza -dijo por fin, con voz marchita-. Ojalá pudiera encontrar consuelo en ella.

-Con el tiempo, quizás, aprenderás a hacerlo. -El ser extendió una mano hacia ella-. Debemos irnos. El final del camino no está muy lejos.

No se atrevió a mirar por encima del hombro, ya que no sabía qué temía más: si volver a ver la figura tambaleante y mutilada de Fenran, o no ver nada más que una carretera *vacía.* Se pusieron en marcha, uno junto al otro.

Y de improviso, frente a ellos apareció una puerta. Un momento antes no había habido nada más que la interminable carretera, y al siguiente, un arco de pálida luz cobró forma directamente frente a ellos. Lo que fuera que hubiera en el interior del arco quedaba oscurecido por una cambiante y densa neblina, e Índigo vaciló indecisa, pero el ser sonrió.

-No vaciles, criatura. Aquí acaba nuestro camino juntos.

Se acercaron al arco, y a medida que se acercaban la neblina empezó a agitarse, deshaciéndose para revelar un enrejado de ramas y del vivo color verde de las hojas tiernas. Algo en aquella escena que emergía ante ella hizo que Índigo sintiera una dolorosa sensación de familiaridad, y al cabo de un instante habían cruzado ya el arco y estaban de pie sobre una hierba suave y abundante, con la luz del sol penetrando por entre los árboles, que formaban un dosel sobre sus cabezas.

-Hemos regresado a tu mundo -explicó el ente-. Estos bosques están a un día y medio de camino del Puerto de Ranna. Ahora te dejaré, para regresar a mi propio reino, y tú deberás ir a Ranna y embarcarte para abandonar las Islas Meridionales.

Índigo contempló la que sería una de sus últimas imágenes de los grandes bosques de su país; luego se detuvo. Sus nudillos se volvieron blancos al crispar inconscientemente los puños.

-Pero... -De nuevo volvió a pasear la mirada en derredor suyo, frenética esta vez como si creyera ver alucinaciones. Pero sus ojos no la engañaban. Las hojas de los árboles que la rodeaban eran tiernas, acababan de brotar; demasiado brillantes para ser hojas de otoño.

-Es primavera... -Su voz sonó gutural a causa de la sorpresa de su descubrimiento-. Y cuando abandoné Carn Caille, era...

-Lo sé. Pero ya te dije que el curso del tiempo fluye de forma diferente en el sendero por el

Librodot

que hemos viajado. Mientras nosotros andábamos, en la Tierra han transcurrido siete meses.

El rostro de Índigo se tornó gris.

-¿Siete meses...?

-Sí. El mundo ha girado sobre sí mismo, y empieza a brotar vida nueva. -El ser sonrió bondadoso-. Es tiempo de esperanza.

¿Esperanza?, pensó abatida. En algún lugar, un pájaro lanzó un agudo y estridente gorjeo en una exuberante melodía y notó cómo sus labios se movían para formar una inesperada sonrisa irónica, aunque la verdad es que no sabía si reír o llorar.

El emisario le dijo:

-Es la hora de partir, Índigo. Recoge tus cosas.

Fue entonces cuando vio por primera vez las dos bolsas que descansaban sobre la hierba a unos pocos pasos. Una de ellas, de fina piel, tenía una forma que le resultó familiar, y se inclinó para tocarla con dedos vacilantes.

Su arpa. Era un poderoso vínculo con Carn Caille, Cushmagar y todo lo que se había visto obligada a dejar atrás. El emisario volvió a dedicarle una bondadosa sonrisa.

-La música posee su propia y poderosa magia. Recuérdalo siempre. -Dio un paso adelante y, ante su sorpresa, posó ambas manos sobre sus hombros de una forma que insinuaba un afecto que no quería o no podía expresar-. Puede que nos encontremos de nuevo; pero entretanto recuerda todo lo que te he dicho. Hay peligro en el camino que tienes ante ti, pero también esperanza. Posees habilidades aún sin descubrir; utilízalas bien, si te es posible, y no quedarás sin recompensa. -El ser se interrumpió y luego sonrió-. En tu empresa no te verás totalmente sin amigos. Tu tercer encuentro no queda muy lejos, y será uno en el que podrás confiar. La Madre Tierra no te desea ningún mal, Índigo.

El aire empezó a relucir como si el sol hubiera fluctuado de repente y cobrado más fuerza. Al cabo de un segundo, Índigo vio que el arco de luz situado detrás del emisario se estremecía, mientras sus colores se arremolinaban con renovada energía. Entonces un perfumado soplo de aire le rozó el rostro sin que pareciera provenir de ningún sitio, y el arco y el ser resplandeciente desaparecieron.

Librodot

CAPÍTULO 8

Ranna era el puerto más bullicioso de las Islas Meridionales; y aún más en aquella época del año en que las rutas marítimas se acababan de volver a abrir después de las tormentas invernales. La carretera que conducía a Ranna mostraba un tránsito febril ahora durante la mayor parte de las horas de luz, que eran mucho más largas, y el enorme puerto natural estaba atestado de barcos de todos los tamaños y clases, mientras que en los muelles la actividad era incesante. Un enorme y pesado velero de la clase Oso se balanceaba fuera del puerto en la marea de la tarde; perseguía la estela de una barca más ligera y rápida que se dirigía al continente oriental. A los costados del gran velero dos remolcadores danzaban sobre las relucientes aguas como delfines alrededor de una ballena, para acompañarlo fuera de las aguas costeras.

Poco después de que el enorme velero hubiera abandonado el puerto, el *Greymalkin,* un elegante clíper de la clase Lince, con un cargamento mixto de mineral y de madera, izó su banderín de salida y zarpó al mando de su capitán, Danog Uylason, aprovechando los restos de la marea. Y desde la cubierta del clíper, una mujer de cortos cabellos grises, vestida con traje de caza de hombre, volvió la mirada por última vez a la costa cada vez más lejana de las Islas Meridionales.

Índigo se sentía como si estuviera atrapada en una especie de sueño vago y solitario. Había abandonado el bosque para encontrarse en una carretera que le era desconocida, y había andado durante todo aquel día de una luminosidad cruel envuelta en una creciente miasma de miseria y dolor, una vez la última chispa de esperanza encendida por las palabras del emisario se hubo desvanecido junto con su recuerdo del rostro de aquel ser resplandeciente. Se sentía como si la siguieran fantasmas; su familia, Fenran, las gentes de Carn Caille; todos ellos conscientes de lo que había hecho, todos ellos acusándola. Sentía la carga y la responsabilidad en las que había incurrido como una pesada capa sobre sus hombros.

Un carretero que pasó por su lado en la carretera y vio la bolsa en la que llevaba el arpa colgada de su hombro, le había ofrecido llevarla hasta Ranna a cambio de una canción alegre, pero ella había declinado el ofrecimiento con un movimiento de cabeza, incapaz de soportar la idea de estar acompañada. Y así fue cómo las delicadas sombras del atardecer empezaban ya a caer sobre el paisaje cuando por fin aparecieron las luces de la ciudad costera delante de ella como un resplandor nebuloso.

Ranna era el eje del poder mercantil del reino. Índigo no había visitado nunca antes la ciudad, y aunque la primera visión del caos en que estaba sumergida la atemorizó, se sintió agradecida, no obstante, de estar en un lugar anónimo donde podría confundirse con aquella muchedumbre itinerante y de esa forma pasar inadvertida. En Ranna carecía de recuerdos; no era nadie. Al llegar al puerto con su bosque de mástiles, sus enormes muelles de granito, su mezcolanza de almacenes, había buscado un callejón tranquilo lejos del bullicio de la incesante actividad y había examinado el contenido de las dos bolsas. El arpa la tocó, pero tan sólo una vez; el suave sonido que dejó escapar cuando sus dedos acariciaron las cuerdas estuvo a punto de partirle el corazón, y enseguida se volvió hacia la segunda bolsa. En ésta encontró un odre de agua, un monedero con monedas, pedernal y yesca, su cuchillo de caza, algunos sencillos utensilios de cocina y un pequeño espejo para *ver* que Imyssa le había dado y que apenas si había intentado utilizar jamás. Atada con una correa a la bolsa estaba su ballesta, junto con varias saetas, lo cual le hizo esbozar una débil sonrisa. El emisario de la

Librodot

Madre Tierra la conocía lo bastante bien como para haberle entregado el arma que manejaba con más destreza; le ocurriera lo que le ocurriese a partir de ese momento, al menos no sería probable que pereciera de hambre.

Cerró la bolsa de nuevo y, a pesar de que no tenía demasiadas ganas, examinó lo que la rodeaba. No quería tomar una habitación en ninguna de las muchas tabernas que daban al puerto; las pocas monedas que poseía eran preciosas, y no soportaba la idea de tener que hablar con un extraño o dormir en una cama ajena. Cuando cayó la noche se colocaron antorchas encendidas en los soportes de la calle y el muelle quedó tan iluminado como si fuera de día; no le haría ningún mal pasar la noche en blanco.

Índigo se acomodó lo mejor que pudo al amparo de los almacenes del puerto, mientras contemplaba la incesante actividad de Ranna, gobernada enteramente por las mareas, que se prolongó durante toda la noche. Prestó muy poca atención al *Greymalkin* y al hombre y a la mujer que gritaban órdenes a los hombres que llenaban sus bodegas; el clíper no era más que un barco entre muchos otros. Pero cuando la débil luz gris de la aurora empezó a competir con las llamas de las antorchas, se despertó de su inquieta duermevela plagada de pesadillas a tiempo de ver cómo la mujer interrumpía su trabajo para lanzar una rápida mirada en su dirección con franca curiosidad. Por un instante sus miradas se encontraron y se sostuvieron, entonces la mujer sonrió y, en un reflejo involuntario, Índigo le devolvió la sonrisa.

Por qué Laegoy, la esposa de Danog Uylason, se compadeció de la desventurada desconocida de mirada aturdida y poseedora sólo de unas pocas monedas, era algo que ni ella ni Índigo sabrían jamás. Pero, por alguna razón, durante una breve pausa en su trabajo, Laegoy encontró una excusa para pasar junto a la desconocida, detenerse y hablar con ella; y al enterarse de que la muchacha deseaba abandonar las Islas Meridionales, Laegoy se vio movida a ofrecerle pasaje en el *Greymalkin* a cambio de algunas monedas y la música de su arpa.

Laegoy estaba ahora de pie en la batayola del *Greymalkin.* Era un mujer que se acercaba a los cincuenta, huesuda y de gran tamaño, de dientes limados y manchados de tabaco, con una larga melena negra sujeta en cuatro grasientas trenzas. Llevaba ropas de marino y gran cantidad de joyas; sus brazos musculosos estaban rodeados de apretados brazaletes de cobre y latón, mientras que una pesada torques de latón adornaba sus hombros, y el puntiagudo puñal que guardaba con despreocupación en la faja tenía una empuñadura incrustada de piedras de la luna y ágatas, sus piedras de la suerte. Su aguda mirada verdemar se dividía entre la balanceante mole del velero que navegaba delante de ellos, y que ahora viraba para tomar rumbo nordeste, y la solitaria figura situada cerca de popa. Laegoy no podía imaginar por qué su pasajera querría navegar hasta la Isla de El Reducto, un viaje que la llevaría casi de polo a polo; pero había algo en aquella muchacha convertida en anciana que le producía a la vez compasión y malestar. No averiguó nada sobre la muchacha, excepto que se hacía llamar Índigo: un nombre estrafalario y desde luego inventado; su asociación con la muerte y el luto habían hecho que Danog sospechase que pudiera ser «gafe», aunque Laegoy había desdeñado tal idea y hecho caso omiso de las dudas de su esposo. Pero *había* algo extraño en la muchacha, una especie de aislamiento, una oscuridad interior y un vacío que ocultaba a su rostro pero que sin embargo aparecía en sus ojerosos ojos. Y Laegoy, a pesar de toda su dureza exterior y fiero dominio de la tripulación del barco, era una mujer compasiva y de buen corazón.

El banderín de partida -un triángulo azul con una raya blanca en diagonal- bajó con gran

Librodot

estrépito por el mástil cuando el *Greymalkin* pasó junto a la última de las boyas ancladas en las rutas de entrada y salida del puerto. Laegoy se detuvo para lanzar una estentórea orden a un marinero que holgazaneaba, luego se apartó de la batayola y se dirigió a popa.

Índigo levantó los ojos hacia ella cuando se le acercó. Esos ojos, pensó Laegoy, *¡tan vacíos!.* En voz alta le dijo:

-Ya hemos salido del puerto, chica. Desde ahora no hay otra cosa que ver más que agua.

-Sí... -Índigo reprimió un escalofrío.

Picada por la curiosidad, y en un intento de obligar a hablar a la muchacha, Laegoy continuó:

-Habrá muy poca cosa que contemplar hasta que avistemos las costas de Scorva. Con el viento soplando del sur, no deberíamos tardar más de cuatro o quizá cinco días. Haremos escala en el puerto de Linsk, en el País de los Caballos, para cargar comida y agua fresca; luego cruzaremos el Mar de la Serenidad y seguiremos hacia el norte por los Estrechos de las Fauces de la Serpiente en dirección a la Isla de El Reducto. -Se interrumpió pero no hubo reacción-. La ruta occidental tiene una navegación más dura, pero con las corrientes que existen en esta época del año nos ahorraremos una semana de viaje o más.

Índigo siguió sin decir nada, y la mujer arrugó la frente.

-Vayamos por la ruta que vayamos, será un viaje largo, chica. Debes de tener un motivo para querer hacer un viaje así, ¿no? -añadió, al ver que Índigo se ponía en tensión y la desconfianza aparecía en sus ojos-, no es que curiosee en tus cosas, pero espero que tengas amigos que te vengan a buscar cuando por fin lleguemos a Mull Barya. El Reducto puede resultar un lugar muy solitario sin amigos.

La preocupación de Laegoy estaba llena de buena intención, pero Índigo no podía mitigarla confiándole qué se escondía detrás de su decisión de viajar a la gran isla del lejano norte. Se hacía pocas ilusiones de encontrar amigos entre los compatriotas de Fenran, ya que Fenran se había alejado de su padre mucho antes de llegar a las Islas Meridionales. Pero todo el mundo se abría ante ella; aunque la Isla de El Reducto pudiera ofrecerle poco, sentía, aunque pareciera ilógico, que ir hasta allí la acercaría más a Fenran, y aquello le proporcionaba un pequeño consuelo.

Le contestó a Laegoy:

-Estaré bien, gracias.

-Como quieras. -Laegoy se encogió de hombros, luego indicó con la cabeza en dirección a la cubierta de escotilla-. Debieras bajar a tu camarote y descansar un rato. Nada va a suceder hasta que la tripulación empiece a vociferar en demanda de alimento, y por tu aspecto parece como si no te fuera a ir mal dormir un poco.

-No -respondió Índigo, tan deprisa que Laegoy percibió el tono de temor antes de que ella pudiera disimularlo y enarcó las negras cejas.

-¿Qué sucede, chica? ¿Tienes miedo a las pesadillas?

En los ojos de la muchacha apareció una confirmación a sus palabras, y la mujer sonrió torvamente.

-Hay formas de mantenerlas a raya. Te prepararé una poción y te la bajaré: te prometo que dormirás como una criatura de pecho y no tendrás que temer a los demonios de la oscuridad. -Pasó su brazo alrededor de los hombros de Índigo y la apretó contra sí, no suavemente sino con ruda cordialidad-. Ahora ve; anda.

El brusco comportamiento maternal de Laegoy trajo a la memoria de Índigo, como una

Librodot

puñalada en el estómago, a Imyssa. Volvió la cabeza, parpadeó para reprimir las lágrimas que amenazaban con brotar y, tras recordarse a sí misma que el momento de llorar había quedado atrás, asintió:

-Yo... -Pero no tenía palabras para explicarlo; notó un amargo sabor a ceniza en la boca-. Gracias.

Con cuidado para que Laegoy no pudiera verle el rostro, se dirigió -con pasos vacilantes a causa de la inclinación del barco- hacia la escalera de la escotilla.

Gracias a la poción que Laegoy le preparó, Índigo durmió toda la noche y gran parte del día siguiente y, tal y como la mujer había prometido, no tuvo pesadillas. Cuando despertó, el *Greymalkin* navegaba por un mar encrespado bajo una negra masa de nubes. Laegoy le explicó que, con aquel viento tan fuerte del sur, llevaban un considerable adelanto de tiempo; avistarían la costa del País de los Caballos dentro de dos días y llegarían a Linsk en tres.

Cuando el ventoso crepúsculo empezó a caer sobre el barco, la tripulación se reunió sobre cubierta al abrigo de unas lonas, y, recordando que la música debía ser parte del pago por su pasaje, Índigo desenfundó su arpa. Interpretó canciones marineras, salomas que todos conocían y podían cantar, y, al final, el Lamento de la Esposa de Amberland, una pieza conmovedora y hermosa creada mucho tiempo atrás por la viuda de un pescador que había visto hundirse el bote de su esposo frente al célebre Cabo de Amberland. Cuando la pieza finalizó, Laegoy, visiblemente emocionada, la abrazó con fuerza mientras los marineros golpeaban las tablas de la cubierta en ronca aprobación, y por primera vez desde aquella espantosa noche que había destrozado su vida y su mundo, Índigo sintió cómo las semillas del consuelo se agitaban en su interior. El rítmico movimiento del mar y el viento, el balanceo del *Greymalkin* mientras avanzaba con rapidez, la música, las voces de los hombres llenas de armonía... habían despertado una imprevista sensación de cordialidad y compañerismo, una sensación de que aún tenía amigos en el mundo y de que su misión, por muy solitaria y por muy dura que fuese, tenía un propósito vital y auténtico.

Pero su tranquilidad de espíritu no iba a durar. Una vez consumida la comida, Danog Uylason abrió un barril de sidra y, con las lenguas sueltas por una jarra o dos de bebida, la tripulación empezó a hablar. En alta mar, sin ver nada verde que le recordara la estación en que estaba, a Índigo le había resultado fácil olvidar que habían transcurrido meses mientras recorría la extraña y sobrenatural carretera con el emisario de la Madre Tierra, y ahora fue un gran golpe para ella escuchar los cambios que habían ocurrido en las Islas Meridionales.

Lo peor fue que sólo pudo averiguar una pequeña parte de la verdad. No se atrevía a hacer preguntas: la tripulación del *Greymalkin* sabía que era oriunda de las islas, y por lo tanto daba por sentado que sabría tanto como ellos de los acontecimientos más recientes en el remo; si no más, ya que habían estado en el mar todo el tiempo a excepción de la parte más cruda del invierno. Para evitar el riesgo de que le hicieran preguntas, Índigo fingió dormir, al tiempo que escuchaba con gran atención.

Por el momento aún no había un nuevo rey en Carn Caille. Las fiebres que habían barrido las islas a finales del verano habían sido de corta duración pero de una virulencia terrible: cientos -dedujo Índigo por la conversación de los marineros- habían muerto o habían estado a las puertas de la muerte, y las islas afectadas empezaban justo ahora a recuperarse. Y en Carn Caille los supervivientes del consejo real, descalzos y con los cabellos anudados en señal de luto, consultaban a los bardos y a las brujas del bosque, dibujaban runas y observaban los fe-

nómenos naturales a su alrededor, en un esfuerzo por encontrar un digno sucesor de Kalig.

Se había temido que uno o más de los países vecinos que no mantenían fuertes alianzas con las Islas Meridionales intentaran aprovecharse de la tragedia para arrebatar a los habitantes del sur la supremacía en el mar. Índigo supo que el *Greymalkin* y muchos otros barcos hermanos habían pasado gran parte del invierno patrullando las rutas marítimas, no fuera a ser que los ávidos oportunistas del este o de la gran isla de Scorva intentaran imponer su fuerza. Se habían producido escaramuzas, pero ninguna lo bastante grave como para justificar una alarma general; ahora todo estaba tranquilo otra vez, y los isleños creían que se sabría el nombre del nuevo rey antes de que pasaran muchos días.

Fingiendo todavía dormir, Índigo escuchaba la conversación y se esforzaba por no demostrar la menor emoción. En su interior, no obstante, la idea de un nuevo monarca, un nuevo reinado, una nueva familia en Carn Caille le sentaba como si tuviera ascuas al rojo vivo en el estómago, ya que la obligaba a comprender, como ninguna otra cosa lo había conseguido, la cruel ironía de su situación. Ella era, por derecho de nacimiento, la reina de las Islas Meridionales; pero en su lugar habría un recién llegado, incluso podría ser un desconocido el que ocuparía el gran sillón de la sala de Carn Caille, y su dinastía pronto no sería más que un capítulo de la turbulenta historia de las islas.

No es, se dijo con amargura, que hubiera deseado ser reina. Lo que quería era que su padre siguiera vivo, con su hermano como heredero designado. Quería volver a tener a su madre, sofisticada y elegante. Quería a Fenran...

Al pensar en Fenran, las lágrimas se abrieron paso por entre sus cerrados párpados a pesar de sus esfuerzos por retenerlas. Un espasmo sacudió su cuerpo y se acurrucó aún más en su rincón, con la esperanza de que ninguno de los que ocupaban la cubierta del *Greymalkin* se hubieran dado cuenta.

Pero alguien sí se había dado cuenta. Laegoy fue a colocarse a su lado y le dio un codazo en las costillas. Cuando abrió los ojos, Índigo vio que la mujer la contemplaba con manifiesta piedad, pero cuando habló su voz sonó despreocupada.

-¿Dormías, chica? Dudo que los hombres te dejen bajar sin otra canción que envíe a los vigías a sus puestos y al resto de nosotros a sus hamacas.

Índigo parpadeó y se enderezó con esfuerzo. Se sintió agradecida a Laegoy por ayudarla a mantener su engaño, pero se preguntó qué habría deducido la mujer -si es que dedujo algo- de su momentáneo desliz. Laegoy sonrió bondadosa.

-La música es buena para el espíritu, muchacha -añadió en voz baja-. Para el tuyo tanto como para el nuestro. Una pieza más, y luego a dormir.

Uno o dos de los miembros de la tripulación le dirigieron un gesto de ánimo, y se escucharon gritos de aprobación cuando Índigo tendió la mano para tomar su arpa. Devolvió a Laegoy una sonrisa triste y preguntó:

-¿Otra saloma?

-Eso es, chica. -Laegoy le pellizcó el brazo con fuerza pero a la vez con afecto-. Otra saloma. ¡Y que sea muy alegre!

Aunque los días se alargaban, el sol todavía alcanzaba un meridiano bajo en aquellas latitudes. Cuando Índigo se despertó, a la mañana siguiente, apenas si sobresalía de la línea del horizonte: esta vez había dormido sin la ayuda de las pociones desterradoras de los sueños preparadas por Laegoy. Durante los dos días que siguieron trabajó junto a la tripulación del

barco, allí donde fuera necesario que echara una mano. Ante su sorpresa, la agotadora actividad física le proporcionó una gran sensación de que se purificaba, de modo que a medida que pasaba el tiempo sintió que se empezaba a recuperar, muy despacio, de una herida que había creído se infectaría sin la menor esperanza de curar jamás. Entretanto, mientras los tintes grises del crepúsculo empezaban a tocar el mar y a convertirlo en estaño, el quinto anochecer desde que salieran de Ranna, el estentóreo grito del vigía les indicó la presencia de la mancha de una costa, y del distante, parpadeante faro del puerto de Linsk.

Índigo permaneció junto a Laegoy en el batayola para ver, por primera vez en su vida, el gran continente occidental que surgía de la cada vez más densa oscuridad. Links era el puerto comercial más importante del independiente y pequeño principado conocido como País de los Caballos, y la mayor parte de lo que vio mientras los remolcadores conducían al clíper hasta la orilla le recordó a las bulliciosas ciudades marítimas de las Islas Meridionales. Tras el rocoso muelle, un revoltijo de almacenes y casas se encaramaba por unos acantilados de poca pendiente, sus tejados de pizarra relucientes bajo la lluvia. El puerto en sí era un bosque de elevados mástiles. Alrededor de los muelles brillaban luces que se reflejaban en formas caprichosas y danzarinas sobre el agua; a lo lejos, allí donde empezaban a descender las nieblas nocturnas, vio la mancha gris-verdosa de los páramos que se extendían tierra adentro.

El *Greymalkin* fue amarrado en el extremo más occidental de los muelles, y un oficial del puerto -un hombre menudo, de facciones anchas y uniformes, ataviado con una mezcolanza de pieles, cuero y lana tejida de brillantes colores- subió a bordo. Danog Uylason se lo llevó con él al camarote del capitán para tomar una copa de aguamiel, y la tripulación pudo por fin relajarse. Laegoy dijo a Índigo que dormirían a bordo aquella noche y que tendrían libre el día siguiente para partir con la marea al anochecer, y le sugirió que quizá le haría bien un poco de ejercicio durante unas pocas horas antes de que iniciaran la siguiente etapa del viaje.

-No dan a esta provincia el nombre de País de los Caballos sin motivo -le dijo-. Probablemente crían los mejores animales de monta que se pueden encontrar en todo el mundo, y siempre hay muchos para alquilar en Linsk. Danog te lo arreglará. -Sonrió de oreja a oreja y dio a Índigo un codazo en las costillas-. ¡Y si utilizas como es debido ese arco tuyo en los páramos, no haremos ascos a un poco de carne fresca!

La idea de una larga cabalgada para aclarar su cabeza atraía a Índigo, al igual que la oportunidad de corresponder a las amabilidades de Laegoy aunque fuera de una forma tan nimia. Así que, tras una noche de sueño inquieto -se había acostumbrado al rítmico balanceo del clíper en alta mar, y su ausencia ahora le resultaba desorientadora- recogió una yegua alquilada a la mañana siguiente y se dirigió tierra adentro. Colgada a la espalda llevaba su arpa, que era demasiado valiosa para arriesgarse a dejarla atrás, un morral y su arco; si la caza abundaba tanto como daba a entender el paisaje, no tendría dificultad en cumplir con su encargo.

Laegoy no se había equivocado con respecto a los caballos de aquella región: la yegua alquilada -un alazán de elevada estatura- tenía tanto brío como hubiera podido desear, y le recordó, con una punzada de dolor, a su propia y desaparecida *Sleeth.* Por el sendero pedregoso que había más allá del puerto, Índigo dio rienda suelta al animal, y el páramo se abrió ante ellas como un mar enorme rodeado de tierra. El viento le azotaba el rostro con un estimulante toque helado. A lo lejos vio unos bosques espesos bordeados por la reluciente cinta de un río, y más allá al oeste una pequeña manada de caballos salvajes, de los que la región tomaba su nombre, pacían en los pastos primaverales.

Librodot

Cabalgó hasta que la yegua dio muestras de cansancio, entonces la obligó a reducir la marcha hasta ponerla al paso y por fin detenerla. Los bosques estaban mucho más cerca ahora, a unos ochocientos metros como máximo; había galopado más de lo previsto, pero estaba satisfecha, porque la galopada no sólo había aliviado su mente y su cuerpo, sino también algo que pesaba en su alma. A lo mejor aquella sensación no duraría: a lo mejor al cabo de algunos minutos, o de algunas horas, o incluso al cabo de algunos días el tormento regresaría para acosarla. Pero mientras el respiro continuara, se sentía muy agradecida por ello.

La yegua tiró del bocado, en un intento por salirse del sendero y mordisquear los jóvenes pastos, pero Índigo la contuvo. Aparte de los caballos salvajes no había visto ningún otro animal o pájaro, y si tenía que cazar, los bosques parecían mucho más prometedores que los páramos. Espoleó a la *reacia yegua hacia* adelante, trotaron con más sosiego hasta llegar a la orilla del río tras el cual se iniciaba el bosque.

El río era ancho pero la crecida que se producía a principios de primavera ya había pasado, y aunque las aguas aún bajaban turbulentas, no tenían más que algunos centímetros de profundidad. Su montura chapoteó a través del pedregoso lecho, y tras detenerse a medio camino para beber, al cabo de unos minutos estaba ya entre los árboles.

El bosque no era como los de las Islas Meridionales. Allí, los árboles de hoja caduca tenían que luchar para sobrevivir entre sus parientes de la familia de las coníferas, que estaban mejor adaptados al clima frío; pero aquí el roble, el fresno, el abedul y el carpe proliferaban en un brillante mosaico de vivos tonos verdes. La maleza era espesa y variada, y del dosel que cubría sus cabezas llegaban intermitentes fragmentos del canto de las aves.

Había senderos que cruzaban el bosque, medio cubiertos por la vegetación pero lo bastante despejados para poder seguirlos sin peligro de perderse. Y sobre el suave mantillo del suelo se veían las huellas de pezuñas.

Índigo sonrió y descolgó el arco. Sujetó las riendas alrededor del pomo de la silla y condujo a la yegua hacia adelante con las rodillas y los talones, los ojos alerta a cualquier signo de movimiento.

«Algo más allá a su derecha...», sisesó entre dientes, mientras sacaba la yegua del sendero en dirección al revelador movimiento. Justo frente a ella había un pequeño claro natural donde, con más luz para favorecerlo, la hierba crecía extraordinariamente exuberante. Era un lugar que acaso frecuentaran los animales para pastar y, mientras se deslizaba con cautela por entre las ramas hacia él, tuvo la satisfacción de ver otro rápido movimiento entre las hojas, una fugaz visión de algo moteado por entre las sombras que se filtraban. Un ciervo, de buen tamaño a juzgar por las huellas de sus pezuñas; suficiente para ofrecer un banquete de carne de venado a toda la tripulación del *Greymalkin.* Empezó a rodear el claro, en un deseo por colocarse a favor del viento sin apartarse del abrigo de los árboles y, tan en silencio como le fue posible, colocó una saeta en el arco, tensó la cuerda y apuntó...

La maleza del otro extremo del claro se agitó. Índigo se preparó para disparar; esperaba ver al ciervo en cualquier momento emergiendo desde la frondosidad del bosque; pero en lugar de ello se produjo otro movimiento entre las hojas, como si algo hubiera sujetado con fuerza una rama y tirara de ella con violencia. La yegua echó las orejas hacia atrás y su hocico se ensanchó; Índigo percibió la repentina rigidez de sus músculos y se dio cuenta de que había detectado algo adverso, y fuera del alcance de la percepción humana.

-Chisst. -Bajó la voz hasta convertirla en el peculiar susurro carente de inflexión utilizado

Librodot

por los cazadores expertos de las Islas Meridionales-. No es más que un ciervo.

Las orejas de la yegua se movieron hacia adelante por un brevísimo instante; seguía inquieta, Índigo empezó a desatar las riendas para tener un mejor control del animal; entonces, de repente, se quedó totalmente inmóvil al oír cómo la maleza crujía de nuevo bajo el peso de unas pisadas, y tuvo una breve visión de su presa.

No era un ciervo. Aunque parecía tan grande como un gamo, su cuerpo no tenía la forma correcta: demasiado bajo, demasiado lustroso; el cuello demasiado corto y el hocico demasiado largo. Las engañosas sombras hacían que resultase imposible discernir ningún detalle, pero sintió que los músculos de su estómago se contraían de forma instintiva y comprendió que aquel animal era tan depredador como ella.

La confusa forma se movió, e Índigo comprendió que la había visto. La cabeza, su perfil distorsionado por los matorrales y los troncos de los árboles por entre los que acechaba la criatura, se volvió en redondo, y unos ojos brillantes, no dulces y bovinos, castaños con un fulgor ambarino, se clavaron en su rostro.

Sin advertencia previa su montura se desbocó y se deslizó de lado con un resoplido. Índigo sintió que resbalaba de la silla y se agarró a las riendas, en un intento de poner a la yegua y a su propio cuerpo bajo control; pero antes de que pudiera recuperar el equilibrio, las hojas y las ramas del otro extremo del claro se agitaron furiosas, y una forma extraña saltó de su escondite y salió disparada como una flecha contra ella. Tuvo una caótica impresión de una piel abigarrada, un cuerpo enorme y poderoso, en el preciso instante en que la criatura, entre gruñidos, erraba por centímetros el flanco de la yegua. Ésta se encabritó de nuevo y se revolvió aterrorizada; Índigo perdió un estribo, fue arrojada de nuevo sobre la silla, y vio una rama precipitarse hacia ella en el momento en que su caballo se desbocó. Intentó gritar, pero una furiosa confusión de hojas y ramas estalló en su rostro; una rama la golpeó en plena frente y perdió el conocimiento ya antes de caer al suelo.

El marinero al que Laegoy envió al límite de la ciudad en busca de alguna señal de la pasajera del *Greymalkin* volvió para informar del fracaso de su misión. Danog Uylason, que había paseado por la cubierta del clíper durante casi dos horas dudando ante las perspectiva de enfrentarse a su esposa y al mismo tiempo sin perder de vista la menguante marea, hizo valer por último su autoridad. Ya no podían esperar más. Empezaba a anochecer: si no zarpaban ahora no tendrían el calado necesario para salir del puerto, y otra noche de retraso significaría un revés para su horario, sobre todo si se encontraban con una de las calmas periódicas del Mar de la Serenidad, que eran un riesgo constante.

Laegoy cedió. No le gustaba la idea de marchar sin Índigo -aparte del hecho de que le había cogido afecto a la muchacha, había que considerar también la cuestión moral- pero reconoció que su deber principal era el *Greymalkin,* su tripulación y su carga. No obstante, mientras se soltaban amarras no dejó de escudriñar la parte alta de la ciudad, con la esperanza de ver en el último momento a un jinete solitario surgiendo del páramo. Pero no vio nada, y, por fin, el *Greymalkin* se deslizó fuera de su lugar de atraque siguiendo la estela de los remolcadores y enfiló a alta mar.

Laegoy se mostró muy silenciosa durante los días siguientes, algo nada común en ella. Pensaba mucho en Índigo; se preguntaba por qué la muchacha no habría regresado al barco, cuál sería su destino. Pero había otras cosas que exigían su concentración y su tiempo, y, poco a poco, la sensación de culpabilidad se desvaneció, la preocupación se desvaneció, el recuerdo

Librodot

se desvaneció.

Tan sólo de vez en cuando se preguntaba si volvería a ver a Índigo alguna vez.

Librodot

CAPÍTULO 9

El ángulo de la luz había cambiado. Durante todo el día el sol se había filtrado a través de la capa de nubes a intervalos irregulares, y ahora parecía que las nubes se habían disipado, pues unos rayos ambarinos penetraban en diagonal al interior del bosque, resaltaban los troncos de los árboles y formaban brillantes dibujos sobre el suelo poblado de hojas. Pero los vivos haces de luz estaban bajos, y mientras se incorporaba para sentarse en el suelo comprendió que debían de haber transcurrido varias horas desde su caída.

Esta percepción fue seguida de un terrible momento de pánico. El *Greymalkin.* No se hacía muchas ilusiones de que el clíper perdiera la marea por ella; lo más probable era que ya se preparara para zarpar. Índigo, asustada, hizo un movimiento para ponerse en pie, pero volvió a dejarse caer en el suelo con un agudo grito al sentir una fuerte punzada en el tobillo izquierdo; sentía como si hubiese metido el pie en una trampa. Se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada y bañada en sudor; luego, cuando el dolor disminuyó lo suficiente para que pudiera recuperar el aliento, intentó con cautela examinar el pie. El tobillo estaba anquilosado e hinchado, de forma que tensaba y deformaba la fina piel de su bota; si la hinchazón aumentaba mucho más se vería obligada a cortar la bota por completo. Oprimió la zona con mucho cuidado, y el dolor resultante casi le hizo morderse la lengua. ¿Estaría roto? ¿O dislocado? Índigo no era médica; pero de cualquier manera no implicaba mucha diferencia, ya que ni siquiera podía incorporarse en aquellas condiciones. Y a la yegua que había alquilado no se la veía por ninguna parte.

Apoyó todo el peso en los brazos y se arrastró hacia atrás hasta que pudo apoyarse contra el tronco de un roble, una de cuyas ramas que más sobresalía había sido la causante de su caída. Sentía punzadas en la cabeza, aunque su sentido de la visión no parecía afectado; el golpe recibido no había ocasionado, al parecer, grandes daños. El arco que ni siquiera había tenido el ánimo de disparar estaba casi enterrado entre las zarzas de un arbusto cercano, y su arpa había ido a parar junto al árbol; si se estiraba, podría cogerla sin afectar a su pierna herida. No parecía haber sufrido el menor rasguño, y aunque era un sentimiento irracional se sintió más aliviada por ello que por ninguna otra cosa.

Entonces recordó lo que había ocasionado su caída, y se le puso la carne de gallina.

La presa transformada en cazador, surgiendo de la maleza como un relámpago de ferocidad asesina para desvanecerse entre las sombras con la misma rapidez con que se había manifestado. ¿Qué clase de animal era? Sólo había tenido una visión fugaz, pero sabía que era de tamaño mucho mayor que cualquier cosa que hubiera visto jamás en los bosques de su país. Y todavía andaba suelto por la vecindad; se había internado en el bosque mientras ella estaba inconsciente; acaso la contemplaba incluso en aquellos momentos, bien oculto, a la espera del momento de atacar.

De repente, Índigo se sintió asustada de estar sola.

Se esforzó por colocarse en una posición más erguida, con una mueca de dolor cuando una lanza de fuego le perforó el tobillo, y se preguntó cuán lejos se habría ido la yegua. Según como se la hubiera adiestrado, podría haber salido del bosque y galopado a casa, o podría estar aún por allí. Era posible -aunque era una posibilidad muy remota, lo sabía- que el animal respondiera al silbido que los jinetes de las Islas Meridionales utilizaban para llamar a su lado a monturas reacias.

Índigo frunció los labios y sopló, pero tenía la boca demasiado seca para poder lanzar el

Librodot

gorjeo de llamada. Movió la mandíbula, en un intento por inducir la salivación; lo intentó de nuevo, y esta vez por fin, aunque algo tembloroso, el silbido resonó en el bosque.

Le respondió un ave en tono quejumbroso, pero nada más. Lo intentó de nuevo... y a los pocos momentos escuchó algo que se acercaba, rodeando el claro y acercándose por entre la maleza. Algo grande, le informaron sus oídos; con toda seguridad un caballo, o...

La piel se le erizó de nuevo ante la idea: *¿o qué?* El recuerdo de lo que había visto antes de caer se apoderó de ella, y se puso tensa involuntariamente; apretó la espalda con fuerza contra el tronco mientras buscaba a tientas el arco, el corazón le palpitaba con violencia...

Un hocico castaño apareció por entre la maraña de hojas, y la yegua lanzó un suave relincho a guisa de saludo, Índigo cerró los ojos y empezó a temblar de risa provocada por la distensión. Las lágrimas brotaron de sus apretados párpados y se mordió los labios en un intento por contenerlas, ya que sabía lo fácil que resultaría sucumbir a la histeria. La yegua avanzó hasta ella y la golpeó en el hombro con el hocico; ella extendió las manos y abrazó el suave morro mientras el ataque de nervios poco a poco se apaciguaba.

Ya no estaba sola. Todo lo que necesitaba era montar en la silla y podría salir del bosque y cabalgar de regreso a través de los páramos hasta Linsk. Si el *Greymalkin* había abandonado el puerto sin ella, no tardaría en encontrar otro barco en el que pudiera zarpar. Pero cuando, con la ayuda de la correa de un estribo, se levantó a duras penas sobre la pierna sana, comprendió que no podría montar sin ayuda: su tobillo sencillamente no podía aguantar la presión. La yegua se agitó nerviosa, sin comprender el retraso, y tras varios minutos de vanos esfuerzos seguidos de igual número de pensamientos inútiles, Índigo abandonó el intento. Necesitaría encontrar algún lugar elevado desde el que dejarse caer sobre la silla, pero no tenía a la vista nada que pudiera servirle, y no podía desplazarse muy lejos en busca de un sitio apropiado. Además, los oblicuos rayos de sol empezaban a pasar del ámbar al rojo sangre, y comprendió que el día tocaba a su fin. Pronto sería de noche, y el solo intento de encontrar el camino de regreso en aquella enorme zona boscosa resultaría una temeridad. No tenía ni idea de la extensión del bosque; si se equivocaba de camino, se perdería en sus profundidades. Era mucho mejor permanecer donde estaba hasta que amaneciera; a lo mejor entonces su tobillo estaría lo bastante recuperado para permitirle montar.

Se recostó otra vez contra el árbol. Aquél era un buen lugar para establecer un campamento provisional; la verdad es que no quería arriesgarse a una nueva caída por buscar un lugar mejor. Enrolló las riendas del animal a una raíz del roble que sobresalía del suelo y empezó a examinar lo que llevaba encima en busca de algo que pudiera ayudarla a pasar la noche. Agua: una preparación temprana le había enseñado que jamás debía salir a cabalgar o de caza sin un odre lleno de agua. No había comida, pero quizás hubiera brotes o raíces comestibles al alcance de su mano si los buscaba, y si no, las punzadas del hambre no eran nada de lo que debiera preocuparse. Su mayor problema era resguardarse. A pesar de la gruesa bóveda de hojas, el bosque ofrecía muy poca protección contra la lluvia o el frío penetrante, y su abrigo, aunque caliente, podía no ser suficiente para evitar que se helara si la temperatura nocturna bajaba tanto aquí como en su país. No había ninguna cueva ni matorral lo bastante espeso como para ofrecerle refugio, pero como mínimo tendría un fuego: en su morral guardaba pedernal y yesca junto con su cuchillo, y en el suelo del bosque había suficientes restos de hojas y ramas para hacer una buena hoguera.

Mientras la yegua mordisqueaba los pastos del extremo del claro, Índigo se puso a trabajar. Jamás había tenido que encender un fuego por sí misma con anterioridad, pero recordaba

Librodot

haber observado a los criados cómo preparaban las piras en las chimeneas de Carn Caille, o en los bosques cuando las cacerías duraban dos días seguidos. Pronto tuvo ante ella un buen montón de broza, corteza y hojas; pero lograr que la pira se encendiera resultó menos sencillo; el material estaba húmedo, y cuando consiguió por fin que prendiera la primera chispa y la avivó con un soplido al tiempo que la protegía con una mano, estaba agotada y desanimada.

No obstante, cuando el fuego por fin empezó a arder, tuvo un inesperado golpe de suerte. No supo si la luz o el olor a madera quemada habían despertado su curiosidad o si simplemente se paseaba sin rumbo por el bosque; pero un crujido la alertó, y a la moribunda luz del ocaso vio aparecer a un pequeño jabalí junto a un abedul. Era muy joven, probablemente no tendría más de dos meses, e Índigo se puso alerta al instante, consciente de que su madre podría muy bien estar por los alrededores y de que una jabalina adulta podía resultar peligrosa. Pero ni se veía ni oía a ningún animal de mayor tamaño; el jabato la observaba como hipnotizado por la luz del fuego. Incluso cuando ella se inclinó despacio y con cautela para tomar su arco siguió sin moverse, y tan sólo ante el sonido de la cuerda al tensarse se volvió y salió a toda prisa.

Índigo disparó y el jabato dio un salto en el aire con un chillido de dolor cuando la saeta se incrustó en su costado. Rodó sobre sí mismo entre pataleos y aullidos, y luego, al cabo de algunos segundos, se quedó inmóvil fuera de alguna convulsión ocasional.

Índigo apretó los dientes para reprimir el dolor y se arrastró unos metros hasta donde estaba el jabato herido, y acabó con él a cuchillazos. Dio gracias en silencio a la Madre Tierra por sus habilidades cinegéticas y por la insistencia de Imyssa en que, princesa o no, debía saber cómo preparar y cocinar aquello que cazase. Quitarle las tripas al jabato resultó una tarea sucia y desagradable, pero se las arregló para conseguirlo, luego cortó una pierna y la ensartó en una rama descortezada que apoyó en ángulo sobre el fuego, de modo que la carne quedara suspendida sobre las llamas. La pierna chisporroteó y pronto desprendió un aroma que hizo revolverse los jugos gástricos de su estómago; entretanto, la yegua seguía pastando. Cansada de tanto esfuerzo, y aún bajo los efectos dolorosos de su caída, Índigo se quedó dormida apoyada sobre el tronco del árbol.

Cuando despertó era negra noche. El fuego ardía todavía, pero muy débilmente; el descuido y un abundante rocío lo habían reducido a unas perezosas ascuas. Revolvió a su alrededor enseguida en busca de más leña, y suspiró aliviada cuando las llamas se alzaron de nuevo y las sombras que la rodeaban se alejaron del renovado círculo de luz.

El bosque estaba muy silencioso. La yegua ya no mordisqueaba la hierba sino que permanecía inmóvil con la cabeza gacha, durmiendo en esa forma peculiar en que duermen los caballos. Las aves estaban calladas ahora; tampoco soplaba viento suficiente para alborotar las hojas y hacer que susurraran, e Índigo sintió un escalofrío en la columna ante la incómoda soledad de estar aislada en el enorme y oscuro silencio. Este no era lugar para un ser humano solo; la luz de la hoguera dibujaba caprichosas sombras que convertían la maleza en una vaga amenaza apenas dibujada, sin forma ni simetría; los árboles, en fantasmales y sensibles vigilantes, criaturas procedentes del reino de las antiguas historias y supersticiones. Aunque luchó contra el impulso, Índigo no pudo evitar el recuerdo de los deliciosos e inofensivos relatos de Imyssa, emocionantes en la acogedora seguridad de su dormitorio iluminado por el fuego de la chimenea en Carn Caille, pero que ahora habían sido transportados de forma siniestra al terreno de lo tangible. El Caminante Castaño, alto como un roble pero delgado como el más joven de los árboles, con su único ojo y la boca en el centro del pecho

Librodot

de la que brotaba el incesante ulular que era el último sonido que escuchaban sus víctimas. Los Dispersadores; criaturas achaparradas de pelaje abigarrado, con quinientos dientes cada una, cuyo nombre provenía de su costumbre de esparcir los huesos de aquellos que chocaban contra ellos, cuando habían consumido los últimos restos del tuétano. Ginnimokki, de quien se decía que en una ocasión había sido una mujer, pero ahora era un esqueleto viviente que se arrastraba, se enfurecía y aullaba.

Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral como una onda expansiva y la dejó sin aliento. No quería pensar en aquellas viejas historias macabras, pero se agolpaban en su cerebro de forma espontánea, atraídas por la profundidad del bosque, su oscuridad y su silencio. Cualquiera de esos horrores o una docena de otros parecidos podía surgir de entre las sombras en cualquier momento, surgir del reino de los sueños para enfrentarse a ella. Y no tenía defensa, no había muros de piedra que la protegieran, ni niñera que la adormeciera con sus canciones.

Índigo sintió un temor enfermizo que no había sentido desde la infancia. Miedo a lo desconocido, a la soledad, a los monstruos sin forma que vagabundeaban por las noches solitarias; un terror profundamente arraigado que era mucho peor que el otro temor más natural a animales de rapiña que pudieran acechar. Extendió una mano y agarró la bolsa que contenía el arpa, de la que sacó el instrumento, con dedos helados y torpes. El hambre que la había asaltado antes había quedado anegada por un temor nauseabundo; la pierna del jabato seguía cociéndose, pero ahora la idea de comer le revolvía el estómago. Lo que necesitaba era espiritual, no corporal. Sólo la música podría mantener a raya los horrores de la noche... y de su mente.

El arpa estaba desafinada y gimió como un espíritu atormentado cuando pulsó las cuerdas. Temblando, Índigo la afinó; luego se acomodó y aspiró profundamente varias veces antes de empezar, despacio primero pero ganando seguridad luego, a entonar una dulce canción marinera. El sonido del arpa con el telón de foro del bosque resultaba de una impresionante belleza; sin muros que la encerraran, las nítidas notas relucían y temblaban en la oscuridad, y se dio cuenta de que respondía a la música, que su pulso reducía su marcha, que su mente se relajaba como si la música la consolara. Tras la canción marinera interpretó una danza del Mes del Espino, una celebración de la llegada del verano; luego una canción de la cosecha que subía y bajaba con el ritmo del ondulante maíz y las veloces guadañas.

Estaba ya a mitad de la canción de la cosecha cuando vio unos ojos pálidos que la observaban desde la oscuridad.

La música se detuvo con una horrible disonancia, y el arpa cayó al suelo con un enojado «clang» al perder Índigo el control de sus manos. Paralizada por el susto, clavó los ojos en el pedazo de maleza, en los dos círculos dorados que capturaban la luz del fuego y la reflejaban con un brillo salvaje.

La razón luchó por imponerse. Aquello no era una manifestación sobrenatural; era simplemente un animal del bosque. El resplandor de las llamas, el olor de la carne que se asaba...; desde luego que aquello atraería depredadores. ¿Un felino? Había visto gatos monteses en las Islas Meridionales, y era posible que habitaran en el País de los Caballos, también. Pero éstos no eran ojos de gato. ¿Qué eran, entonces?

Algo se movió, algo que era un punto más oscuro que las sombras. Con un movimiento reflejo propio del cazador, Índigo intentó ponerse en pie de un salto, olvidando su tobillo torcido; éste cedió bajo su peso y volvió a caer al suelo con un aullido de dolor. Cuando se

Librodot

recuperó y miró de nuevo, los ojos estaban más cerca.

A pocos pasos de distancia la yegua dejó escapar un relincho, inquieto y apenas audible. El instinto del caballo confirmaba el suyo, e Índigo extendió una mano hacia el fuego y extrajo un pedazo de madera en llamas. Miles de chispas cayeron sobre su brazo y el extremo que no ardía abrasaba, pero hizo caso omiso del dolor y alzó la tea amenazadora.

-¡Jaaa! -De lo más profundo de su garganta surgió un rugido, a la vez un desafío y una advertencia, pero los ojos no se movieron-. ¡Atrás! -Blandió de nuevo la llameante tea-. ¡Fuera!

Algo oscuro y grande se movió justo en la periferia del círculo de luz proyectado por la hoguera, como si lo que fuera que acechaba allí detrás estuviera indeciso sobre si huir o saltar. El corazón de Índigo pareció estrellarse contra sus costillas y buscó a tientas su arco pero no pudo encontrarlo; se maldijo en silencio por olvidar la regla más esencial del código del cazador, que un arma debe estar a mano en todo momento.

Y entonces oyó algo tan increíble que su palpitante corazón casi se detuvo incrédulo.

Una voz le habló desde la oscuridad, desde las profundas sombras en las que brillaban los feroces ojos. No era una voz humana -era demasiado gutural, demasiado áspera, con una aterradora inflexión artificial, como si la creación de tales sonidos produjera a su autor un dolor terrible. Pero hablaba un lenguaje que ella comprendía.

-Mú... si... ca. -Había agonía en la voz, y desesperación-. Guussta. Me...guuusta. Múuuu...sica...

Índigo lanzó una exclamación sobresaltada, y perdió el control sobre sí misma.

-¡Fuera! -Su voz se elevó en un agudo chillido, y arrojó la tea con todas sus fuerzas en dirección al lugar del que surgía aquella odiosa voz-. ¡Lárgate de aquí, vete, vete!

Los ojos desaparecieron en un santiamén, y su perpleja mente registró a una inmensa forma oscura que se movía como el agua, un lomo enorme y fornido, una cabeza cuyo perfil le era vagamente familiar, orejas puntiagudas y erguidas. Desapareció en un instante y se perdió en la noche en un ágil salto. Oyó un chasquido y un roce entre las hierbas, cada vez más apagado, y luego algo que le dejó la boca seca. Distante, pero estremecedoramente real, un lúgubre quejido que se elevó hasta convertirse en un prolongado aullido antes de perderse en un silencio tan agudo que le pareció que si extendía el brazo podría tocarlo.

Un lobo. Índigo se desplomó junto al fuego, intentando contener el martilleo que corría por cada una de las venas de su cuerpo. En la última fracción de segundo, mientras el intruso desaparecía, había reconocido su figura, y el triste aullido en la distancia se lo confirmó sin la menor sombra de duda.

Nunca había temido a los lobos. En las Islas Meridionales no representaban ninguna amenaza; su destreza y astucia eran respetadas, y cazadores humanos y lobunos no se inmiscuían unos con otros. Pero jamás había visto a un lobo de tamaño tan gigantesco. *Y los lobos no podían hablar como los seres humanos...*

Índigo se interrumpió, y se dijo a sí misma con severidad que debía comportarse de manera racional. La oscuridad jugaba trucos a la vista; podría muy bien haberse equivocado en lo concerniente al tamaño de la criatura ya que no la vio con claridad mientras huía y quedaba muy poco excluido a una imaginación sobreexcitada; su aterrorizado cerebro podría muy bien haber convertido la respiración estertorosa del animal en palabras. Las pesadillas de su infancia no habían regresado para atormentarla: el inoportuno visitante había sido un lobo, nada más. E incluso si los lobos del País de los Caballos eran mucho mayores que sus primos

de las Islas Meridionales, no habría nada de sobrenatural en ellos. Éste se había acercado a su campamento a causa de la curiosidad y el olor a comida; y el fuego y su demostración de agresividad lo habían hecho huir. No pensaba que fuera a regresar.

La tea que arrojara se había extinguido entre la húmeda maleza; la yegua se había calmado y el bosque estaba en silencio una vez más con excepción del chisporroteo del fuego y el intermitente siseo de la pierna del jabato asándose. La visita del lobo había devuelto a Índigo a la tierra, y pudo reemplazar los terrores de la pesadilla con la sólida realidad, con lo que desaparecieron sus supersticiones. Sonrió, de forma un poco forzada, y rescató la comida antes de que se convirtiera en cenizas; se chamuscó los dedos cuando, recuperado el apetito, intentó arrancar pedazos del muslo asado antes de que se hubiera enfriado lo suficiente.

Comió con avidez, y una vez saciada, apagó su sed con el odre de agua. No tenía forma de saber cuánto tiempo había transcurrido, pero un instinto natural le dijo que no faltaba mucho para que amaneciera, y la idea resultaba reconfortante. El bosque ya no la atemorizaba. Pensó en interpretar una última canción con el arpa, una nana que tranquilizara su mente subconsciente hasta la mañana, pero cuando tomó el instrumento sus dedos se movieron despacio a causa del cansancio, y la volvió a dejar en el suelo sin tocarla. El tobillo le dolía con un dolor sordo y punzante que no obstante le era posible, con un poco de esfuerzo, ignorar; el tronco del roble resultaba cómodo ahora que los músculos de su espalda se habían acostumbrado a él. El fuego chisporroteó, la yegua dejó caer la cabeza de nuevo tranquila. El dolor, la sensación de saciedad, junto con la parpadeante luz de las llamas y los ecos de la Canción de la Cosecha se fundieron en un suave y acogedor manto. Índigo se durmió.

Cuando despertó había amanecido ya; una luz grisácea penetraba en el bosque y los pájaros cantaban. La hoguera no era más que una mancha circular de cenizas grises. Algo se había acercado mientras dormía, y llevado los restos del jabato que matara la tarde anterior, dejando tan sólo unas borrosas manchas de sangre sobre la hierba húmeda.

Intentó no pensar en ello mientras bebía de su odre de agua y recogía las escasas posesiones que tenía desperdigadas a su alrededor; sin embargo, seguía presente en su mente. El lobo había regresado, había penetrado en el círculo de luz de la hoguera y cogido los restos del jabato sin molestarla ni a ella ni a la yegua. Podría haberla matado. Una cosa así no había sucedido nunca en las Islas Meridionales, pero aquí -y especialmente cuando pensó en el tamaño del animal- podría ser diferente. Pero en lugar de ello se había acercado y marchado como un fantasma, y lo único que había perdido era la comida de algunos días.

Por alguna razón, aquel pensamiento la entristeció, y la tristeza desencadenó el recuerdo de los sueños que la habían atormentado mientras dormía lo que quedaba de la noche. Esta vez no fueron pesadillas, sino imágenes deprimentes de cosas queridas y perdidas. Había oído la voz de su madre, visto el rostro sonriente de Kirra, sentido el contacto de Fenran. Y había habido algo más, algo que recorrió su sueño como una corriente zigzagueante: una sensación de lástima que la llevaba a olvidar sus propias penas y acercarse a un extraño a quien había gustado su música y le había rogado que tocara más...

Sacudió la cabeza y las imágenes se hicieron añicos y desaparecieron. Se dejaba llevar por la imaginación; era de día, el bosque ya no era una incógnita, y ella debía marchar ya para regresar a Linsk. Su tobillo parecía estar mejor, aunque la hinchada articulación todavía estaba muy oprimida por la bota y le dolía, pero con un poco de paciencia y muchísimo cuidado consiguió montarse en la yegua.

Librodot

El caballo estaba ansioso por marchar. Índigo levantó los ojos y los entrecerró para mirar por entre el dosel de ramas y hojas, en un intento de orientarse, ahora que el sol empezaba a ascender; pero el espeso follaje y el regreso de las nubes de tormenta lo hizo imposible, y por lo tanto tuvo que adivinar la dirección correcta e hizo girar a su montura en la que esperaba fuese dirección sudeste.

Se dio cuenta de que se había equivocado cuando el bosque empezó a aclararse, luego desapareció, y se encontraron en la cima de una larga y suave colina con los extensos páramos extendidos más abajo ante ellas. El río que rodeaba el bosque dividía la llanura en dos, desparramado en una lenta red de serpenteantes afluentes como una gigantesca telaraña tendida sobre el terreno; aunque el sol resultaba invisible, la luz de la mañana era lo bastante brillante para dar a la escena una trémula cualidad nebulosa. Era muy bello, pero no era Linsk. Se volvió sobre la silla y descubrió que había salido por el lado nordeste del bosque; a su espalda el límite de los árboles reseguía una curva natural del paisaje, y pudo ver más allá de los páramos el lejano resplandor del mar.

La yegua golpeó el suelo con la pata. Olía los pastos del llano, y quería saborearlos. Índigo chasqueó la lengua para retener al reacio animal mientras intentaba decidir cuál sería la ruta más rápida de regreso a Linsk. Cabía la posibilidad, aunque muy remota, de que Danog y Laegoy hubieran retrasado su partida, y el *Greymalkin* esperase, en aquellos mismos momentos, el regreso de la marea antes de zarpar para recorrer la siguiente etapa de su viaje hacia el norte. Si cabalgaba deprisa podría llegar al puerto antes del mediodía, y puede que a tiempo de reincorporarse al barco. Junto al delta el terreno era llano, lo cual facilitaría un viaje más seguro, pero quizá ganara tiempo si tomaba por el terreno más accidentado y elevado que bordeaba el bosque. El tiempo era de suprema importancia.

La yegua no quería apartarse de la perspectiva del delta y sus verdes pastos, pero Índigo ganó la breve pugna de voluntades, y se pusieron en marcha a un medio galope rápido a lo largo de la inclinada ladera del límite del bosque.

Supo que algo no iba bien cuando la suave marcha a la que había estado viajando se interrumpió de forma inesperada para convertirse en un trote desigual que hizo que : doliesen los dientes. Pocos minutos antes la yegua había tropezado, introduciendo un casco en uno de los innumerables agujeros de madrigueras que eran un peligro constante. Al parecer, un momento después se había recuperado e Índigo no había vuelto a pensar en el incidente. Ahora, sin embargo, se dio cuenta de que la alazana había empezado a cojear. Aflojó la marcha, se detuvieron e Índigo se deslizó fuera de la silla. Aún seguía sin poder apoyarse en el pie izquierdo, pero consiguió cojear hasta colocarse al otro lado de la yegua para examinarla. El animal permanecía con la pata delantera derecha encogida, y cuando Índigo deslizó su mano hasta el corvejón, la yegua agitó la cabeza y se revolvió inquieta, mientras la muchacha se maldecía a sí misma. Cualquiera con una pizca de sentido común hubiera tomado el camino de las tierras bajas junto al río en lugar de cabalgar a toda velocidad por aquel terreno lleno de pozos. Pero ella había ignorado los riesgos en aras de la prisa, y ahora -irónicamente, tras su propia lesión- el tropezón había dado como resultado un tendón dislocado. Podía dar gracias de que la pata de la yegua no estuviese rota.

Retrocedió y contempló el paisaje que la rodeaba. Lo que vio no fue alentador; la costa estaba aún muy lejos, y más cerca, todo lo que pudo ver fue la deshabitada llanura que se extendía interminable a lo lejos; el único signo de vida era una de las manadas de caballos

salvajes que pastaba junto al río a sus pies.

Índigo se dejó caer sobre la hierba. La yegua no podía transportar peso ahora, eso era seguro; y aunque podía seguir andando a paso lento, Índigo, personalmente, no podía avanzar sin una muleta y no tenía nada con lo que fabricarse una. No existía la menor posibilidad de continuar hasta Linsk; estaban totalmente abandonadas a su suerte hasta que alguien viniera a rescatarlas -lo cual parecía muy improbable- o hasta que sus lesiones curaran lo suficiente para permitirles seguir adelante.

O hasta que cayera la noche, y los lobos salieran de nuevo...

Asustada, dio una mirada rápida a su alrededor, como si esperara ver un hocico gris, una forma larga y lustrosa, que se acercara furtiva por entre las hierbas. A plena luz del día tal temor resultaba irracional, pero la noche sería otra cosa, y, con grandes dificultades, Índigo se puso en pie de nuevo para escudriñar más atenta el paisaje con la remota esperanza de descubrir alguna forma de refugio no demasiado lejana.

Los caballos atrajeron su atención, y por primera vez se dio cuenta de la presencia de varios, entre la apiñada manada, que parecían llevar jinetes. Vaqueros, desde luego; los caballos no eran del todo salvajes, sino que debían de estar al cuidado de los hombres de la tribu local. Lo cual quería decir que debía de existir algún poblado no muy lejos.

Estudió a los apelotonados animales con los ojos entrecerrados, deslumbrada por la luz mate del delta del río. A aquella distancia no era probable que los vaqueros la vieran, y mucho menos que la oyesen, si les gritaba; pero un fuego seguro atraería su atención. Índigo arrancó con premura puñados de hierba, formó un montón de tamaño razonable que esperó estuviera lo bastante seco para arder..., pero mientras se preparaba para golpear la yesca, se preguntó de pronto si sería sensato atraer la atención. Aquellos hombres podrían reaccionar de forma hostil ante un intruso en su territorio; aunque no llevaba posesiones que valiera la pena robar, podía ser asaltada, violada, o incluso asesinada...

O podía quedarse allí en el llano, y su segunda noche al aire libre podría traerle males peores que los lobos...

Protegió el montón de hierba con las manos y le prendió fuego. Sea lo que sea lo que los vaqueros fueran capaces de hacer, no tenía otra alternativa. Al menos de esta forma, pensó torvamente, tendría una posibilidad de sobrevivir.

Una diminuta lengua de fuego lamió las briznas de hierba, se agitó vacilante y creció. Índigo la abanicó con su chaquetón, en un intento de crear más humo, y al cabo de unos minutos tuvo la satisfacción de ver cómo dos de los lejanos jinetes apartaban sus caballos de la manada principal, gritaban y gesticulaban uno al otro, sostenían luego una corta conferencia y lanzaban después sus caballos al galope para cruzar el río en dirección a ella.

Índigo volvió a ponerse de pie al acercarse los jinetes. El poni de uno de los vaqueros relinchó; la yegua alazana devolvió el saludo, e Índigo se llevó la mano subrepticiamente al cuchillo que pendía de su cinturón.

Los vaqueros tiraron de las riendas de sus ponis para detenerlos. Eran hombres menudos y fornidos de rostros anchos del color y la textura del cuero viejo y de ojos rasgados. Sus ropas recordaban las del capitán de puerto de Linsk, pero eran más llenas de color; botas cortas de cuero, pantalones anchos de fieltro, jubones y chaquetones adornados con una extravagante colección de remiendos de fieltro, pedazos de piel y discos de plata y de cobre. Ambos llevaban gorros de fieltro bordados con orejeras sobre sus grasientos cabellos negros..., y también llevaban lanzas, cuyas afiladas puntas se cernieron a pocos centímetros de Índigo.

Librodot

Intentó que su nerviosismo no se reflejara en su rostro, y se inclinó para juntar las palmas de las manos en lo que esperaba fuera un gesto universal de amistad.

-Saludos, amables señores. -Hablaba despacio; existía la posibilidad de que tuvieran algún conocimiento de la lengua de un país vecino.

La escudriñaron con la mirada; luego uno de ellos agitó su lanza en un gesto que no fue capaz de interpretar y replicó en un idioma que no comprendió. Era una curiosa mezcla de sonidos guturales y de sonsonetes, y la muchacha sacudió la cabeza.

-Lo siento. No os comprendo. -Para dar más énfasis a sus palabras, extendió los brazos en gesto de impotencia.

Los hombres se consultaron algo y luego el que se había dirigido a ella acercó su peludo poni e indicó a la yegua con un sonido de interrogación.

-Mi caballo está cojo. -Índigo imitó, como pudo, a un caballo cojo, y se inclinó para tocar la pata delantera del animal-. Y yo también, me he hecho daño en una pierna.

Debieron de comprender la esencia de lo que les decía, ya que el hombre le hizo una señal con la lanza para que se apartara mientras su compañero desmontaba y se acercaba a examinar la yegua. Sabía lo que hacía; el animal apenas si se movió, y cuando lo hizo él le canturreó tres notas en voz baja que parecieron calmarla. Terminado el examen, volvió su atención a Índigo, indicó el morral y dijo algo que ella interpretó como una orden para que lo depositara en el suelo.

Se desató el morral con inquietud y lo colocó sobre la hierba junto a su arpa y su arco. Mientras el primer hombre mantenía la lanza dirigida a su estómago, el otro llevó a cabo un veloz y silencioso inventario, e Índigo observó con agitación cómo sus posesiones eran cargadas en un serón sujeto al lomo de uno de los ponis. Cuando hubo concluido, el que la vigilaba apagó a pisotones los restos de la hoguera, volvió la lanza y la empujó con el mango, indicando hacia el poni que no llevaba carga. Ella asintió con la cabeza para indicar que había comprendido. Si lo que querían era que montara, aquello era una buena señal; al menos no pensaban matarla de inmediato.

Cuando demostró ser incapaz de montar sin ayuda, el hombre maldijo por lo bajo -Índigo dio por sentado que la maldecía a ella- y la subió con malos modos sobre el lomo del caballo, aunque tomó él las riendas. La lanza seguía su inquieto balanceo cerca del indefenso cuerpo de Índigo, pero de momento no parecía estar en peligro, y no protestó cuando el segundo hombre condujo su yegua y se pusieron en marcha alejándose del delta.

CAPÍTULO 10

El poblado de los vaqueros estaba metido entre dos pliegues del terreno, una serie de casas de color pardo que se recortaba contra las verdes laderas de las colinas que los protegían. Cuando se acercaron a la entrada de la empalizada les salió al paso un corro de niños que los rodeó para contemplar absortos y en silencio a la extranjera; ataviados con ropas de colores brillantes y de rostros menudos y solemnes, eran reproducciones en miniatura de sus mayores. La voz aguda de una mujer les ordenó que se marcharan, y, de mala gana, se dispersaron mientras los anfitriones de Índigo -o sus capturadores- la conducían a través de la puerta.

Tuvo poco tiempo para adquirir una primera impresión del poblado, quedándose sólo con una imagen de casas de una sola planta y techo de paja colocadas en un tosco círculo alrededor de un polvoriento y pisoteado pedazo de terreno con un pozo en su centro. Unos pequeños campos de labranza se desparramaban ladera arriba más allá de los edificios; cerca de la cima vio una bomba de irrigación movida por dos perros sujetos a un malacate que giraba con lentitud. Más perros, primos lejanos de los perros de caza de las Islas Meridionales, se acercaron haciendo fiestas o gruñendo, según la naturaleza de cada uno, en torno a las patas de los caballos; la yegua dio un quiebro nerviosa y puso los ojos en blanco hasta que una lacónica orden de uno de los hombres los hizo marchar.

Mientras la yegua se tranquilizaba de nuevo, una anciana se abrió paso por entre la multitud hacia ellos, y los aldeanos se apartaron con una deferencia que daba a entender que era una persona importante. Era grotescamente gruesa, y en contraste con las ropas de brillantes colores que la rodeaban, sus muchas capas de ropa eran totalmente negras. Su único adorno consistía en una cinta de discos de cobre batido alrededor de la cabeza; bajo ella sus ojos relucían negros y agudos en un rostro agrietado como un estrato rocoso. La mujer se detuvo y contempló a Índigo de arriba abajo como si evaluara una res en un mercado. Luego se volvió, hizo señas imperiosamente a dos mujeres que permanecían de pie allí cerca y lanzó una aguda y entrecortada andanada de órdenes.

Las mujeres se adelantaron presurosas y la lanza del hombre señaló en dirección a la pierna de Índigo; debía desmontar y dejar que la atendieran. La muchacha apenas si podía apoyar su pie izquierdo en el suelo; al comprobar su incapacidad de andar, las mujeres empezaron a parlotear como pájaros asustados y medio la acompañaron medio la transportaron hasta un edificio alargado con el tejado de paja, que parecía una especie de casa comunal. La depositaron sobre un jergón relleno de brezos cerca de un perezoso fuego de turba que ardía en el centro de la habitación, y con mucha gesticulación empezaron a sacarle la bota del pie izquierdo. Permaneció callada mientras parloteaban, los ojos fijos en su tobillo hinchado, y se sometió a la aplicación de una cataplasma. A pesar de que no podía entender ni una palabra de su locuaz conversación, su actitud la tranquilizó, ya que parecía indicar que era una invitada, más que una prisionera.

Casi habían terminado su trabajo cuando la puerta se abrió y un raudal de luz entró en la sala; la anciana de negro hizo su aparición, acompañada de un hombre igualmente anciano, calvo y con una barba rala adornando su barbilla. También él llevaba discos de cobre en la frente, y, por la rapidez con que sus dos cuidadoras se pusieron en pie respetuosamente, Índigo adivinó que aquellos dos debían de ser los habitantes de más edad del poblado.

Hizo un gesto apologético para demostrarles que no podía alzarse para saludarlos, y el anciano levantó una mano, mientras su arrugado rostro le dedicaba una sonrisa cortés pero

Librodot

reservada.

-No levantar -dijo, en el mismo idioma de Índigo.

La muchacha parpadeó, sorprendida.

-Gra... gracias.

-Yo ser Shen-Liv -le comunicó el anciano-. ¿Tú ser...? -Enarcó las cejas con gesto interrogativo.

-Índigo. -Efectuó una reverencia lo mejor que pudo desde su posición de sentada-. De las Islas Meridionales.

-Islas Me-ri-dio-na-les. -Lo pronunció con un énfasis peculiar-. Ah, sí. Conocemos bien.

-Habláis nuestra lengua de un modo excelente, señor.

La sonrisa de Shen-Liv se cubrió de humildad.

-Comerciamos con Scorva, las Islas Meridionales, otros lugares. Caballos por... -buscó la palabra apropiada-, por metal.

La anciana, que la había estado observando con una inquietante falta de expresión, lanzó de repente una retahila de preguntas ininteligibles. Shen-Liv las contestó con rapidez, luego miró de nuevo a Índigo.

-La Abuela quiere saber: ¿cómo tú llegas aquí, con pierna enferma, tu caballo también con pierna enferma?

Índigo sonrió con cierta tristeza.

-Me hice daño al caer y tuve que pasar la noche en el bosque. Esta mañana iba de regreso a Linsk cuando mi yegua introdujo la pata en el agujero de una madriguera y se quedó coja. Dos de vuestros hombres me encontraron, y me trajeron aquí.

-Ah. -Shen-Liv asintió, luego la miró de arriba abajo-. Tú caes. ¿Del caballo?

-Sí.

-Los buenos jinetes no caer sin buen motivo, y tu yegua no parecer mal adiestrada. -La implicación de que probablemente ella era una incompetente resultaba obvia.

-No -respondió Índigo con un ligero nerviosismo en la voz-. Un animal que encontramos en el bosque asustó a mi yegua. -Se interrumpió; recordó su enorme tamaño, sus ojos relucientes, el pánico. Shen-Liv interpuso con rapidez:

-¿Animal? ¿Qué animal era ése?

Sacudió la cabeza y respondió con voz fatigada:

-No lo sé. Sucedió tan deprisa... No estoy segura. -Se pasó la lengua por los labios resecos-. Quizás... un lobo.

La Abuela dejó escapar un «¡Ja!», como si ésta fuera una palabra que conociera, y el rostro de Shen-Liv adquirió un aspecto más severo y concentrado.

-¿Lobo?

-Sí. Eso... creo. Y más tarde, durante la noche, algo se acercó al fuego que encendí: no lo vi con claridad, pero lo... lo escuché.

El anciano entrecerró los ojos y la estudió con atención, como si sospechase que pudiera convertirse en un licántropo en cualquier momento y metamorfosearse ella misma.

-*Crees* que fue un lobo -dijo poniendo énfasis en el verbo receloso-. ¿Qué significar tú con eso? Un lobo es un lobo: o ver o no ver.

-No puedo estar segura. -No lo miró a los ojos, y la Abuela avanzó arrastrando los pies hasta que quedó a un paso del lugar donde Índigo se sentaba.

La anciana miró con fijeza a la muchacha, su expresión todavía ilegible, luego retrocedió y

le espetó algo a Shen-Liv. Índigo recibió la impresión de que a la mujer o bien no le gustaba o desconfiaba de lo que había visto.

-La Abuela decir que tú no contar toda la verdad -le informó Shen-Liv-. Decir hay algo más, algo tú mantener en secreto.

Así que la anciana era vidente. Debiera haberlo sabido; debiera de haberse dado cuenta de que, al igual que las brujas de las Islas Meridionales, percibiría las evasivas de la misma forma que un perro olía a la liebre. Ya había perjudicado bastante su propia causa, seguir fingiendo sólo empeoraría las cosas. Les contaría la verdad, por muy increíble que ésta pareciera.

Shen-Liv añadió con brusquedad:

-Esperamos.

Índigo suspiró.

-Muy bien. *Hay* algo más. No os lo dije, porque pensé que no me creeríais. -Levantó los ojos por fin con candidez-. Ni siquiera sé si yo misma lo creo. Pero la criatura que se acercó a mi campamento, fuera lo que fuese, tuve la impresión de que... *me hablaba.* -Tragó saliva, deseando tener a mano una jarra de agua-. ¿Sabéis de algún lobo que pueda hacerlo?

Se produjo un gran silencio. El anciano la miró fijo; entonces la Abuela le golpeó con el codo con fuerza e inquinó con energía:

-¿Ja?

Se volvió hacia ella y le habló rápidamente en voz baja, y la anciana efectuó una señal contra el mal de ojo y siseó una respuesta. Shen-Liv escuchó con atención lo que le decía, asintió, y le hizo una inclinación de cabeza, tras lo cual, ella se volvió con brusquedad y se dirigió a la puerta. Las dos mujeres que habían atendido a Índigo salieron corriendo detrás de ella y a los pocos momentos la desvencijada puerta se cerraba a sus espaldas, dejando a Índigo y a Shen-Liv a solas.

Shen-Liv se acomodó encima de un jergón al otro lado del fuego y cruzó las manos sobre el regazo. Bajo la vacilante luz de las llamas su rostro parecía tallado en granito, y unas rojas puntas de alfiler se reflejaban en sus ojos.

-Bien -dijo con suavidad, pero en un tono que no era para tomarlo a la ligera-. Contar toda tu historia, ahora.

Y de esta forma, Índigo relató todo lo que le había sucedido desde su llegada al País de los Caballos a bordo del *Greymalkin.* Fue un relato muy breve; pero cuando llegó a la descripción de la criatura que había merodeado alrededor de su fuego, y de los sonidos guturales que, a ella, le habían parecido escandalosamente similares al habla humano, Shen-Liv exigió conocer todos los detalles: lo que había visto, cómo había reaccionado, lo que pensaba que el inoportuno visitante le había dicho. Índigo descubrió que su memoria era dolorosamente fiel: las atormentadas palabras, *«Música, me gusta la música»,* resonaron en su cabeza mientras las repetía al anciano, y, cuando por fin terminó su relato, éste se sentó sobre sus talones, con rostro solemne.

-Es como la Abuela decirme -dijo-. Tú mucha suerte de no morir en el bosque. Fue la música, creo, la que salvar del demonio tu vida.

El color desapareció del rostro de Índigo.

-¿Demonio?

-Sí. El lobo no era un lobo. Era un *shafan.*

Y, al ver que la joven estaba a la vez desconcertada y acobardada, Shen-Liv le explicó de

Librodot

qué se trataba. El shafan era un demonio del País de los Caballos, ni hombre ni animal pero con elementos de ambos; un devorador de carne, un merodeador, un asesino. Según la leyenda podía tomar la forma de cualquier criatura, pero acostumbraba a escoger la de un depredador: lobo, leopardo blanco o carcayú. Que él recordase, dijo Shen-Liv, no se había visto nunca un shafan en las praderas ni en el bosque: los ritos mágicos y los sacrificios que celebraban las ancianas mantenían a raya a tales diablos. Pero durante la primera luna llena del invierno, dos vaqueros informaron haber visto un lobo de un tamaño anormalmente grande cerca del río. Los cazadores salieron en su busca temiendo por sus yeguas, pero no encontraron nada. Más tarde llegaron noticias sobre ataques a las manadas de ponis, de un poblado situado a un día de distancia a caballo. Un animal, o dos como máximo; no una manada de lobos, decía el mensaje; pero no había en la región ningún animal salvaje lo bastante grande como para vérselas con un caballo adulto a menos que fuera en grupo. Luego siguieron llegando más noticias de gente que había visto algo, todo ello añadió leña al fuego: un lobo enorme visto fugazmente en el bosque, una criatura que vagaba por los llanos que gritaba con la voz de un hombre y en lengua humana pero que cuando se le salía al paso huía entre gruñidos, una aparición oscura y delgada de ojos llameantes descubierta cuando atisbaba justo detrás de la empalizada del poblado. Las sospechas y los rumores se convirtieron al fin en certeza: un shafan rondaba por las praderas. Y ahora la misma experiencia de Índigo lo había confirmado más allá de la duda.

-Tú tener mucha suerte -le dijo Shen-Liv con enfática gravedad-. Es raro que un humano y un shafan se encuentren *y* el humano siga vivo. -Arrugó la frente-. No es una muerte agradable, creo.

Índigo reprimió un escalofrío.

-Dijisteis que mi música me salvó la vida. No lo comprendo.

-Ah, sí. La música es algo mágico, eso dicen las mujeres. Puede... -Vaciló al no encontrar las palabras adecuadas en aquel lenguaje con el que no estaba demasiado familiarizado-, puede *seducir* al shafan, hacer que no atacar, si la música es la correcta. ¿Comprender?

Cushmagar le había enseñado a fondo la magia peculiar de la música. Índigo asintió.

-Comprendo.

-De modo que tu tener favor de la Madre Tierra. Eso, creo yo, es una señal. -Shen-Liv se puso en pie con dificultad. Bajó los ojos hacia ella y la contempló con atención-. Debo contar esto a los otros het del poblado. Las mujeres regresar para terminar cuidar tu pierna mala; más tarde comeremos aquí, entonces hablaremos más. -Meneó la cabeza, un conciso pero cortés reconocimiento de su satisfacción-. Habrá mucho que decir.

Y con estas palabras, Shen-Liv abandonó la casa.

Las dos mujeres regresaron, terminaron su trabajo y se fueron de nuevo, e Índigo no vio a nadie más durante el resto del día. Sus cuidadoras le habían dejado una jarra con agua, pero nada de comida; y aunque se sentía bastante cómoda, y agradecida por su ayuda, se sentía a la vez un poco inquieta todavía por la actitud de los aldeanos hacia ella. Las atenciones de las mujeres y la reservada cortesía de Shen-Liv no daban a entender hostilidad, pero sin embargo la habían dejado sola e indefensa, despojada de sus posesiones, hasta que desearan volverla a interrogar. Su única pizca de consuelo era la aseveración de Shen-Liv de que debía gozar «del favor de la Madre Tierra»: una declaración inconscientemente irónica pero que, estaba segura, le garantizaría su seguridad mientras él siguiera con esa creencia.

Más allá de la alargada casa el sol giraba y lanzaba rayos de un polvoriento color pardo a través de la estrecha ventana que Índigo tenía a su espalda. El fuego convertía la habitación en un lugar sofocante; cansada todavía después de la agitada noche dormitó la mayor parte de la tarde, y cuando se despertó el sol ya se ponía, del fuego no quedaban más que unas brasas y las sombras embargaban la casa. En el exterior escuchó gran actividad, cascos que batían sobre el suelo y voces de hombres que se mezclaban con el agudo parloteo de las mujeres y los gritos de los niños; un perro empezó a ladrar con ferocidad, luego aulló cuando alguien le dio una patada para que callara. Al parecer, los vaqueros habían regresado de los prados; y a los pocos minutos la puerta de la casa alargada se abrió para dar paso a varias mujeres y muchachas que empezaron a reavivar el fuego y mover los jergones hasta formar un círculo alrededor de la hoguera. Encendieron también velas de junco, las cuales daban muy poca luz pero sí gran cantidad de humo que apestaba a sebo rancio, luego las mujeres trajeron bandejas cargadas de cuencos llenos de lo que parecía una variedad de pedazos de carne y verduras. Por último instalaron un pesado trébede sobre el fuego, y sobre éste un gran caldero de hierro en el que empezó a borbotear un líquido muy condimentado.

Cuando las mujeres se retiraron, penetró un joven en la casa. Era alto para ser un habitante del País de los Caballos, y vestía de forma menos complicada que la mayoría de los hombres que había visto. Por sus modales y gestos, Índigo adivinó que era, o al menos se imaginaba ser, un guerrero. Realizó un breve examen de los preparativos, y luego se aproximó al jergón donde ella se sentaba y le dedicó una ligera inclinación. Su expresión era hostil, o quizá desaprobadora, no pudo definirlo.

-Los het del poblado venir ahora a comer. -Sus palabras sonaban abreviadas y poco naturales; el dominio que el joven tenía de su idioma era mucho menor que el de Shen-Liv-. Tú estar con respeto, y contestar cuando hablar a ti.

Índigo comprendió de repente que su resentimiento provenía del hecho de que, para los habitantes del País de los Caballos, las mujeres -excepto las mujeres sabias como la Abuela- eran poco más que muebles, y la idea de que ella disfrutara del privilegio de sentarse entre los ancianos durante su cena había ofendido el sentido del decoro del joven guerrero. Ella le dedicó una débil sonrisa irónica:

-Gracias. Creo que comprendo lo que queréis decir.

El joven frunció el entrecejo, luego se volvió y avanzó, muy erguido, en dirección a la puerta, donde se colocó en posición de firmes mientras los ancianos del poblado -los het- entraban uno tras otro. La Abuela, observó Índigo, no estaba entre ellos: aquélla era una reunión sólo de hombres. Ocuparon sus lugares sobre los jergones y formaron un semicírculo que irradiaba de Shen-Liv; se intercambiaron unas envaradas reverencias y dio comienzo la cena.

Existía, tal y como Índigo descubrió enseguida, un gran protocolo que debía observarse durante la sencilla función de cenar. Shen-Liv entonó unas palabras rituales sobre el hirviente caldero, antes de que nadie pudiera empezar a comer, las cuales remató con un florido gesto al que sus compañeros dieron su aprobación con gruñidos y golpeando el suelo con las palmas de las manos. Tras esto, todos los presentes bebieron, en estricto orden de prioridad, de una jarra comunitaria. Índigo fue la última; al igual que habían hecho los hombres, levantó la jarra con ambas manos, se llevó el borde a los labios y bebió un trago tan largo como se atrevió. El brebaje era un té de hierbas tibio, suave e inocuo. Completado todo este ceremonial, los reunidos empezaron a comer. Se tomaron pedazos de carne o de verdura que se sumergían

Librodot

con gran cuidado -una vez más volvía a observarse un estricto orden de precedencia- en el hirviente caldero, y se comían sin la ayuda de platos ni de cuchillos. Índigo estudió a sus anfitriones y siguió su ejemplo, observando, también, que el banquete se llevaba a cabo en un pétreo silencio. La comida era probablemente muy saludable, pero para su paladar resultaba poco apetitosa. Las verduras eran insípidas, y sospechó que la carne pudiera ser de caballo o incluso de perro, cuyo sabor se disfrazaba mediante una generosa adición de especias al caldero. Por educación, no puso la menor objeción mientras los cuencos circulaban una y otra vez alrededor del fuego, pero se sintió agradecida cuando la comida tocó a su fin.

Con terrible formalidad, los het sacaron unas pipas de caña corta, que llenaron con hojas curadas y empezaron a fumar. Con gran alivio por su parte no se esperaba que Índigo tomara parte en este ritual; y mientras el humo de las pipas se mezclaba con el del fuego para formar una cortina perfumada por entre las vigas, Shen-Liv rompió el silencio que persistía ya desde hacía más de una hora.

-He hablado con los het -dijo a Índigo-, y la Abuela ha descifrado las señales. Nosotros de acuerdo que hay muy buen presagio en acontecimientos que trajeron a ti aquí.

Los demás ancianos contemplaban ahora a Índigo con atención, y uno o dos que, al igual que Shen-Liv, era evidente que comprendían el idioma de las Islas Meridionales, traducían lo que se decía a sus compañeros en susurrados aparte.

-La Abuela dice -continuó Shen-Liv-, que alguien que ha estada cara a cara con shafan y no resultar herido debe tener poder contra tales dominios.

-¡Shen-Liv, yo no soy una hechicera! -protestó Índigo-. Si la Abuela cree...

-No interrumpir. -Shen-Liv levantó una mano y sus compañeros arrugaron la frente en señal de desaprobación-. Digo, *poder.* No magia. Es don, como habilidad con caballos, como cantar. La Abuela decir es don de la Madre Tierra, y el don debe usarse para echar shafan de aquí. Ahora. -Se inclinó hacia ella, con un dedo levantado como si regañara a una criatura-. Tú tienes instrumento de hacer música desconocido para nosotros.

-Mi arpa... -La voz de Índigo sonaba muy débil.

-Arpa. -Repitió la palabra como para grabarla en su memoria-. Bien. Utilizarás arpa. Y también tienes un arma, como un arco pero no igual. Dispara muy lejos, creo, y con mucha más fuerza.

Ella asintió.

-Es una ballesta. El principio es el mismo que el del arco, pero resulta, como vos decís, más potente.

-¿Y saber usarla tú? ¿Ser hábil?

-Sí. Me enseñó mi padre, el... -Índigo se interrumpió, consciente de que había estado a punto de pronunciar el nombre de Kalig y sabedora de que no debía, *no podía;* tragó saliva y sintió un fuerte nudo en la garganta-. Mi padre fue un gran cazador.

Todo esto fue debidamente traducido a los demás, y algunos de los het menearon la cabeza, a todas luces reacios a aceptar el que una mujer aprendiera habilidades propias de un hombre. Siguió una rápida discusión entre ellos, durante la cual Índigo escuchó la palabra «shafan» varias veces. Luego Shen-Liv se volvió hacia ella de nuevo.

-Muy bien. Los het estar de acuerdo, y ahora yo decir a ti qué deber hacerse. Cuando tú curas, y tu caballo cura, tú regresar bosque donde ver shafan, y tocar música para atraer shafan adonde tú estar. Cuando shafan viene tú estarás preparada. Tú matar shafan, y enviar de vuelta al lugar siniestro del que salir.

A sus palabras siguió un profundo silencio. Índigo contempló con asombro a Shen-Liv, quien mostraba una humilde sonrisa de satisfacción, mientras luchaba por controlar la oleada de furia que provocaran sus palabras. «Así de sencillo. Irás allí, y con tan sólo un arpa y una ballesta matarás al demonio que ha estado atormentando al País de los Caballos...»

-Shen-Liv -aspiró con fuerza y se mordió la lengua para evitar que la cólera aflorase y la obligara a arrojar a la cabeza del anciano el primer cuenco vacío que tuviera a mano-. Me parece que no he comprendido bien lo que queréis decir. Desde luego ¿no pretenderéis que regrese al bosque, y mate a esta..., esta cosa, este demonio, sin ayuda?

La sonrisa de Shen-Liv se alargó un poco más.

-Sí. Como yo he dicho a ti.

-Y tal como os he dicho, ¡no soy una hechicera! -Índigo sabía que el tono de su voz iba subiendo, pero no le importó-. No soy un superhombre; si vuestros propios cazadores no pueden matar al shafan, ¿cómo, en nombre de todos los mares, creéis que *yo* podré?

Permaneció impávido.

-He explicado. Todo está claro y sencillo...

-¿Sencillo?

-No gritar -la amonestó Shen-Liv con severidad-. La Abuela decir que tú tener el poder para enfrentar shafan; por lo tanto no haber peligro para ti.

-Shen-Liv. -Tenía que intentarlo una vez más, hacerle comprender que la declaración de la Abuela no era suficiente, que no poseía ningún poder innato contra cualquiera que fuese la criatura que rondaba por el bosque y amenazaba el pueblo-. Por favor, escuchadme. Tal y como he dicho antes, no soy una hechicera. No tengo poder contra los demonios, y no sé nada de vuestro shafan. Si voy sola al bosque a echar a esa criatura, fracasaré, o ella me matará. O ambas cosas.

-Tú no ir sola -le aseguró Shen-Liv con afabilidad-. Acompañar cazadores de aquí, y estarán cerca por si haber problemas. -Sus ojos se entrecerraron de repente, y sus siguientes palabras llevaban una velada amenaza-. Los het han decidido. Esta cosa debe hacerse.

Índigo comprendió lo que se ocultaba detrás de aquella implicación. No le dejaban alternativa.

Entrelazó los dedos con calma y se quedó mirándolos.

-¿Y si... descubro que soy incapaz de intentar lo que me pedís?

Shen-Liv apretó los labios.

-Eso será lamentable -dijo-. Los het tendrán necesidad de quedar arpa, y quedar arma, por si hombres de aquí tener éxito donde tu fallar. -La miró fijamente a los ojos, su mirada resultaba intimidadora-. Y desde luego quedar caballo también, como pago de amabilidad contigo en tu desgracia.

-Entiendo.

Desde luego, había dejado muy clara su posición. O accedía a sus deseos, o la echarían del poblado sin caballo y sin ninguna de sus pertenencias para que sobreviviera como mejor pudiera. La verdad era, pensó Índigo, que no podía hacer otra cosa que ceder.

Los het esperaban su respuesta. Deseó poder decir algo que borrara la sonrisita de autocomplacencia del rostro e Shen-Liv; pero sabía cuál debía de ser su respuesta.

-Muy bien, Shen-Liv. Puesto que me habéis ofrecido esta oportunidad, no seré tan maleducada como para rehusarla.

Su ironía se perdió en el anciano. La sonrisa de éste se transformó en una risa radiante de

Librodot

oreja a oreja, y asintió, haciendo tintinear los discos de cobre de su frente.

-Eso ser bueno. Y ahora que todo ser como debe ser, hay muchos preparativos que hacer. -Levantó las rodillas y, con cierto esfuerzo, empezó a incorporarse. Los demás ancianos siguieron su ejemplo-. Las mujeres ocuparán de ti. Cuando todo preparado, nosotros informar a ti.

Le dedicaron una cortés reverencia, uno tras otro, y se dirigieron a la puerta. Shen-Liv fue el último en marchar, y ya en el umbral se detuvo y volvió la cabeza.

-Nosotros desear a ti buena noche -dijo, y sonrió con la satisfacción del que se ha salido con la suya antes de seguir a sus compañeros y perderse en la oscuridad.

Librodot

CAPÍTULO 11

Índigo pasó los tres días siguientes en el poblado de los vaqueros. Su tobillo se curó con rapidez, pero pronto descubrió que, en realidad, era una prisionera, ya que se le prohibió abandonar la pequeña cabaña, en parte almacén y en parte prisión, a la que se la trasladó después de su encuentro con los het. Ni tampoco volvió a ver a Shen-Liv: sus únicos visitantes eran las mujeres que venían mañana y tarde a traerle comida y agua, y que, o bien no comprendían sus preguntas, o se les habían dado instrucciones para que no respondieran a nada de lo que dijera.

Al parecer, los ancianos ya no sentían el menor interés por su bienestar; había aceptado hacer lo que querían, y hasta que llegara el momento de llevar a cabo sus planes la consideraban indigna de cualquier atención. Esos planes, entretanto, se iban completando, pero a Índigo no se la hacía partícipe de las agitadas discusiones que se celebraban en la cercana casa alargada. No era más que un peón, y mujer además; su papel, a los ojos del het, era llevar a cabo las órdenes que se le dieran sin ningún tipo de objeciones ni preguntas.

La arrogancia de los ancianos enloquecía a Índigo, pero dos explosiones de cólera que chocaron con la indiferencia de las mujeres que la atendían, y el descubrimiento de un guardia armado al otro lado de su puerta, calmaron su furia al darse cuenta de que no podía hacer nada para cambiar las cosas. Carecía de aliados, de armas, ni siquiera podía comunicarse con sus guardianes; y si se negaba a cooperar, lo mejor que podía esperar era que se le permitiera cruzar la empalizada con las ropas que llevaba. Todo lo que le quedaba era esperar, e intentar ser paciente.

Ya que no tenía otra cosa que hacer se dedicó a pasar durmiendo tantas de aquellas horas de tedio como le fue posible. Pero el dormir sólo le acarreó un miasma mental y físico; sus músculos reclamaban ejercicio y sus pensamientos se transformaban con demasiada frecuencia en una febril confusión en la que alternaba el sueño con el insomnio. Y se vio atacada de pesadillas: a veces eran imágenes del pasado, pero casi siempre eran tenebrosas y horribles premoniciones de lo que le aguardaba.

La amable aseveración de Shen-Liv de que no correría peligro cuando se enfrentase al shafan no le producía un gran consuelo. Todo estaba muy bien para el sonriente anciano y sus satisfechos compañeros; a ellos no se los obligaría a arriesgar la vida enfrentándose a un demonio, y tampoco eran las suyas las manos que se alzarían para matarlo. Habían dejado de lado las dudas de la muchacha, ignorado sus temores, y negado incluso el privilegio de saber, antes de que llegara el momento, qué era lo que esperaban exactamente que hiciera. A menudo, cuando la rabia y la miseria derrotaban a la paciencia que luchaba por engendrar en su interior, Índigo decidía decir a los het, cuando condescendieran a verla de nuevo, que su plan era una auténtica locura y que no quería tomar parte en él. Pero aquel impulso se desvanecía siempre en cuanto recordaba, como había indicado Shen-Liv sin la menor sutileza, que no tenía otra elección.

De este modo pasaron las horas y los días, hasta que, mientras la lóbrega luz del sol que penetraba por debajo de su ventana empezaba a alterar su forma (había creado un tosco sistema para calcular la hora mediante los cambios de luz, y adivinó que era media tarde), la puerta se abrió de un empujón y el hombre joven que había conocido brevemente durante su primera noche en el pueblo apareció en el umbral.

Indicó con un dedo en dirección a la luz del día y dijo conciso:

Librodot

-Ven.

Índigo hizo intención de ponerse en pie, pero se detuvo, indignada por sus modales.

-¿Adonde? -exigió.

El hombre la miró sorprendido, como si no hubiera esperado tal temeridad.

-Todo está listo. Ir al bosque con puesta de sol.

Índigo sintió una sacudida en su interior, y apretó las mandíbulas enojada.

-¿Esta noche? -repitió-. Sin previo aviso, sin...

El la interrumpió con altanero desprecio.

-Todo preparado. No ser quién tú para decir nada.

-¡Oh, pero sí que lo soy! -Se puso en pie furiosa-. ¡Tus mayores me han dejado aquí durante tres días sin contarme ni una palabra de sus planes, y ahora se espera que dé un salto y me limite a ir a donde me digáis y cuando me lo digáis, sin hacer preguntas y sin que se me den respuesta! -Se arrancó el chaquetón que llevaba echado sobre los hombros y lo arrojó con fuerza sobre el jergón que le hacía las veces de lecho-. ¡Puede que vosotros consideréis este trato correcto, pero yo no!

El joven la contempló como podría haber contemplado un pozo de inmundicia.

-Los het dicen tú venir, tú vendrás.

La cólera de Índigo se desbordó.

-¡Y yo digo no! Dile a tus het que si quieren algo de mí, podrían demostrar una elemental cortesía y *pedírmelo,* en persona y no mediante sus sirvientes. ¡No pienso correr a sus pies como un perro adiestrado!

No sabía si el joven había comprendido todo lo que había dicho; éste se limitó a seguir mirándola con asombro. Luego, sin decir una palabra, se inclinó hacia adelante y escupió deliberadamente en el suelo antes de dar media vuelta y abandonar la cabaña.

Índigo se dejó caer de nuevo en el jergón. El corazón le palpitaba con fuerza y sentía cómo le ardían las mejillas. Se sentía terriblemente insultada, pero ahora que el objeto de su furia había desaparecido, su enojo empezaba a apaciguarse, e incluso consiguió esbozar una sonrisa forzada. ¿Cómo reaccionarían los ancianos ante el mensaje? ¿Lo tomarían en consideración, o simplemente se vengarían de su desafío ordenando que la arrastrasen de forma ignominiosa a su presencia?

Pronto recibió respuesta a su pregunta. La alertó el sonido de voces masculinas airadas algo más allá de las paredes de la cabaña, luego alguien espetó una orden -pensó que el tono le era familiar, pero no estaba segura- y escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta. La luz del sol cayó sobre ella, y vio la marchita figura de Shen-Liv.

Éste la miró de arriba abajo, luego le dirigió una breve reverencia. Sus ojos la contemplaban hostiles.

-Mi nieto Tarn-Shen informar a mí que tú cambiar idea -dijo.

Así que el arrogante joven estaba emparentado con Shen-Liv. Y tal y como hubiera debido esperar, había transmitido su mensaje erróneamente; a lo mejor de forma deliberada.

Sacudió la cabeza.

-No, Shen-Liv, no es eso lo que he dicho. Sencillamente indiqué que mi cooperación depende de que se me concedan ciertas cortesías básicas, en lugar de tratárseme como a una esclava.

La mirada de Shen-Liv se devió por un brevísimo instante en dirección a la puerta.

-Eso no es lo que Tarn-Shen decir.

«Maldito sea tres veces lo que Tarn-Shen te dijo», pensó Índigo, pero se guardó aquella agria respuesta.

-A lo mejor malinterpretó mis palabras.

-Entonces por favor decir lo que tú querer decir. -Estaba claro que Shen-Liv no estaba muy convencido-. Todo preparado para atrapar shafan esta noche, y deseamos poner en marcha.

Los ojos de Índigo ardían.

-Shen-Liv, vosotros habéis hecho vuestros planes. No me habéis contado nada de lo que implican esos planes, ni mucho menos me habéis consultado; sin embargo seguís esperando que tome parte en vuestro proyecto. El mensaje que intenté dar a vuestro nieto es bastante simple: no tomaré parte a menos que me expliquéis, con todo detalle, qué es lo que implican vuestros planes y qué se espera exactamente que yo haga.

Shen-Liv parpadeó sorprendido.

-No necesario. Cazadores dirán a ti qué es necesario cuando llegar momento.

-No. -Meneó la cabeza con énfasis-. Debo saberlo todo antes de ponerme en marcha. O tendréis que buscar en otro lugar a vuestro cazador de demonios.

Podía ver la lucha que tenía lugar en el interior de Shen-Liv reflejada en su rostro. Disgusto, indignación, enojo... pero también cautela; y por último la cautela triunfó. Aunque se le hacía cuesta arriba, la prudencia dictaba que, por una vez, cediera.

-Muy bien. -No hizo el menor intento por ocultar su resentimiento-. Será como tú desear. Vendrás conmigo, y todo se te contará. -Se volvió con gran dignidad para conducirla fuera de la cabaña, entonces al llegar al umbral se detuvo y volvió la cabeza-. Y, por favor, no pelearás más con Tarn-Shen. Nosotros querer derramar sólo sangre shafan, no la nuestra.

Índigo tomó su chaqueta.

-No tengo la menor intención de pelear con él -anunció-. Siempre y cuando él no intente pelear conmigo.

Los ojos de Shen-Liv le mostraron una clara antipatía.

-Tú tener mucho que aprender, creo. -Le dio la espalda de nuevo y cruzó el umbral.

Cuatro horas más tarde, Índigo y su escolta salían a caballo del pueblo. El sol era una bola de fuego en el horizonte de un cielo al que la neblina del atardecer daba un color de latón; a su espalda, el pueblo quedaba sumergido en la sombra de la colina, mientras que ante ellos, a lo lejos, el río centelleaba sanguinolento como una arteria abierta.

Había seis hombres en el grupo que rodeaba a la muchacha montada en su alazán hembra; todos iban fuertemente armados con cuchillos, lanzas *y* cortos arcos mucho más sencillos que la ballesta de Índigo pero sin duda muy efectivos a su manera. Uno de ellos llevaba también el arpa y el arco de Índigo sujetos a su silla. A su cabeza, guiándolos, iba Tarn-Shen.

Índigo había intentado discutir la decisión de Shen-Liv de que fuese su nieto el que encabezara el grupo, pero el anciano het se había mostrado inflexible. Sus razonamientos eran bastantes plausibles; Tarn-Shen era un cazador hábil y hablaba su lengua bastante bien. Sin embargo, ella sospechaba que había una segunda intención detrás de sus insistencia. Tarn-Shen dejó bien claro que consideraba tal comisión por debajo de su categoría, e Índigo se preguntó si Shen-Liv no le habría ordenado ir sencillamente como una cuestión de principio para comprobar su obediencia. Mientras se preparaban para partir había escuchado por casualidad una violenta conversación en susurros entre los dos hombres, y al parecer Tarn-Shen había capitulado ante su abuelo con muy poca elegancia.

Librodot

Pero a pesar de su patente hostilidad, Tarn-Shen ocupaba sólo una parte muy reducida de los pensamientos de Índigo. Cuando el último caballo hubo salido de la empalizada miró por encima del hombro, pero no pudo ver ni rastro de Shen-Liv entre los que los observaban en el interior del recinto. Los otros het no se habían sentido satisfechos ante el ultimátum de la muchacha, y tuvo la impresión de que Shen-Liv había perdido considerable prestigio entre sus colegas al ceder ante ella. Si todo salía bien aquella noche, empezaba a preguntarse si no sería más sensato no regresar al poblado, y despedirse de su escolta en el bosque para cabalgar toda la noche de regreso a Linsk. En caso que su escolta le permitiera hacerlo...

Índigo lanzó una rápida y furtiva mirada a Tarn-Shen mientras un nuevo y desagradable pensamiento le venía a la mente. Había ofendido a Shen-Liv con su negativa a someterse por completo a su voluntad, y no tenía la menor idea de hasta qué punto tenía importancia para aquellas gentes el sentido de lugar y protocolo. Para él, el insulto que le había infligido podía ser lo bastante importante como para instarlo a buscar venganza una vez la misión de la muchacha hubiera concluido. Y un pariente cercano sería un instrumento de confianza para tal venganza.

Unas zarpas invisibles y heladas le provocaron un hormigueo en la columna vertebral y reprimió un escalofrío, obligándose a concentrar sus energía en controlar a la yegua, que estaba totalmente recobrada de su torcedura y asustadiza después de tres días de inactividad. Lógicamente, la idea de que un incidente tan insignificante hubiera podido poner su vida en peligro resultaba absurdo, pero era reacia a descartarlo como algo imposible. Hasta que tuviera un arma en las manos, y la libertad para utilizarla si era necesario, haría muy bien en tener gran cuidado.

El grupo se estiró en una fila de uno en uno a medida que el sendero que seguían se estrechaba entre dos extensiones de hierbas altas acribilladas de montecillos y madrigueras. A lo lejos, Índigo discernió la faja gris verdosa del bosque que invadía el paisaje, y calculó que alcanzarían sus límites justo cuando el sol se hundiera del todo en el horizonte. Esto, según la explicación que por fin, aunque a regañadientes, había recibido de Shen-Liv, quería decir que los cazadores podrían colocar su trampa al amparo de la hora posterior al ocaso, y sin embargo estar listos para hacerla funcionar cuando cayera la negra oscuridad de la noche. El shafan, había dicho, era ante todo un habitante de la oscuridad, y con cuidado y buena suerte no sospecharía nada raro hasta que fuese demasiado tarde.

A Índigo le parecía que Shen-Liv y los demás ancianos confiaban demasiado en factores tan poco sólidos como la cautela y la buena suerte al urdir su plan para atrapar al shafan. Cuando le fueron revelados los detalles se había sentido asombrada y disgustada: la estratagema era muy simple, ingenua, y no preveía ninguna salida para la media docena o más de cosas que podían salir mal. Había intentado comunicar sus recelos al anciano, pero cada uno de sus argumentos le fue rechazado por inútil. Nada iría mal, le aseguró Shen-Liv. Los het habían dado su aprobación al plan; y ¿no recordaba la afirmación de la Abuela de que ella tenía poder contra los demonios, que estaba bendecida por la Madre Tierra? ¿Qué otra seguridad necesitaba? El éxito era seguro: Índigo no tenía que hacer más que seguir sus instrucciones.

Y sus instrucciones eran completamente claras. Ella sería el cebo de la trampa, el cebo solitario colocado para atraer al shafan. Con su arpa debería primero atraerlo y luego arrullarlo, y con una saeta de su ballesta, sobre la que la Abuela había murmurado las palabras mágicas apropiadas, lo mataría.

Librodot

Cuando comprobó que los het no atendían a razones, les gritó. Fue una protesta inútil, pero la frustración invocada por su ciega complacencia la había puesto fuera de sí, y maldijo, rabió, y les lanzó improperios hasta quedarse sin aliento. Ellos se limitaron a aguardar impasibles hasta que su furia se apaciguó, entonces Shen-Liv repitió sus instrucciones como si ella no hubiera pronunciado ni una sola palabra de desacuerdo. Hubo, no obstante, una sutil pero inconfundible sombra de amenaza en su voz; reforzada por la repentina y silenciosa aparición, mientras él hablaba, de dos hombres armados con lanzas que surgieron de entre las sombras del extremo opuesto de la habitación. Ante aquello, la cólera de Índigo se desmoronó y chocó con la cruda realidad. No podía luchar contra ellos. Si lo intentaba, la matarían: les había presionado todo lo que ellos estaban dispuestos a tolerar.

Así que ahora cabalgaba en dirección al bosque acompañada de seis guardas, conducida por un hombre al que aborrecía y en el que no confiaba, para ir a matar a un demonio. Y debería luchar contra el demonio sola, con tan sólo un arpa y una ballesta sobre la que la anciana había murmurado unos conjuros. Era una locura. *Una locura.*

Tarn-Shen volvió la cabeza en aquel momento y sus ojos se encontraron con los de ella por un breve instante cuando paseó la mirada por el convoy. Le dedicó una sonrisa, sin la menor simpatía, e Índigo recibió la desagradable y supersticiosa sensación de que de alguna forma había leído sus pensamientos y estaba de acuerdo con sus sentimientos. Y si él creía, también, que era más probable que fuera ella y no el shafan quien muriera aquella noche, no intentaba fingir la menor lástima.

Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de las riendas *y* desvió deprisa la mirada al tiempo que intentaba contener la sensación de náusea de su estómago.

El único sonido presente en la periferia del bosque era el insidioso susurro de las hojas que el viento agitaba. Índigo se quedó junto a la cabeza de su caballo, con los ojos clavados en la oscura penumbra ante ella mientras esperaba que tres vaqueros-cazadores encendieran sus linternas. Con los últimos rayos del sol relucientes aún en el cielo, la ausencia de trinos de pájaros resultaba horripilante, ya que daba la impresión de que el bosque carecía de vida, una puerta a un mundo muerto y petrificado. La yegua estaba nerviosa, e incluso cuando las linternas por fin estuvieron encendidas y dibujaron sombras sobre los troncos de los árboles con su desnudo resplandor azulado, se negó a tranquilizarse, como si su instinto animal le dijera que algo no iba bien.

Tarn-Shen se dirigió con paso altivo hasta donde aguardaba Índigo, y se quedó mirándola. Bajo la luz vacilante de las lámparas su rostro tenía la palidez enfermiza de un cadáver.

-Venir con nosotros -ordenó autoritario-. Deja caballo aquí. -Y la sujetó por el brazo, retorciéndoselo para alejarla de allí.

-¡Quítame las manos de encima! -le espetó Índigo, los dientes apretados con una mezcla de furia y de dolor.

El joven la soltó, con un gesto de sumisión que no confirmaron sus ojos, e hizo una sardónica reverencia en dirección a los árboles.

Un hormigueo recorrió la espalda de Índigo mientras penetraba en el bosque con dos hombres a sus flancos y Tarn-Shen justo detrás. Escuchó el apagado golpeteo *de* los cascos de los caballos que el resto de los hombres conducía detrás de ellos, a cierta distancia. Se alzaban extrañas y amenazadoras sombras a la luz de las linternas, desnudos contornos de ramas, masas informes de oscuridad que se contorsionaban como furtivas amenazas y luego

Librodot

quedaban atrás. La maleza crujía bajo sus pies con un chapoteo; las hojas húmedas acariciaban su rostro con un roce que la hacía estremecer. Siguieron internándose en el bosque. Nadie hablaba. En una ocasión, un caballo relinchó inquieto, pero un sonido suave y zalamero hecho por uno de los hombres lo tranquilizó.

Por fin llegaron a un claro. No aquel en el cual Índigo había acampado sino otro más pequeño. Los árboles se amontonaban en un estrecho círculo alrededor de un pedazo de verdes pastos cubiertos de zarzamoras. Tarn-Shen se abrió paso hasta colocarse delante de ellos y avanzó hasta el centro del claro. Tras una rápida evaluación del lugar dijo algo en su propia lengua, y uno de los hombres se adelantó con el arpa y el arco de Índigo y los colocó sobre el suelo húmedo. Otro entregó a Tarn-Shen el cuchillo, el morral y un pequeño paquete de saetas de ballesta; el jefe del grupo examinó los utensilios por encima, para luego entregárselos a Índigo.

-Aquí tú sentar y hacer fuego. -Le dedicó una mueca, mostrando unos dientes torcidos, y la mandíbula de la muchacha se tensó ante la implicación de que ayudarla a encender la hoguera era una tarea indigna de él y de sus hombres-. Luego coger arpa y arco, y esperar. Cuando shafan venir, tú saber qué hacer.

-Sí. -Índigo no disimuló el desprecio que sentía, tanto por Tarn-Shen como por el plan de los het-. Lo sé muy bien. ¡Y si fuera un jugador, no apostaría por sus posibilidades de éxito!

Tarn-Shen le sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

-Ese problema ser tuyo.

-Gracias. Aprecio tu preocupación. -Índigo le dio la espalda mientras él se alejaba con paso majestuoso.

Cuando se instaló por fin ante su recién encendida hoguera, la idea de pasar toda la noche en vela no le resultaba nada atrayente. La única leña que pudo encontrar estaba húmeda, y las llamas se negaban a arder con fuerza y eran azuladas y perezosas, proyectando muy poca luz.

Ni siquiera tenía la compañía de la yegua; Tarn-Shen y sus compañeros se la habían llevado con ellos cuando abandonaron el claro y se desperdigaron a sus escondites. El saberlos cerca resultaba un pobre consuelo: la verdad es que se hubiera sentido más segura si hubiera estado realmente sola.

Dirigió una ojeada a su ballesta, que reposaba sobre la hierba a su lado. Estaba cargada, la cuerda tensada, y una de las cinco saetas que sus captores le habían dado relucía con un perverso brillo negro azulado a la luz del fuego. Un disparo. No había tiempo para volver a cargar. Un disparo, y si el shafan no moría entonces ella sería su siguiente víctima, por mucho que Shen-Liv le hubiera asegurado lo contrario. Índigo notó un sabor sulfuroso en su garganta y tragó saliva, obligándose a volver su atención del arco al arpa que reposaba a su otro lado. Nadie la había manoseado; sólo con que calentara un poco la fría madera, y un poco de afinación, la tendría lista para tocar.

No había motivo para retrasarlo más de lo necesario. Apoyó el arpa sobre su regazo y pasó sus dedos sobre las cuerdas de forma experimental. El murmullo que obtuvo como respuesta sonó como una cascada, con tan sólo unas pocas notas fuera de tono. Índigo pasó algunos minutos -más tiempo, era consciente de ello, del realmente necesario- perfeccionando la afinación, luego ahogó las últimas vibraciones con la palma de la mano y aspiró con fuerza varias veces.

No tocaría esta noche ni la danza del Mes del Espino ni la Canción de la Cosecha. Eran

Librodot

demasiado alegres, demasiado evocadoras de luminosidad y celebraciones. Pulsó un acorde de modo experimental el cual, a causa de una subconsciente combinación de recuerdo e instinto, se convirtió en las primeras notas del Lamento de la Esposa de Amberland. Ésta era adecuada. El fluido y melodioso estribillo con su fondo de tristeza resultaba perfecto en el océano negro y verde del bosque. Obsesivo, tierno, solitario... Índigo cerró los ojos y una imagen de un mar oscuro e interminable llenó su mente mientras el lamento surgía de las cuerdas como un murmullo. Casi podía sentir el lento e inexorable fluir de sus corrientes dentro de sus venas, escuchar el apagado bramido de las olas que seguían el ritmo de sus dedos, sentir el frío contacto de unas aguas profundas. El bosque desapareció para ella, era como si Tarn-Shen y los cazadores no hubieran existido nunca. No había más que la noche y la música.

Una parte de su cerebro intentó advertirle que estaba abandonando la realidad para sumergirse en una especie de trance ensoñador, pero la voz de alarma era demasiado débil y distante para que le prestara atención. Índigo siguió tocando; escuchaba cómo la melodía cambiaba pero sin saber ya lo que interpretaba o por qué. Todo sentido de lugar y tiempo había desaparecido, y la conciencia se desvanecía, de modo que en un momento dado parecía como si estuviese sentada con las piernas cruzadas sobre la hierba húmeda ante las perezosas ascuas del fuego, y al siguiente flotaba sobre un enorme almohadón de oscuridad; subía y bajaba, subía y bajaba...

El arpa se interrumpió con una horrible disonancia que la despertó de golpe. Sintió una repentina sensación de calor en el rostro y, parpadeando a toda velocidad, mientras el mundo volvía a aparecer con nitidez ante ella, descubrió que se había dormido, doblándose en dirección al fuego, y que su muñeca había quedado trabada entre las cuerdas del arpa cuando ésta resbaló de su regazo. Silenció los últimos ecos desagradables de aquella nota y movió su agarrotado cuerpo, al tiempo que se frotaba los ojos y sacudía la cabeza en un esfuerzo por aclarar su mente.

No se veía el menor movimiento entre los árboles que la rodeaban. ¿Cuánto tiempo había estado en aquel trance, medio despierta y medio dormida? Sentía la cabeza embotada, los ojos cansados, y sus pensamientos no querían ordenarse adecuadamente; el único concepto claro que penetró en su mente fue el de que aún estaba sola frente al fuego. El shafan no había venido.

«No soy un demonio.»

Pero era un demonio; al menos según los hombres de...

Su mente dio un brinco que la sacudió hasta lo más profundo. Todavía medio dormida, había contestado mentalmente a un pensamiento..., pero el pensamiento había surgido de fuera de su cerebro.

Le pareció que sus propios huesos se estremecían en su interior y se enfrentó ferozmente consigo misma, negando aquella espantosa noción en el mismo instante en que se alzaba en su interior. La voz que había parecido hablar en su cerebro de una forma tan íntima había sido producto de un momentáneo retroceso a un estado de somnolencia. Había experimentado el fenómeno muy a menudo cuando estaba a punto de dormirse; no era nada de lo que asustarse. Una breve alucinación...

Estiró la mano para tomar el arpa.

«Sí; por favor toca de nuevo. No hay nada que temer. Mis intenciones son buenas.»

El arpa volvió a caer al suelo con un ruido sordo e Índigo lanzó una maldición en voz alta, y giró a toda velocidad para asir su ballesta mientras el pánico borraba los últimos rastros de

letargo.

La lisa madera del arco, el contacto de la cuerda tensada, el frío metal de la saeta... Se concentró en cada matiz del arma que tenía en las manos, intentando con ello hacer retroceder la oscuridad y el horror que se arrastraban sobre su piel como arañas invisibles. No podía hablar -los músculos de su garganta estaban bloqueados- y sus ojos se clavaron en la oscuridad situada más allá del pequeño círculo iluminado por el fuego, esforzándose por descubrir cualquier movimiento extraño entre las sombras.

La oscuridad permanecía totalmente inmóvil. Aguantó la respiración, retuvo el aire en sus pulmones mientras escuchaba, llena de perplejidad, consciente de que la noche estaba *demasiado* tranquila, *demasiado* vacía. Entonces, un pedazo del negro vórtice situado debajo de los árboles se separó de ellos, tomó forma y perfil, y pudo ver lo que había salido con sigilo de las profundidades del bosque para acercarse a su campamento.

Era excesivamente grande para ser un lobo corriente. Un lomo enorme cubierto de una piel espesa doblado detrás de una cabeza ancha y manchada que terminaba en un hocico casi blanco; las copetudas orejas estaban echadas hacia atrás, pero si era en señal de ataque o de defensa era algo que Índigo no podía ni se atrevía a preguntarse. Y los ojos eran como turbias lámparas ambarinas, extraños e inhumanos pero sin embargo llenos de una inteligencia pura y triste. Avanzó tres pasos fuera de la oscuridad hasta donde la luz de las llamas podía apenas iluminarlo, y se detuvo, mirando fijamente a la muchacha como si mirara en el interior de su alma.

Índigo sintió cómo sus manos apretaban con fuerza la ballesta, sintió el peso cuando la empezó a levantar muy despacio. Apuntó a la criatura, al habitante imposible, al shafan que había venido a matar. Pero justo cuando sus dedos de blancos nudillos se cerraban sobre el percutor de la ballesta un instinto que le fue imposible definir la hizo detenerse. Los pálidos ojos del shafan seguían clavados en ella, y mezclada con su triste expresión de inteligencia había otra de esperanza, de súplica...

Índigo no quería matarlo. Algo más allá de su voluntad impulsaba a la mano que debía disparar a relajarse, y ese mismo impulso le decía que dañar a la criatura no estaría bien, sería injusto...

El tiempo pareció detenerse mientras ella y el shafan continuaban mirándose. Índigo se sentía como una mosca atrapada en aquel brillo ambarino; aunque luchó contra aquella fuerza notó cómo sus manos se movían para depositar la ballesta en el suelo. Ahora estaba indefensa, desarmada. Sólo el fuego se interponía entre ella y el demonio...

Los músculos de la garganta del lobo empezaron a funcionar espasmódicamente y jadeó, con la lengua colgando. Entonces, cada una de las fibras del cuerpo de Índigo cobró vida con una sacudida cuando una voz áspera y opaca surgió con un doloroso esfuerzo de la boca del animal.

-No... demonio. A... A... Amigo. -No le era posible pronunciar bien; la "A" tartamudeada brotó como un jadeo gutural.

Las mandíbulas de Índigo se movieron y su boca se llenó de saliva. Le fue imposible tragarla de nuevo, y sintió cómo le resbalaba por la barbilla mientras contemplaba al lobo boquiabierta, incapaz de creer lo que acababa de oír.

La enorme cabeza peluda se balanceó a un lado y a otro, luego la garganta vibró de nuevo.

-Po... por favor. A... Amiga... Mú...sica...

Y una horrible sensación de dolor y compasión se apoderó de Índigo, ahogando sus temores

y liberándola del encantamiento. Sus manos se cerraron con fuerza, una protesta involuntaria contra algo tan imposible, y por fin consiguió tragar saliva con un esfuerzo, capaz de obligar ahora a su lengua a formar palabras.

-¿Qué eres? -Hizo la pregunta en un susurro, temor e incertidumbre presentes en su voz.

La cosa jadeó con voz chirriante:

-Loooba... No-no haré daño. No matar... intención... buena. -Balanceó la cabeza afligido.

Un nuevo amigo digno de confianza, aunque las apariencias puedan sugerir lo contrario al principio... Las palabras surgieron de su memoria sin previo aviso. Pero no era posible; no esto, no era posible un amigo como éste...

Índigo recordó su misión, y la amenaza sobreentendida de lo que le sucedería si fracasaba. Pero no podía matar a esta criatura. Animal o algo del más allá, no lo sabía; pero su instinto le aseguraba que era cualquier cosa menos un demonio.

Y en algún lugar del bosque a su espalda, Tarn-Shen y sus cazadores aguardaban...

La loba se irguió de repente y los pelos del lomo se le erizaron. Índigo se sobresaltó, hizo intención de volverse para mirar sobre su hombro, y entonces se dio cuenta de que el animal seguía con los ojos clavados en ella. Sus ojos ambarinos tenían una expresión intensa, como si viera en su mente y leyera sus pensamientos, y con una discordante exhalación dijo:

-¡Pe-li-gro!

-¿Qué...? -Empezó a decir Índigo, pero un gruñido la silenció.

Durante algunos segundos que parecieron durar una eternidad ambos permanecieron inmóviles, escuchando con atención; pero ella no oía nada aparte del débil susurro de la brisa entre las hojas. Entonces, entremezclado en el aire, le llegó el sonido de la rápida respiración jadeante de la loba.

-¡Fuera! -La voz gutural sonó apremiante, y los cuartos traseros de la criatura se tensaron como si fuera a saltar-. Rápido. ¡Rápido!

La muchacha intentó responder, empezó a ponerse en pie, pero su reacción llegó demasiado tarde. En un movimiento confuso, vio cómo la loba saltaba, retorciéndose en el aire, escuchó la vibración de la cuerda de un arco y se balanceó perdiendo el equilibrio cuando un dardo plateado pasó rozándole la cabeza.

-¡No! -Índigo protestó furiosa y giró en redondo hacia el enemigo que tenía a su espalda.

Algo oscuro y enorme surgió de la noche y recibió un golpe aturdidor que iba dirigido a su cabeza pero la alcanzó en la sien. Unas luces escarlata estallaron en su cabeza y cayó con un aullido, mientras aquella forma oscura caía del cielo en dirección a ella. Entonces algo la sujetó por los cortados cabellos y tiró de ellos como si fuera a arrancarlos de raíz mientras la levantaba y la sacudía de un lado a otro hasta que quedó tendida cuan larga era sobre la mojada hierba, revolviéndose en su lucha por controlar la sensación de vértigo.

Ante sus ojos desenfocados y sobre la hierba había unos pies calzados con botas de fino cuero. Y sintió el calor, la masa y la cercanía de alguien que se cernía sobre ella y la contemplaba de la misma forma que un amo enojado contemplaría a un siervo arrepentido que se arrastrara a sus pies. Despacio, y con un esfuerzo que destrozó los últimos restos de su dignidad, Índigo encogió los brazos hasta que fue capaz de incorporarse primero sobre sus codos y luego sobre sus rodillas. La cabeza le daba vueltas; mareada, levantó los ojos. Y se encontró con los ojillos, rojos a la luz del fuego y llenos de odio y venganza, de Tarn-Shen.

Librodot

CAPÍTULO 12

Tarn-Shen respiraba con fuerza y su rostro tenía una expresión pétrea, el desprecio grabado en cada uno de sus músculos. Índigo pensó en coger su ballesta, pero la cabeza seguía dándole vueltas a causa del golpe que le había propinado; no podría encontrar el arma, ni siquiera sabía dónde estaba.

-Así. -Tarn-Shen sonrió con crueldad-. Es lo que yo pensar. Tú ser mala traidora.

En otras circunstancias, ella hubiera podido encontrar cómica su tosca utilización del lenguaje, pero tal y como estaban las cosas, con aquella desagradable revelación extendiéndose como un veneno por su cerebro, no hizo el menor movimiento ni contestó.

-Tú dejar shafan ir. -Tarn-Shen dio un paso hacia adelante, la punta de su bota derecha estaba ahora a pocos centímetros de su rótula-. Es cosa de traidor, de... -utilizó una palabra en su propia lengua que ella no comprendió pero pudo adivinar que era un insulto despectivo-. Los het no ser contentos. Los het quizás aprender ahora a escuchar a mí. -Se detuvo; luego, de forma repentina y salvaje, le dio una patada, que cogió desprevenida a Índigo y la lanzó boca arriba sobre la hierba. Su pie fue a posarse sobre el estómago de la muchacha, sin apretar pero con la firmeza suficiente para aplacar la instintiva necesidad de ella de devolver el golpe-. ¡Y tú saber que ser enfrentarse a Tarn-Shen!

Índigo comprendió con disgusto que el joven disfrutaba con aquello. No le importaba que su presa reconocida hubiera escapado; su soterrado resentimiento, tanto hacia ella como hacia los het a quienes debía obedecer, era un motivo más fuerte que su deseo de ver muerto al shafan.

Ella le contestó, con voz baja y amenazadora:

-No te atrevas a tocarme, Tarn-Shen. ¡O te juro que haré que te arrepientas!

El se echó a reír, pero siguió vigilándola con cuidado.

-Yo no tenerte miedo. Tú cosa ruin, tú gusano. Tú ser *nada.* -Su bota empujó un poco más fuerte su diafragma y ella aspiró para aguantar la presión.

El cerebro de Índigo empezaba a aclararse por fin, los reflejos se agudizaban, pero había visto el pequeño arco que Tarn-Shen sostenía descuidadamente en una mano, con una flecha dispuesta. Su propio arco estaba fuera de su alcance, su cuchillo atrapado entre su cuerpo y la hierba: no se atrevía ni a volver la cabeza, pues no dudaba de que él podía tensar la cuerda y disparar con la bastante rapidez como para atravesarla si hacía cualquier movimiento imprudente.

Pero al mismo tiempo no podía deshacerse de la molesta sensación de no querer que muriera todavía.

-Tú aprender buena lección, creo. -Tarn-Shen hablaba en voz baja y su tono recordó de repente al de su abuelo; complacido, recto, satisfecho-. Primero, yo hiero a ti, pero no mucho. -Empezó a levantar el arco despacio; la muchacha escuchó el crujido de la madera al doblarse a medida que la cuerda era tensada poco a poco, amorosamente-. Como herir a animal; pero no para matar, para que no correr. Luego hombres míos herir a ti, pero diferente. Como hombre herir mujer que desagradar. -Le sonrió con una mueca, su expresión salvaje en la oscuridad-. Así, tú aprender cómo obedecer lo que decir a ti, como mujer debe hacer.

Su propósito estaba muy claro, y creía que aumentaba el insulto al dar a entender que él no tomaría parte en lo que fuera que sus hombres quisieran hacerle. Índigo utilizó su fuerza de voluntad para que su rostro permaneciera impasible; mostrar emoción ahora, tanto si era te-

mor como cólera, le daría a Tarn-Shen incluso una satisfacción mayor.

-Luego cuando hombres acabar, llevar de regreso al pueblo y los het saber que tú traicionar a ellos. -Un deslizamiento y el débil sonido del hierro sobre la madera al quedar la flecha lista para ser disparada-. Tú no vivir mucho después de eso, creo. A lo mejor tú no *querer* vivir, creo.

Alzó el arco y apuntó con tranquilidad a su muslo izquierdo. Un único pensamiento ardía en la mente de Índigo; era algo irracional que no podía evitar: *Un amigo; un amigo digno de confianza...*

Entonces un gruñido hizo que la sacudiera una fulgurante onda de choque, y se vio echada a un lado por una forma reluciente y veloz que brotó de entre las zarzas y se arrojó sobre Tarn-Shen. Sus poderosos músculos lanzaron a la loba a una increíble altura, y su enorme peso derribó al hombre haciéndole perder el equilibrio por completo y ambos se estrellaron contra el suelo. Tarn-Shen rugía, la loba gruñía, furiosa; ambos rodaron por el suelo como un solo cuerpo, un macabro monstruo de ocho miembros...

Sobre la maleza resonó el ruido de pies que corrían, y en el momento en que hacían su aparición los cazadores, la mano de Tarn-Shen apareció por un instante de entre las sombras que se debatían salvajemente. Algo plateado centelleó en el aire; Índigo vio la hoja de un cuchillo asesino...

No se detuvo a pensar; no podía. Lanzó un grito penetrante y ululante de los cazadores de las Islas Meridionales, una advertencia, la desesperada advertencia del peligro.

-¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Un cuchillo!

La hoja se hundió y la loba saltó a un lado, evitando la puñalada mortal por cuestión de centímetros. Tarn-Shen rodó por el aire como un acróbata, se puso en pie, con el arco preparado ya cuando el babeante animal se volvió y agachó para saltar de nuevo. No podía fallar a tan poca distancia, e Índigo se arrojó frenética en dirección al moribundo fuego donde sabía que debía estar su propio arco.

Sus manos se engarfiaron alrededor de algo de madera y metal y rodó sobre sí misma en un movimiento rápido que le evitara perder tiempo, no tenía tiempo para mirar, no tenía tiempo para apuntar, así que disparó.

La ballesta lanzó un chasquido sonoro, lleno de mortífera autoridad, y la saeta centelleó con un cruel brillo rojizo a la luz de las llamas por un instante antes de clavarse en el costado de Tarn-Shen. Lanzó un aullido como si fuera un perro herido y se tambaleó a un lado, mientras su propio arco se le escapaba de las manos, e Índigo gritó con todas sus fuerzas:

-¡Corre! ¡Corre!

Un cuerpo cubierto de una piel gris moteada pasó corriendo junto a ella, un proyectil disparado a toda velocidad, el aire se arremolinó tras él, abofeteándola mientras se ponía en pie. El arpa: la agarró por algunas de sus cuerdas, sin preocuparse de si la estropeaba, sin esperar a ver qué sucedía con Tarn-Shen, que aullaba y se revolcaba en el suelo.

Las voces de los hombres resonaron entre los árboles, gritos de contrariedad, de enojo, de protesta, imprecaciones agudas. Algo zumbó cerca de su oreja y una flecha se estrelló contra el tronco de un roble cercano. Índigo saltó sobre el fuego, sintió cómo el calor le quemaba los tobillos y se introdujo en la negra oscuridad que se abría ante ella como unas fauces abiertas. Chocó contra un árbol, rebotó, y siguió, obstaculizada su carrera por la ballesta que llevaba en una mano y el arpa que llevaba en la otra. Otras dos flechas estuvieron a punto de dar en el blanco y oyó el retumbar de pisadas sobre la hierba a su espalda; con la respiración

Librodot

entrecortada siguió corriendo sin mirar por donde pisaba en una carrera zigzagueante cada vez más hundida en la oscuridad.

La desesperación le generó la fuerza necesaria para dejarlos atrás. Pero incluso cuando los sonidos de su persecución se hubieron apagado y era tan sólo su propio avance caótico y tambaleante el que rompía la quietud, siguió adelante sin saber ni preocuparse por dónde estaba, hasta que por fin un impenetrable matorral de zarzamoras la obligó a detenerse. Cayó al suelo a gatas, jadeante como un animal, sus hombros subían y bajaban a toda velocidad mientras se llevaba a los pulmones el húmedo aire de la noche. El arpa se había enredado entre las zarzas y apenas si tenía fuerzas para desenredarla; por último las espinas la soltaron con una discordante nota de protesta y se enroscó sobre el instrumento, la frente apretada contra la curva de la madera.

Tenía que descansar. No importaba quién la persiguiera ni lo cerca que estuviera, estaba tan agotada que no podía seguir adelante. Al cabo de algunos minutos levantó la cabeza y entornó los párpados para ver algo en medio de la intensa oscuridad del bosque. Aunque casi ni podía ver su propia mano, percibió que se encontraba en un espeso bosquecillo; sentía la proximidad de los árboles, las ramas bajas, las zarzas que lo envolvían todo. Estaría tan a salvo aquí como en cualquier otro sitio, al menos hasta el amanecer.

Índigo se arrastró como pudo al interior de la maraña de espinos. A fuerza de encorvar y retorcer el cuerpo consiguió acomodarse de una forma casi confortable sobre la maleza; tras doblar las rodillas para proteger su arco y su arpa, acomodó la cabeza sobre las manos y se hundió en las oscuras profundidades del sueño.

«¿Índigo?»

Se sintió como le había sucedido una vez durante su infancia, como si nadara de regreso al mundo real después de haber sufrido una fiebre muy alta. Le parecía como si se balanceara en la estela de algo enorme y oscuro, liberada de sus garras y sin embargo perdida, abandonada, sin saber dónde estaba.

«¿Índigo?

Debajo de ella había un suelo duro, pero no podía coordinar sus ideas; debía conseguir salir de aquel sueño persistente...

«No; no intentes despertarte. Cuando estás despierta, no puedo hablarte así. No puedes oírme. Por favor..., contéstame mentalmente, no con la boca.»

Conocía la voz. Le había hablado en el bosque y ella la había considerado una ilusión...

Formó un pensamiento con suma cautela; no deseaba romper el frágil hilo que la mantenía entre el sueño y la vigilia.

-¿Quién eres?

«Me llamo Grimya.»

Y con la silenciosa respuesta llegaron también una serie de conceptos mudos: lobo, hembra, amiga.

Esto es de locos, se dijo Índigo. No existían los lobos con poderes telepáticos. Y sin embargo no podía discutir los hechos. La criatura que le había hablado en su campamento, que la había salvado de Tarn-Shen, no había sido una ilusión: y esa misma criatura le hablaba en aquellos momentos.

Puso en orden sus pensamientos y proyectó:

-¿Cómo sabes mi nombre?

«Miré en tu mente mientras dormías, y vi muchas cosas sobre ti. -Se produjo una pausa-. *No era mi intención curiosear. Por favor, perdóname.»*

Índigo notó que los músculos de su rostro se movían cuando sonrió en su medio sueño. ¿Por qué debería estar enojada? ¿Qué tenía que temer de compartir sus secretos con una loba?

-Entonces sabes muchas más cosas de mí de las que yo sé de ti -repuso.

«Sí.»

De pronto, aunque la voz que sonaba en su mente carecía de tono a excepción de un sibilante susurro, Índigo percibió reluctancia e incertidumbre. *Grimya* tenía miedo de algo.

-¿Qué es, *Grimya?* ¿A qué le temes?

No recibió respuesta.

-¿*Grimya?* -Hizo sonar la pregunta con tanta suavidad como le fue posible-. ¿Por qué tienes miedo de hablarme de ti?

«Porque...»

De nuevo una vacilación, e Índigo notó la lucha interna que se libraba en el interior de la criatura. *Grimya* deseaba comunicarse, pero algo la retenía. Entonces, por fin le llegó un suspiro, un soplo en su psique de una tristeza indescriptible.

«Vi en tu mente que estás sola, y que te sientes triste. Yo también estoy sola y triste, y pensé que quizá podrías ser mi amiga. Pero si te cuento lo que provoca que esté sola, puede que me des la espalda.»

Índigo se dio cuenta entonces de lo que se ocultaba detrás de la profunda y al parecer incomprensible sensación de piedad que la había rozado momentos antes en el bosque. *Grimya* intentaba comunicarse con ella, intentaba compartir sus pensamientos. Pero aunque había percibido la presencia de la loba, Índigo no había sido capaz de oírla: cualquier habilidad telepática que pudiera poseer era demasiado embrionaria, demasiado poco educada para manifestarse fuera del sueño.

Preguntó:

-¿Por qué tendría que apartarme de ti?

«Porque soy diferente. Esa es mi vergüenza.»

Índigo sonrió de nuevo con tristeza.

-Lo sé todo sobre la vergüenza, *Grimya.* Tengo mucho de lo que avergonzarme. Además, tengo una deuda contigo. Me salvaste la vida.

Se produjo un ronco sonido, como si, por extraño que pudiera parecer, la loba se aclarara la garganta.

«Al igual que tú salvaste la mía.»

-Perfecto, entonces. ¿No nos hace eso iguales? -Una vez más se produjo una larga pausa-. ¿*Grimya?*

«No puedo contarte mi historia. No conozco todas las palabras adecuadas. Podría mostrarte las imágenes de mi memoria, pero no creo que las percibieras con claridad, no ahora que estás ya casi despierta. Quizá cuando duermas de nuevo.»

-Inténtalo por mí, *Grimya.* Por favor.

«No. -La respuesta fue tajante-. *Es de día. Debes levantarte ahora, antes de que los hombres del pueblo vengan a vengar a su jefe muerto.»*

Índigo sintió una sacudida, que casi la arrancó de su estado de semiinconsciencia.

-¿Tarn-Shen está muerto?

«El que te atacó. Olí la muerte en él antes de venir aprisa en tu busca. Marchó a la

oscuridad antes del alba; siempre lo sé. Sus hombres regresarán a buscarnos y matamos. Debes despertar.»

-Yo... -Índigo jadeó, jadeó mientras los hilos del sueño se rompieron y todos los nervios de su cuerpo de pronto fueron conscientes de que descansaba sobre un suelo duro y desigual, sobre hierba mojada, y tuvo también la sensación de que algo se cernía sobre ella. Por un momento una película gris verdosa ensombreció su visión interna; luego abrió los encostrados párpados, parpadeó bajo la pálida luz del día que penetraba en el bosque, y se volvió hacia un lado donde se encontró con *Grimya* sentada en el refugio que ofrecían las zarzas a menos de dos pasos de distancia.

Por vez primera veía por completo y con claridad a la criatura que anteriormente sólo había visto entre las sombras de la noche. *Grimya* era realmente mucho mayor que cualquier lobo normal, pero bajo su abundante pelaje gris a manchas estaba terriblemente delgada, sus huesos sobresalían muy marcados por entre su largo pelo. Y su rostro, sobre todo alrededor del hocico, era una masa de viejas heridas que jamás habían cicatrizado de forma adecuada. Verdugones, cuchilladas, mordiscos; la piel de la mandíbula inferior era evidente que había sufrido un terrible desgarrón en alguna ocasión y ahora no crecía pelo allí, y la carne formaba una arruga sobre su ojo derecho de modo que distorsionaba ligeramente su forma. Cómo habría recibido tales heridas era algo que Índigo no podía ni empezar a imaginarse, pero estaba claro que la vida no había tratado a *Grimya* demasiado bien. Sin embargo, algo en los ojos ambarinos de la loba la hacía resultar hermosa a pesar de sus marcas; poseían una cálida inteligencia y una profunda y genuina bondad que Índigo raras veces había encontrado en criatura alguna, fuera animal o humana.

Se miraron la una a la otra durante lo que pareció una eternidad, sin que ninguna de las dos deseara hacer el primer movimiento. Índigo no sabía cómo dar la bienvenida a su nueva amiga; no podía estrechar las manos de un lobo, pero acariciar o dar palmaditas a *Grimya* como lo hubiera hecho con un perro, resultaría tosco e insultante. Al fin, no obstante, fue *Grimya* quien rompió el incómodo silencio al ponerse en pie, dar dos pasos en dirección a Índigo y, con una simpleza que a la muchacha le llegó al corazón, le lamió el rostro. Era, comprendió Índigo, la única forma de saludar que conocía el animal, y le respondió impulsivamente pasando los brazos alrededor de su peludo cuello y abrazándola con fuerza.

Grimya dejó escapar un satisfecho sonido infantil desde la parte posterior de su garganta, y formó las palabras con un gran esfuerzo.

-Bien-venida. ¡Bien-venida!

-Grimya. -Índigo se sentó sobre los talones, luego sacudió la cabeza mientras su cerebro intentaba asimilar demasiadas cosas a la vez-. Perdóname, por favor, nunca... nunca antes me había encontrado con un lobo que pudiera hablar.

-No hay... otros -repuso *Grimya*-. Sólo yo.

Así que era una mutación. ¿Pero un fenómeno natural, o criado así con algún propósito? Índigo pensó en las cicatrices de su rostro. Sabía bien que los animales tienden a ser intolerantes contra cualquiera de los suyos que sea diferente de lo normal. No era extraño que *Grimya* estuviera sola...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por aquella voz gutural y vacilante.

-No debemos... permanecer... aquí. Hombres vendrán.

Índigo soslayó sus especulaciones. Había perros en el poblado de los vaqueros, y sin duda alguna habrían sido adiestrados para seguir rastros. Si, tal y como creía *Grimya,* Tarn-Shen

Librodot

había muerto a causa de la herida que ella le produjo, los het no descansarían hasta obtener su sangre a cambio.

Volvió la cabeza y contempló los árboles que las rodeaban. En esta parte del bosque crecían tan amontonados que era imposible calcular incluso la posición del sol. *Grimya* se dio cuenta de lo que pensaba, y dijo:

-Yo... conduciré a lugar seguro. Pero debemos ir deprisa. Marchar ahora.

-¿Adonde iremos? -inquirió Índigo. -Le... lejos. -*Grimya* tuvo gran dificultad en pronunciar la primera letra, y ya había empezado a moverse de un lado a otro inquieta, sin dejar de agitar la cola, ansiosa por ponerse en movimiento-. Le-lejos de los hombres. Ahora.

-Pero *¿adonde?* -empezó a decir Índigo-. Si realmente están decididos a encontrarnos, no... -y se detuvo cuando *Grimya* la interrumpió con un gruñido.

-¡Chisst! -La cabeza de la loba estaba alzada, las orejas erguidas y vueltas hacia adelante, y el áspero pelo de su cuello y lomo empezaba a erizarse.

A pesar de que se concentró con todas sus fuerzas, Índigo no pudo escuchar más que los trinos de los pájaros. -¿Qué es?

-Ca-za-do-res. -La respuesta vino en un débil y amenazador gruñido, apenas discernible como lenguaje-. Hombres; perros. Los oigo. Los huelo. -Yo no puedo.

Grimya se agazapó en el suelo con un estremecimiento. -Contra el viento -gruñó-, pero cerca. -Sus ojos, que relucían como el bronce ahora y tenían una expresión salvaje, se clavaron en el rostro de Índigo-. No más tiempo. Sigue. Corre.

Y antes de que la muchacha tuviera tiempo de reaccionar se alejó de un salto, pasando por entre la maraña de zarzas y perdiéndose en el espeso bosque.

Un escalofrío recorrió entonces la espalda de Índigo ya que por primera vez escuchó aquello que la loba había percibido mucho antes. Unos ladridos lejanos: las ansiosas, frenéticas y estúpidas voces de los perros de caza que han olido la presa. El apiñado bosque distorsionaba su sentido de la dirección, pero calculó que no podían estar a más de medio kilómetro de distancia.

Giró en redondo, mordiéndose la lengua para no empezar a gritar el nombre de *Grimya, y* por entre los árboles le pareció ver un centelleo de algo gris y más corpóreo que las sombras. Entonces un aterrador aullido surgió diabólico de la oscuridad del bosque cuando *Grimya* lanzó su desafiante reto.

La indecisión se desmoronó. Con un rápido movimiento, Índigo agarró su arpa y su arco; luego, sin detenerse a mirar atrás, se precipitó en la dirección que *Grimya* había tomado. Las ramas le azotaron el rostro, se enredaron en sus cabellos; las apartó violentamente con la mano que sujetaba el arco, vio una raíz que sobresalía justo a tiempo de saltar por encima, y siguió corriendo. *Grimya* la esperaba, y cuando la muchacha llegó junto a ella salió disparada de nuevo en lo que para ella debía de ser una velocidad moderada, pero que pronto tuvo a Índigo jadeando como si también ella fuera un lobo a causa del esfuerzo que le costaba mantener su paso. Mientras corría juraba, en silencio y con ferocidad, maldiciendo su humana torpeza que aplastaba maleza y hacía que los arbustos se movieran y crujieran, de modo que el ruido de su paso parecía llenar el bosque. A veces perdía de vista a *Grimya,* que corría delante de ella; entonces la loba aparecía de nuevo, como un silencioso fantasma, aguardando para apremiarla a seguir adelante con la roja lengua colgando y ojos febriles. Índigo no sabía lo cerca que estaban sus perseguidores, ni si ganaban o perdían terreno, pero la agitación de *Grimya* aumentaba a medida que se introducían más en el bosque, y la muchacha empezó a

Librodot

sentirse cerca del desaliento. Los perros debían de haber encontrado su rastro ya, y conocía aquella raza; eran incansables, incluso si no podían alcanzar a su presa la perseguirían hasta que cayera exhausta. *Grimya* podría escapar a ellos: ella no podía.

-¡Ín-di-go!

El grito sonó tan parecido a una respiración ronca y jadeante que por un instante no comprendió que *Grimya* gritaba su nombre. Sólo se detuvo cuando la loba surgió de entre los apiñados árboles, y se vio obligada a balancear un brazo para mantener el equilibrio sobre el traicionero y desigual suelo del bosque.

-¡Agua! -Las mandíbulas de *Grimya* estaban abiertas de par en par y mostraba los amarillentos y mortales colmillos-. ¡Sígueme!

Ella no comprendió lo que quería decirle. No había tiempo para detenerse a beber, pero no le quedaba aliento para protestar, y *Grimya* ya se había dado la vuelta y corría cuesta abajo en ángulo agudo al sendero que habían seguido. Índigo la siguió tambaleante; y cuando los árboles disminuyeron para revelar una orilla escarpada cubierta de musgo con un río que corría más abajo de una pendiente de unos tres metros, comprendió lo que había querido decir su compañera.

Era un truco viejo y sencillo, pero efectivo. Su olor desaparecería en cuanto penetraran en el agua; los perros podrían registrar las orillas, pero mientras ellas corrieran por el lecho del río resultarían imposibles de encontrar.

Grimya se detuvo en la parte alta de la orilla, donde unas viejas raíces de roble se habían enroscado alrededor de una desgastada roca para formar un extraño y petrificado saliente. Volvió la cabeza un instante para luego desaparecer por encima del borde, cayendo al agua tras un difícil descenso con un fuerte chapoteo. Índigo la siguió, entre tropiezos y resbalones, sus movimientos obstaculizados por su preciosa arpa, pero consiguiendo de todas formas mantener el equilibrio. El río era poco profundo y murmuraba sobre piedras que afortunadamente estaban libres de hierbas traicioneras. *Grimya* se movía ya río abajo, e Índigo volvió la cabeza para contemplar la orilla. Incluso el rastreador más inexperto no tendría la menor dificultad en encontrar las delatoras señales de su descenso, la hierba aplastada y el musgo pisoteado, el lugar donde el acantilado de arena en miniatura se había desmoronado por culpa de un resbalón; pero no importaba. Allí desaparecería el rastro.

Se detuvo por un momento para comprobar si oía algún ruido extraño, pero no oyó otra cosa que los sonidos del río y de las omnipresentes aves. *Grimya* la esperaba, menos frenética ahora pero todavía impaciente; Índigo ajustó la cuerda que sujetaba el arpa sobre su hombro y se puso en marcha corriente abajo.

Habían seguido el curso del río durante más de una hora cuando *Grimya* indicó por fin que ya podían descansar sin peligro. La estratagema, al parecer, había funcionado; no había habido señal de sus perseguidores y el bosque permanecía tranquilo y silencioso; no obstante, mientras trepaba orilla arriba la loba mantuvo la cautela, las orejas erguidas y alerta, deteniéndose en la parte más alta para observar y escuchar antes de permitir a Índigo que la siguiera.

En aquellos momentos, Índigo estaba totalmente desorientada. Los árboles se extendían de manera indefinida al parecer, y a juzgar por el tono verdoso de la luz imaginó que debían de estar en lo más profundo del corazón del enorme bosque. Si hubiera estado sola, podría haber vagado por él una eternidad sin encontrar jamás la salida; si todavía le quedaban algunas dudas sobre lo acertado de confiar en *Grimya,* no podía hacer otra cosa más que desalojarlas

Librodot

de su mente.

La loba ya se había puesto en marcha por entre los árboles, y ella la siguió. Después de alrededor de diez minutos -el tiempo resultaba difícil de calcular en aquel lugar tan silencioso y tranquilo- llegaron a un barranco poco profundo formado mucho tiempo atrás por un deslizamiento de tierras. Robles enormes sobresalían por encima del desnivel, y sus raíces, expuestas parcialmente al aire libre, formaban un refugio natural en la pendiente cubierta de musgo.

-Aquí descansamos -dijo *Grimya*-. Es seguro.

Había una repisa bajo las raíces de un roble, lo bastante grande como para que pudieran acomodarse las dos. Índigo se dejó caer con la espalda apoyada contra la pared del barranco, agradecida de poder dar un descanso a sus doloridas piernas. *Grimya* se asomó un poco, olfateó el aire con minucia y por fin dijo:

-Todo está bien. Los hombres muy lejos para oler. Seguro. -Se volvió para mirar a Índigo, sus ojos parecían pedir una seguridad de que la muchacha confiaba en ella.

Índigo estiró una mano y, aunque todavía un poco vacilante, la colocó sobre el lomo del animal.

-No sé cómo darte las gracias, *Grimya.* Tengo una gran deuda contigo.

La boca de *Grimya* se abrió y la lengua le colgó fuera de ella en señal de alegría, y su cola golpeó una raíz retorcida. Luego se volvió para estudiar de nuevo el bosque.

-Tú que-da aquí -dijo con voz gutural-. Espera.

-¿Adonde vas?

Los cuartos traseros de la loba sufrieron una pequeña crispación.

-Cazar -respondió.

Sonó casi como un ladrido. Y antes de que Índigo pudiera decir nada más, ya se había introducido por entre las arqueadas raíces del árbol y trepaba por la ladera del barranco. Durante un momento permaneció inmóvil en la cima, una elegante silueta entre los árboles, luego desapareció, alejándose de un salto sin el menor ruido.

Índigo se echó hacia atrás y cerró los ojos. Se sentía agradecida por aquel descanso en su huida, por poder olvidar durante algún tiempo el temor a ser capturada y a lo que eso hubiera significado. Y por primera vez desde que todo aquello había empezado tenía la posibilidad de recapacitar sobre los extraños acontecimientos de las últimas horas.

El hecho de que su vida había sido salvada -dos veces- por una loba ya era algo que en sí mismo hubiera resultado difícil de considerar, pero incluso esto se veía eclipsado por la extraordinaria naturaleza del animal mismo. Aún tenía que averiguar la historia de *Grimya,* pero estaba segura de una cosa: la loba era el único miembro de una raza. Un proscrito, un paria quizás; una superviviente solitaria que sólo podía confiar en sus propios recursos. Los paralelismos entre las dos estaban dolorosamente claros.

No por primera vez, volvieron a la mente de Índigo las palabras de despedida del emisario de la Madre Tierra. Un nuevo amigo, en quien podría confiar. Durante los días que siguieron a aquel extraño encuentro no había tenido motivo para considerar aquella idea, pero de repente resultaba muy oportuno hacerlo.

Una loba cuya mente había tocado la suya con un sentimiento de simpatía y camaradería. Una criatura que la había salvado, guiado, ayudado... Índigo sonrió para sí. Había creído que la auténtica amistad, cuando la encontrara, sería en forma humana.

Al parecer se había equivocado.

Librodot

CAPÍTULO 13

Grimya regresó una hora más tarde, con el cuerpo de una liebre colgando de sus mandíbulas. El hambre que Índigo sentía se vio mitigado por su reluctancia a encender fuego; el humo de la madera podría detectarse desde lejos, y aunque su estómago protestaba ruidosamente, el riesgo era demasiado grande. Cuando explicó todo esto a *Grimya,* añadiendo que prefería no comer carne cruda, la consternación de la loba fue enorme, pero finalmente aceptó comerse ella la pieza mientras que Índigo hacía una comida nutritiva pero poco apetitosa a base de brotes y algunas zanahorias silvestres tiernas.

Una vez convencida de que su amiga se las podría arreglar bien sin carne, *Grimya* se dedicó a devorar su comida haciendo gala de una inocente e ingenua falta de inhibición. Índigo, por no mirarla ni escuchar el ruido que hacía, se dedicó a contemplar el techo del bosque y examinó la situación en silencio.

Sus posibilidades de poder regresar a Linsk ahora eran muy remotas. Si, como Shen-Liv había dado a entender, los hombres del poblado comerciaban en el puerto, no se atrevía a arriesgarse a aparecer por allí. Podía apañárselas sin las posesiones que había dejado atrás; tenía consigo su arpa, su cuchillo y su ballesta, el yesquero y una chaqueta de abrigo -suficiente, en otras palabras, para satisfacer sus necesidades básicas de subsistencia- y podría encontrar o hacer recambios para las saetas perdidas cuando quisiera. Pero sin un caballo no podría moverse con facilidad.

Desde luego, no existía la menor posibilidad de recuperar a la yegua del poblado de los vaqueros, ni de intentar robar un caballo de las manadas del llano. Cualquiera de las dos cosas resultaría demasiado peligrosa. Pero como viajero de a pie solitario y mal armado resultaría vulnerable; especialmente mientras los cazadores de Tarn-Shen siguieran buscándola. Hasta que pudiera abandonar el País de los Caballos, era y seguiría siendo una fugitiva.

Suspiró, y *Grimya* levantó los ojos. Las mandíbulas de la loba estaban rojas.

-¿Estás... pr-preocupada?

-No; no -Índigo sacudió la cabeza-. Sólo pensaba, *Grimya.*

-Tenemos... mucho que decir. Pero hablar así me cu... cuesta mucho. Cuando tú... -los costados de *Grimya* se agitaron con el esfuerzo y lanzó un gruñido como si protestara por su propia insuficiencia-. Cuando duermas, entonces podemos... hablar.

Índigo levantó la vista hacia lo poco que podía ver del cielo a través de la espesa maraña de ramas que había sobre sus cabezas. Dudó de que hubiera transcurrido más de la mitad del día; la idea de dormir a aquella hora del día parecía disparatada, pero *Grimya* tenía razón; tenían mucho que contarse, y mientras ella estuviese despierta cualquier cosa que no fuera una comunicación muy unilateral era imposible. El tiempo, además, estaba en contra de ellas; los cazadores podrían haber abandonado la caza por ahora, pero no dejarían de buscarla.

Grimya había regresado a su presa. Se escuchó un crujir de huesos, e Índigo se volvió y reacomodó el cuerpo hasta que pudo tumbarse de forma bastante cómoda. A pesar de sus dudas descubrió que tenía sueño; era una templada mañana primaveral y se sentía a gusto dentro de su chaqueta y, al menos por el momento, a salvo. Cerró los ojos y un silencioso verdor pareció envolverla, puntuado por los apenas perceptibles y subliminales sonidos del bosque. Hojas que susurraban, pájaros que trinaban con alegría y cuyas voces resonaban en la distancia, el débil zumbido de una abeja en busca de las primeras flores no muy lejos de allí... los sonidos se mezclaron, se debilitaron, y por último se desvanecieron en el silencio del

Librodot

sueño.

«¿Me oyes, Índigo?»

La voz mental de *Grimya,* suave y sin inflexiones penetró en sus sueños y sintió cómo su mente se alzaba a través de las capas más profundas de la conciencia hasta flotar, como lo había hecho antes, a medio camino entre el sueño y la vigilia.

-Te oigo, *Grimya.*

«Has dormido mucho rato. La luz empieza a desvanecerse en el cielo.»

-¿Estamos a salvo todavía?

«Sí. He ido hasta el límite del bosque. Los cazadores han abandonado la caza de momento.»

La sensación de alivio fue como agua fresca que corriera por sus venas.

-Entonces... -empezó.

«No.»

La respuesta cortó sus pensamientos, como si la loba los hubiera leído antes de que pudieran ser formulados con claridad. Y de nuevo, Índigo percibió miedo y duda en la mente de *Grimya.*

Aguardó durante unos segundos, luego se sintió tomar aliento.

-*Grimya,* no debes tener miedo. Hay tantas cosas que quiero saber de ti..., y nada de lo que me digas borrará la deuda que tengo contigo.

Sabía que las palabras solas no convencerían a *Grimya* e intentó proyectar un sentimiento de bondad, de calor, de camaradería. Se produjo una pausa, y luego *Grimya* dijo:

«Veo una palabra en tu cerebro. La palabra "mutante". No sé lo que significa.»

-No es más que una palabra, *Grimya.* No es importante. Y tú eres tan mutante como yo.

«Sigo sin comprender.»

Índigo se sintió embargada por un amargo dolor.

-¿No? -preguntó con suavidad-. Has visto en el interior de mi mente, *Grimya.* Sabes lo que soy.

Percibió una sensación de negativa.

«No. Sé tan sólo que has venido de muy lejos, y que estás triste y sola. Cuando intenté mirar más allá encontré un lugar oscuro en tu cerebro, y comprendí que no era correcto que penetrara allí a menos que tú me lo pidieras.»

La sencilla sinceridad de aquella afirmación hirió a la muchacha en lo más vivo. Un lugar oscuro... ¿Era así como *Grimya* veía la espantosa sima que la separaba de su propio pasado? Y si la loba supiera la auténtica verdad, ¿sería capaz de comprenderla?

Vio de repente y con terrible nitidez la naturaleza de las dudas que *Grimya* tenía sobre sí misma; porque la compartía. ¿Qué criatura racional no volvería el rostro con adversión, al enterarse de la amenaza que la arrogancia temeraria de Anghara hija-de-Kalig había traído sobre el mundo entero?

Un escalofrío, helado como la escarcha de los meses gélidos, la recorrió al darse cuenta de que, por primera vez desde que abandonara Carn Caille, había formado las sílabas de su antiguo nombre en su mente. Y no había salido de su sobresalto cuando la ganó una sensación de contrariedad, al darse cuenta de que *Grimya* había captado la momentánea aberración.

«Anghara...» Había una perpleja curiosidad en el pensamiento que la loba proyectó hacia ella. *«¿Cómo puedes* ser *Índigo, y a la vez también Anghara?»*

Librodot

Índigo veía llamas rojas en su mente y no podía apartarlas de allí.

-Fui Anghara -repuso con suavidad-. Pero he perdido el derecho a utilizar mi nombre auténtico.

«No comprendo. ¿Es eso lo que te hace tan triste?»

-Ah, *Grimya...* -No había llorado desde su segunda noche a bordo del *Greymalkin,* pero ahora las lágrimas brotaban, afluían a sus ojos; no podía detenerlas-. No puedo explicártelo, no en palabras. Mira en mi mente, si puedes. Mira en el lugar oscuro. Y quizás entonces no tendrás miedo de que te dé la espalda.

Percibió la vacilación de *Grimya* mientras la curiosidad luchaba contra el tabú de no curiosear en los secretos más íntimos de otra persona. Con cierta tristeza, Índigo proyectó un pensamiento en el que le decía que daba la bienvenida a tal intrusión; que, si *Grimya* quería saber, ella estaba dispuesta a abrirse: y al cabo de un momento percibió la primera y cautelosa tentativa cuando la mente de la loba y la suya empezaron a fusionarse.

Había rostros en su mente; rostros que había luchado por borrar de su memoria pero que persistían escondidos en huecos oscuros, a la espera tan sólo de su oportunidad para alzarse de nuevo en su mente consciente. Fenran, Kirra, su padre, su madre, Imyssa, Cushmagar. Y otros seres; cosas que jamás habían sido humanas, abominaciones, monstruosidades, retorcidas parodias de vida que se arrastraban y tambaleaban por los ardientes paisajes que veía en su interior. Sintió contraerse sus pulmones y su corazón, presa de horribles tormentos mientras su mente se hundía más y más en su pasado. Ahí estaba el emisario de la Madre Tierra, su rostro sereno, clemente, pero sin mostrar piedad por ella. Ahí estaba la carretera polvorienta que se extendía más allá del tiempo y del espacio, y en ella tuvo de nuevo la visión -si es que era una visión- de la criatura maléfica de ojos plateados, y también de Fenran, desgarrado y sangrante, luchando por atravesar un bosque sin límites.

El cuerpo de Índigo empezó a dar sacudidas en sueños mientras unos secos sollozos, sin lágrimas ahora, lo estremecían. Pero había otra presencia en su mente; afectuosa, animal, abierta y sencillamente consoladora, con un fondo de aflicción.

«Empiezo a comprender ahora», dijo *Grimya. «Pero ¿por qué hiciste algo así, si sólo te ha acarreado tristeza?»*

Era una pregunta tan inocente, hecha sin el menor atisbo de censura, y daba a entender una verdad tan inquebrantable que Índigo deseó que la tierra se abriera y le permitiera arrastrarse a sus más recónditas profundidades.

Le dijo:

-Lo hice porque era una estúpida. -Mucho peor que una estúpida, pero ¿podría *Grimya* comprender el concepto de un crimen perpetrado contra la misma Tierra?-. Yo era ambiciosa y arrogante. Pensaba que sabía más que tocios los bardos *y* sabios del mundo, e intenté demostrar lo que creía sin pensar en las consecuencias.

Grimya meditó sobre aquello durante un largo rato. Luego, repuso:

«Me parece que no comprendo muy bien a los humanos. ¿Por qué quieren saber tantas cosas? ¿Qué obtienen con ello?» Se interrumpió. *«Yo también sé cosas. Conozco el día y la noche, el bosque, el llano, el río. Sé cazar, y llamar a la luna, y lo que es agua fresca y lo que es agua mala. Sé que cuando estoy cansada, debo dormir; y que cuando estoy sedienta, debo beber. Sé todas esas cosas, y no necesito nada más.»*

-Pero tú sabes más que eso, *Grimya.* La forma en que hablas es prueba de ello. Sabes mucho más que cualquier lobo corriente.

Un sonido suave y melancólico brotó de la garganta de *Grimya.*

«Sí. Pero no busqué esas cosas, y me han hecho muy desdichada. Sin embargo, cuando los hombres buscan, y lo que encuentran los hace desdichados, siguen buscando más. No lo comprendo. No creo que nunca lo haga.»

-No debes intentarlo -dijo Índigo a la loba con voz pausada-. Tu filosofía es mucho mejor que la nuestra, por lo que parece.

«Fi-lo-so-fía...» Grimya tanteó las sílabas con solemne precaución. *«Esa es una palabra nueva. Pero una palabra para los humanos, quizá; no para mí.»*

Se hizo el silencio durante un rato. Entonces Índigo habló:

-*Grimya,* ahora sabes la verdad sobre mí. ¿Todavía quieres ser mi amiga?

«¿Por qué no habría de querer?

-A causa de lo que he hecho. A causa de la maldición que pesa sobre mí.

«Tu maldición no es la mía. La mía es diferente.»

-Pero entre los míos soy una proscrita, una pana.

«No conozco la palabra "pa-ria ". Pero yo también soy una proscrita y eso nos hace iguales. Quiero ser tu amiga.»

Sentir alivio por haber ganado la confianza y la lealtad de un lobo es un concepto extraño, pero la sensación estaba allí y con ella llegó una cálida sensación de gratitud.

-¿Entonces me contarás tu historia? -preguntó Índigo-. Por favor, *Grimya.* Has hecho mucho por ayudarme, ahora quiero yo ayudarte a mi vez.

Todavía existía vacilación, pero se había convertido en sólo una vieja reluctancia a hablar de algo que le producía dolor a la loba. Por fin, *Grimya* dijo:

«Te mostraré las imágenes de mi memoria, Índigo, si puedo. Observa ahora, y escucha...»

Una verde oscuridad, el verde brillante del musgo del bosque, apareció en la mente de Índigo. Sintió el contacto de algo cálido y peludo, y aunque el contacto debiera haberle resultado extraño, en cierto modo no lo era. Un pájaro, en algún lugar por encima de su cabeza, lanzó una veloz cascada de notas que tanto podrían haber sido una llamada de amor como una sencilla expresión de alegría por estar vivo. Y de repente ya no era Índigo, ni tampoco humana...

La madriguera era un oscuro lugar seguro, y sus ojos, que sólo hacía un día o dos que se habían abierto por primera vez, aún no podían enfocar correctamente el peludo -y para los cachorros- enorme costado de la madre loba que la amamantaba a ella y a sus tres hermanos. El mundo consistía en el lecho de hojas secas y crujientes, los chillidos de sus hermanos, el cálido cuerpo y la áspera y rasposa lengua que lavaba su suave pelo, y un al parecer interminable suministro de leche. Pero su recién formada mente era consciente de la existencia de otro mundo más allá de la madriguera; un mundo que, en sus sueños infantiles, parecía a veces tan real como cuando estaba despierta, y que le parecía ver y oír de una forma diferente a la normal.

La cálida presencia y los gritos se desvanecieron entonces, y de repente el otro mundo se tradujo en realidad ante sus ojos; ojos que ahora eran agudos y alerta y ávidos de nueva información. Unas patas cortas y robustas la trasladaban de un lado a otra en misiones de exploración que se volvían más arriesgadas con cada día que pasaba; aunque al final de ellas estaba siempre el regreso a la madriguera y a la cálida presencia. Algunas veces se sentaba en la entrada de la guarida y observaba cómo jugaban sus hermanos en la maleza a pocos pasos de distancia. Con *la cabeza* indinada hacia un lado escuchaba sus gañidos y gruñidos y

Librodot

ansiaba tomar parte en sus juegos; pero cuando empezaba a menear la cola a modo de tanteo sobre el suelo polvoriento, o se acercaba a ellos con un gañido lleno de esperanza, ellos siempre la echaban. Otras experiencias siguieron a aquélla: escenas del bosque, que cada vez resultaba más familiar y menos atemorizador, de su propio crecimiento reflejado en el de sus hermanos, de la primera vez que probó la carne, de la creciente inquietud de su madre a medida que los cachorros se acercaban a la edad adulta. Y con el tapiz de estas experiencias, que parecían desplegarse ante ella cada vez más deprisa, llegó una mayor conciencia de que algo no estaba del todo bien. Una sensación de no pertenecer, de ser *diferente.* Pero ¿qué clase de diferencia? No lo comprendía. Todo lo que sabía era que los ataques fingidos que sus hermanos le infligían se volvían cada vez más frecuentes y serios. Ya no se le daba la bienvenida en la guarida, se la toleraba, pero no se la quería. Y poco a poco se encontró con que el único refugio a su tormento lo hallaba en la soledad.

Hasta que llegó el día en que de forma definitiva e irrevocable los suyos se volvieron contra ella, y por primera vez *Grimya* descubrió el auténtico significado de su *diferencia.*

Siempre había sabido que podía «escuchar» los pensamientos de otras criaturas, pero no lo había considerado nada extraño; ni tampoco se le había ocurrido preguntarse por qué ni su madre ni sus hermanos parecían ser capaces de contestarle cuando intentaba hablarles de aquella otra forma. Y por eso no estaba preparada para los acontecimientos de aquella mañana de finales de otoño.

Los cachorros, casi adultos ahora, estaban en el claro, justo frente a la madriguera. Su madre no había salido a reunirse con ellos, y *Grimya* había estado pensando en formas de calmar su sed cuando el ataque se produjo. Sus hermanos saltaron sobre ella tan deprisa que no tuvo tiempo de reaccionar, y mucho menos defenderse: en un momento dado el claro estaba totalmente en silencio, y al siguiente *Grimya* fue derribada por tres cuerpos que gruñían y mordían. Esto no era un juego: iban por su garganta, su rostro, sus dientes se clavaban en su pellejo, le arrancaban la piel; y en sus toscas y aún medio formadas mentes *Grimya* vio su propia muerte.

Luchó contra ellos, el instinto vino en su ayuda cuando, en medio de su pánico, le era imposible recordar de forma consciente las lecciones de autodefensa aprendidas. Entre gañidos, mordiscos y revolcones, consiguió defenderse, y sintió una vaga sensación de alivio cuando su madre, alertada por el ruido, apareció en la entrada de la madriguera.

Pero su madre no venía en su ayuda; no obligó a marchar a sus hermanos. En lugar de ello -y la comprensión fue como un mazazo para la ciega fe de *Grimya*- la loba se lanzó a la refriega, sus gruñidos más fuertes y mortíferos que los de los cachorros, para atacar al paria, al extraño, al cachorro *diferente.* Los colmillos de su madre se hundieron en la blanda carne que había sobre el ojo de *Grimya,* y *Grimya* aulló en protesta por aquella traición y el dolor que le causaban. Estaba perdida: nadie la ayudaría; y sus asaltantes, su propia familia no descansaría hasta echarla de su lado o matarla.

Sólo tenía una posibilidad de supervivencia: huir. Retorciéndose se escabulló entre dos de sus hermanos y, al ver un espacio de terreno libre, huyó con el rabo entre las piernas. La persiguieron, pero la desesperación le dio fuerzas y la persecución resultó poco entusiasta; una vez seguros de que había salido de su territorio, los cuatro lobos la dejaron marchar.

Sola, aturdida y lejos del único hogar que había conocido, *Grimya* se acurrucó desdichada y herida entre la húmeda maleza del bosque. E Índigo, su mente inextricablemente ligada a la mente de la joven loba, sintió cómo sus pulmones luchaban por recuperar el aliento, cómo la

Librodot

lengua le colgaba, incluso el lento hilillo de sangre que resbalaba de su rostro herido y de su costado. La habían traicionado, echado. No tenía ni familia ni amigos; sus únicos compañeros la habían rechazado, la habían apartado de su lado porque era *diferente.* En su soledad alzó la cabeza en dirección al impasible dosel de hojas que había sobre ella y lanzó un prolongado y lúgubre aullido que hizo que las aves empezaran a piar asustadas; un aullido de terrible desesperación.

Aparecieron entonces nuevas sensaciones e imágenes. La dura realidad de la soledad, sin una manada que le diera seguridad y consuelo. El aprendizaje, paso a paso, de cómo cazar sola, capturando nada más que piezas pequeñas que apenas si satisfacían sus necesidades. Inviernos helados -dos contó la parte de la mente de la loba que era Índigo- durante los cuales la amenaza de morir de hambre estuvo siempre presente. A menudo, durante esos días gélidos veía hombres que venían de los poblados de los alrededores a cazar en el bosque, y algunas veces los seguía cuando regresaban a las praderas y a las manadas de caballos. La *diferencia* que había vuelto contra ella a los de su especie también le permitía comprender, y, aunque de forma torpe, imitar, la lengua de los humanos; el lenguaje, al parecer, no tenía barreras para *Grimya.* Pero para los hombres, al igual que para sus congéneres lobos, ella era un objeto de odio... hasta aquella noche en que, hambrienta y sola, se había sentido atraída de forma irresistible al campamento de un extraño por el olor del fuego de leña y de carne, y los débiles acordes de un arpa...

La liberación del hechizo que mantenía unidas a las dos mentes llegó de forma repentina, como si cayera en un vertiginoso vórtice, y la sacudida hizo que Índigo despertase con un sobresalto. Se sentó en la hierba en un confuso estado de excitación, a punto casi de partirse la cabeza con una raíz que sobresalía y padeció la conmoción secundaria de la desorientación cuando se dio cuenta de que de repente tenía manos y pies en lugar de patas, de que su cuerpo ya no estaba cubierto por una capa de pelo, y de que ya no sabía cómo aullar. Jadeante, volvió la cabeza, y, allí junto a ella -una entidad independiente ahora- estaba *Grimya.*

Los costados de la loba se agitaron y habló en su estilo vacilante y dolorido.

-Ahora lo... sabes... todo sobre... mí.

Índigo tragó saliva, pero no pudo desalojar el nudo que bloqueaba su garganta.

-Sí... Lo siento, *Grimya.* Me apena mucho tu sufrimiento.

-No... puedo cambiarlo. Pero tú... -Había algo curioso en la conducta de *Grimya,* una excitación soterrada que hizo que Índigo se sintiera de repente y de forma inexplicable muy nerviosa.

-¿Yo?

La peluda y moteada cabeza se balanceó de un lado al otro; las fauces de *Grimya* se abrieron por completo y la lengua se movía con torpeza. Era una señal de frustración, de angustia ante su propia incapacidad para comunicarse con más claridad.

-Tú tienes... ¡No sé la palabra! Cuando te m-mostré... imágenes, te *convertiste.* -Sus ojos eran lámparas ámbar en las sombras-. Te convertiste en mí.

-Mentalmente, yo...

-No. No en mente. No sólo en mente. Te vi.

El corazón de Índigo dio un brinco al darse cuenta de lo que *Grimya* intentaba explicarle.

-¿Quieres decir que... cambié? ¿Me convertí... en un lobo?

-¡Sí, sí! -*Grimya* casi se revolcaba de excitación-. Cabeza, pelaje, cuerpo: ¡igual que yo!

Cambio de aspecto... Era uno de los más antiguos y raros poderes de las brujas de antaño.

Índigo no había conocido jamás a nadie que poseyera esa misteriosa habilidad, pero sabía que existía gente así. De niña había escuchado encandilada relatos de bardos sobre encuentros con los escurridizos y reservados hechiceros que podían alterar sus cuerpos a voluntad para darles la forma de pájaros, felinos u osos; las historias estaban bien documentadas al igual que el hecho de que tal talento no podía aprenderse sino que se nacía con él, un don de la Madre Tierra para unos pocos escogidos.

¿Era posible que ella fuera uno de esos pocos? La idea hizo que se le pusiera la carne de gallina, y un hilillo de sudor helado le bajó por la espalda. Imyssa, que era una bruja, aunque con pocos poderes más allá de conocimientos sobre hierbas, predicciones e interpretaciones del tiempo, creía que en su joven pupila se encontraba latente una cierta dosis de poder; pero incluso Imyssa no había previsto *esto.*

No obstante, no podía negarse la evidencia de lo que había visto *Grimya.* Índigo había conocido mentalmente, aunque por un breve instante, qué significaba ser un lobo, y junto con esta experiencia había tenido lugar la impresionante manifestación del cambio de forma.

De repente, Índigo empezó a temblar, y le fue imposible conseguir que los espasmos se detuvieran. Si realmente poseía ese poder, ello era a la vez una bendición y una maldición. Una bendición porque, en potencia, resultaba un arma sin precio para ayudarla en la desagradable misión que la aguardaba. Pero también una maldición porque no tenía la menor idea de cómo dominarlo y utilizarlo. Y sin ese conocimiento, sin la habilidad y la preparación necesarias para controlar y manejar tal fuerza, su innato talento resultaba inútil. Peor que inútil; ya que sus manifestaciones fortuitas e incontroladas podrían poner en peligro su vida. E Imyssa, la única persona que podía y la hubiera ayudado a comprender y utilizar aquello que se despertaba en su interior, no volvería a estar a su lado nunca más.

Grimya lloriqueó en voz baja, y se dio cuenta de que la loba la había observado y percibido su congoja y su ansiedad.

-¿Índigo? ¿Qué su-ce-de?

Índigo se pasó ambas manos por el rostro, en un intento por aclarar sus ideas.

-No creo que sepa explicarlo, *Grimya.*

-Tienes magia, sin embargo eso te hace más triste que antes. ¿Por... qué?

-Ohhh... -Índigo sacudió la cabeza-. Porque incluso, si es que es así, si poseo magia, ¡no sé cómo utilizarla! -Parpadeó con fuerza, consciente de que empezaba a sentir pena de sí misma-. No lo sabía, *Grimya.* Y porque no lo sabía, me negué a escuchar a aquellos que sí sabían, y me negué a aprender de ellos. Ahora es demasiado tarde; no hay nadie que pueda ayudarme, ¡y yo soy la única culpable!

Grimya permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

- *Yo* puedo ayudarte.

Índigo sintió una sensación de ahogo en la garganta, e intentó sonreír.

-Eres buena, *Grimya,* y una gran amiga. Pero...

-No -la interrumpió la loba-. Quiero decir más que si... siendo sólo tu amiga. -Se detuvo jadeante. El utilizar la lengua de los humanos la agotaba, pero estaba decidida a decir lo que pensaba-. Algo más. Conozco un lugar en el bosque al que los hombres... no quieren ir, porque... -Una vez más su lengua se balanceó sobre un lado de su boca llena de frustración-. ¡No tengo las palabras!

Un recuerdo vago se despertó en lo más profundo de la mente de Índigo y sintió cómo una extraña excitación se apoderaba de sus músculos.

-¿Qué clase de lugar?

-Un lugar de... agua y oscuridad. En lo más profundo. Los cazadores... le temen, pero... hay magia allí. Magia humana. Es muy poderosa. -La loba hinchó los hocicos-. La he olido, pero no me he acercado mucho, A lo mejor, un lugar así te podría ayudar.

Una impresión mental débil y borrosa acompañó sus palabras, y un escalofrío recorrió la espalda de Índigo cuando el persistente recuerdo tomó forma de repente. En lo más profundo de los bosques de las Islas Meridionales existían arboledas sagradas, siempre junto a un arroyo o a un pozo natural. Sólo las utilizaban las brujas más poderosas y devotas, aquellas que habían dedicado sus vidas exclusivamente al servicio de la Madre Tierra, y ningún extraño se atrevía a penetrar en una sin ser invitado, ya que las arboledas estaban guardadas por espíritus que no toleraban la presencia de los no iniciados. Lugares sagrados, depositarios de poder, focos poderosos de antiguas magias... ¿Era posible que tales arboledas también existieran aquí en el País de los Caballos? No conocía nada de las prácticas ocultas de aquella región salvaje; pero la gente de los pueblos adoraba a la Madre Tierra, igual que lo hacían los suyos...

Con la boca seca, repuso:

-*Grimya,* ¿utilizan ese lugar -ese lugar de agua y oscuridad- los humanos, todavía?

-No... no lo creo. No desde hace muchas, muchas lunas. No hay olor a hombre allí. Pero la magia sigue fuerte.

Como era lo más normal... Índigo se mordió el interior de las mejillas para inducir a la saliva a hacer su aparición, pero cuando volvió a hablar su voz sonaba apagada por la deshidratación.

-¿Y crees que un sitio así podría ayudarme?

Hubo una larga, larga pausa, y luego:

-Eso creo. He... *visto* cosas. En sueños. Al dormir. No puedo hablar de ellos. Pero están allí.

¿Qué puedes perder?, se dijo Índigo para sí. Conocía perfectamente la respuesta: *nada.*

-*Grimya,* ¿me conducirás al lugar del agua y la oscuridad?

La loba balanceó la cabeza indecisa.

-¿Es lo que... deseas de verdad?

-Sí.

-Entonces... te conduciré. -*Grimya* parpadeó, y un escalofrío le recorrió todo el lomo cuando miró más allá de su refugio hacia el interior del bosque iluminado por una luz verdosa, como si viera algo que estaba más allá de lo que Índigo podía percibir-. Pero creo -añadió en un suave y gutural susurro-, creo que me asusta lo que podamos encontrar allí...

Librodot

CAPÍTULO 14

Grimya no quería iniciar su viaje aquel día. El lugar del agua y la oscuridad, dijo, estaba muy lejos de su refugio, y pronto sería de noche. Ponerse en marcha entonces significaría llegar allí sólo con la luz de la luna, y aquella perspectiva la ponía nerviosa. Índigo, no obstante, se sentía impaciente, y su tozuda determinación -unida a lo difícil que le resultaba a *Grimya* sostener una discusión verbal- por último prevaleció...

Se pusieron en marcha en dirección noroeste, con la llameante puesta del sol filtrada a través del bosque, delante de ellas. Índigo no quería confiar en la posibilidad de que los vaqueros hubieran abandonado su persecución al menos hasta la mañana siguiente, y se mantenía alerta a cualquier cosa extraña que pudiera ver u oír; pero el bosque estaba tranquilo, y los murmullos de aves y animales disminuyeron a medida que la luz desaparecía, hasta que se encontraron en medio de la oscuridad y el silencio.

Ninguna de las dos había hablado desde que abandonaron su improvisado campamento. En una ocasión, *Grimya* se detuvo para investigar un manantial que surgía del suelo, junto al sendero que seguían, y borboteaba perezoso, pero un gruñido fue suficiente para advertir a Índigo de que aquella agua no era buena para beber, y continuaron su camino. Dado que la situación de la luna en el cielo quedaba tapada por los árboles, Índigo no tenía modo alguno de saber el tiempo que había transcurrido cuando la loba, que avanzaba algunos pasos por delante de ella, de repente disminuyó la marcha y se detuvo. Ella también lo hizo, y de inmediato sintió algo en la atmósfera que le produjo un escalofrío en la columna. La noche era muy silenciosa, pero parecía como si el mismo silencio estuviera vivo, una presencia sensible, consciente y expectante.

Clavó los ojos en la oscuridad. Tan sólo una ínfima parte de la luz de la luna atravesaba el espeso techo del bosque, pero delante de ellas -resultaba imposible saber a qué distancia- la noche gastaba malas pasadas, y las distancias, lo sabía bien, engañaban. Por entre los árboles brillaba un apenas perceptible fulgor verdoso, una pálida columna de luz como si se tratase de un fuego fatuo. Índigo avanzó muy despacio hasta donde estaba *Grimya, y* colocó una mano suavemente sobre su lomo. Su voz fue un suspiro jadeante.

-¿Es ése el lugar, *Grimya?* ¿El lugar del agua y la oscuridad?

-Sssíííí... -La piel de la loba se agitó bajo su mano y percibió la inquietud de su amiga.

Allí había poder; lo sentía. Una presencia informe pero tangible en el aire que la rodeaba, y le traía a la mente recuerdos de lugares de los bosques de su país, a los que se le había prohibido que fuese. Pero al contrario que aquellos santuarios sagrados, esta arboleda parecía llamarla, indicarle que se acercara...

Nada se movía; no había ni la más ligera brisa que pudiera mover una sola hoja. Índigo dio tres pasos al frente, y escuchó a *Grimya* que dejaba escapar un gañido.

-¿*Grimya?* -Se volvió y vio que la loba tenía todos los pelos del cuello y el lomo erizados-. Debemos seguir. No podemos volver atrás ahora.

-Ten... tengo miedo.

-Pero no hay nada que temer. -Miró de nuevo hacia adelante. ¿Brillaba ahora con algo más de fuerza aquel extraño resplandor o *se* lo imaginaba ella? Dio uno o dos pasos más hacia adelante, consciente de que los árboles y los matorrales empezaban a rodearla.

Grimya dijo:

-Éste no es... un lugar bueno. No quiero entrar.

De repente, a Índigo la asaltó su conciencia. Esta era su empresa, no la de la loba; al traerla a este lugar la loba había vencido su miedo pero sólo a costa de un gran empeño. Ese sacrificio era suficiente; pedirle más resultaría cruel.

Acarició el cuello de *Grimya* con la esperanza de tranquilizarla y mostrar su gratitud al mismo tiempo.

-No tienes por qué seguir más adelante, *Grimya.* Pero yo sí debo hacerlo, ¿lo comprendes?

-Síííí....

-¿Y me esperarás?

La peluda cabeza se movió en gesto afirmativo.

-Cl-claro, esperaré... aquí. No tengo miedo aquí. Pero...

-¡Qué?

Grimya levantó los ojos hacia ella, luego en un repentino impulso le lamió la mano.

-¡Prométeme que tendrás cuidado!

Ella le sonrió, conmovida.

-Lo prometo.

Índigo tomó la ballesta que colgaba de su espalda y desenvainó el cuchillo. Penetrar con armas en un lugar sagrado para la Madre Tierra era una profanación; colocó ambas cosas sobre la hierba junto a *Grimya, y* luego avanzó despacio hacia el débil resplandor. La loba se acomodó en el suelo, y cuando Índigo volvió la mirada la discernió tan sólo como una silueta vigilante, los ojos brillantes como cabezas de alfiler en la penumbra. Alzó una mano a modo de saludo, luego volvió el rostro una vez más en dirección a la borrosa y fulgurante aureola que la atraía a través de los árboles.

El bosque era tan espeso allí que Índigo pronto empezó a preguntarse si sería totalmente natural. En algunos lugares los árboles estaban tan próximos que apenas si podía pasar entre ellos, y a cada paso se veía obligada a apartar con todas sus fuerzas ramas que se le resistían, como un nadador lucha contra una poderosa corriente. En varias ocasiones se hubo de torcer a un lado cuando la maleza resultaba impenetrable, y se hubiera perdido de no haber sido por el distante fulgor de la extraña columna que la guiaba. Pero al llegar cerca de su meta la luz pareció cambiar de repente: se apagó, aumentó, se apagó de nuevo, y parecía como si fuera a disiparse hasta que temió que la perdería de vista por completo. Índigo empezó a inquietarse, y tuvo que controlar el impulso, fruto del pánico, de golpear y arrancar la malla de ramas que tenía ante ella para abrirse paso; no fuera que su único punto de referencia se desvaneciera y la dejase absolutamente perdida allí dentro.

La maraña de arbustos terminó de forma tan inesperada que estuvo a punto de tropezar al irrumpir en el claro. Sobresaltada por lo repentino del cambio, Índigo se quedó inmóvil sobre una alfombra color esmeralda de hierba cubierta de musgo, absorta frente a la pared de roca perpendicular, a menos de diez pasos de ella, que se alzaba en la orilla opuesta del tranquilo estanque.

Aspiró despacio, y como en respuesta los árboles y los matorrales a su espalda lanzaron un susurro agitados por una débil brisa. En cada centímetro de su piel sentía el hormigueo producido por diminutas sensaciones eléctricas; sentía el lugar del que surgía el poder, si quería podía extender sus manos y tomarlo entre ellas para probarlo, para beber su esencia... Se tambaleó, y tuvo que cogerse de la rama de un pequeño árbol para mantenerse en pie mientras la cabeza le daba vueltas con fuerza. Era, realmente, un lugar sagrado, y por un

Librodot

instante el valor estuvo a un tris de abandonarla al recordar las viejas historias de lo que les sucedía a los que invadían la santidad de estas arboledas mágicas.

Pero ella no era un intruso. Había venido con espíritu reverente, para pedir la ayuda de las fuerzas arcanas que allí se concentraban. No llevaba ninguna arma; no pretendía hacer ningún mal. Todo lo que traía con ella era esperanza, y una silenciosa plegaria para que los guardianes de la arboleda, si es que aún mantenían su guardia, la trataran con benignidad.

El musgo bajo sus pies tenía un tacto suave y mullido; la áspera corteza del arbolito la mantenía sujeta a la tierra y a la realidad. Aspiró con fuerza de nuevo y, con plena conciencia de que lo que hacía la comprometía de forma irrevocable, penetró en la arboleda.

No se produjo ningún cambio repentino; ni furioso vendaval, ni descarga de luz cegadora, ni voz monstruosa que lanzara un atronador desafío o condena. La tranquila quietud de la noche la seguía rodeando, y cuando su acelerado pulso empezó a reducir su velocidad ligeramente, reunió por fin el valor para atravesar la verde alfombra y detenerse ante el estanque.

Tendría una anchura de dos brazos, una depresión profunda al pie de una pared rocosa. Índigo no tenía ni idea de lo hondo que pudiera ser; el agua era como un espejo negro, y cuando se arrodilló en el borde y miró en su interior, sólo pudo ver un reflejo fantasmagórico y distorsionado de su rostro. La superficie del estanque no estaba totalmente inmóvil, no obstante: unas diminutas olas se movían sobre ella, y se dio cuenta de que lo alimentaba un delgado hilo de agua que caía de la roca que se alzaba sobre él. Al levantar la vista en busca del origen del surco, vio que éste discurría por una profunda hendidura en la superficie de la roca, y allí estaba el origen de la luz sobrenatural, ya que la hendidura dejaba al descubierto una gruesa vena de un mineral verduzco parecido al cuarzo, que relucía con una fosforescencia particular. Al reflejarse y refractarse en aquella superficie cristalina, la fosforescencia formaba la columna pálida y reluciente que la había guiado a través de los árboles.

Índigo permaneció arrodillada junto al borde del estanque, para dar a su desbocado corazón un poco de tiempo para que se calmara y recuperara. Sus sentidos estaban alerta y era perfectamente consciente del silencio que impregnaba el lugar. ¿La vigilaban? La mente de la muchacha buscó algún detalle revelador, la más nimia indicación psíquica de otra presencia, pero no descubrió nada. Los guardianes, si todavía residían allí, no estaban aún dispuestos a darse a conocer.

Concentró sus pensamientos en la revelación que la había conducido a la arboleda, y en la ayuda que esperaba obtener, luego cerró los ojos y se sosegó. La comunión con los poderes que habitaban otros planos de existencia siempre había sido un asunto silencioso y privado entre las brujas de las Islas Meridionales. El boato y la ceremonia tenían su lugar en las celebraciones públicas de la cosecha, los solsticios de invierno y primavera, pero para cuestiones menos públicas se consideraba que la Madre Tierra veía el corazón y el alma de aquellos que le pedían su bendición sin necesidad de tanta ornamentación. Los labios de Índigo se movieron en una silenciosa plegaria de invocación y se abrió a la arboleda y al poder que habitaba en ella. Sintió como el verdor la envolvía, y el frío de la noche pareció suavizarse gracias a una cálida y fluida sensación que surgía desde lo más profundo de su mente, como si se moviera a través de aguas oscuras y tranquilas. Una súplica, una esperanza, una confianza implícita: las imágenes se fundieron en su cerebro y echaron a volar...

Y algo surgió de la oscuridad para tocarla con la indefinible delicadeza de una sombra.

Un escalofrío a la vez helado y candente recorrió a Índigo mientras la excitación y el temor

Librodot

luchaban en su interior. Indecisa, vacilante, su mente formó una pregunta, una muda esperanza...

-Te escucho, Índigo. Abre los ojos, y verás. Parpadeó con rapidez y todo su cuerpo se estremeció. Entonces la arboleda apareció de nuevo con claridad ante sus ojos y vio que la misteriosa fosforescencia en la muesca de la roca sobre su cabeza relucía con más fuerza, mientras la columna de luz empezaba a cobrar una forma vaga. Mientras la contemplaba, la columna vaciló, titiló; y en su lugar, en equilibrio sobre una estrecha repisa en el interior de la grieta, apareció una esbelta figura.

Era casi humana, pero no del todo. Unos ojos de un vivo color esmeralda contemplaron a Índigo desde un rostro pequeño y delicado. Unos cabellos que no eran realmente cabellos sino una cascada de jóvenes hojas de sauce, caían sobre los hombros del duende hasta llegarle casi a la cintura. Estaba desnudo, era asexuado más que andrógino, *y* su piel brillaba con el color pálido de la madera de arce lustrada. Unos dedos prensiles se aferraban a la repisa como un pájaro se sujetaría a una rama; sus dedos terminaban en largas uñas translúcidas.

-¿Qué quieres, qué te trae a este lugar sagrado? -preguntó el ser.

La voz poseía un timbre curiosamente lejano, e Índigo descubrió que sus ojos no podían enfocar con claridad al duende. Era, pensó, como si no estuviera del todo en este mundo, sino que flotara entre las dimensiones de la Tierra y de su propio plano en otro mundo diferente.

La muchacha bajó la mirada y respondió:

-Busco la ayuda de los poderes que la Madre Tierra ha situado aquí. Vengo en son de paz y llena de respeto.

Se produjo un silencio durante algunos instantes mientras el duende sopesaba y meditaba sus palabras. Luego inclinó la cabeza.

-Me doy cuenta de que hablas sin artificio. ¿Cuál es la naturaleza de la ayuda que esperas encontrar?

Índigo le contó, entre titubeos, su experiencia y la revelación que la había seguido. El ser la escuchó sin hacer el menor movimiento ni cambiar de expresión, y, atreviéndose de cuando en cuando a levantar la vista para mirarle, la muchacha se preguntó qué pensamientos pasarían por su extraña mente.

Cuando el relato hubo concluido, le siguió otro silencio más largo, e Índigo sintió que los latidos de su corazón se aceleraban llenos de agitación. Por fin, el duende volvió a hablar.

-No estás iniciada en el arte de los sabios; sin embargo buscas las habilidades que los guardianes de la arboleda entregan tan sólo a los que poseen ese arte. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a ese favor por nuestra parte?

-No tengo ningún derecho -respondió Índigo-. Pero creo que el poder que hay en mi interior me fue entregado por la Madre Tierra, y temo poder ofenderla si lo utilizo de forma temeraria o inconsciente.

El duende meditó sobre ello.

-Es cierto que todos estos poderes son un don de la Madre Tierra y que Ella no entrega sus dones sin una buena causa. -Su silueta empezó a relucir-. Si las palabras de tus labios son las palabras de tu corazón, entonces puede ser que se te conceda lo que pides. Pero hay que probar tu sinceridad, y si fallas la prueba conoceremos tu engaño y recibirás el castigo apropiado. ¿Estás dispuesta a abrirnos tus secretos más íntimos?

Índigo levantó la cabeza y descubrió que el extraño ser sonreía, débilmente pero con amabilidad, pensó.

-Sí -contestó sin vacilar-. Estoy dispuesta.

-Muy bien. Es muy sencillo. Simplemente introduce tus manos en el agua del estanque.

Índigo se inclinó hacia adelante. La superficie del espejo era como un espejo negro, pero mientras se inclinaba hacia ella pudo ver, detrás de su propio reflejo, el débil brillo del cuerpo etéreo del duende. Sus dedos hendieron la superficie, la atravesaron; sintió cómo la profunda y gélida frialdad del agua envolvía sus manos...

De repente, sin previo aviso, el panorama que la rodeaba se inclinó con violencia, y en un instante el estanque dejó de ser un estanque y empezó a convertirse en un túnel, el profundo vórtice de una boca que se abría ante ella. Sintió que se desplomaba hacia adelante, gritó, y en esa fracción de segundo, mientras daba bandazos entre dimensiones, tuvo una última y rápida visión del duende reflejado en las negras aguas antes de que el estanque desapareciera. Se inclinaba hacia adelante desde la grieta, su rostro contorsionado por una expresión de diabólica satisfacción, y de su boca abierta surgió por un instante una lengua bífida y plateada.

Plateada...

-¡Grimya!

Índigo escuchó su propio alarido de desesperación como si surgiera de un enorme abismo, y oyó el aullido de respuesta, el estrépito de algo pesado y potente que se abalanzaba por entre los árboles. Sintió el contacto del musgo bajo sus dedos y escarbó con frenesí para sujetarlo mientras el bosque se doblaba hacia adentro, sobre sí mismo, y el suelo se alzaba a sus pies. Algo enorme y hueco se precipitó hacia ella, se sintió agarrada, zarandeada; oyó un gruñido gutural, temerariamente cercano, intentó gritar de nuevo y perdió contacto con el mundo para precipitarse impotente a un vacío de luces caóticas y colores imposibles, con los ecos de su propio chillido resonando en sus oídos.

Hacía algún tiempo ya que era consciente de que algo gemía cerca de ella, pero su mente y su cuerpo parecían paralizados y era incapaz de responder. Sólo cuando la intensa oscuridad empezó al fin a dar paso a una penumbra nacarada y gris fue capaz de levantar la cabeza y buscar el origen del sonido.

Estaba tendida en lo que parecía una roca desnuda. Lo que la rodeaba resultaba invisible; la oscuridad se había reducido lo suficiente para permitirle ver a unos pocos centímetros en cualquier dirección. Pero la forma gris que yacía asustada y desamparada a sus pies resultaba inconfundible.

-Grimya... -Índigo se enderezó con un esfuerzo y extendió la mano en dirección a la loba mientras una asombrada sensación de alivio recorría su cuerpo.

«¡Índigo!» Grimya levantó la cabeza de golpe y sus ojos brillaron como dos pedazos de ámbar. *«¡No estás herida!»*

Índigo se dio cuenta con un sobresalto de que oía con toda nitidez el lenguaje mental de la loba. ¿Significaba eso que estaba dormida y soñaba? ¿O anunciaba algo mucho menos agradable?

No tuvo oportunidad de detenerse a pensar en ello, porque *Grimya* estaba ya de pie, meneando la cola con renovada esperanza. Le lamió el rostro a la muchacha.

«¡No podía despertarte! ¡Pensé que no regresarías a mí!»

-No... no me he hecho daño. -Clavó los ojos en la oscuridad pero seguía sin ver nada aparte de la superficie desnuda sobre la que se sentaba-. *Grimya,* ¿sabes dónde estamos?

«No. *Pero no me gusta. No veo nada, no huelo nada. Eso no es normal.»*

Índigo luchó con su recalcitrante memoria. Lo último que recordaba era haber caído, y un gruñir a su espalda, y que el estanque se había convertido en una enorme boca negra...

Y plata. Sintió un nudo en el estómago cuando en su memoria apareció la última imagen que había visto del duende de la arboleda. Aquel rostro deformado había adquirido de repente un aspecto que reconoció, y la lengua plateada que surgiera de su sonriente boca le confirmó la verdad. La criatura de la arboleda no había sido un duende, ni un guardián; era Némesis. El demonio de su propia personalidad siniestra, arquitecto del mal que ella había desatado; su más terrible enemigo.

El emisario de la Madre Tierra le había advertido sobre la perfidia de Némesis, y la había exhortado a tener mucho cuidado. Pero si las señales reveladoras habían estado visibles, ella no las había visto. Había sido víctima del engaño de su demonio, había enredado a la inocente *Grimya* en la trampa.

Pero ¿qué clase de trampa? De una cosa estaba segura: ya no estaban en el reino físico de la Tierra. Y esto no era un sueño: conocía la diferencia entre la realidad y la pesadilla. Al parecer, estaban en una especie de plano astral; quizás una parte -o al menos un paralelo- del espantoso otro mundo que vislumbrara cuando recorrió la carretera intemporal guiada por el emisario. Su habilidad, de pronto aumentada, para comunicarse con *Grimya* era otra señal de ello, pero de lo que no tenía la menor idea era de la forma que tomaba este mundo, ni de su alcance.

¡Si hubiera más luz! Resultaba imposible saber si estaban al aire libre, o si estaban los muros de una celda justo más allá de los límites de lo visible. Le pareció que percibía espacios abiertos, pero sabía lo fácil que puede engañarse a la mente. Y si no estaban encerrados en una forma física, este mundo, por muy vasto que demostrara ser, era en realidad una prisión.

De repente *Grimya* irguió las orejas. Su cola había dejado de balancearse y permanecía totalmente alerta. Movía la nariz sin cesar al tiempo que olfateaba el aire indeciso.

-¿Qué es? -inquirió Índigo.

«No *lo sé. Hay algo, pero...» y* la respuesta quedó interrumpida por un agudo gañido cuando, sin previo aviso, el mundo se iluminó ante ellas.

Índigo lanzó una incoherente exclamación de protesta cuando la luz hirió sus ojos desprevenidos, y volvió la cabeza a un lado con violencia, cubriéndose el rostro con las manos mientras *Grimya,* con un aullido de terror, se refugiaba de un salto a su espalda. Pasaron algunos instantes antes de que la muchacha se atreviera a mirar de nuevo; cuando lo hizo tuvo que reprimir la sensación de náusea que le produjo el nuevo sobresalto.

Como si una mano invisible hubiera aplicado una llama a una lámpara gigantesca, el paisaje que las rodeaba estaba bañado de un resplandor color azafrán que revelaba una vista sorprendente de rocas peladas: picos, riscos, enormes escarpaduras, todo reseco, sin arena y vacío. Estaban al final de un valle desolado lleno de sombras del color de la sangre reseca. Y sobre sus cabezas, colgando solitario de un melancólico cielo rojizo, había un sol de color negro.

Las manos de Índigo cayeron inertes a sus costados y se quedó mirando, paralizada, el valle, los riscos, el desquiciado cielo, mientras su cerebro luchaba por asimilar y entender lo que sus ojos le transmitían. El negro sol había aparecido en el cielo de la nada; brillaba con fuerza, una monstruosidad celestial rodeada de una corona fantasmal y palpitante, y con cada latido la sobrenatural luz fluctuaba como si todo el mundo fuera una gran habitación iluminada tan sólo por una única y debilitada vela.

Librodot

Escondida tras la espalda de Índigo, *Grimya* aulló de nuevo. En medio de tanta desolación, el sonido resultó espeluznante, e Índigo, que se había puesto en pie, se acurrucó junto a la loba, la abrazó e intentó calmarla.

-*¡Grimya,* no tengas miedo! Esto no te va a hacer ningún daño... Cálmate ahora; intenta calmarte.

«¡Esto no es mi hogar!» La angustiada confusión de *Grimya* le azotó la mente como una onda de choque psíquica. *«¡Me da miedo este lugar!»*

Índigo estaba asustada también, pero decidida a no demostrarlo. Creía empezar a comprender lo que les había sucedido, e intentó transmitírselo a la loba.

-¡No es real, *Grimya!* ¿Comprendes eso? -Apretó los dientes con fuerza y miró a su alrededor mientras se preguntaba cómo podría explicarlo-. Este es un mundo demoníaco. Está situado junto a nuestro propio mundo, pero no forma parte de él.

«¿Entonces estamos muy lejos del bosque?»

-Sí y no. El bosque está cerca, pero no podemos alcanzarlo, porque está en otra dimensión.

«¿Di-men-si-ón?»

-Intenta imaginarlo como una puerta invisible entre dos mundos. Caímos por esa puerta, ahora hemos penetrado en un mundo que antes no existía para nosotras.

«¿Como soñar?», preguntó *Grimya.*

Índigo asintió.

-Sí; muy parecido a soñar. Pero no estamos dormidas, y no nos despertaremos en el bosque. Si hemos de escapar debemos encontrar de nuevo la puerta de acceso.

Grimya consideró todo esto durante unos instantes. Luego dijo:

«El lugar del agua y la oscuridad..., ¿era ésa la "puerta" de la que hablas?»

-Sí -se estremeció al recordar al duende, el engaño, la revelación que había llegado demasiado tarde-. La criatura de la arboleda me engañó. Pensé que era...

Un gruñido gutural la interrumpió.

«¡Sé lo que era! Cuando me llamaste y corrí en tu busca, lo reconocí como el demonio que vi en tu mente, y comprendí que quería hacerte daño.» Grimya levantó la mirada, sus ojos brillaron con un salvaje tono carmesí bajo la roja luz. *«Intenté detenerlo, pero llegué demasiado tarde. Y entonces, cuando quise sacarte del agua, vi luces y escuché un ruido, y... me encontré aquí. Ahora que has explicado más cosas, creo que comprendo lo que ha hecho el demonio.»* Vaciló. *«¿Crees que quiere matarnos?»*

¿Era así?, se preguntó Índigo. Si Némesis era, como había dicho el emisario de la Madre Tierra, parte de su propia persona, entonces con toda seguridad su muerte acarrearía su destrucción. Pero si de verdad había adoptado una existencia independiente, entonces las cosas podrían ser muy diferentes...

Sacudió la cabeza, incapaz de aclarar sus dudas.

-No lo sé, *Grimya.* Ojalá pudiera responderte, pero no lo sé.

«A lo mejor no importa», replicó *Grimya* llena de infelicidad. *«No hay nada que comer en este lugar, y nada que beber. Si nos quedamos, no tardaremos en morir, de todas formas.»*

Tenía razón, pero aquella idea dio lugar a otra pregunta. ¿Habían sido transportadas físicamente a este mundo, lo que fuera y donde fuera que estuviera, o existían tan sólo en sus mentes los riscos y las desoladas rocas y aquel negro sol, mientras que sus cuerpos inconscientes yacían aún en la arboleda? A modo de experimentación, se pasó las manos por el pecho, y no pudo reprimir una mueca de dolor cuando sus dedos tocaron las magulladuras

de su caja torácica. El dolor resultaba muy real, al igual que la creciente sed que sentía. Volvió la cabeza para contemplar todo el paisaje que las rodeaba y se estremeció.

-No conseguiremos nada si nos quedamos aquí -dijo a *Grimya*-. Cualquiera que sea la forma que tome la puerta, no hay ni rastro de ella aquí. -Su mirada se sintió atraída hacia el valle, una estrecha cicatriz que se extendía ante ellas entre impresionantes peñascos. A su espalda se levantaba la sólida pared de una cumbre inescalable; a cada lado, escarpadas y traicioneras laderas de esquisto. El valle, al parecer, era la única ruta abierta a ellas.

Grimya captó sus pensamientos y dijo:

«A lo mejor es allí donde el demonio quiere que vayamos.»

A lo mejor era así. Y Némesis tendría un motivo, de eso Índigo estaba segura. Una trampa, una confrontación... Afianzó su control sobre su titubeante confianza en sí misma, consciente de que tenía una sencilla elección que hacer. Podía enfrentarse al valle y a cualquier peligro que pudiera reservarle, o ceder a la cobardía *y* admitir la derrota aquí y ahora.

Miró a la loba.

-Demonio o no, no veo alternativa. Penetraré en el valle. ¿Vendrás conmigo, *Grimya?*

Grimya mostró sus colmillos.

«Desde luego. Soy tu amiga.» Su cola se agitó una vez, sin demasiada confianza. *«No sabremos lo que nos espera a menos que miremos, ¿no es así?»*

Su irrefutable lógica hizo aparecer una sonrisa en los labios de Índigo.

-Desde luego -repuso-. Muy bien, pues; no hay motivo para retrasarlo. -Entrecerró los ojos pensativa mientras los posaba en el valle sin vida-. Y si es una estupidez, sospecho que muy pronto descubriremos qué clase de estupidez hemos cometido.

Si el valle que discurría entre los riscos ocultaba el peligro que Índigo temía, parecía como si la trampa aún no estuviera dispuesta para funcionar. No podía calcular cuánto tiempo llevaban caminando por el estrecho y sombrío desfiladero; al parecer, carecía de relevancia bajo el invariable sol negro, y podrían haber transcurrido minutos, horas, incluso días mientras avanzaban penosamente por el valle.

Aún no había aparecido el menor signo de vida. No crecía hierba alguna entre aquellas rocas peladas, y ni una sola gota de agua aliviaba aquella árida desolación. En una ocasión Índigo creyó oír el distante borboteo de un arroyo, y aceleraron el paso ansiosas por encontrar el lugar del que procedía. Pero el sonido se apagó de forma brusca, y la muchacha comprendió que había sido una ilusión.

Tras ésta, se produjeron más ilusiones Ecos extraños murmuraban entre los riscos y ponían a Índigo los pelos de punta y hacían que *Grimya* se agazapara con todo su cuerpo alerta. Pasos suaves sonaban a sus espaldas, que cesaban de inmediato en cuanto se volvían y se encontraban con el valle vacío y sin vida extendiéndose tras ellas. Rostros petrificados aparecían y desaparecían en las paredes de roca estratificada que se alzaban a cada uno de sus lados. Y en una ocasión vieron una enorme roca negra que bloqueaba el paso. Parecía infranqueable, pero cuando se acercaron, empezó a relucir y adoptó, por un brevísimo instante, la apariencia de una enorme fiera agazapada antes de desvanecerse por completo.

A medida que las alucinaciones continuaban persiguiéndolas, *Grimya* se volvía más inquieta y adoptaba actitudes más defensivas, gruñía a cada nueva manifestación. También los nervios de Índigo estaban muy alterados; de modo que ambas estaban poco preparadas para lo que les esperaba a la vuelta de una cerrada curva del valle.

Librodot

Índigo, que iba algunos pasos por delante, se detuvo y lanzó un sorprendido juramento, y extendió una mano a modo de advertencia para detener a la loba cuando ésta llegó a su lado. A unos pocos pasos de ellas, visible sólo ahora que el sendero torcía entre dos elevados riscos, una enorme grieta cortaba el valle. Imponentes contrafuertes de piedra se asomaban a ambos lados, y la pared opuesta caía a pico en una sima negra.

Grimya descubrió los colmillos y los pelos del cuello se le erizaron.

«¡Otra ilusión!»

-Podría ser; pero no apostaría por ello.

A modo de prueba, Índigo dio un paso hacia adelante, sintiendo cómo su pie resbalaba de repente en el suelto esquisto. La grieta no parpadeó y se esfumó tal como había sucedido con la enorme piedra, y, teniendo muy presente el riesgo de perder el equilibrio tan cerca del borde, atisbo alrededor del contrafuerte que tenía a la derecha. El negro abismo se extendía entre las profundas sombras del risco hasta donde llegaba su vista, y cuando acercó una mano al extremo del precipicio, sintió roca sólida bajo sus dedos.

-Es real.

Se irguió, retrocediendo para dejar una distancia prudente entre ella y el borde de la grieta.

«Demasiado ancho para saltar», refunfuñó *Grimya. «¿Qué vamos a hacer ahora?»*

-No lo sé...

Al otro extremo de la falla podía ver que el sendero del valle continuaba por entre los picos. Pero parecía haber un segundo sendero, que se bifurcaba en el extremo y continuaba por una repisa estrecha que sobresalía de la pared vertical. Perpleja, se inclinó hacia fuera, mirando a su derecha...

«¡Ten cuidado!», le avisó *Grimya.*

-Lo tendré... pero... ¡ah! -Los ojos de Índigo brillaron cuando sus sospechas de que el sendero debía conducir a algún sitio se vieron justificadas-. ¡Mira, *Grimya!* ¡Hay un puente!

«¿Un puente?»

Grimya se acercó con cautela al borde hasta que también ella pudo mirar. Y allí, cubriendo la distancia que mediaba entre pared y pared, a no demasiada distancia, había un arco de piedra. Además, en su lado de la grieta, un sendero bien marcado llevaba hasta el puente siguiendo la curva del precipicio, el cual -ahora podían verlo bien- no caía en absoluto tan a pico como el lado opuesto. El sendero podía franquearse con facilidad, el puente parecía sólido y nada erosionado; incluso el sendero en la parte más alejada, juzgó Índigo, no precisaría más que unos nervios bien templados para atravesarlo.

Se volvió hacia la loba.

-Es la única forma de cruzar, *Grimya. Debemos* utilizarlo.

Grimya se lamió la nariz, algo indecisa.

«Será fácil para mí. Pero tú...»

-Acostumbraba a escalar los acantilados de mi país. -Sonrió con tristeza al recordar la osada temeridad de su infancia-. Todo irá bien. -Y antes de que *Grimya* pudiera decir nada se volvió y avanzó en dirección al borde del precipicio.

El sendero resultaba más fácil aun de lo que parecía. La inclinación de la ladera de la grieta era bastante suave, al menos a esta altura; Índigo imaginó que, algunos centímetros más abajo, debía de caer en picado tanto como la pared opuesta. Pero la mortecina luz y las intensas sombras de la hendidura imposibilitaban que pudiera saber la profundidad del cañón que tenía a los pies; de este modo podía mantener una ilusión de seguridad para evitar el peligro de

Librodot

sentir vértigo.

Se adentró en el sendero con cautela, escuchando las suaves pisadas de *Grimya* a su espalda. Recorrerlo resultó sencillo, siempre y cuando tuviera una palma de la mano bien apoyada contra la piedra para mantener el equilibrio; en menos de un minuto alcanzó la repisa más ancha desde la que se elevaba el puente para cruzar el cañón, y esperó a que *Grimya* la alcanzara.

-Vaya, el sendero era bastante real -dijo, acariciando la cabeza de la loba en un esfuerzo por tranquilizarla-. Ahora sólo nos queda probar el puente.

«No me gusta», insistió Grimya apesadumbrada. *«No me sentiré segura hasta que estemos al otro lado.»*

-No; la verdad es que yo tampoco. Y sugiero que crucemos tan deprisa como nos sea posible. -Sonrió, pero era una sonrisa preocupada-. No confío en nada de lo que hay en este lugar. -Contempló, especulativa, el arco que se extendía delante de ellas; aunque carecía de parapeto, su superficie era amplia y bastante lisa, y la distancia hasta el otro lado parecía...

Índigo se detuvo a mitad de pensamiento mientras su mente y su cuerpo quedaban paralizados.

«¿Índigo?»

La ansiosa pregunta de *Grimya* pareció llegarle desde miles de kilómetros de distancia; no le pareció que tuviera nada que ver con ella, no pudo contestarla. Un graznido inarticulado sonó en lo más profundo de su garganta, y se quedó mirando, horrorizada, incrédula, aturdida, a la figura encorvada y dolorida que apareció entre las sombras del otro extremo del puente de piedra. Cabellos oscuros, enmarañados y lacios, impregnados de sudor; el cuerpo contorsionado, los ojos medio ciegos y febriles en sus hundidas cuencas. Y sangraba. Todavía sangraba...

Una ilusión, aulló su cerebro; ¡una ilusión! Pero la lógica se desmoronaba ante el ataque de una esperanza salvaje y vehemente, y sintió que perdía el control.

-F... Fen...

«¡Índigo!»

El grito mental de *Grimya* sonó frenético al darse cuenta la loba del peligro; pero su advertencia no fue escuchada. Índigo jadeó con violencia, y cuando habló su voz era apenas reconocible.

-Fenran...

El hombre del otro lado del puente levantó la cabeza, e incluso aquel pequeño movimiento pareció provocarle un gran dolor. Sus ojos, oscurecidos por cataratas, intentaron enfocar el lugar del que había salido el grito, y *Grimya* lo vio llevarse una mano al rostro, sobresaltado, y escuchó la voz fantasmal que resonó por todo el cañón.

-¡Anghara!

Índigo lanzó un chillido, y con un sorprendente rasgo premonitorio *Grimya* encogió los músculos y se lanzó hacia adelante en un intento desesperado de detener a su amiga. Llegó demasiado tarde. Índigo se precipitó sobre el puente, y en el mismo instante en que su pie tocó la primera piedra de la estructura, el puente y Fenran se desvanecieron. Durante un terrible instante, *Grimya* la vio balancearse sobre la repisa, agitando los brazos violentamente; entonces, con un aullido de terror, Índigo cayó por el borde de la grieta.

Librodot

CAPÍTULO 15

«¡Índigo!»

El angustioso grito mental de *Grimya* surgió de ella en forma de agudo y desesperado grañido, y sus patas arañaron las piedras sueltas mientras se arrastraba tan cerca del borde del precipicio como se atrevió.

«¡Índigo!»

Se sintió invadida por la pena; desde luego no podía esperar que su amiga hubiera sobrevivido a una caída semejante...

-*Grimya...* -La voz le llegó muy débil desde un poco más abajo de la repisa del precipicio, y la loba dio un respingo, mientras todos sus músculos se ponían en tensión-. Estoy aquí, *Grimya...,* debajo de ti. Ten cuidado; el borde no es firme...

Grimya miró por encima de la repisa, y la vio. Se había deslizado no más de diez metros ladera abajo, y permanecía con el cuerpo pegado a la pared, los pies apuntalados precariamente en un pequeño reborde, mientras que con ambas manos se sujetaba a unos pedazos de roca que sobresalían. Su rostro estaba manchado de polvo y lágrimas, y se mordía con fuerza el labio inferior.

«¡Índigo!»

La sensación de alivio de *Grimya* duró poco.

«¿Estás herida?»

-No, no... lo creo. Sólo... trastornada. Y apenada, tan apenada...

«No vale la pena lamentarse; lo que está hecho está hecho. ¿Puedes subir?»

-No lo sé..., cae a plomo justo debajo de mí, me parece... ¡No, no intentes mirar! -añadió cuando la loba iba a inclinarse-. Puedes perder el equilibrio. -Aspiró con fuerza dos veces, y se sacó un mechón de pelo de la boca con la lengua-. Creo que puedo subir, pero si por desgracia resbalo, no hay ninguna otra cosa que pueda detener mi caída.

Hizo intención de volver la cabeza para mirar por encima del hombro, pero se lo pensó mejor. Recuerda los acantilados de las Islas Meridionales, se dijo. Esto no es peor; sólo más alto.

Grimya contempló llena de inquietud cómo Índigo se sujetaba con más fuerza a sus asideros y, con mucho cuidado, levantaba un pie hasta que sus dedos rozaron una estrecha grieta. Introdujo la bota en la hendidura y, con los ojos cerrados y los dientes apretados, levantó el otro pie de la repisa, con lo que la grieta tuvo que soportar todo su peso. No cedió; encontró otro punto de apoyo, algo más arriba; hundió su otro pie en él, empujó. Mano sobre mano, con insoportable lentitud, se fue izando ladera arriba, hasta que por fin *Grimya* pudo inclinarse hacia ella, asir el hombro de su chaqueta entre sus dientes y ayudarla a encaramarse sobre el saliente hasta quedar a salvo.

Índigo se tendió cuan larga era sobre la repisa, con la frente apretada contra el suelo, y los pulmones aspirando con fuerza a causa del esfuerzo y de la sensación de alivio. *Grimya* se deshizo en atenciones a su alrededor; la lamía y le daba golpecitos con el hocico, hasta que al final la muchacha pudo levantar la cabeza. Tenía las pestañas húmedas de lágrimas recientes, y cuando quiso hablar las palabras se le agolparon en la garganta.

-*Grimya... Grimya,* lo siento tanto... ¿Cómo puedo haber sido tan estúpida?

«¡No importa! Ahora estás a salvo; es todo lo que cuenta.»

-Pero cuando lo vi, creí... parecía tan *real,* tan *sólido...* -Se cubrió el rostro con las manos,

Librodot

incapaz de expresar su desdicha-. No me detuve a pensar; pero debería haber sabido que si esa monstruosidad pudo engañarme una vez, podría hacerlo de nuevo.

«Yo lo vi, también», le dijo *Grimya. «En tu lugar, hubiera cometido el mismo error. La ilusión resultó muy ingeniosa.»*

Índigo se secó las mejillas y miró al otro lado de la negra abertura del abismo. Nada se movía en el otro extremo ahora; pero la imagen de lo que había visto seguía instalada con atroz nitidez en su cerebro. ¿Había sido tan sólo una ilusión? Era muy consciente de la habilidad y astucia de Némesis, y de su propia debilidad. Pero no pudo evitar recordar las palabras del emisario de la Madre Tierra; que Fenran no estaba muerto, sino atrapado en una especie de fantasmagórico crepúsculo entre la vida y la muerte, prisionero en un mundo habitado por demonios.

Un mundo semejante a éste...

No quería hacerse la pregunta que martilleaba en su cerebro; darle cualquier tipo de credibilidad podía conducirla a peligros aún peores que los riesgos del cañón. Pero las semillas habían sido sembradas, y empezaban a echar raíces deprisa y de una forma siniestra. Era posible, tan sólo posible, que la figura atormentada que viera no fuera un espejismo conjurado con habilidad sino el mismo Fenran. Y por muy convincentemente que su lado más sensato argumentara en su contra, una parte de ella demasiado fuerte para ignorarla se había apoderado de aquella posibilidad y convertido en una esperanza insensata. Esa parte *creía, y* hasta que aquella creencia no hubiera quedado disipada más allá de toda duda, sabía que no recuperaría la tranquilidad de espíritu.

Que podría ser justo lo que Némesis pretendía.

Contempló el interior del cañón de nuevo, luego encogió los pies y se levantó.

-No hay razón para que nos quedemos aquí más tiempo. Deberíamos marchar.

Grimya se pasó la lengua por el hocico.

«Me sentiría más feliz fuera de esta repisa. Pero no veo cómo podemos continuar nuestro viaje ahora. El abismo es infranqueable; no hay ningún otro sitio adonde ir.»

-No estoy tan segura.

Algo no dejaba de importunar a Índigo subconscientemente, algo producto de sus desdichados pensamientos sobre Fenran y las maquinaciones de Némesis. El demonio había intentado matarla, y había fracasado; de todas formas, sospechaba que no abandonaría sus esfuerzos, sino que ya estaría planeando otra forma de atentar contra su vida. Sin embargo, debía de saber que la misma estrategia no funcionaría dos veces. Y eso le dio una pista...

Siguió sumida en tales pensamientos mientras desandaban el camino recorrido por el sendero de la ladera del precipicio. Al llegar a suelo firme, *Grimya* hubiera vuelto de nuevo al interior del valle, pero vaciló al ver que Índigo parecía reacia a seguirla. En lugar de ello, la muchacha se quedó de pie junto al borde del cañón, contemplando con atención la negra sima hasta el lugar donde el sendero aparecía de nuevo.

«Es *demasiado ancho para saltar.» Grimya* contempló a su amiga con ansiedad, no muy segura sobre sus intenciones. *«Incluso el lobo más poderoso se precipitaría al abismo. Ni pienses en ello, Índigo. Por favor.»*

Índigo salió del ensueño y la miró con una sonrisa.

-No te inquietes, *Grimya;* no pienso hacer nada tan estúpido. Pero...

«Pero ¿qué?»

Índigo señaló con la mano.

-Mira al otro extremo -dijo-. El sendero de la cornisa que vimos ha desaparecido: era tan parte de la ilusión como el puente. Y eso hace que me pregunte si... -Su voz se apagó pensativa y, ante el horror de *Grimya,* deslizó un pie hacia adelante, sobre el precipicio.

«¡No! ¡No...!»

Entonces el gemido de *Grimya* murió antes de nacer cuando el aire empezó a vibrar ante Índigo, relució, se solidificó: y donde un instante antes había habido un espacio vacío, apareció ahora un puente que cruzaba la enorme grieta. No un arco de piedra esta vez, sino un artilugio hecho de cuerdas y tablas, colgada de postes de madera que habían sido clavados en rendijas de la roca y que ahora se inclinaban como si estuvieran ebrios.

A *Grimya* se le erizaron los cabellos del lomo y gruñó:

«¡Otra ilusión!»

-No lo creo. -Índigo asió una de las cuerdas y tiró de ella con fuerza. El puente se balanceó, pero no se desmaterializó; sintió la áspera solidez de las retorcidas hebras de la cuerda en sus dedos-. ¿Lo ves? Es tan real como nosotras. Y ha estado aquí todo el tiempo: ¡sencillamente no podíamos verlo!

Grimya avanzó despacio, recelosa, medio esperando todavía que esta nueva manifestación se desvaneciera ante sus ojos. Olfateó las cuerdas, los postes de madera. Reales. No había la menor duda de ello.

-El demonio debe de saber que no nos dejaremos engañar una segunda vez por un puente que se desvanezca cuando intentemos cruzarlo -dijo Índigo con suavidad-. Volverá a intentar matarnos; pero no aún.

«¿Entonces quiere que continuemos nuestra búsqueda de la puerta?»

-A lo mejor es eso. O a lo mejor ya no puede impedírnoslo.

Índigo probó el puente con un pie, cautelosa. A pesar de su apariencia frágil parecía capaz de soportar su peso. Pensó en Fenran, luego en Némesis; y el odio floreció en su corazón. No permitiría que aquel ser diabólico se burlara de ella y la atormentara: si aquello era un desafío, estaba dispuesta a enfrentarse a él.

-Debemos seguir adelante, *Grimya.* Sabemos lo que tenemos detrás, y no nos ofrece ninguna esperanza. Este es el único camino.

Grimya fue a colocarse junto a ella, mirando todavía el puente con cierta indecisión. Luego se sacudió con fuerza.

«Tienes razón. No existe ningún otro sendero que podamos seguir si esperamos encontrar la salida a este lugar. Pero... hagámoslo deprisa.» Sus ojos se clavaron en los de Índigo. *«¡Antes de que me domine el miedo!»*

La travesía resultó una experiencia de pesadilla. A pesar de la ansiedad de *Grimya* -que Índigo compartía en su interior- por alcanzar el otro lado de la sima tan deprisa como fuera posible, el puente de cuerdas y tablas se balanceaba de tal forma cada vez que movían un pie que no se atrevieron a avanzar de otra manera que no fuera a un paso terriblemente lento y tambaleante. Al tiempo que se sujetaba firmemente a las cuerdas a cada lado de ella, e intentaba no pensar en el destino que les aguardaría si cediera uno solo de los ramales, Índigo mantenía la mirada fija en *Grimya,* que avanzaba tambaleante y cautelosa con las patas bien extendidas delante de ella, hasta que al fin, tras lo que pareció una eternidad, saltaron del último madero oscilante a tierra firme.

Delante de ellas el valle se alzaba vertiginosamente para convertirse en un desfiladero que

serpenteaba entre dos elevados picos, y se perdía entre las sombras. No resultaba atractivo; la intensa penumbra podía ocultar gran cantidad de horrores o de peligros, y no había forma de saber hasta dónde se extendía aquella hendidura que corría por entre las montañas. Índigo levantó la vista hacia el inquietante cielo rojizo y el monstruoso sol negro que flotaba inmóvil, y reprimió el temor que la embargaba. No conseguiría nada disimulando; ella y la loba debían hacer frente al desfiladero, ya que no había otro lugar por donde ir.

En cierta forma para tranquilizarse a sí misma tanto como a la loba, estiró la mano y dio unas palmaditas a *Grimya* en el lomo.

-¿Estás lista?

«Lista.»

Las orejas de *Grimya* permanecían aplastadas contra su cabeza, pero reprimió su reluctancia ya que, sin que mediara ninguna otra palabra entre ellas, penetraron en el desfiladero.

La oscuridad las envolvió como un ala enorme y fría. Índigo se negó a volver la cabeza para mirar sobre su hombro hasta estar segura de que el puente debía de haberse perdido de vista; la tentación de volverse y correr de vuelta hacia lo que parecía una relativa seguridad era ya muy poderosa, y temía no ser capaz de resistirla. Era consciente, también, de los peligros desconocidos que podían acecharlas, y sus ojos se movían constantemente, buscando de un lado a otro, alerta a la más mínima indicación de peligro.

Durante algún tiempo anduvieron en silencio, roto tan sólo por sus propias pisadas y el sonido de las patas de *Grimya.* El silencio resultaba misterioso y anormal; llenaba la imaginación de ideas malsanas, y por fin Índigo no pudo soportarlo por más tiempo. Tenía que hablar -cualquier palabra por muy sin sentido que fuera, era mejor que aquel permanente y terrible vacío- y empezó a decir:

-*Grimya...*

La palabra murió en sus labios cuando una voz gigantesca y aterradora irrumpió en el valle procedente de la nada, un silbido titánico que se estrelló contra sus oídos en una demencial barrera sonora. Índigo aulló aterrorizada, llevándose ambas manos a los oídos y abandonado el sendero tambaleante para ir a chocar contra la pared de roca; con la visión empañada por las lágrimas que la conmoción y el sobresalto le habían provocado, vio cómo *Grimya* se agachaba y giraba sobre sí misma como un perro enloquecido y acorralado mientras buscaba en vano el origen del espantoso estruendo.

El sonido continuó, ampliándose y golpeando el cuerpo y el cerebro de Índigo como una onda psíquica. Entonces, de repente, el silbido se transformó en una monstruosa cascada de carcajadas enloquecidas que la hizo chillar de nuevo -aunque su voz quedó totalmente ahogada por el violento ataque sonoro- y se detuvo. Sus fuertes ecos se desperdigaron por las montañas, retrocediendo y desvaneciéndose hasta que el valle se hundió de nuevo en el silencio.

Índigo abrió los ojos muy despacio. Estaba de rodillas, el rostro apretado contra la pared del acantilado, las manos aferradas a la inexpugnable piedra como si en su terror ciego hubiera intentado abrirse paso a través de ella para huir del terrible ataque. Tenía las uñas de las manos rotas y brotaba sangre de debajo de ellas; sentía el escozor de arañazos en sus mejillas, y la sien le dolía allí donde había chocado con la roca. No podía creerlo, no podía asimilarlo. Su cuerpo se estremeció víctima de una serie de terribles y violentos escalofríos y se arrastró lejos de la pared, dando boqueadas, esforzándose por recobrar el aliento.

Librodot

A su espalda, un débil gemido interrumpió el monstruoso silencio. Y allí estaba *Grimya,* el vientre aplastado contra el suelo, los colmillos al descubierto, temblando como poseída por un terrible mal. Los ojos de la loba miraban sin ver; cuando Índigo se arrastró junto a ella y la tocó, el animal dio un respingo como si le hubieran disparado, y tan sólo cuando la muchacha pasó sus brazos alrededor de su grueso cuello peludo y la abrazó con fuerza regresó a la mirada de la loba un cierto grado de inteligencia.

«Qu... qu...» Incluso telepáticamente, *Grimya* era incapaz de articular su pregunta. *«Qué fue...»*

-No lo sé...; que la Madre Tierra nos ayude, *Grimya,* ¡no lo sé!

Una piedra se movió bajo su pie y sintió cómo todo su cuerpo se ponía en tensión con momentáneo terror, como si el menor ruido extraño pudiera provocar el regreso de aquella voz monstruosa.

«¡Nunca había oído nada tan horrible!»

Grimya empezaba a recuperar el control en cierta medida; se sentó muy erguida, sacudiendo la cabeza.

«Me duelen... los oídos.» Parpadeó con rapidez. *«¿Crees que fue otra de las jugadas del demonio?»*

-No lo sé: sólo espero que sí. Si en estas montañas habita algo lo bastante grande como para poseer una voz como ésa, no quiero arriesgarme a un encuentro con él.

Índigo se puso en pie tambaleante, y sus ojos se entrecerraron mientras examinaba el sombrío sendero que tenían delante. Nada se movía, nada alteraba el silencio, y la cólera empezó a reemplazar la cada vez menos aguda conmoción de su cerebro.

-Creo que Némesis nos está gastando malas pasadas -dijo, no sin cierto veneno-. Su primer intento para matarnos fracasó; de modo que ahora intenta aterrorizarnos, y conseguir que caigamos víctimas más fácilmente de su segundo intento.

«Prefiero creer esto que creer que un monstruo gigantesco nos acecha. Al menos, con el demonio sabemos a qué nos enfrentamos», repuso *Grimya* con pasión. *«Debemos seguir sin perder un instante. Hay que demostrarle a esta criatura que no le tememos.»*

Tenía razón. Índigo se quitó el penetrante polvo marrón rojizo de las ropas y se pasó su áspera lengua por los labios resecos.

-Sí..., pero debemos estar doblemente en guardia a partir de ahora.

El sendero serpenteaba por entre las cumbres, ascendiendo de forma gradual pero constante a medida que penetraba más y más en las montañas. De momento no había habido más ilusiones, ni ningún nuevo signo de los trucos de Némesis, pero Índigo permanecía en constante alerta. De cuando en cuando levantaba la vista hacia la anormal estrella que parpadeaba tristemente sobre ellas. Su posición en el cielo permanecía inalterada, y recordó inquieta la forma en que el sol negro había aparecido en el horizonte de forma instantánea para trocar la noche por día. Parecía como si las leyes que gobernaban el tiempo en su propio mundo se hubieran vuelto locas aquí; y se preguntó qué sería de ella y de *Grimya* si la estrella se desvaneciera tan de repente como había surgido y las dejara en la oscuridad. La idea le hizo apresurar el paso, pero sólo por un instante, ya que enseguida comprendió que era una tontería. No tenían ni idea de la extensión de aquel sendero, ni de adonde las conducía; si las caprichosas fuerzas que gobernaban esta parodia de la naturaleza decidían gastarles una nueva broma, no podrían hacer nada por evitarlo.

Librodot

Grimya, observó, empezaba a flaquear. La loba se había rezagado y la lengua colgaba de su boca, mientras que la cola se arrastraba por el polvo. Índigo se detuvo para que la alcanzara y le acarició la cabeza.

-Estás cansada, lo sé -dijo comprensiva-. Pero debemos seguir, *Grimya.* No hay nada para nosotras aquí. -Contempló el sendero que se perdía más allá-. Este camino no puede continuar eternamente; seguro que no tardaremos en llegar al final.

La lengua de *Grimya* se balanceó desfallecida.

«Puedo soportarlo. Pero daría cualquier cosa por un poco de agua que beber.»

Durante unos instantes ninguna de las dos escuchó el débil sonido que siguió a las últimas palabras de la loba. Distante y vago, era como un suave susurro de hojas movidas por una ligera brisa; o, pensó Índigo con un sobresalto, al darse cuenta de pronto de su presencia y ponerse su mente a trabajar, como el parloteo ahogado de un arroyo subterráneo.

Sus dedos se cerraron sobre el pelaje de la loba y dijo con voz ronca:

-*Grimya...*

«¡Lo oigo!»

Los cabellos del lomo del animal se erizaron. El sonido crecía por momentos, y resultaba cada vez más claro.

«¡Agua! ¡Parece agua!»

Y *Grimya* se acababa de quejar en aquel momento de tener sed... La comprensión golpeó a Índigo como un rayo, y en ese mismo instante el lejano sonido creció hasta convertirse en un claro rugido...

-¡*Grimya,* sal del sendero! -aulló-. ¡Sube a la pared tan alto como puedas! ¡*Deprisa!*

Corrieron hacia un lugar donde un desprendimiento de piedras había formado un contrafuerte empinado pero escalable, y mientras trepaban por las traicioneras rocas pareció como si todo el acantilado empezara a temblar. El rugido martilleó en sus oídos, cada vez más fuerte, más cerca... Índigo resbaló y se arañó manos y tobillos, y *Grimya* la sujetó por una manga, tirando de ella con violencia hasta ponerla en pie de nuevo. Entonces, surgida de la curva del sendero que tenían delante, moviéndose con la velocidad de una violenta marea que las ensordecía con su titánico sonido, una enorme barrera de agua espumeante y agitada se precipitó atronadora a través del cañón.

-¡Grimya!

Índigo se aferró al cuello de la loba, al tiempo que se apretaba contra la pared y luchaba por mantener el equilibrio mientras las rocas que tenía bajo los pies rodaban y se movían bajo la embestida de la riada. Las gotas de agua que flotaban en el aire la golpearon en la espalda con tal fuerza que estuvieron a punto de derribarla de su precario asidero; mientras el cañón se estremecía bajo el estruendo, vio el torrente como una desdibujada conmoción de tumultuosas aguas negras y surtidores de blanca espuma, olas y corrientes contrapuestas que saltaban y se estrellaban unas contra otras en un salvaje caos.

De repente una roca bajo su pie izquierdo se movió, desalojada por las tumultuosas aguas que se estrellaban contra la base del contrafuerte. Con un gemido y un chirriar de roca contra roca que quedó ahogado por el estruendo de la avalancha de agua, rodó fuera de su lugar, llevándose a otras con ella, e Índigo sintió que perdía el equilibrio. Se debatió frenética en busca de apoyo, agitando el pie en el vacío; luego, mientras *Grimya* intentaba volverse y ayudarla, resbaló de su lugar de apoyo y se deslizó ladera abajo, cayendo sin remedio en dirección al torrente... para aterrizar, magullada pero ilesa, sobre el reseco e imperturbado

Librodot

sendero del pie del acantilado.

-¡Ayyy...!

La muda protesta rasgó el terrible silencio, y se convirtió en un angustioso y desagradable jadeo cuando Índigo rodó sobre sí misma, víctima de terribles náuseas. Era una reacción inconsciente al terror, la conmoción y la confusión; se abrazó el estómago, mientras trataba de llevar aire a sus pulmones y volver a controlar sus músculos, y cuando los espasmos amainaron, por fin, se encontró a gatas y temblando.

Había polvo bajo sus manos y rodillas. *Polvo.* Pero...

«¡Índigo!»

Unas garras arañaron las rocas y *Grimya* saltó hacia ella.

«Pensé que estabas...»

-Lo sé.

Una nueva oleada de náuseas surgió de su estómago; se llevó el dorso de la mano a la boca, aspirando por entre los apretados dientes. La loba le acarició el rostro con el hocico y por fin se sintió capaz de arrodillarse manteniendo el cuerpo erguido. Tenía polvo en la boca, se la limpió de nuevo y escupió.

-Fue otra ilusión... -Y le dio las gracias a la Madre Tierra por ello; ya que si hubiera sido real, su cuerpo destrozado rodaría ahora cañón abajo en aquella corriente asesina.

Grimya contempló el sendero y mostró sus dientes.

«Dije que tenía sed», dijo sombría. «Y..»

-No. -Índigo extendió una mano para tocarla a modo de advertencia-. No lo digas, *Grimya.* -Su autocontrol regresaba, aunque las náuseas no querían abandonarla, y mientras se ponía en pie sintió la cólera que empezaba a arder despacio en su interior-. Parece que nuestro diabólico amigo tiene un gran sentido del humor. Mencionaste el agua, y tuvimos agua; pero no como hubiéramos esperado. Y antes, cuando oímos esa..., esa voz...

«¿La voz?»

-Sí. Tú no lo sabías, pero en ese mismo instante iba a hablarte; a decirte lo primero que me viniera a la cabeza, porque no podía soportar el silencio por más tiempo. *Deseé* que algo lo rompiera. -La cólera de su interior seguía ardiendo, alimentada por el odio, la furia por sentirse burlada y atormentada tan a la ligera-. El demonio sigue jugando con nuestras mentes. Pero no tiene el valor de mostrarse y enfrentarse directamente a nosotras. -Giró en redondo y volvió a mirar el cañón que se perdía delante de ellos.- ¿Lo tienes? *¿Lo tienes?*

Su grito resonó en la distancia, pero nada lo contestó. *Grimya* la observó inquieta mientras avanzaba por el sendero, echaba a correr durante algunos metros, para luego reducir la marcha y detenerse.

-¿Dónde estás? -aulló Índigo-. ¡Malditos sean tus sucios trucos, no te tengo miedo! ¡Muéstrate!

Giró sobre sus talones, los puños apretados y alzados como si fuera a atacar a la menor señal de movimiento. El cañón estaba total y perfectamente en silencio.

Grimya trotó hasta su lado.

«No sirve de nada. No vendrá a nosotras; no de esta forma.»

-Muy bien. -Las mandíbulas de Índigo se apretaron a una dura línea-. Entonces encontraré otra forma. Si le gusta tanto concedernos deseos retorcidos, ¡que nos conceda éste! Deseo...

«¡Ten cuidado!»

Índigo la ignoró. La cólera se había consumido, la imprudencia había dominado a la furia y

ya no le importaban las consecuencias de nada de lo que pudiera hacer. Alzó la voz y gritó con fuerza:

-¡Deseo que este sendero se acabe! ¿Me escuchas, Némesis, criatura diabólica, engendro de la oscuridad? *¡Deseo que este sendero se acabe!*

Durante un momento no se produjo el menor sonido, nada excepto el sobrenatural silencio. Entonces, al parecer cercano pero resonando no obstante como si viniera de muy lejos, algo dejó escapar una risita ahogada.

Grimya se volvió a toda velocidad, dejándose caer en una posición de ataque, e Índigo miró rápidamente a su espalda. El cañón estaba vacío. No había ninguna figura de ojos plateados, ningún horror; nada. Sólo el eco de aquella risa fantasmal y caprichosa. Como si desde su guarida -cualquiera, y donde fuese que ésta estuviera-, Némesis respondiera a su desafío con un desafío propio. Y justo un poco más adelante el desfiladero torcía brusco alrededor de un enorme contrafuerte de roca que ocultaba a la vista el resto del sendero...

Sonrió. Fue una sonrisa rencorosa y privada; la sonrisa del depredador que huele a su presa.

-*Grimya.* -Su voz era engañosamente suave-. Debemos seguir adelante. Ya falta poco.

Y sin esperar una respuesta, empezó a correr hacia el contrafuerte y la curva del sendero.

Oyó cómo la loba echaba a correr en pos suyo, pero no redujo la velocidad ni la esperó. El contrafuerte estaba tan sólo a unos metros de distancia; el sendero, más empinado de repente, la obligó a avanzar más despacio ahora, cuesta arriba, y su pulso empezó a latir muy aprisa, y no sólo a causa del esfuerzo físico. Entonces, de improviso, llegó a la altura del contrafuerte, lo rodeó, penetró en la pronunciada curva...

Índigo se detuvo y contempló contrariada el panorama que se extendía ante ella.

Su deseo le había sido concedido. El desfiladero había llegado a su final, y a causa de su temeridad de un momento parecía haberlas conducido a las dos a un callejón sin salida. Justo delante de ella tenía un valle de abruptas laderas, encerrado por altos riscos que se alzaban imponentes hacia el cielo color carmesí. No había sendero que condujera hasta aquellas laderas; su camino sencillamente torcía hacia abajo en dirección al valle. Y todo el suelo del valle estaba cubierto por un lago gigantesco, inmóvil, opaco, y cuya profundidad resultaba imposible de adivinar.

Grimya se detuvo bruscamente junto a Índigo, jadeante por el esfuerzo. Durante unos instantes la loba contempló con atención el lago que tenían a sus pies, luego levantó la cabeza para escudriñar el rostro de su amiga. La expresión de Índigo era tensa, torva, amarga; no eran necesarias las palabras para que *Grimya* se diera cuenta de que, en su fuero interno, la muchacha maldecía su estupidez.

La loba bajó la cabeza de nuevo, y su nariz se puso a temblar, mientras olfateaba con avidez. De pronto dio un paso hacia adelante y se dejó resbalar, con gran cuidado, un corto trecho ladera abajo en dirección a la superficie del lago.

-*¿Grimya?* -Índigo salió de su ensueño, y su voz sonó aguda-. ¿Qué haces? ¡Ten cuidado!

Grimya vaciló sin dejar de olfatear. Luego dio la vuelta y regresó junto a la muchacha. La excitación brillaba en sus ojos, y dijo:

«¡No es agua!»

Índigo arrugó la frente, perpleja.

-¿Qué quieres decir?

«¡Exactamente lo que digo! No huelo agua. Humedad, sí, pero no agua. Hay una diferencia. Y ninguna agua que yo haya visto es blanca y nebulosa como ésta. ¿Esto no es un lago?"

Ácido, pensó Índigo. Había visto los líquidos opacos y mortíferos que utilizaban a veces los boticarios de la corte de su padre, y se estremeció interiormente ante la idea de lo que un lago de tal materia podría hacer a la carne y los huesos. ¿Pero seguramente el agudo sentido del olfato de *Grimya* podría percibir un cóctel tan letal? Humedad, había dicho. Sólo humedad...

«Mira la forma en que se mueve», dijo Grimya. *«No como el agua. Más bien como la niebla.»*

¡Niebla! Una esperanza irracional brotó en Índigo cuando recordó la forma en que las nieblas otoñales se reunían en el fondo de los valles de las Islas Meridionales, tomando todo el aspecto de enormes y tranquilas extensiones de agua. Dirigió una rápida mirada a *Grimya.*

-Sólo existe una forma de asegurarse.

«Si.»

Grimya empezaba ya a bajar de nuevo por la ladera, moviéndose muy despacio a la manera de un cangrejo, e Índigo la siguió. La pendiente era lo bastante accidentada como para evitar resbalones, y había muy pocas piedrecillas sueltas que hicieran peligrosa la bajada; a unos pocos centímetros de la inmóvil y blanca superficie se detuvieron, y *Grimya* se inclinó hacia adelante para probar el lago con el hocico.

-Espera -le avisó Índigo-. Déjame. Si es algo mortífero, mi bota me facilitará algo de protección.

Estiró un pie. La bota se perdió en la blancura, que onduló y se agitó perezosa. No se produjo ningún chapoteo, sólo el silencioso movimiento de la masa brumosa.

-Niebla. -Intentó reprimir la excitación de su voz-. No es un líquido; niebla. Si es aire respirable, y no alguna especie de veneno...

Grimya se inclinó y olfateó.

«Podemos respirarlo. Es seguro.» Levantó la vista. *«Pero ¿a qué distancia está el fondo?»*

-Tendremos que averiguarlo. -Índigo tanteó con su pie, dejándose resbalar un poco más por la ladera-. Todavía noto roca sólida. Si vamos con cuidado, no creo que nos hagamos daño.

Con gran cautela, se introdujeron en la densa niebla.

Resultó una experiencia muy particular, como hundirse despacio en un mar en calma; a medida que descendían, la bruma se elevó y chocó suavemente contra sus piernas, sus cuerpos, sus barbillas, hasta que por último quedaron sumergidos en un extraño y embozado mundo blanco. Gotitas de humedad se pegaron a sus cabellos y a las ropas de Índigo; en cuestión de segundos las ropas de la muchacha quedaron heladas y pegadas a su piel, pero después de la aridez del cañón agradeció aquella sensación. *Grimya* se dedicó a lamer la niebla encantada, calmando de esta manera su garganta reseca; el animal tenía un aspecto formidable medio difuminado por las oscilantes capas de niebla, con el pelaje pegado, y la lengua dando continuos lametazos en el aire.

La inclinación de la ladera empezó a decrecer, y de repente Índigo sintió algo debajo de sus dedos que no era piedra. Miró al suelo, y distinguió una espesa almohada de lo que parecía hierba bajo sus manos; cerró una de ellas y arrancó unas pocas briznas que examinó más de cerca. Hierba, sí; o algo parecido a la hierba: pero *azul.* Sus ojos contemplaron la borrosa figura de *Grimya* por entre la niebla.

-Creo que estamos cerca del fondo.

Su voz sonó extrañamente uniforme; la niebla no devolvía ningún eco. Ahora podía ponerse en pie, ya, sin temor a caer. Tres pasos más, y la ladera se allanó hasta convertirse en terreno liso cubierto por aquella misma extraña hierba azul.

Grimya se dejó resbalar por el resto de la pendiente para reunirse con ella, y juntas examinaron lo que las rodeaba. La neblina se trasladaba en un lento desfile de zarcillos pálidos y retorcidos, creando sombras y fantasmas; si en el interior del valle existían estructuras sólidas, éstas quedaban ocultas.

«¿Adonde ahora?», preguntó *Grimya.*

No parecía importar demasiado; lo más probable era que, cualquiera que fuese la dirección que tomaran, su ruta serpenteara. Y eso en sí mismo podría ser un peligro, ya que si perdían el contacto con las laderas del valle podían encontrarse vagando para siempre en este mundo blanco sin encontrar la salida jamás.

Índigo se volvió hacia la izquierda, y señaló al interior de la niebla.

-Iremos por aquí -dijo-, pero nos mantendremos en la zona en la que el terreno empieza a alzarse, de modo que si queremos trepar para salir de aquí encontremos la ladera con facilidad.

La cola de *Grimya* se balanceó en señal de aprobación.

«Eso *es sensato. ¿Qué crees que podemos encontrar aquí?»*

-¿Quién sabe? -Índigo sonrió con tristeza-. Hemos de esperar y ver.

Índigo empezó pronto a preguntarse si no estaría dormida y soñando, en lugar de despierta. El tiempo y las dimensiones no tenían un significado distinguible en aquel fantasmal mundo de oscilante blancura; parecía como si llevaran una eternidad por entre inmutables velos de húmeda nada, avanzando como nadadores a la deriva, por una corriente perezosa e interminable. La niebla creaba extraños fantasmas, formas que se estremecían en los límites de lo visible para luego disolverse de nuevo en la nada; imágenes que se alzaban informes, luego se desvanecían y se fundían en aquella incómoda penumbra. Sólo la sensación de la omnipresente humedad sobre su piel y las suaves pisadas de las patas de *Grimya* a su espalda mantenían la mente de Índigo en contacto con una cierta apariencia de realidad. No sabía cuánto habían andado, o lo lejos que debían ir hasta circunnavegar todo el valle.

Y entonces, entre las alucinaciones y los espectros nebulosos, hizo su aparición una forma que no volvió a fundirse en la niebla y a desaparecer. Una mancha de una solidez más opaca en medio de la niebla, inmóvil ante ellas -pero ¿a qué distancia?, no podía decirlo- y, le pareció a su desorientado cerebro, esperándolas.

-*Grimya...* -susurró el aviso, y el sonido quedó absorbido por la niebla.

Grimya no contestó.

-¿*Grimya?*

Índigo se volvió y miró atrás. No había ninguna forma oscura que se moviese detrás de ella, ningún sonido de pasos. *Grimya* no estaba allí.

Su corazón empezó a latir de forma irregular. ¿Dónde estaba *Grimya?* Un momento antes -¿hacía sólo un momento, o su trastornado sentido del tiempo la había engañado?- la loba estaba justo detrás de ella. Ahora, había desaparecido, como si la niebla la hubiera rodeado *y* disuelto como a uno de sus propios fantasmas.

-*Grimya...*

Una risita apagada y malévola la hizo girar en redondo. La blanca niebla que tenía ante ella se agitó, los velos se apartaron por un breve instante para permitirle una visión totalmente nítida, y a menos de cinco pasos de ella vio la figura de una criatura, sus cabellos plateados relucientes y suaves, sus ojos de plata contemplándola con una fría y maliciosa expresión de reconocimiento, y con una cruel sonrisita de bienvenida en su rostro felino.

Librodot

CAPÍTULO 16

Némesis dijo:

-Bienvenida.

E Índigo sintió que se apoderaba de ella una múltiple sensación de náusea, de repugnancia y de temor al darse cuenta de que la voz del demonio era idéntica a la suya.

-¿Dónde está *Grimya?* -Las palabras surgieron como un áspero gruñido-. ¿Qué le has hecho?

Némesis sonrió mostrando sus afilados dientes felinos.

-No siento el menor interés por ese animal amigo tuyo. Sin duda regresará cuando le parezca. -La sonrisa se ensanchó-. Eres tú quién me interesa.

Índigo flexionó su mano derecha, e hizo intención de sacar su cuchillo cuando recordó que éste, junto con su ballesta y su arpa, estaba a un mundo de distancia, más allá de los límites de la arboleda sagrada en el bosque del País de los Caballos. Némesis rió.

-Las armas te servirían de muy poco aquí, Índigo.

-Quizá. ¡Pero de todas formas descubrirás que no soy una presa fácil de matar!

-¿Matar? -La criatura enarcó las pálidas cejas con fingida contrariedad-. Oh, no. Tú me diste vida; nuestros destinos están inextricablemente unidos. No tengo el menor deseo de hacerte daño.

-¡Mentirosa! Ya has intentado destruirme...

-No destruirte. -Una lengua de serpiente apareció por un breve instante por entre sus dientes-. A lo mejor te asusté un poco, pero no has sufrido ningún daño a mis manos. Sencillamente pretendía mostrarte algo de lo que puedo hacer. -Se interrumpió, luego lanzó una nueva risita-. ¿O debería decir, lo que *tú* puedes hacer? Es lo mismo, ¿no es así?

Una nauseabunda sensación hueca se extendió por el estómago de Índigo al darse cuenta de lo que Némesis insinuaba y replicó con ferocidad:

-¡No intentes convencerme de que acepte tu retorcida lógica! No eres más que un desecho, corrupción, porquería...

-Palabras muy duras, viniendo de mi progenitora.

-¡Maldita seas! -Se abalanzó hacia adelante, con la intención de golpearla, y su puño se hundió en una cortina de brumas vacías mientras la figura de Némesis parpadeaba y se desvanecía-. ¡Maldita seas!

Una voz burlona a su derecha dijo:

-¡Ten cuidado de a quién maldices, Índigo, no sea que te condenes a ti misma!

Giró sobre sí misma. A cuatro pasos de distancia, Némesis la observaba sonriente. Contuvo el impulso de lanzarse contra ella de nuevo, y dijo entre dientes:

-¿Qué quieres de mí?

La lengua de serpiente se balanceó de nuevo.

-Hazte a ti misma esa pregunta. Pregunta a tu corazón, pregunta a tu alma: ¿qué es aquello con lo que realmente sueñas? -El demonio hizo un amplio gesto con la mano, indicándole que mirara a su izquierda-. ¿Esto, quizá?

Índigo volvió la cabeza; y un espantoso sonido chirrió en su garganta. Envuelto en la niebla, encorvado y torturado, como un lúgubre fantasma entre los blancos velos, estaba Fenran. Permanecía con un brazo extendido como para *rechazar* algún horror invisible, y su boca estaba abierta en un silencioso grito; pero no se movió. Era como si presenciara un único

y congelado momento de su horrible existencia.

Índigo aspiró con fuerza, y le espetó:

-¡Es una ilusión!

-Sí -respondió Némesis-. Ilusión. -La torturada figura desapareció-. Pero podría ser de otra forma.

Sintió como si unos dedos helados se aferraran a su cerebro al recordar lo que había visto en el abismo, lo que había deseado, lo que había querido creer.

-La elección es sólo tuya -añadió Némesis con indulgente regocijo-. Pero mi paciencia no es infinita. -Su figura vaciló en el aire, de modo que por un instante pudo ver los zarcillos de niebla a través de su cuerpo translúcido-. Y si me pierdes ahora, puede que no me encuentres de nuevo.

Por un breve instante, los plateados ojos centellearon salvajes... y Némesis desapareció.

-¡No! -El grito de protesta de Índigo se perdió en la niebla-. ¡Regresa!

Una carcajada resonó en la distancia como una lluvia de pedazos de cristal.

-¡Encuéntrame, Índigo! Por el bien de Fenran, encuéntrame. ¡Si puedes!

Se arrojó tambaleante a la niebla y tanteó con los brazos extendidos delante de ella.

-¡Maldita seas! ¡Te lo ordeno, *regresa!*

-Contrólate, hermana. -Algo relució entre la blancura delante de ella e Índigo salió corriendo hacia ello-. ¡Corre! -Toda apariencia de bondad había desaparecido ahora de la lejana voz; era un desafío burlón y perverso-. ¡Corre!

Corrió, cegada por lágrimas de rabia. La risa de Némesis la incitaba, en un momento dado la oía atormentadoramente cerca, al siguiente le resultaba tan lejana que tenía que redoblar sus esfuerzos para alcanzarla, mientras sus pies resbalaban en la extraña hierba empapada de rocío. Al tiempo que corría, maldecía, juraba, sollozaba, y tan absorta estaba en su afán por alcanzar a su presa que no escuchó el ruido de algo que corría a cortarle el paso, ni vio la vaga forma oscura que corría como un rayo pegada al suelo.

«¡Índigo!»

Grimya surgió de la niebla a toda velocidad, calculó mal la distancia, y ambas chocaron. Índigo perdió el equilibrio y cayó al suelo; cuando consiguió incorporarse, aturdida, sus ojos estaban vidriosos por la desdicha y la conmoción sufrida.

«¡Te perdí! La niebla se espesó de repente y no se te veía por ninguna parte. Busqué y busqué... Índigo, ¿qué te ha sucedido?» Grimya estaba jadeante.

El frío y húmedo aire le irritaba la garganta, y durante algunos segundos le fue imposible hablar. Por fin las palabras surgieron, entrecortadas, ahogadas.

-Némesis: ¡estaba aquí, atormentándome! Vi... -Sacudió la cabeza.

«¿Te ha hecho daño?»

-No..., no quiere matarme, *Grimya.* Quiere... -Y se interrumpió cuando de las cambiantes brumas surgió de nuevo aquella risa cristalina.

Grimya lanzó un grito cuando Índigo se puso en pie de un salto, pero su grito no fue escuchado. Índigo corría ya, hundida entre las brumas, y la loba salió en su persecución, temerosa de perderla de vista por segunda vez. Índigo se desplazaba sobre la hierba zigzagueando como si estuviera bebida; de repente, con un grito de sorpresa que encontró eco en el gañido asustado de *Grimya,* se desvió a un lado al tiempo que lo que hasta aquel momento había parecido una blanca sábana de niebla demostró ser un enorme y sólido muro que bloqueaba el camino. La muchacha retrocedió sobresaltada y estuvo a punto de dar un

Librodot

traspié; *Grimya* resbaló sobre el suelo hasta detenerse junto a ella, y ambas se quedaron contemplando la lisa superficie de mármol blanco veteado que se extendía entre la niebla hasta donde alcanzaba la vista en cualquier dirección.

Índigo extendió la mano y tocó la pared, no muy convencida de que no fuera a desvanecerse en el aire como había sucedido con tantas otras cosas. Pero era real... y su suavidad era demasiado completa, demasiado uniforme para ser natural.

Una risita desagradablemente familiar susurró por entre la niebla a su derecha, y se volvió a toda prisa, paseando a lo largo de la pared. Delante de ella, algo quebraba la simetría del mármol, y cuando se acercó más, descubrió que el muro quedaba interrumpido por un arco, dos veces su propia altura, abierto en la piedra. Más allá del arco -donde, curiosamente, la niebla no penetraba- todo era oscuridad.

Se volvió para mirar a *Grimya,* que la había seguido.

-Voy a entrar. No tienes que entrar conmigo, *Grimya;* pero debo encontrar a Némesis de nuevo.

Grimya lanzó un resoplido.

«¿Crees que dejaré que te enfrentes a lo que sea que haya ahí dentro, tú sola?»

Dio un paso hacia adelante y atisbo en las negras fauces de la arcada.

«No huelo nada malo. ¿Entramos a ver qué nos ha preparado el demonio?»

Atravesaron bajo el arco, y salieron de las brumas tan de repente que, por un momento, Índigo se sintió desorientada, y a la vez terriblemente vulnerable sin la blanda neblina blanca para envolverla. *Grimya* se sacudió, con lo que lanzó una rociada de agua en todas direcciones; luego dio algunos pasos hacia el interior. Índigo la siguió; aguzó la vista para poder ver en la penumbra, pero todo lo que pudo discernir fue el débil reflejo de las paredes de mármol de un pasillo o un túnel que se extendía delante de ellas. El suelo era también de mármol, y sentía el frío de su lisa superficie traspasar las suelas de sus botas. Si aquel lugar había sido creado por demonios, pensó, su solidez y su forma eran muy tranquilizadoras sin embargo. Era como si hubiera penetrado en uno de los elegantes palacios orientales que su madre le había descrito tan a menudo, o...

El pensamiento se fundió en un molesto escalofrío, un brusco descubrimiento de que algo de aquel corredor le era de algún modo familiar. Se detuvo, clavando los ojos en las veteadas paredes mientras se estrujaba el cerebro; pero no acertaba a dar con la conexión.

«¿Índigo?»

Grimya estaba algo más adelante y se había detenido para mirar a su espalda. Estaba entre las sombras y sólo se veía el brillo de sus ojos.

«Hay unos escalones aquí.»

Dejando a un lado la pregunta no contestada, Índigo fue a reunirse con ella, y vio que el pasillo terminaba en un tramo de escalones que torcía oblicuamente hacia abajo. La sensación de que aquello le era conocido regresó, esta vez con más fuerza; pero de nuevo su naturaleza se le escapó cuando intentó asirla.

«¿Seguimos la escalera?», inquirió *Grimya.*

-Sí..., sí, creo que deberíamos hacerlo.

Fue ella quien se puso a la cabeza esta vez, mientras *Grimya* la seguía con gran dificultad al no estar familiarizada con las escaleras, pero aquella persistente sensación se negaba a abandonarla. Había recorrido aquel camino con anterioridad, o uno tan parecido a aquél que las diferencias eran casi imperceptibles. Pero ¿dónde? ¿Dónde?

Entonces le vino a la mente de pronto, y la revelación resultó tan desconcertante que se detuvo en seco, con un espantoso y estrangulado sonido aprisionado en su garganta.

«¿Qué sucede?»

Grimya se apresuró a ponerse a su lado, atisbando por entre la oscuridad. Un poco más abajo, el tramo de escaleras terminaba en un elevado y estrecho arco; más allá, se entreveía el parpadeo de una pálida luz.

-No... no puedo. -Índigo se sintió como si se ahogara mientras contemplaba la puerta con creciente horror-. Es... ¡No puedo! -Empezó a temblar de forma incontrolada.

«Hay luz allí delante.»

Grimya intentó sonar tranquilizadora, pero se sentía confundida y preocupada por el extraño comportamiento de Índigo.

Oh, desde luego; habría luz sin la menor duda. La cálida y confortable luz del fuego que ardía en la gran chimenea de la habitación situada al otro lado de la puerta. Lo conocía todo: el pasillo, estas escaleras, el arco, la sala, porque le era tan familiar como su propio cuerpo. Lo había conocido toda su vida, y el hecho de que las dimensiones estuvieran algo desproporcionadas, y el granito se hubiera transformado en mármol, no importaba en absoluto.

Estaban en Carn Caille.

Le resultaba imposible moverse. Los gañidos y empujones que le daba *Grimya* con el morro no provocaban en ella la menor reacción; tan sólo cuando la loba introdujo con fuerza su frío hocico en uno de los puños apretados de la muchacha consiguió ésta por fin salir de su inmovilidad con una convulsionada sacudida.

«¿Qué sucede?», preguntó *Grimya* con ansiedad. *«¡No veo nada a lo que hayamos de temer!»*

-Oh, pero yo sí... -Las palabras chirriaron a través de los dientes de Índigo.

Despacio, casi sin darse cuenta de lo que hacía, bajó un escalón, y percibió un desigual declive del mármol, un lugar donde un pedazo del escalón se había roto hacía tantos años que el áspero reborde estaba ahora liso de tanto pisarlo. Sería el quinto escalón desde el pie de la escalera... Miró, contó, y se mordió la lengua cuando su recuerdo se vio confirmado. En una ocasión había caído en aquella escalera, tenía entonces seis años, e Imyssa la había consolado y lavado la herida con uno de sus ungüentos de hierbas...

El temblor se convirtió en violentas convulsiones que sacudieron su columna vertebral. Bajó otro escalón. *Grimya* se mantuvo a su lado; la miraba preocupada a los ojos tratando de averiguar qué pensaba. Pero sus pensamientos eran demasiado turbulentos; demasiado incontrolados... Otro escalón, otro más, y estaba ya al pie de la escalera, frente a la arcada y a su puerta abierta.

Esto era lo que Némesis había querido decir cuando le había echado en cara sus propios deseos. *Pregunta a tu corazón, a tu alma: ¿qué es aquello con lo que realmente sueñas?* Había sabido la respuesta entonces, pero se había negado a reconocerlo o a admitirla. Ahora, ésta se había alzado del reino de los fantasmas para enfrentarse a ella.

Índigo avanzó dando un traspié y se agarró a la piedra esculpida que enmarcaba la entrada. No podía huir de aquello: no había ningún sitio al que pudiera ir. No podía hacer más que enfrentarse a ello, *y rezar* porque no le faltara el valor. Aspiró muy profundamente, el aire frío le hirió la garganta, *y* cruzó el umbral.

Todo estaba tal y como ella lo había conocido. Allí estaban las altas ventanas, con las

cortinas echadas por ser de noche. Allí estaban las largas mesas de los banquetes, aunque también ellas, al igual que las paredes, habían sido convertidas en mármol. Allí estaba la magnífica chimenea con el fuego encendido; pero las llamas no tenían el reconfortante color dorado y anaranjado del fuego auténtico. En lugar de ello, ardían con un pálido color azul nacarado, y no desprendían el menor calor. Llamas fantasmales; un eco de la realidad en la sala vacía.

No quería volver la cabeza hacia el lugar donde sabía que estaría la plataforma real, pero una fuerza la obligaba a saberlo o todo o nada. Y allí estaba la mesa principal, el enorme sillón labrado del rey, de mármol ahora como todo lo demás, sus brillantes almohadones rojos convertidos en otros de un apagado verde azulado.

Fantasmas...

En lo más profundo del sillón del rey, se movió una delgada figura.

Grimya gruñó, con los pelos del lomo erizados, e Índigo sintió el cálido contacto de la piel de la loba contra su pierna cuando Némesis se puso en pie con una elegancia obscena. Extendió una mano, en sardónica parodia de un saludo real.

-Bienvenida a casa, Índigo.

Ella siseó una maldición y enseguida ladeó la cabeza, repelida y enloquecida por la visión de una criatura tal sentada en el lugar -incluso aunque fuera la réplica de aquel lugar- que había sido de su padre. Sus dedos se cerraron con fuerza sobre la piel de *Grimya;* la presencia de la loba le proporcionaba un hilillo de consuelo, aunque era un hilo débil e inseguro.

-¡Ésta no es mi casa! -Soltó las palabras con todo el desprecio del que fue capaz, y Némesis dejó escapar su suave risita.

-Cierto. Y Carn Caille, el *auténtico* Carn Caille, te está vedado. Pero podría ser diferente, si lo deseas. -El demonio le dedicó una sonrisa calculadora.

-¡No lo deseo! -La violenta refutación de Índigo fue apoyada por un gruñido de *Grimya.*

Némesis ignoró a la loba y regresó a la silla, trazó un dibujo con los dedos en los brazos labrados mientras paseaba con deliberación alrededor de la plataforma. Luego se detuvo, la miró de nuevo, y sus ojos plateados centellearon con peligrosa seguridad en sí misma. -¿Estás segura de eso? Después de todo, fuiste feliz en Carn Caille. La mayoría de tus recuerdos son agradables, ¿no es así? -E hizo chasquear los dedos.

Índigo estaba totalmente desprevenida para lo que sucedió. Abrió la boca para maldecir a Némesis de nuevo y su mandíbula se cerró con incrédulo horror cuando una figura penetró por la puerta, de detrás de la plataforma que sólo su familia había utilizado. Cabellos castaños, encanecido pero todavía abundante; un ahorro de movimientos que contrastaba con su corpulencia, la marca del guerrero diestro y valiente; las ropas, el cinturón tachonado, la espada de gala, el desgarrón en su capa que Imyssa había zurcido...

Índigo se tambaleó hacia atrás y cayó casi encima de *Grimya;* se llevó una mano a la boca al tiempo que su voz se alzaba en un gemido ahogado.

-Padre...

Némesis chasqueó los dedos de nuevo. Y detrás de Kalig apareció la reina Imogen, serena y sonriente, tomada de la mano por su esposo con graciosa formalidad mientras se dirigían a sus asientos. E inmediatamente después, Kirra, despeinado y sonriente, como si recordara alguna broma sólo conocida por él.

Su familia. Sus parientes más cercanos; sus desaparecidos seres queridos... Índigo intentó gritar una negativa a esta espantosa posibilidad, pero el único sonido que consiguió producir

Librodot

fue un apenas audible e inarticulado grito de dolor y desesperación. De rodillas ahora, e inconsciente a la presencia de *Grimya,* que seguía de pie gruñendo y con los pelos del lomo erizados en protectora amenaza delante de ella, no podía hacer otra cosa que mirar paralizada, mientras Némesis se hacía a un lado para permitir que el rey y la reina ocuparan sus lugares en la mesa principal. Los labios de su madre se movían, y su padre rió como respuesta; pero ningún sonido surgió de sus bocas. Y tampoco parecieron darse cuenta de la presencia de Némesis ni de su aturdida hija, sino que se sentaron en sus sillas, y amontonaron comida invisible en platos invisibles, y se llevaron copas de vino invisibles a los labios. Eran máscaras, que representaban sus papeles en fantasmal silencio; fantasmas que en la muerte representaban de una forma insensata los placeres cotidianos de que habían disfrutado en vida.

-Recuerdos -dijo Némesis con crueldad-. ¿No te recuerdan la herencia que te ha sido robada?

Índigo escuchó la voz mental de *Grimya* como quien intenta despertar de una pesadilla, procedente del mundo real pero inalcanzable, inconexa; sólo cuando la loba apretó su cálido y sólido cuerpo contra ella consiguieron penetrar las palabras en su conciencia y resultar coherentes en su cerebro.

«Índigo, ¿qué sucede? ¿Qué ves? ¡Dímelo!»

-Mi familia... -Su lengua estaba reseca y apergaminada en su boca, y alzó una mano temblorosa para indicar hacia la mesa principal. -Están ahí, en esta sala-. ¡Mi familia!

Grimya miró con atención y vio únicamente a Némesis y las sillas de mármol vacías. El demonio sonrió ante su confusión.

-Tu amiga loba carece de nuestra sutileza, Índigo.

Dio un paso hacia adelante y *Grimya* se agazapó para saltar, mostrando los colmillos amenazadora. Némesis no le hizo el menor caso, pero la intervención del animal liberó a Índigo de su parálisis.

-Están muertos. -Se puso en pie, dio un paso, dos, en dirección a Némesis. Detrás del demonio, en la mesa, Kalig, Imogen y Kirra continuaron su silenciosa mascarada sin sentido; no podía soportar su visión-. Muertos -repitió-. No puedes volverlos a la vida. ¡No puedes hacerme creer que puedes volverlos a la vida!

-Desde luego -Némesis reconoció esta verdad con una maliciosa inclinación de cabeza-. No soy tan estúpida como para intentar negarlo. Pero aunque tu familia esté más allá de mis posibilidades para devolverla a la vida, existe otro a quien amaste; y él todavía vive, en cierta forma. El es el quid del trato que me gustaría hacer contigo.

El poco color que quedaba aún en el rostro de Índigo desapareció; su piel se volvió repentinamente gris como el cielo invernal.

-¿Trato...?

No, gritó algo en su interior. *No escuches; no dejes ni que pronuncie las palabras...*

Némesis sonrió, una obscenidad en el inocente rostro de la criatura.

-Deja que te muestre lo que tengo que ofrecer. -Levantó una mano, hizo un gesto indolente, y los fantasmas de Kalig, Imogen y Kirra se inmovilizaron; hizo otro gesto, y las figuras se disolvieron como el humo produciendo una ligera brisa.

Índigo contempló, paralizada, los espacios vacíos, y Némesis extendió la mano en dirección a la puerta que había detrás de la plataforma.

Subió a la plataforma tambaleante como si unas manos invisibles lo empujaran, y se quedó

Librodot

allí balanceándose, aturdido, asido al borde de la mesa para no caer. Índigo intentó dar voz a la violenta sensación de rechazo que aullaba en su mente pero sus cuerdas vocales estaban paralizadas, agarrotadas. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente los cabellos empapados de sudor, los huesos del rostro casi cadavérico, los ojos grises desenfocados y enloquecidos por el recuerdo de imágenes que la muchacha no podía comprender. Llevaba las ropas manchadas de sangre que vestía cuando ella lo vio caer víctima del demonio en el patio de Carn Caille. Y todavía, de una forma horrible, espantosa, continuaba sangrando...

Grimya alzó la cabeza y dejo escapar un prolongado y terrible aullido. El sonido sacó a Índigo de su conmocionada inmovilidad, y, capaz de hablar ahora, gritó:

-Fenran... ¡Oh, amor mío!

Fenran levantó la cabeza con dificultad. Sus miradas se encontraron, y la comprensión apareció en los ojos del joven como si alguien lo hubiera abofeteado en pleno rostro. Chocó contra la mesa, tropezó y estuvo a punto de caer de rodillas.

-¡Anghara!

Dio un paso hacia él, temblando; se detuvo al darse cuenta de que no se atrevía a acercarse por miedo a que también él se disolviera en la nada y lo perdiera.

-Fenran, ¿qué te han hecho? -Se volvió temblorosa hacia el sonriente demonio-. ¿Qué le has hecho?

-Ya conoces el destino de tu amor. -Los ojos de Némesis brillaban maliciosos-. Y sufrirá siempre tal y como lo hace ahora, a menos que decidas liberarlo.

Índigo empezó a retroceder, a alejarse de la plataforma.

-No es real -siseó, aunque mientras las pronunciaba, no creía en sus propias palabras-. Intentas engañarme; es tan real como mi padre, mi madre, mi...

-Es tan real como tú -Némesis interrumpió su protesta con cruel indiferencia-. Compruébalo por ti misma. Tócalo.

-No...

-Tócalo, Índigo.

Le aterrorizaba aceptar el desafío, pero una fuerza interior la obligó a avanzar despacio y subir a la plataforma. Como si estuviera atrapada en un sueño horrible vio cómo Fenran *alzaba la cabeza. Sus* ojos captaron cada detalle del destrozado rostro del joven: el sudor, la tensión, su textura agrietada y quebradiza, las hundidas mejillas y cuencas de los ojos. Lo habían destrozado en cuerpo y espíritu, y la terrible expresión que mezclaba esperanza con temor y con una incapacidad de creer en sus propios ojos era casi más de lo que la muchacha podía soportar.

Su mano tembló espasmódicamente cuando la extendió hacia él. Fenran levantó un brazo sin fuerzas, intentó susurrar su nombre: los dedos de él se aferraron a los suyos y ella cerró los ojos con un gemido de dolor al sentir su débil *y* estremecido apretón.

-Fenran...

Dio unos pasos hacia adelante para abrazarlo, pero Némesis le espetó:

-¡Suficiente!

Un zigzagueante rayo de luz centelleó como un relámpago a través de la sala chisporroteando entre Índigo y Fenran, y una fuerza terrible hizo que la muchacha perdiera pie. Cayó de la plataforma hacia atrás y oyó cómo el grito de protesta de Fenran encontraba eco en un gruñido de *Grimya* mientras caía pesadamente al suelo. La loba corrió en su ayuda, y ella, entre juramentos y sollozos, se puso en pie violentamente y se revolvió contra el

Librodot

demonio.

-¡Deja que me acerque a él!

Némesis bajó los ojos hacia ella, su mirada plateada resultaba fría y calculadora.

-¿Estás convencida, pues, de que no es sencillamente una ilusión?

-¡Sí! -soltó con una voz llena de veneno-. ¡Estoy convencida de ello!

-¿Entonces no te gustaría librarlo de ese tormento? -Némesis hizo un gesto con la mano para indicar el lugar donde Fenran se había dejado caer sobre una silla, al parecer, casi inconsciente ahora-. Mira a tu amor. ¿No ha sufrido suficiente? ¿No lo quieres a tu lado otra vez?

«Índigo, no escuches al demonio, no lo escuches!»

Podía haber sido *Grimya* quien le hablaba; podría haber sido su propio espíritu; no lo sabía, ni le importaba. De nuevo, sus ojos se clavaron en la figura de Fenran. No podía darle la espalda. *No podía.*

Por fin dijo, su voz apenas audible:

-¿Cuál es tu precio a cambio de la liberación de Fenran?

Grimya gruñó, y Fenran levantó la cabeza. Némesis sonrió, sus pequeños y feroces dientes reluciendo bajo la anormal luz de las llamas.

-Mi precio es muy sencillo, Índigo. Quiero que te entregues a mí, te fundas conmigo, de modo que podamos volver a vivir como una sola entidad. -Se detuvo, luego añadió con suavidad-: ¿Es éste un precio muy alto por la vida de tu enamorado?

Índigo miró a Fenran, su rostro atormentado, y las advertencias del emisario de la Madre Tierra sonaron de nuevo en su cerebro. *Tu salvación o tu perdición.* Hacer lo que Némesis quería de ella significaría ceder ante el mal que había dentro de sí misma y abrir las compuertas a los demonios que había soltado de la Torre de los Pesares. Su monstruosa influencia se esparciría por todo el mundo sin que nada pudiera enfrentársele, y su misión se convertiría en cenizas incluso antes de empezar. Traicionaría la confianza de la Madre Tierra.

Pero existía otro deber, otro obligación. Su amor, su torturado amor a merced de todos los horrores de este mundo. ¿Darle la espalda, aunque fuera por el bien mayor, no era otro tipo de maldad? No podía hacerlo. Era demasiado humana, demasiado débil...

Tu salvación o tu perdición...

Su boca se movió espasmódicamente e intentó negar lo que sabía era la verdad.

-Mientes. -Su voz era aguda-. No posees el poder de devolverme a Fenran...

-Pues sí lo tengo. Y lo haría con mucho gusto -la voz de Némesis se convirtió en un suave y persuasivo murmullo-. Piensa, Índigo; piensa en Carn Caille, tu hogar. Podrías regresar allí con Fenran, y ocupar el lugar que te corresponde en el trono, para continuar el linaje de Kalig. Piensa en ello. Vivir el resto de vuestros días en paz, libres de tormentos, libres de duros trabajos, libres de las celadas del cruel destino. -El demonio se detuvo, luego añadió con infinita dulzura-: ¿No es eso lo que quieres en lo más profundo de tu corazón?

-¡No! -La voz de Fenran hendió la sala de repente y se puso en pie con un esfuerzo, las manos apretadas con fuerza contra la mesa y blanco por el esfuerzo que le suponía mantener el cuerpo erguido-. ¡Anghara, no lo escuches! El demonio miente; ¡quiere hacerte caer en una trampa!

Némesis se revolvió furiosa contra él.

-¡Cállate!

Efectuó un movimiento amplio y brusco con el brazo, y Fenran lanzó un aullido y se apartó

tambaleante de la mesa como si hubiera recibido un tremendo golpe. Cayó contra la silla, se desplomó sobre ella y quedó allí tendido estremeciéndose.

-¡No lo toques! -chilló Índigo-. ¡No te atrevas a tocarlo!

Némesis giró en redondo sobre uno de sus talones y la miró desde la plataforma. Toda apariencia de amistad había desaparecido de repente de su expresión; sus ojos eran crueles, calculadores, siniestros.

-Eso no fue nada comparado con las agonías que ya ha padecido -dijo sin la menor emoción-. Y su tormento no ha hecho más que empezar. Los de mi clase son muy hábiles y sutiles en el arte de infligir sufrimiento. -Dio un paso hacia ella-. Te he ofrecido una elección muy simple. Toma lo que te ofrezco... ¡o condena a tu enamorado a seguir a nuestra merced!

-¡No, Anghara! -La protesta de Fenran estaba llena de dolor pero no exenta de ferocidad-. ¡No te dejaré hacerlo!

Némesis giró de nuevo para hacerlo callar, pero Índigo gritó desesperada:

-¡No lo hagas!

El demonio se detuvo, y la miró desafiante.

-¿Bien, Índigo?

No podía abandonarlo. Lo amaba demasiado para dejarlo seguir sufriendo. Al infierno con el emisario y sus advertencias.

Tu salvación o tu perdición...

Al infierno la salvación. Al infierno el castigo, y al infierno su misión.

-Suéltalo -dijo con voz ronca-. Suéltalo, y pagaré tu precio.

-¡Anghara! -Fenran estaba en pie de nuevo-. ¡No seas estúpida! ¡No puedes hacer esto!

Ella vio su extraviada mirada, y las lágrimas anegaron sus ojos.

-Puedo, Fenran... ¡y si es la única forma de salvarte, lo haré!

Él se revolvió contra ella furioso, con repentinas y renovadas energías.

-¡He dicho que no! ¡Condenarás al mundo entero al infierno!

-¡No me importa el mundo! ¡La Madre Tierra ha pedido demasiado de mí!

-¿Y qué hay de lo que *yo* te pido a ti?

El rostro de la muchacha palideció.

-¿Tú...?

-¡Sí!

Con una sensación que le hizo sentir la impresión de que la tierra cedía a sus pies, Índigo comprendió la intensidad de la cólera de Fenran, cólera que no iba dirigida contra Némesis, sino contra *ella.*

O quizá no había la menor diferencia...

-Te digo que no debes hacerlo, Anghara. No sólo por ti, sino por mí. -Fenran se secó el sudor de la frente-. ¡Si cedes ante esta monstruosidad, eso quiere decir que no eres mejor que un demonio!

-¡Silencio! -Némesis se dirigió hacia él con una mano alzada para golpearlo.

-¡No callaré! ¡Anghara, escúchame! Lo que esta criatura te ofrece no vale la pena obtenerlo; ¡y no viviré contigo en un mundo que hemos ayudado a destruir!

Némesis siseó como una serpiente enfurecida. Una luz centelleó violentamente en la sala y Fenran chilló con fuerza cuando un rayo de energía chocó contra él y lo arrojó por los aires hacia atrás. Tanto él como la silla fueron a chocar contra el suelo de la plataforma y Némesis se precipitó hacia adelante, con el rostro convulsionado de furia y malicia. La mano del

demonio se alzó de nuevo...

-¡No! -aulló Índigo.

Némesis se detuvo. Durante unos horribles segundos el cuadro que aparecía ante los ojos de Índigo permaneció inmóvil y rígido: Fenran acurrucado junto a la silla volcada, el demonio preparado para arrojar un segundo rayo de agonía. Entonces, muy despacio, Némesis se volvió para mirar a la temblorosa muchacha, y ésta retrocedió ante la clara malevolencia de sus ojos plateados. La lengua de serpiente hizo su aparición, y Némesis siseó con perniciosa deliberación:

-Mi paciencia se ha agotado...

Índigo sintió como si su cerebro se hiciera pedazos. Ella era humana, tan sólo humana. Fácil presa de las debilidades humanas, arrastrada por emociones humanas. No podía soportar una prueba así; no tenía la fuerza necesaria. Era demasiado débil. Y quería a Fenran demasiado.

Dio un paso hacia adelante, se tambaleó sobre sus piernas que no querían sostenerla, y su voz suplicó:

-Hagámoslo. -Vio pero no registró la luz de triunfo que apareció detrás de la fría máscara plateada de los ojos del demonio-. Acepto tu precio: ¡hagámoslo!

Y se tambaleó de nuevo hacia adelante para tomar la mano que le tendía Némesis.

Librodot

CAPÍTULO 17

Los dedos de la criatura se extendieron hacia ella, su rostro sonrió con la cruel alegría de la victoria. Índigo tendió su brazo, y salida de ningún sitio una voz estalló en su cabeza, un aullido sin palabras de furiosa y desesperada negación. Una forma oscura pareció explotar de la penumbra a su espalda, y *Grimya* saltó entre ella y el demonio, retorciendo su poderoso cuerpo en el aire de forma que arrojó a Índigo contra el suelo de la sala.

-¡*Grimya!*

Había olvidado la existencia de la loba en medio de la confusión de su encuentro; ahora rodaban ambas en una furiosa y violenta maraña. Índigo, con los brazos agitados por la desesperación, escupía y lanzaba maldiciones contra el ser que luchaba por apartarla de su objetivo.

La voz de *Grimya* la atravesó implacable.

«¡No te dejaré hacerlo! ¡El demonio te ha robado la razón y te ha debilitado! Índigo, escúchame...»

-¡No! -Golpeó la mancha borrosa de color gris moteado que tenía ante ella con los puños apretados-. Déjame sola, no tienes ningún derecho...

«¡Tengo ese derecho! ¡Soy tu amiga!»

-¡Maldita sea tu amistad, un millón de maldiciones para ti y todos los tuyos! -chilló Índigo.

Con todas las energías que pudo reunir arrojó a la loba lejos de ella, pero *Grimya* volvió a saltar antes de que pudiera ponerse en pie y le cerró el paso hasta el demonio que las contemplaba. Ambas se quedaron inmóviles, agazapadas, mirándose la una a la otra en un silencio que se había transformado de repente en mortal.

«Índigo.»

La muchacha percibió las agitadas emociones que se ocultaban bajo la voz de la loba que escuchaba en su cerebro.

«Esto no debe ser.»

Índigo aspiró con fuerza.

-¡Apártate de mi camino!

«No lo haré. Te detendré, Índigo. Te detendré, aunque tenga que matarte.»

La muchacha le dedicó una mueca burlona, un gesto despectivo.

-He dicho que...

Grimya gruñó. Tenía los pelos del cuello erizados y sus ojos relucían rojos como el fuego; de repente ya no era una amiga en la que confiar sino un depredador, un atacante. Sus cuartos traseros se estremecieron de energía contenida y sus colmillos aparecieron blancos como el marfil bajo la turbadora luz.

«No *me pongas a prueba, Índigo. No me obligues a hacer esto.*»

Algo en el interior de Índigo gritaba, gritaba, pero era demasiado débil y estaba demasiado lejos para que pudiera comprenderlo y aceptarlo. Mostró sus propios dientes; consciente de que la lucidez empezaba a abandonarla, dio un paso adelante...

Grimya saltó como un muelle al que se suelta de repente y con violencia. Índigo tuvo una breve impresión de su cuerpo musculoso y contraído, escuchó silbar el aire, escuchó el potente chasquido de colmillos al cerrarse a pocos centímetros de su garganta y cayó de espaldas sobre el suelo. Su columna vertebral golpeó el suelo de mármol con un crujido que la sacudió hasta la médula, y se encontró tendida en el suelo bajo la rugiente y babeante loba. Un

Librodot

aliento ardiente cayó sobre su rostro; sus ojos se clavaron en las fauces cavernosas de *Grimya...*

«¡Lucha contra mí!»

Era la voz de la loba que rugía en su cerebro.

«¡Si quieres a tu compañero, a tu Fenran, lucha contra mí! ¿O eres como todos los demás humanos: un ser débil que se esconde tras palabras vacías?»

Índigo sintió una furia renovada que ardía y borboteaba en su interior; pero esta vez era una onda de choque, un tornado, un cataclismo de furia. Su boca se abrió para lanzar una salvaje avalancha de nuevos juramentos, y lo que surgió fue un rugido animal.

Supervivencia. Sintió el poder en sus mandíbulas, la fuerza en sus hombros; sintió la cálida densidad de la piel que cubría su estremecido cuerpo. *Loba.* Aplastó las orejas, notó el frío mármol bajo sus afiladas garras. *Loba.* Sus labios se abrieron para mostrar en su boca unos caninos afilados como cuchillos. *Loba. Grimya,* su hermana, su propia familia, con los ojos inyectados en sangre y salvajes, colocada sobre ella mientras se desprendía de su capa de humanidad. No quería luchar contra *Grimya...*

Y el resto de confusión se hizo añicos cuando vio el mundo, la sala, la figura de cabellos plateados de Némesis, a través de los ojos de *Grimya, y* se dio cuenta de lo que había hecho la loba. El demonio la había enredado en una telaraña de sus propias emociones. Y *Grimya* había comprendido que sólo había una forma de hacer trizas aquella telaraña y liberarla de su propia debilidad. *Loba.* -Su cerebro y su sangre estaban llenos de las sensaciones de una nueva conciencia libre de trabas-. *Loba.*

El aullido espeluznante, lanzado a dúo, de dos habitantes de los bosques se elevó hasta el techo lleno de sombras de la sala. Ambos se pusieron en pie como uno solo, y como uno solo se volvieron hacia la plataforma, y hacia la figura de la maligna criatura que ahora retrocedía ante ellos asustada.

-¡Índigo! -Había cólera en la voz de Némesis, pero cedía terreno con rapidez al temor-, ¡Índigo, escúchame! ¡Piensa en Fenran! Piensa en lo que haremos...

Grimya aulló de nuevo, ahogando los gritos del demonio mientras éste retrocedía tambaleante. Índigo lo vio como un repugnante esqueleto, cubierto de gusanos que se retorcían, sólo sus ojos plateados brillando todavía en su cabeza deforme. Corrupción, descomposición, tinieblas -libre ahora de las cadenas de la humanidad, lo veía con la nítida *y* simple conciencia del animal en que se había convertido, y comprendió cuán cerca había estado Némesis de conducirla a una trampa mortal. Fenran tenía razón...

¡Fenran, amor mío, perdóname! Era un eco de la Índigo humana, y cuando volvió sus ojos rojos hacia donde él se acurrucaba, aturdido junto a la silla caída, la sensación le partió el alma; pero las ataduras que casi habían conducido a ambos a la perdición estaban rotas, porque ya no era humana. Y la loba Índigo ansiaba venganza.

-¡Némesis!

Pronunció el nombre con la mente, y su garganta lanzó un salvaje rugido. El temor pintado en los ojos de la criatura envuelta de gusanos que estaba sobre la plataforma se tornó de repente en frustrada cólera; cuando las dos lobas empezaron a arrastrarse hacia ella con los estómagos casi pegados al suelo, Némesis abrió la boca y sus mandíbulas se abrieron de par en par, cada vez más dilatadas, extendiéndose hasta los límites de lo imposible mientras el demonio empezaba a cambiar de forma. Su cuerpo se retorció sinuoso, su piel adquirió un brillo nacarado, los colmillos gotearon veneno en la cavernosa boca y una serpiente

Librodot

gigantesca se alzó por encima de sus cabezas, siseando con un sonido que parecía un trueno.

La loba que era Índigo lanzó un gañido y se echó hacia atrás acobardada, pero la voz de *Grimya* gritó:

«¡Ilusión! ¡Ilusión!»

Y de repente recordó que, al igual que *Grimya* no lo olvidaba, cualquiera que fuera su forma, por muy terrible que pareciera su aparente amenaza, la criatura que tenía delante era Némesis y nada más. Y ella era más poderosa de lo que Némesis podía esperar ser jamás.

Su gañido se transformó en aullido, y las dos saltaron a la vez, sus músculos proyectándolas desde el suelo, directamente contra la balanceante serpiente. Hubo un agudo silbido, una ráfaga de luz, y la cosa en forma de serpiente se derrumbó ante el ataque de las lobas, enroscándose y golpeando con la cola mientras ellas la acometían. Un rostro contorsionado de ojos plateados se alzó ante la mirada de Índigo; mordió, le pareció sentir cómo sus mandíbulas aplastaban hueso, luego lanzó un gruñido de rabia cuando su presa se disolvió en una bola de luz que pasó a toda velocidad entre ella y *Grimya* en el mismo instante en que se revolvían sobre sí mismas para atraparla. El brillante cometa centelleó en dirección a la enorme chimenea, y las frías llamas del fuego se alzaron de repente en una elevada columna que adoptó la forma de un ardiente oso plateado de las nieves, casi cinco veces el tamaño de Índigo y *Grimya.* Ojos que eran como tizones encendidos las miraron enloquecidos; las mandíbulas se separaron para mostrar fuegos infernales reluciendo en el interior de la enorme y amenazante boca, y el aterrador fantasma empezó a avanzar hacia ellas, despacio y deliberadamente.

Un terror lupino, primario e innato, se debatió con su propia furia en un intento por controlar los instintos de Índigo. Tanto humanos como lobos temían a estos grandes señores de la tundra, y con buen motivo; un golpe de una de sus enormes zarpas podía abrir el vientre o romper el cuello del más hábil de los cazadores. Y este horror era dos veces el tamaño de cualquier oso de las nieves que jamás hubiera existido.

Pero era una *ilusión, ilusión.* Repitió las palabras de *Grimya* una y otra vez en su cerebro, y mientras las dos lobas se movían en círculo para flanquear al monstruo, su mirada jamás se apartó de la enorme cabeza que se balanceaba amenazadora. La adrenalina empezó a fluir por sus venas e hizo que se estremeciera de ansiedad; el espectro del oso abrió la boca, rugió...

Y *Grimya* gritó:

«¡Ahora!»

Saltaron a un tiempo, y por toda la sala resonó una terrible retahíla de rugidos, gruñidos y gañidos cuando atacaron a Némesis con todas sus fuerzas. El demonio agitó los brazos y golpeó, pero aunque su forma de oso era muy real, era demasiado lento y pesado para infligirles daño; había confiado en su poder intimidatorio, y la estratagema había fallado.

Índigo se sintió exultante en su recién encontrado poder y su sangre hirvió llena de violentas sensaciones; la alegría de la caza, el frenesí de dar muerte a la presa, el sabor salvaje de la victoria inminente; y por debajo de todo ello y arrojándola a nuevos niveles de fiereza, estaba su odio humano por el demonio que tan cerca había estado de sellar su perdición.

La cosa que era Némesis rugió de nuevo, y la figura del oso se transformó en la de un dragón que golpeaba sus alas de escamas plateadas y lanzaba un fuego helado. Los dientes de *Grimya* se hundieron en una de las alas y tiró del monstruo haciéndole perder el equilibrio mientras Índigo saltaba en dirección a su cuello de serpiente. Gruñía y rugía sedienta de sangre pero su furia se vio frustrada cuando el dragón se transformó en un águila que se elevó

como una flecha hacia el techo. Encogió los músculos con desesperación, saltó, y sus fieras mandíbulas se cerraron sobre un extremo de la cola del águila. Pájaro y loba se estrellaron contra el suelo juntos, y el águila se convirtió en una espantosa quimera, medio chacal, simio y sapo, con seis piernas, alas, una boca enorme y sin pelo. En su forma humana, Índigo hubiera retrocedido ante aquella obscenidad llena de repulsión, pero la loba Índigo se lanzó con un furioso gruñido en su persecución mientras la quimera batía las alas y se arrastraba, chillando, por toda la sala. Al tiempo que corría, su cuerpo cambiaba una y otra vez, como si Némesis hubiera perdido el control de su poder para cambiar de forma; animales, pájaros, peces, reptiles, y otras cosas repugnantes e irreconocibles competían por poder manifestarse, aunque fuera por breves instantes.

Y entonces el demonio ya no pudo seguir su huida. Estaba acorralado, las dos lobas avanzaban amenazadoras hacia él... Se produjo un resplandor, y de repente la quimera había desaparecido, y en su lugar estaba la criatura de malévolos ojos plateados, con los brazos extendidos contra la pared de mármol.

Índigo se sintió invadida por la repugnancia y la aversión y todo su cuerpo empezó a temblar.

-¡Mátala! -Su voz era una explosión gutural y vengativa-. ¡Mátala!

Némesis rió:

-No puedes matarme. Somos una sola persona y la misma.

-¡Jamás!

Los ojos plateados relucieron salvajes.

-¡Hazme pedazos, y regresaré a ti en otra forma! ¡Nunca te librarás de mí, Índigo!

Índigo perdió el control. Con un aullido de furia enloquecida se arrojó contra Némesis y, entre gruñidos, desgarró, hizo pedazos con sus colmillos que destrozaban el convulsionado cuerpo de la criatura; arañó con sus garras hasta sacar al descubierto los huesos. Todo su dominio sobre sí misma había desaparecido; no oyó cómo *Grimya* le gritaba que se detuviera, y sólo cuando un cuerpo pesado chocó contra ella, y unos dientes la agarraron por el pescuezo y la separaron de su víctima, salió a la superficie un atisbo de razón por entre la caótica conmoción producida por sus emociones desbordadas.

«¡Índigo, detente!», gritó *Grimya. ¡El demonio se ha ido!»*

Se dejó caer sobre el suelo de la sala, jadeante mientras su visión se aclaraba lentamente. Y allí, entre sus patas delanteras, estaba el traje que había constituido el único vestido de la criatura, un pedazo de tela destrozada. Némesis se había desvanecido.

-¡Noooo!

La frustración y la angustia se mezclaron con la furia en el aullido de protesta de Índigo, y el aullido se transformó en un identificable alarido humano. La sala giró vertiginosamente a su alrededor; empezó a retorcer su cuerpo, se dio cuenta de que perdía el sentido de la coordinación, se dejó caer de nuevo. Y una mano -una mano humana- se cerró en el vacío mientras gritaba:

-¡Némesis! ¡Némesis!

Procedente de la chimenea, oscura y vacía ahora, le llegó, como en un suspiro, el eco de una débil carcajada. Entre convulsiones, Índigo trató de ponerse en pie, pero *Grimya* la detuvo.

«No sirve de nada. El demonio se nos ha escapado.»

Índigo no podía recuperar el equilibrio; su conciencia seguía balanceándose en el vértigo

entre lo humano y lo lupino. Se dejó caer hecha un ovillo sobre el suelo, el temblor haciendo rechinar sus dientes ante la rabia y la desilusión de la derrota.

«Lo intentamos.» Grimya hablaba llena de pesar. *«Hicimos todo lo que pudimos, pero no fue suficiente. Lo siento.»*

-Ojalá... -empezó a decir Índigo, salvaje, luego sacudió la cabeza-. No. No importa ahora. -Levantó la cabeza y apartó de los ojos los cabellos empapados de sudor; entonces se detuvo, los ojos desorbitados mientras se posaban en el extremo opuesto de la sala.

-¡Fenran!

Las palabras surgieron con un jadeo. Había imaginado que él, también, habría desaparecido; que Némesis se lo habría llevado con ella. Pero no; el joven estaba allí de pie, e intentaba, desfallecido pero con determinación, rodear la mesa situada sobre la plataforma. Qué había visto, si había presenciado o no su transformación, ella no lo sabía; sus ojos estaban abiertos de par en par, febriles, y parecía ser víctima de una tremenda conmoción. Pero intentaba acercase a ella.

-¡Fenran!

Se puso en pie con dificultad, luchando contra la desorientación que la dominaba, y empezó a correr hacia él.

Había recorrido ya la mitad de la sala cuando el primero de los árboles negros se abrió paso a través del suelo de mármol para cortarle el avance. Ramas grotescas y distorsionadas, cubiertas de espinos tan largos como su brazo, chocaron y se retorcieron en una espantosa parodia de vida, y ella se desvió bruscamente a un lado con un aullido de sorpresa y contrariedad. Un segundo árbol hizo su aparición junto al primero en el mismo instante en que ella se volvía para esquivar los afilados espinos; otro apareció tras éste, y otro... y el horror embargó a Índigo al darse cuenta de lo que sucedía.

Frenética, se arrojó contra la barrera. Los espinos desgarraron sus ropas, su piel, se enredaron en sus cabellos; golpeó y tiró de las retorcidas ramas mientras chillaba el nombre de Fenran; lo vio a punto de saltar de la plataforma para ir hacia ella, vio cómo más de aquellos espantosos árboles se alzaban delante y detrás de él, atrapándolo en un mortífero y cada vez más apretado círculo...

-¡No! ¡Ah, no!

Fenran se revolvió al darse cuenta del peligro, pero era demasiado tarde. Unas ramas negras se desenroscaron como serpientes para enrollarse en sus brazos y sus piernas; se debatió, mientras los espinos se clavaban en su cuerpo y el espantoso bosque viviente se alzaba más alto, más espeso, para engullirla.

Índigo gritaba como enloquecida, sus ojos desencajados mientras luchaba en vano por abrirse paso a través de la barrera y llegar hasta él; hasta que de repente la maraña de ramas bajo sus manos agitadas se estremeció, se deformó, perdió su solidez. Durante un instante que le pareció eterno una imagen de Fenran quedó grabada en su mente, inmóvil e impotente entre los espinos, su rostro blanco como el papel en terrible contraste con la negra telaraña de los árboles, su boca abierta y torcida en un mudo grito de agonía. Entonces toda aquella imagen se estremeció ante sus ojos, y el bosque, y Fenran con él, se disolvió en un silencioso y brillante espejismo y desapareció.

Índigo se quedó rígida en el centro de la vacía sala, contemplando con muda incredulidad la plataforma, la mesa, las sillas vacías. Tan cerca, tan al alcance de la mano... y se lo habían arrebatado, arrastrado de nuevo al odioso mundo astral de su tormento, donde no tenía la

menor esperanza de poder seguirlo y encontrarlo de nuevo. Casi lo había alcanzado. Pero el casi no era suficiente: había desaparecido y ella le había fallado.

Grimya se deslizó a su lado, pero en cuanto notó el suave contacto de la loba, Índigo se apartó con violencia y se acercó a la plataforma. Subió a ella, se quedó mirando la mesa, las sillas, y por un instante deseó darles patadas, arrojarlo todo al suelo, destrozarlo, partirlo y destruirlo codo ciega de desesperación. Pero no serviría de nada, argüyó la parte más cuerda de su cerebro; no serviría de nada. ¿Qué ganaría desahogando su amargura en objetos inanimados? Eso no le devolvería a Fenran.

«¿Índigo?»

Grimya la había seguido, y su vacilante pregunta estaba llena de piedad. Miró *con* ansiedad al rostro de su amiga y vio que los ojos de Índigo estaban cerrados con fuerza y que se mordía el labio inferior mientras las lágrimas se abrían paso despacio por entre sus pestañas y rodaban por sus mejillas.

«Índigo, si puedo...»

Índigo la interrumpió con un fuerte sollozo, y se cubrió el rostro con ambas manos. Se dejó caer sobre la silla más cercana y se dobló hacia adelante, la cabeza enterrada en los brazos mientras su cuerpo se agitaba estremecido, víctima de un silencioso y desesperado llanto.

Grimya sabía que no había nada que pudiera hacer. El tiempo parecía haberse detenido en la sala desierta; no había nada más que la quietud, la penumbra y la destrozada y temblorosa figura de su amiga que lloraba como si su alma fuera a partirse por el peso de su dolor. *Grimya* se tumbó a los pies de Índigo, la barbilla apoyada en las patas delanteras; llena de tristeza, deseó poseer alguna habilidad, algún poder mágico, que pudiera traerle consuelo o esperanza. Pero de nada servía desearlo si no era posible. La tempestad que rugía en el interior de Índigo pasaría por sí misma y en su momento.

Y por fin los estremecidos sollozos empezaron a calmarse. *Grimya* la observó, llena de inquietud e Índigo levantó la cabeza.

Su cara estaba blanca y desfigurada, y la tensión sufrida señalaba su rostro como si fuera ácido. Pero sus ojos mostraban la terrible calma de un dolor que puede y debe ser soportado. *Grimya* se puso en pie. Se sentía reacia a hablar, sin embargo deseaba comunicar la piedad que sentía, por si podía servir de algo. Indecisa, dejó que su garganta lanzara un débil sonido, e Índigo bajó los ojos hacia ella.

-*Grimya...* -Una mano se posó sobre la parte superior de su cabeza, y acarició una de las sedosas orejas-. Yo...

«No sientas que debes decir lo que hay en tu corazón», repuso la loba. *«Comprendo. Y las palabras no son suficientes.»*

La muchacha asintió. No existían palabras para expresar las emociones que se movían como una marea lenta y poderosa en su interior, lo que sentía era demasiado íntimo, y le afectaba muy profundamente. Sólo podía afligirse, en silencio, en privado, sin esperanza de obtener consuelo.

«Debemos abandonar este lugar. No hay nada más que podamos hacer aquí.»

La loba le hablaba con dulzura, suavemente.

-Irnos...

Índigo paseó la mirada por la sala, como si necesitara de algún tiempo para comprender lo que veía. Su mirada se detuvo en la enorme chimenea con su vacío interior, en las elevadas ventanas cubiertas por cortinas, en los contornos de las vigas y en las paredes. Resultaba

familiar; tan familiar... pero no era realmente Carn Caille. Y en un extremo de la sala, en un rincón, había algo que confirmaba sardónicamente la ilusión, algo que parecía un arrugado chal gris que alguien hubiera abandonado en el suelo...

Sí; era hora de marchar. Pero no por el mismo camino por el que habían venido: no quería pasar por entre las altas ventanas, junto a la enorme chimenea, y entre las hileras de fantasmas que guardaba su propia memoria. Se volvió. A su espalda estaba la pequeña puerta, la réplica de la entrada real privada a la gran sala de Carn Caille. Qué habría detrás de ella en este reino inhumano no lo sabía. Pero sea lo que sea que ocultase, podía enfrentarse a ello, su camino la llevaba adelante, no hacia atrás.

Grimya permaneció pegada a ella mientras se dirigía a la pequeña puerta y colocaba la mano sobre ella. Incluso el pestillo era de mármol, aunque funcionaba perfectamente. Empezó a levantarlo, luego miró sobre su hombro por última vez, y a *Grimya* le pareció que miraba más allá de las dimensiones físicas de la sala, quizás incluso más allá de este mundo, para contemplar algo o a alguien invisible a otros ojos que no fueran los suyos.

-Adiós, amor. -Lo dijo con tanta suavidad que las palabras apenas si resultaron audibles-. Te encontraré de nuevo, no importa lo que deba hacer para ello. Pongo a la Madre Tierra por testigo de que te encontraré. -Y dio la espalda a la sala vacía, y abrió la puerta.

Sus ojos se encontraron con unos suaves copos blancos, que caían en silencio y sin interrupción sobre un telón e fondo de aterciopelada oscuridad. Índigo sintió el gélido y escalofriante soplo del aire húmedo en sus mejillas, saboreó el frío agridulce de la noche, vio el relucir de ramas entrecruzadas, sin hojas y vagamente fosforescentes, más adelante. Y a lo lejos, entre los árboles, alguien aguardaba.

Grimya preguntó, su voz una extraña mezcla de incertidumbre y temor:

«¿Quién es...?»

Pero Índigo lo sabía, y avanzó; atravesó la puerta y penetró en la oscura región que había tras ella. Sintió sus pies hundirse en la blanda suavidad de la nieve, sintió el aguijoneo de los fríos copos que rozaban su piel, sus cabellos, sus manos; escuchó el profundo, profundísimo silencio del invierno como una lejana canción en sus oídos.

La figura no fue a su encuentro, sino que aguardó allí donde se iniciaba el enrejado que formaban los arbolillos. Su capa era ahora de piel, de un pálido tono leonado como el pelaje de un gran gato montes. Pero la brillante cabellera castaña seguía invariable, y también los ojos dorados, y la triste y enigmática sonrisa.

-Índigo, hija mía -dijo con dulzura el emisario de la Madre Tierra-. Esperaba tu regreso.

Librodot

CAPÍTULO 18

Durante un largo y silencioso momento, Índigo contempló sin poder decir nada el rostro sereno y hermoso del ser resplandeciente. Y despacio, tan despacio que resultaba como el despertar de una larga fiebre, la comprensión se hizo en su mente. Los árboles, esta tierra, el olor y el contacto de la nieve que caía en silencio, habían vuelto a cruzar la puerta del mundo diabólico y regresado al reino de la Tierra.

Sintió algo cálido que se apretaba contra sus piernas y comprendió que *Grimya* había ido a reunirse con ella. El animal temblaba, pero no de frío; Índigo se inclinó para posar una mano sobre la cabeza de la loba, deseaba tranquilizarla pero le fue imposible encontrar las palabras adecuadas.

-*Grimya.* -Los lechosos ojos dorados se posaron en la loba, y se llenaron de repente de cordialidad y afecto-. No tienes nada que temer.

Grimya dejó de temblar y lanzó un débil gemido.

-Yo... -La gutural y dolorida voz surgió de su garganta mientras, todavía confusa y atemorizada, se esforzaba por hablar-. Por favor, yo...

-Tranquilízate, hermana. -El emisario extendió la mano, y muy despacio, obligada por algo más allá de su control, *Grimya* se adelantó; la mano acarició su cabeza, y un prolongado estremecimiento recorrió el cuerpo del animal.

-Has encontrado una amiga buena y leal, Índigo -dijo el emisario.

Índigo asintió con gran seriedad.

-Si no hubiera sido por *Grimya* hubiera caído bajo la influencia de Némesis -repuso-. Ella...

-Sé lo que hizo. -También había amabilidad para ella en la sonrisa del ser, y el corazón de Índigo empezó a latir con fuerza-. Y sé que se necesita valor para reconocer que has estado a punto de fracasar.

-¿*A punto?* -Índigo dejó caer los hombros, su voz se volvió aguda de repente-. No. La verdad es que fracasé. Traicioné tu confianza; la confianza de la Madre Tierra. -Levantó los ojos y su mirada desafió al emisario a negarlo-. En esa parodia de Carn Caille habría matado a *Grimya,* si hubiera podido, para recuperar a Fenran. Sólo cuando me provocó para que viera a través de los ojos de un lobo tuve las fuerzas necesarias para luchar contra mi demonio. Se me probó y fallé.

-Tú te probaste a ti misma, Índigo. Y al final, triunfaste. Tu presencia aquí es prueba suficiente, ¿no es así?

Índigo no contestó, sino que miró a su alrededor. A su espalda, con un débil brillo en la difusa luz del cielo que se elevaba sobre sus cabezas, estaba la ladera rocosa con su hendidura natural donde Némesis se había hecho pasar por un duende de la arboleda. La diminuta cascada estaba congelada ahora en una inmóvil catarata de carámbanos, el estanque a sus pies se había convertido en un negro espejo de hielo; recordó cómo la habían engañado, cómo se había abierto la diabólica entrada para arrastrarla al mundo del sol negro. Recordó el abismo, las ilusiones, la burla de Némesis. Y a Fenran. Por encima de todo, a Fenran.

-El precio del éxito fue alto -dijo el emisario con suavidad, conocedor de lo que pensaba-. Pero quizás encontrarás consuelo en el pensamiento de que has aliviado un poco el tormento de tu amado.

Ella levantó la cabeza.

-¿Aliviado...?

Librodot

El ser asintió.

-Con cada derrota que padecen, el poder de los demonios se debilita de forma proporcional. Le has facilitado a Fenran un pequeño alivio, al menos.

Índigo arrugó la frente, luchando por aceptar aquella idea. ¿Un pequeño alivio? No era nada comparado con lo que pudiera haberle otorgado. Pero sabía en su interior -aunque no era ningún consuelo- que comprar la libertad de Fenran como había estado a punto de hacer hubiera resultado la victoria más amarga de todas.

Miró de nuevo al helado estanque, y repuso:

-Vine aquí buscando una clase de sabiduría. Al parecer no encontré más que mi propia estupidez.

-No -replicó el emisario-. No lo creo. -Y cuando ella le devolvió la mirada, sin comprender, añadió-: Los conocimientos que intentabas encontrar en la arboleda estaban ya en tu interior. Recuerda la prueba por la que pasaste en ese mundo, piensa en lo que hiciste; luego mira en tu propia mente. ¿Qué ves?

Durante un instante estuvo de regreso en aquella réplica de Carn Caille, penetró de nuevo en las sensaciones de aquella conciencia extraña y animal que le había facilitado las fuerzas necesarias para revolverse contra su demonio. Y a medida que el recuerdo tomaba forma sintió que aquella creciente oleada bullía de nuevo en su sangre, en sus huesos; sintió cómo el cambio se iniciaba en su interior...

Loba...

Asustada, intentó controlarse; y ante su sorpresa sintió que las sensaciones se doblegaban ante el control de su mente. Se deslizaron fuera de ella, se desvanecieron, y miró, aturdida, al emisario. El ser resplandeciente sonrió.

-El poder está en ti, Índigo, para que lo utilices.

-*Grimya...* -Incapaz todavía de creer, de asimilar lo que le decían, Índigo se volvió hacia su amiga.

-«Es *cierto.»*

Grimya le respondió con la mente, e Índigo pudo escuchar su silenciosa voz psíquica con la misma claridad que si la loba hubiera hablado en voz alta.

«Has despertado. Lo veo en tu mente.»

El emisario sonrió a la loba.

-*Grimya es* más sabia de lo que cree. -Entonces sus ojos se encontraron de nuevo con los de Índigo-. Has obtenido la recompensa de tus recién adquiridas *habilidades,* criatura. Y en consecuencia, la Madre Tierra me ordena que te conceda otro regalo que pueda serte de ayuda en el futuro. -Le tendió una elegante mano-. Ven; sigúeme. -Y dio la vuelta y se alejó entre los árboles.

Grimya permaneció pegada a Índigo mientras el ser resplandeciente las guiaba por entre las tupidas ramas. Un vaho blanco escapaba de sus bocas y se mezclaba con el aire helado; la nieve caía incesante para cubrir los dos juegos de pisadas que dejaban tras ellas. *Grimya* no dejaba de mirar a su alrededor, los ojos bien abiertos e inquisitivos, e Índigo leyó los pensamientos a medio formar de la mente de la loba.

«Invierno.»

Cuando penetraron en el mundo demoníaco estaban a principios de primavera; ahora el año había avanzado a través de la madurez del verano hasta el mes de la escarcha o tal vez más allá. Recordó lo que el emisario le dijera en su primer encuentro, acerca de que las corrientes

del tiempo se movían por rutas extrañas y diferentes en los mundos situados más allá de la Tierra; y con suavidad, en silencio, intentó transmitir a *Grimya* que no había necesidad de dudar o asustarse.

Llegaron a un lugar donde los árboles parecían ser menos abundantes, y el ser resplandeciente se detuvo. Al mirar a su alrededor, Índigo tuvo la impresión de que era el mismo lugar desde el que había partido sola en busca de la magia de la arboleda; aunque la llegada del invierno lo había cambiado por completo, le resultaba vagamente familiar.

El emisario aguardó hasta que estuvieron todos juntos, luego indicó el suelo. Y allí, sobre la capa de nieve, intactos y sin haber sufrido el menor daño, estaban el arpa, el arco y el cuchillo de Índigo. Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par.

-Los hemos guardado para ti -dijo el emisario-. Eso sí nos era posible.

La muchacha se arrodilló sobre el suelo, sin importarle la nieve húmeda, y tomó sus valiosas pertenencias entre sus brazos mientras tartamudeaba unas sinceras palabras de agradecimiento. Luego calló y levantó la vista.

-¿Cuánto tiempo ha pasado?

Hizo la pregunta vacilante; y de repente lamentó haberla hecho, no fuera que no pudiera soportar la respuesta.

-Las estaciones han recorrido un círculo completo, y se han movido de nuevo hasta llegar al invierno.

Un año y medio...

Índigo pensó en las Islas Meridionales, y sintió una débil punzada de dolor. Para ella no habían transcurrido más que unos pocos días desde que dejara su país; sin embargo, entre las paredes de Carn Caille se habían celebrado ya dos primaveras, dos cosechas, dos banquetes de invierno. Pensó en los viejos amigos, y se preguntó cuántos de los que había conocido se habrían marchado ya para siempre.

-Hay paz en tu país -le informó el emisario con suavidad-. Y hay muchos que aún recuerdan con cariño a Kalig y a su familia en sus plegarias.

Índigo parpadeó para librarse de las lágrimas que se helaban en sus pestañas.

-Un día regresaré -susurró; levantó los ojos e insufló a su voz de un ligero tono de desafío-: Lo haré.

El ser avanzó hacia ella y posó las manos sobre sus hombros, para mirarla fijo a los ojos.

-La Madre Tierra comparte tu esperanza -anunció con voz grave-. Sea lo que sea lo que te aguarde, no lo olvides jamás.

-No..., no lo olvidaré...

El emisario retiró las manos.

-Y ahora, ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen. Pero antes de despedirnos, tengo unos regalos para ambas. Índigo, este regalo te lo has ganado para que te ayude en tu camino.

El emisario alargó una mano hacia ella, e Índigo vio en la palma un pequeño guijarro marrón veteado de verde y oro. Vacilante extendió la suya y tomó el regalo; tenía un tacto extrañamente cálido y, cuando lo contempló con más atención, le pareció vislumbrar una puntita de luz dorada que se movía en el interior de la piedra como una diminuta luciérnaga cautiva.

-Ésta es tu piedra-imán, Índigo -dijo el ser resplandeciente-. Te guiará con fidelidad en tu búsqueda de los demonios que te has comprometido a destruir. No tienes más que sostener la

Librodot

piedra en tu mano, y la luz de su interior te mostrará qué camino debes tomar. Jamás te fallará.

Los dedos de Índigo se cerraron alrededor de la piedra; parecía palpitar en su mano, como si un corazón diminuto latiera en sus profundidades, y era una sensación reconfortante aunque en una forma que no podía definir. Levantó la vista.

-Gracias... -dijo en voz baja.

-Se te da de buena gana. Y ahora, *Grimya.* -El ser se inclinó para acariciar a la loba, que había asistido a la conversación con una vaga expresión de melancolía-. Hermanita, posees un corazón afectuoso y leal digno de los de tu clase. Sin embargo padeces una aflicción, y ésta te ha convertido en una proscrita. ¿Te gustaría librarte de este estigma, *Grimya?* ¿Ser libre para reunirte con los tuyos, para vivir con tus parientes y tus amigos en el bosque y no volver a estar sola jamás?

Grimya levantó la mirada hasta aquel rostro sereno, y su hocico se estremeció.

-¿No ser... diferente?

-Exacto. Ser un lobo de verdad, como los demás lobos. Ése es el regalo que te ofrezco.

Grimya vaciló, y sus ojos se encontraron con los de Índigo. Su expresión era extraña e ininteligible. Luego respondió:

-¡N-no!

-*Grimya...* -empezó a decir Índigo, pero la loba la interrumpió antes de que pudiera decir nada más.

-No..., no he sido nun... nunca un lobo como los otros lobos. No..., no creo que pudiera aprender a serlo ahora. Y... ¡no quiero abandonar a mi amiga!

Índigo se volvió llena de repentina angustia al darse cuenta de que desde el momento en que el emisario había hablado, ella había sabido lo que *Grimya* respondería. Y se sentía dividida en dos por el conocimiento de que separarse de la loba con quien había compartido tantas tribulaciones resultaría una pena difícil de soportar; pero que sin embargo, por el bien de *Grimya* no podía, no debía, dejar que fuese de otra forma.

Con voz temblorosa dijo:

-*Grimya,* debes esforzarte en comprender. Debemos seguir caminos separados; no estaría bien que te quedaras conmigo.

-No -reiteró *Grimya,* tozuda-. Soy tu amiga.

Desesperada porque los sentimientos de la loba reflejaban tan fielmente los suyos, Índigo se volvió para apelar al emisario.

-¡Por favor, has que comprenda! No puedo pedirle algo así; no sería justo para ella. No ha hecho nada para merecer la carga que yo llevo sobre mis espaldas; ¡no permitiré que lo haga!

-Es ella quien debe elegir -repuso el emisario con suavidad.

-¡Pero no sabe a lo que se enfrentará!

-Lo sabe.

Índigo negó con la cabeza.

-¿Qué clase de vida le espera si viaja conmigo? Cuando sea vieja y débil, mientras que yo me veo obligada a seguir adelante, ¿qué le sucederá a ella entonces?

Grimya le contestó:

-¡No... me importa!

-Aguarda. -El ser resplandeciente levantó una mano, y miró a la loba-. Si *Grimya* no quiere el regalo que le he ofrecido, entonces puedo ofrecerle otro. *Grimya:* ¿deseas realmente viajar

con Índigo, y ayudarle en su misión?

-¡Sí! -jadeó *Grimya.*

-¿A pesar de los peligros que puedas encontrar?

-El peligro no importa.

El emisario continuó mirándola durante unos instantes. Luego asintió con la cabeza, y repuso:

-Sí. Veo que dices la verdad, hermanita. -Se volvió hacia la muchacha-. Índigo, es la voluntad de *Grimya* el acompañarte, y por lo tanto eres libre de aceptar o rechazar su compañía según los dictados de tus propios deseos. Si aceptas, puedo otorgarle la misma inmortalidad que tú has obtenido, si ella lo desea; aunque debe comprender, al igual que tú lo haces, que tal don puede ser tanto una maldición como una bendición. -El ser se detuvo-. ¿Lo comprendes, *Grimya?*

-Sí. Y... lo acepto de buena gana.

-Muy bien. -El rostro del emisario era severo-. ¿Bien, Índigo? ¿Qué decides?

Índigo contempló a *Grimya.* Los ojos de la loba brillaban con excitación mezclada de aprensión, y de repente la muchacha comprendió que ya no podía fingir sentimientos que no eran reales. Sea lo que fuese lo que el futuro le deparase, una compañera y amiga leal era más valiosa que el oro. Y la soledad era la más lúgubre de las privaciones...

Respondió, con un nudo en la garganta:

-¿Es eso de verdad lo que quieres, *Grimya?*

Grimya balanceó la lengua.

-Sabes... que sí.

-Entonces... sí. -Fue incapaz de decir nada más; las palabras no le salían-. Sí...

Despacio, como si aún no pudiera reunir del todo el coraje necesario para demostrar su alegría, la cola de *Grimya* empezó a menearse. El emisario le sonrió.

-Que te acompañe la buena suerte, hermanita. -Su mirada dorada pasó de ella a Índigo-. Y también a ti, criatura; buena suerte. Te vigilaremos, y te ayudaremos cuanto podamos.

La muchacha alzó una mano. Quería hablar, tocarlo, hacer algún gesto que, por muy inadecuado que fuera, expresara lo que sentía. Pero en el mismo instante que extendía la mano, una aureola dorada apareció alrededor de la elevada figura del emisario. El aire empezó a relucir, y el ser desapareció.

Durante un buen rato, Índigo permaneció inmóvil, consciente sólo del incesante caer de la nieve, del débil crujir de las ramas bajo la brisa nocturna. Luego avanzó con cuidado sobre la gruesa y blanca alfombra. *Grimya* se acercó y apoyó la cabeza contra las manos enlazadas de la muchacha. Se miraron la una a la otra: ojos violeta clavados en ojos marrón dorado que compartían un acuerdo tácito. Entonces *Grimya* se agitó ansiosa, dio la vuelta, y trotó hasta el borde del claro. Allí arrugó el hocico, olfateó el aire, y luego se volvió para mirarla por encima del lomo.

«Siempre me ha gustado la nieve.»

Una ligera e involuntaria sonrisa asomó a los labios de Índigo.

«La caza será buena», añadió *Grimya,* y su cola golpeó contra un joven árbol, de suerte que provocó una lluvia de nieve procedente de las ramas que colgaban sobre su lomo. Se sacudió con fuerza. *«¡Mañana comeremos muy bien!»*

Conmovida por el inocente entusiasmo de su amiga, Índigo se echó a reír. No era más que una risita, pero ayudó a disolver el nudo que sentía en su interior. Contempló la piedra-imán

Librodot

que aún sujetaba en su mano: latía sin cesar y desprendía una suave calidez. La diminuta luz brilló para ella en la oscuridad, revoloteando en un extremo del guijarro. Al norte. Lejos del País de los Caballos, en dirección a las extrañas y desconocidas tierras del gran continente occidental. Y a pesar de su tristeza, una sensación que podría haber estado lejanamente emparentada con la excitación de *Grimya,* se agitó en ella.

Con un cuidado que bordeaba la reverencia, deslizó la preciosa piedra-imán en el interior de la bolsa que colgaba de su cinturón. Luego recogió su arpa guardada en el interior de su funda, se la colgó de un hombro junto con la ballesta, y metió el cuchillo en el estuche que pendía de su cintura. No volvió la cabeza en dirección a la silenciosa arboleda; cuando *Grimya* se puso en camino internándose en el bosque, vaciló tan sólo un momento antes de seguir a la loba y dejar el claro a la quietud de la noche y a los copos de nieve que caían suaves y constantes.

Librodot

CARN CAILLE

Cuando el médico fue a verlo poco después del amanecer con la noticia de que el anciano bardo había fallecido en el mismo instante en que los primeros rayos del sol tocaban el cielo matutino, el rey Ryen de las Islas Meridionales asintió en silencio, y dijo que deseaba estar a solas durante una hora antes de que le presentaran al sucesor de Cushmagar.

Una vez el médico se hubo retirado, Ryen se alejó despacio y pensativo pasillo abajo hasta la pequeña sala del ala oeste de Carn Caille, en la que se celebraban las audiencias y reuniones menos protocolarias. Ésta era su habitación favorita -al igual que, según tenía entendido, lo había sido de su predecesor-, y cuando llegó a ella se acomodó en un asiento junto a una de las ventanas, desde la que podía contemplar el brillante día invernal.

Cushmagar, muerto. Resultaba difícil de creer; el bardo había parecido ser parte integrante de Carn Caille como las mismas piedras de sus cimientos. Resultaba imposible pensar que su vibrante voz y su magnífica música ya no volverían a honrar ningún banquete. Y triste darse cuenta de que la canción en honor del nacimiento del hijo o la hija de Ryen, el tan ansiado heredero de su reino, debería ser compuesta y cantada por otro.

Ryen suspiró y se puso en pie para pasear por la habitación iluminada por los rayos del sol. No debiera sentirse tan triste; era egoísta por su parte hacer hincapié en su pérdida en lugar de regocijarse por Cushmagar. El bardo era viejo y ciego, y desde el último invierno apenas si podía andar. Era consciente de que había disfrutado de aquel puesto durante un tiempo inusitadamente largo, y había ido a reunirse con la Madre Tierra, satisfecho y aliviado de que sus deberes hubieran finalizado ya. Y aunque Imyssa pensara lo contrario, no era ningún mal presagio el hecho de que la muerte de Cushmagar hubiera coincidido exactamente con el segundo aniversario de la elevación de Ryen al trono de las Islas Meridionales.

Sonrió al pensar en Imyssa. Estaría con Sheana ahora, como lo había hecho durante los dos últimos días desde que sus poderes de adivinación le habían anunciado que el hijo de la reina estaba a punto de nacer. Ryen esperaba -como lo hacían todos- que la llegada del nuevo heredero curaría por fin el penar de Imyssa por la anterior familia real. Si Kalig hubiera tenido un hermano o hermana, o incluso un primo que hubiera podido acceder al trono después de su prematura muerte, la anciana nodriza hubiera podido encontrar consuelo en el pensamiento de que el querido linaje del rey no había desaparecido por completo; pero tal y como habían sucedido las cosas, le había resultado muy duro aceptar la presencia de un extraño elegido para ocupar su lugar. Pese a ello, poco a poco, empezaba a aceptarlo. Y cuando la criatura naciera, la cuidaría como había cuidado a los hijos de Kalig; quizás entonces recuperaría su antigua alegría.

Y acaso también olvidaría su infundada y horripilante convicción de que, en algún lugar, seguía con vida uno de sus desaparecidos seres queridos...

Unos ruidos en el patio sacaron a Ryen de su ensimismamiento, y sacudió la cabeza para aclararla, pensando que había incurrido en una malsana morbosidad. Regresó a la ventana, y al mirar abajo vio a un grupo de jóvenes jinetes que salían de la fortaleza. No los acompañaba ningún perro e iban poco armados; el rey sonrió y se relajó al comprender que sencillamente pensaban ejercitar a sus caballos, y que no se iban a cazar sin invitarlo. El lugar favorito para pasear en esta época del año, cuando las colinas *y* los bosques resultaban casi intransitables, era la tundra situada al sur de Carn Caille, donde era aún posible aventurarse durante dos kilómetros o más antes de que la nieve y el hielo obligaran incluso al caballo de pisada más

Librodot

firme a dar la vuelta. Y algunos de los nobles más jóvenes querrían sin duda ver por sí mismos -al menos desde lejos- los restos de la extraña y desmoronada torre situada en las llanuras de la tundra. Ryen apenas si había podido darle una fugaz ojeada al lugar; hasta ahora no había tenido tiempo para dedicarse al ocio; pero cuando hubiera finalizado la crecida de los ríos, en la primavera, planeaba unirse a uno de los grupos de exploración para saciar su curiosidad. Nadie conocía el propósito de la torre, si es que tenía alguno; algunos de los habitantes de más edad, Imyssa incluida, murmuraban que era un lugar diabólico y que lo mejor era alejarse de él, pero aparte de esto su presencia resultaba un misterio. Se había hablado de una historia relativa a la torre que Cushmagar acostumbraba relatar hacía tiempo, pero el bardo no la había mencionado nunca, y Ryen dudaba de que tal relato existiera, o, si así era, que Cushmagar lo recordara.

El ruidoso grupo de jinetes había desaparecido ya por las grandes puertas de la fortaleza, y el patio volvía a estar en silencio. Ryen se frotó las manos al percatarse de que tenía frío. Debía ordenar que encendieran un fuego allí dentro; mal señor sería si recibía a su nuevo bardo -que era, después de todo, uno de los miembros más influyentes y respetados de su corte- en una habitación que parecía atravesada por un glaciar. Un fuego, y aguamiel, y pasteles. No era menos de lo que Cushmagar hubiera deseado para su sucesor.

Se volvió en dirección a la puerta, con la intención de salir en busca de su administrador; entonces se detuvo y se volvió para mirar a la chimenea de piedra y el cuadro que colgaba sobre la repisa. Kalig y su familia le devolvieron la mirada inmóviles y sin embargo con una apariencia misteriosamente viva desde el lienzo con sus colgaduras color Índigo. Deseó haberlos conocido: Kalig e Imogen. El príncipe Kirra y la princesa Anghara. Morir tan de repente, dejando tan sólo un recuerdo y un retrato... parecía equivocado; injusto.

Ryen se estremeció de repente de forma involuntaria; como si, para utilizar una expresión propia de marineros, el mar hubiera barrido sobre su tumba. Lo que debía hacer era ordenar que las colgaduras del luto fueran retiradas tan pronto como naciera su hijo; resultaría más apropiado con una nueva vida en Carn Caille, y no se podía estar de luto eternamente. Una ulterior tragedia era que Breym, el artista responsable de aquella pintura, hubiera estado entre las muchas víctimas de las fiebres. Un retrato parecido de su propia familia hubiera quedado muy bien, también, *en* aquella sala.

Apartó la mirada del retrato, al fin, y abandonó la sala despacio. Mientras la puerta se cerraba a su espalda un soplo de aire helado agitó las colgaduras que pendían del cuadro, y el viento del este, que penetraba por un cristal suelto de una de las ventanas, imitó por un breve instante el lejano sonido de la alegre risa de una muchacha.

Librodot